

La ciudad de la colina



I

Al amanecer, antes de que el primer humo comenzara a elevarse lentamente sobre los tejados y antes de que los animales, encerrados durante la noche, empezaran a reclamar el día con sus voces, Gasteiz parecía todavía la misma aldea que había sido durante generaciones, una pequeña población extendida sobre la colina y protegida por la familiaridad de sus casas, por sus caminos y por la memoria de quienes habían nacido allí y conocían cada fuente, cada huerto y cada sendero que descendía hacia las tierras de cultivo. Desde lo alto, las viviendas se apretaban unas contra otras como si buscaran protegerse del frío de la noche; algunas conservaban todavía las paredes de madera y barro, mientras que otras, levantadas más recientemente, mostraban ya la piedra clara con la que los hombres empezaban a construir de otra manera, como si incluso las casas hubieran comenzado a comprender que algo estaba cambiando. Entre unas y otras quedaban estrechos espacios de tierra por donde pasaban las gallinas, los perros y los niños antes de que sus madres los llamaran para comenzar las tareas del día, y por encima de los tejados se veía el paisaje abierto que rodeaba la colina: los campos húmedos por el rocío, los caminos que se alejaban entre las tierras cultivadas, las manchas oscuras de los bosques y, más lejos todavía, las montañas que parecían permanecer inmóviles mientras los hombres nacían, trabajaban, morían y eran olvidados.

Martín solía contemplar aquel paisaje desde la puerta del taller de su padre y tenía la impresión de que, si permanecía allí el tiempo suficiente, podía llegar a distinguir las huellas de quienes habían vivido antes que ellos, aunque no quedara de aquellas personas ninguna piedra con su nombre ni nadie pudiera señalar exactamente dónde habían sido enterradas. Tenía

diecisiete años y había aprendido que una misma ciudad podía parecer distinta según la hora en que se la mirase. Al mediodía era ruido y movimiento: martillos golpeando el hierro, animales que protestaban al ser cargados, voces que se llamaban de una casa a otra, carros que avanzaban con dificultad por las calles y hombres que discutían sobre el precio del grano o de la madera; al anochecer, en cambio, todo se convertía en humo y sombras y las casas parecían recogerse sobre sí mismas, como si también ellas necesitaran descansar. Pero al amanecer, durante aquellos breves instantes en que la noche todavía no había desaparecido del todo y el día aún no había impuesto sus obligaciones, Gasteiz parecía recordar quién había sido.

Aquella mañana, sin embargo, algo había cambiado.

Martín lo supo antes de que nadie dijera una palabra.

Había hombres en el camino.

No eran campesinos. Venían montados y llevaban capas oscuras todavía húmedas por el rocío de la madrugada, mientras sus caballos avanzaban con paso firme por el camino que subía hacia la población. Uno de ellos iba delante y los otros tres lo seguían a poca distancia; uno llevaba un estandarte enrollado y otro protegía contra el pecho una pequeña caja de madera que, por la manera en que la sujetaba, parecía contener algo de importancia. Los perros comenzaron a ladrar y algunas puertas se abrieron. Martín dejó el cubo junto al pozo y preguntó quiénes eran, pero su padre no contestó. Lope estaba mirando a los jinetes con una atención que hizo comprender al muchacho que no eran viajeros cualquiera. Era un hombre acostumbrado a observar la madera antes de cortarla, el cielo antes de comenzar un trabajo y las manos de quienes acudían a su taller para saber si podía confiar en ellos, y aquella mañana su rostro tenía una expresión que Martín no le había visto nunca.

—Entra —dijo finalmente.

—¿Por qué?

—He dicho que entres.

Martín obedeció, aunque permaneció junto a la puerta, porque la curiosidad era más fuerte que el temor y porque, a sus diecisiete años, todavía no había aprendido que algunas cosas se comprenden mejor cuando uno espera.

Los hombres atravesaron la calle principal y siguieron hacia la parte alta de la villa. El rumor de su llegada se extendió con rapidez, primero entre quienes estaban trabajando y después entre quienes habían salido de sus casas para averiguar qué sucedía. Las mujeres se asomaron a las puertas, algunos hombres dejaron las herramientas apoyadas contra las paredes y hasta los niños, que normalmente no necesitaban más motivo que el movimiento de un caballo para echarse a correr detrás de él, parecieron comprender que aquella vez debían permanecer quietos. La noticia había llegado antes que las palabras.

Muchos años después, Martín recordaría aquella mañana de una manera extraña, como si algunos recuerdos hubieran quedado grabados con una claridad que otros, en cambio, hubieran ido perdiendo con el paso del tiempo. Recordaría el olor de la leña húmeda y el ruido de los cascos sobre la tierra endurecida; recordaría una mula que rebuznó en el momento menos oportuno y a una mujer que salió de su casa con el cabello todavía suelto, mientras un niño preguntaba por qué todos miraban hacia arriba. Recordaría incluso una hoja seca que había quedado atrapada entre dos piedras de la calle y que el viento intentaba mover sin conseguirlo. Pero no recordaría quién fue el primero en pronunciar el nuevo nombre. Durante mucho tiempo creyó que había sido el hombre que llevaba el documento, aunque después, cuando fue mayor y comprendió mejor cómo nacen las palabras que terminan transformando la vida de los hombres, entendió que probablemente no había sido así. Los

nombres de las ciudades no los pronuncian primero los reyes. Los pronuncian quienes los escuchan.

Aquella mañana, cuando los hombres llegaron a la plaza y el que parecía tener autoridad comenzó a hablar, el rumor empezó a pasar de boca en boca, deformándose con cada persona que lo repetía.

—Victoria.

—¿Qué has dicho?

—Victoria.

—¿Victoria qué?

—La nueva villa.

Algunos no entendían; otros fingían entender y unos pocos sonrieron, como si hubieran comprendido antes que nadie lo que aquel cambio podía significar. Los más viejos permanecieron callados. Entre ellos estaba Amunia, una mujer que vivía en una casa pequeña cerca de la muralla y que todos decían que había cumplido ya más de setenta años, aunque nadie sabía exactamente cuántos. Ella tampoco parecía interesada en averiguarlo y decía que los años eran como las piedras de un muro: cuando intentabas contarlos, siempre faltaba alguna. Amunia se acercó a la plaza apoyándose en su bastón de fresno y, después de observar durante un momento a los hombres que acababan de llegar, se detuvo junto a Martín.

—¿Qué ocurre?

—Dicen que ya no será Gasteiz.

La anciana levantó lentamente los ojos.

—¿Quién lo dice?

—Los hombres que han venido.

—¿Y ellos quiénes son?

Martín no supo responder. Amunia volvió la mirada hacia la plaza, donde el hombre continuaba hablando de privilegios, mercados, caminos y protección, y después contempló las casas que los rodeaban, como si estuviera intentando medir cuánto podía cambiar una población sin que sus piedras se movieran de sitio.

—Entonces será verdad —dijo.

—¿Qué?

—Que ha llegado el tiempo de ponerle otro nombre.

Martín la miró con desconcierto.

—¿Y eso es malo?

Amunia tardó en contestar.

—No. Pero tampoco es bueno.

En la plaza, el hombre que llevaba el documento hablaba con una voz fuerte y acostumbrada a ser escuchada. Habló del rey, de la villa y de las nuevas obligaciones que tendrían sus habitantes, pero también de los privilegios que recibirían quienes vivieran allí y de los hombres que podrían acudir desde lugares lejanos atraídos por el mercado y por la seguridad de sus mura-las. Martín escuchaba sin comprender del todo. A su lado, su padre parecía entender cada palabra.

—¿Qué significa? —preguntó Martín.

Lope permaneció con los brazos cruzados.

—Significa que habrá más gente.

—¿Eso es todo?

—Nunca es todo.

Entre quienes escuchaban había comerciantes que ya comenzaban a sonreír, porque comprendían antes que nadie lo que podía significar un mercado más importante, y también campesinos que permanecían serios, conscientes de que cada nueva ley podía esconder una obligación que todavía no conocían. Martín reconoció entre la gente a Eneko, un muchacho algo mayor que él, hijo de un campesino de las tierras del otro lado de la colina, que había trabajado algunas veces en el taller de Lope. Eneko escuchaba con el ceño fruncido y, cuando Martín se acercó, le susurró que no entendía gran cosa. Martín le confesó que él tampoco, y los dos sonrieron, pero Amunia no lo hizo. Permanecía inmóvil, con las manos apoyadas sobre el bastón, y Martín comprendió que ella no estaba escuchando las palabras del hombre, sino intentando escuchar algo que había quedado debajo de ellas.

Aquella tarde, Lope recibió el encargo de construir una puerta mucho mayor que cualquiera de las que había fabricado hasta entonces.

—¿Para quién?

—Para la muralla.

—¿Ya están construyendo?

—Hace tiempo que se construye.

—Pero ahora será diferente.

Su padre lo miró.

—Ahora habrá más prisa.

Trabajaron hasta que cayó la tarde, y mientras cortaban las tablas empezaron a escucharse voces nuevas en las calles, voces de hombres y mujeres llegados de lugares que Martín no conocía y cuya presencia hacía que Gasteiz pareciera, por primera vez, menos una comunidad cerrada sobre sí misma que

un lugar al que otros habían comenzado a mirar. Cuando el sol desapareció detrás de las montañas, Martín salió del taller y contempló las pequeñas luces que comenzaban a aparecer en la colina. Desde allí arriba, la nueva villa parecía más grande de lo que realmente era.

Pensó entonces que quizá una ciudad no comenzaba cuando se levantaban sus murallas, ni cuando un rey pronunciaba un nombre sobre un pergamino, sino cuando quienes vivían en ella comprendían que otros hombres iban a venir y que, con ellos, llegarían nuevas costumbres, nuevas palabras, nuevas riquezas y también nuevas disputas.

Se quedó mirando las luces. A su lado apareció Amunia.

—¿Qué miras?

—La ciudad.

La anciana sonrió.

—Todavía no es una ciudad.

—¿Y qué es?

Amunia clavó el bastón en la tierra.

—Eso es lo que tendremos que descubrir.

Abajo, alguien gritó el nuevo nombre.

—¡Victoria!

Otra voz lo repitió y otra después, y Martín escuchó cómo la palabra ascendía lentamente por la colina, de casa en casa, como una corriente de agua que buscara su cauce. Pero durante unos segundos, antes de que el nuevo nombre llegara hasta ellos, Amunia pronunció en voz muy baja el nombre antiguo.

—Gasteiz.

Después guardó silencio.

Martín comprendió que aquella palabra no era solamente un nombre.

Era todo lo que había existido antes.

Y mientras la nueva ciudad comenzaba a levantarse sobre la colina, alguien tendría que recordar aquello que estaba a punto de desaparecer.

II

Durante las semanas siguientes comenzaron a llegar hombres de lugares que Martín no conocía, algunos solos y otros acompañados de sus mujeres y de sus hijos, llevando carros cargados de herramientas, sacos de grano, pieles, telas, hierro y objetos cuya utilidad nadie sabía explicar, porque cada lugar tenía sus propias formas de trabajar y sus propios instrumentos, y lo que para unos era necesario podía resultar extraño para otros. Algunos venían para vender y marcharse después de unos días; otros preguntaban por tierras, por casas vacías o por talleres donde pudieran trabajar, y había también quienes parecían haber dejado atrás todo cuanto poseían y miraban la villa con esa mezcla de esperanza y cautela propia de quienes todavía no saben si han llegado a un lugar donde podrán comenzar de nuevo o simplemente a otro sitio donde tendrán que defenderse. La villa los recibía sin saber todavía si eran huéspedes o vecinos.

Al principio, Martín encontraba aquella llegada de gentes nuevas divertida, porque le gustaba escuchar las voces distintas, observar las ropas, los animales y los carros, y porque a sus diecisiete años todavía podía sentir curiosidad por aquello que a los hombres mayores les producía desconfianza. Había hombres que pronunciaban las palabras de una manera extraña y otros que apenas hablaban con los habitantes de Gasteiz, y a Martín le parecía que cada lengua traía consigo una manera diferente de mirar el mundo. Su padre, sin embargo, no compartía aquella curiosidad.

—La gente que llega trae siempre algo consigo.

—¿Qué?

—Lo que ha perdido.

Martín no entendió.

—¿Y eso qué importa?

Lope continuó trabajando, como si la pregunta no mereciera respuesta.

—Ya lo entenderás.

Una mañana llegó un hombre llamado Bernat. Traía una mujer, dos hijos y un carro pequeño, y no llevaba mercancías, sino herramientas cuidadosamente envueltas en paños. Entre ellas había un martillo, unas tenazas, varias limas y un yunque que dos hombres tuvieron que descargar con esfuerzo. Martín lo vio y comprendió inmediatamente que era herrero. Bernat encontró finalmente una casa abandonada junto a una de las calles nuevas, no lejos del taller de Lope; tenía el tejado hundido en un extremo y una puerta que apenas se sostenía en los goznes, pero el hombre no pareció preocupado por su estado y durante tres días trabajó sin descanso, reparando las paredes, levantando una parte del tejado y preparando el lugar donde instalaría el fuego.

Al cuarto día se escuchó por primera vez el golpe del martillo.

Clang.

El sonido recorrió la calle y pareció despertar a la propia casa.

Clang.

Algunas ventanas se abrieron.

Clang.

Los niños se acercaron y varios hombres dejaron durante un momento sus trabajos para observar al recién llegado. Martín también. Bernat estaba inclinado sobre el yunque, golpeando un

hierro al rojo vivo, y cada golpe hacía saltar pequeñas chispas que se apagaban inmediatamente sobre el suelo.

—¿Qué haces?

El hombre levantó la cabeza.

—Una herradura.

—¿Para quién?

—Para quien tenga un caballo.

Martín sonrió.

—Entonces tendrás trabajo.

Bernat también sonrió.

—Eso espero.

Desde aquel día comenzaron a hablar. Bernat le enseñó cómo se calentaba el hierro hasta que adquiría el color adecuado y cómo había que golpearlo sin dejar que perdiera demasiado pronto su calor, mientras Martín le hablaba de los caminos de los alrededores, de los lugares donde podía encontrarse agua y de los hombres que vendían madera. A veces trabajaban juntos y a veces discutían, pero a Martín le gustaba aquel hombre porque no parecía tener miedo de nada, aunque con el tiempo descubriría que aquella impresión era falsa y que algunos hombres aprenden a ocultar el miedo precisamente porque han tenido demasiadas razones para sentirlo.

Una tarde, mientras estaban sentados detrás del taller y el olor de la madera recién cortada se mezclaba con el humo que llegaba desde la fragua, Bernat preguntó:

—¿Tú naciste aquí?

—Sí.

—¿Y tu padre?

—También.

—¿Y el padre de tu padre?

—También.

Bernat miró hacia la colina.

—Entonces lleváis mucho tiempo aquí.

—Mucho.

—Eso debe de ser bueno.

Martín pensó un momento antes de responder.

—No lo sé.

Bernat soltó una risa breve.

—Yo sí lo sé.

—¿Qué?

—Que cuando llevas mucho tiempo en un lugar terminas creyendo que te pertenece.

Martín permaneció callado.

—Pero un día llega alguien —continuó Bernat— y te recuerda que no te pertenece.

Aquella frase quedó entre ellos durante un rato, mientras desde la calle llegaba el ruido de un carro y el grito de un hombre que intentaba apartar a un perro. Después Bernat bajó la voz y preguntó si sabía por qué se habían marchado de su tierra. Martín dijo que no y el herrero le respondió que no preguntara. El muchacho, sorprendido, quiso saber entonces por qué se lo contaba, y Bernat miró sus manos, cubiertas de pequeñas cicatrices, como si buscara en ellas una respuesta que no encontraba.

—Porque algún día tendrás que decidir si quieres saber.

Martín no volvió a preguntar, pero aquellas palabras quedaron en él como una piedra que uno lleva en el bolsillo sin saber por qué la conserva.

Amunia sabía más de lo que decía. Martín empezó a sospecharlo una tarde en que la encontró hablando con Elvira, la mujer de Bernat, junto a la fuente. Elvira tenía unos treinta años y hablaba poco, aunque comprendía ya buena parte del euskera de la gente de la villa y comenzaba a responder en él. Amunia le estaba contando algo cuando Martín se acercó, y las dos mujeres callaron de inmediato.

—¿De qué habláis?

Elvira sonrió.

—De nada.

Amunia, en cambio, no sonrió.

—De los muertos.

Martín miró a una y a otra.

—¿Qué muertos?

—Los que vienen con nosotros.

Elvira bajó los ojos.

Aquella noche, incapaz de olvidar las palabras de la anciana, Martín preguntó a su padre quién era realmente Bernat. Lope siguió afilando una herramienta y respondió que era un herrero, pero cuando Martín le recordó que eso ya lo sabía, su padre le dijo que entonces no necesitaba saber más. El muchacho insistió y mencionó las palabras de Amunia, y entonces el movimiento de la piedra se detuvo. Durante unos segundos el taller quedó completamente silencioso.

—No vuelvas a repetir eso.

—¿Por qué?

—Porque hay palabras que hacen daño aunque sean ciertas.

Martín observó a su padre y sintió que aquella respuesta escondía algo mucho más importante que una simple advertencia.

—¿Lo conocías?

Lope no contestó.

—Padre.

—No.

—Mientes.

Lope levantó lentamente la mirada.

—Vete a dormir.

Martín no se movió.

—¿Qué ocurrió?

Su padre dejó la herramienta sobre la mesa y permaneció un momento con las manos apoyadas en la madera.

—Hace muchos años, antes de que nacieras, hubo hombres que llegaron desde el sur.

—¿Como Bernat?

—No.

—¿Entonces?

Lope respiró profundamente.

—Hombres armados.

Martín sintió un frío inesperado.

—¿Y qué hicieron?

Su padre tardó unos segundos en contestar.

—Lo que hacen los hombres armados.

No quiso decir más.

Aquella misma noche comenzó a llover, una lluvia fina y persistente que convirtió las calles en barro y golpeó los tejados durante horas, haciendo que la villa entera pareciera encerrada bajo una misma respiración húmeda. Martín no consiguió dormir. Pensaba en Bernat, en Elvira, en las palabras de Amunia y en el silencio de su padre, pero sobre todo pensaba en aquella frase que Lope había pronunciado días antes: *La gente que llega trae siempre algo consigo*.

Poco antes del amanecer escuchó un ruido. Al principio creyó que era un animal, pero después volvió a oírlo y comprendió que eran pasos. Se levantó y abrió la puerta del taller. La calle estaba vacía, pero al fondo distinguió una figura que caminaba bajo la lluvia. No llevaba capa y avanzaba despacio, mirando las casas, como si buscara entre ellas algo que había conocido mucho tiempo atrás. Cuando llegó frente al taller se detuvo y levantó la cabeza.

—¿Es aquí donde trabaja Lope?

Martín sintió que el corazón comenzaba a golpearle con fuerza.

—Sí.

El hombre miró la puerta.

—Dile que ha llegado el momento.

—¿El momento de qué?

El desconocido no respondió. Se dio la vuelta y desapareció por la calle.

Martín permaneció inmóvil hasta que dejó de oír sus pasos. Entonces escuchó detrás de él la voz de su padre.

—¿Quién era?

Martín se volvió. Lope estaba pálido.

—No lo sé.

Su padre miró hacia la calle durante un largo instante, como si esperara que el hombre regresara. Después cerró la puerta y apoyó la mano sobre el pestillo.

—Ahora sí ha empezado —dijo.

—¿Qué?

Lope lo miró.

—La ciudad.

III

Durante los días siguientes, Martín esperó que ocurriera algo, aunque no sabía exactamente qué esperaba y aquella incertidumbre comenzó a pesarle más que el propio miedo. Desde la madrugada en que el desconocido había llamado a la puerta del taller y había pronunciado aquellas palabras que habían dejado a su padre sin color en el rostro, cualquier ruido extraño en la calle le parecía una señal y cualquier hombre que llegara desde el camino podía ser aquel que había venido a reclamar algo que Martín todavía no comprendía. Sin embargo, nada ocurrió. La lluvia cesó, el cielo se despejó y la vida de la villa continuó con una normalidad que, precisamente por ser tan completa, terminó inquietándolo todavía más. Los hombres siguieron trabajando en las murallas, los comerciantes abrieron sus puestos, los campesinos bajaron de las tierras con sus carros y los niños volvieron a correr por las calles. La nueva palabra, Victoria, comenzaba a aparecer en boca de todos, aunque algunos de los más viejos seguían diciendo Gasteiz cuando creían que nadie los escuchaba.

También Lope volvió a trabajar como siempre, o eso parecía. Martín, sin embargo, había empezado a observarlo con una atención que antes no había tenido, buscando en sus gestos alguna explicación para aquello que no conseguía comprender. Su padre ya no dejaba las herramientas sin recoger, cerraba la puerta del taller antes de anochecer y, algunas noches, permanecía despierto durante horas sentado junto al fuego, como si escuchara algo que llegaba desde muy lejos. Una mañana, mientras preparaban una viga destinada a una de las nuevas construcciones, Martín encontró una marca tallada en la madera. Era pequeña y apenas visible, formada por tres líneas que se cruzaban de una manera que no parecía casual.

—¿Qué es esto?

Lope levantó la cabeza y durante un instante no respondió. Después acercó la mano y pasó el pulgar sobre la marca.

—Nada.

—No parece nada.

—Es una señal antigua.

—¿De quién?

Lope retiró la mano.

—De hombres que ya no están.

Martín volvió a mirar la madera.

—¿La hiciste tú?

—No.

—Entonces, ¿quién?

Lope dejó el cuchillo sobre la mesa.

—Martín, hay cosas que es mejor no tocar.

—Siempre dices eso.

—Porque sigues preguntando.

El muchacho sintió crecer dentro de sí una mezcla de rabia y miedo. Había llegado a la edad en que las respuestas incompletas dejan de satisfacer y empiezan, por el contrario, a despertar una necesidad más profunda de saber.

—Si no quieres que pregunte, dime al menos qué está ocurriendo.

Lope lo miró fijamente.

—No está ocurriendo nada.

—Entonces, ¿por qué aquel hombre vino a buscarte?

Silencio.

—¿Quién era?

Lope se levantó y tomó la viga.

—Ve a llevar esto a la casa de Eneko.

Martín comprendió que la conversación había terminado, pero antes de salir volvió a mirar la marca y tuvo la certeza de que su padre le estaba ocultando algo que había comenzado mucho antes de que él naciera.

Eneko vivía con sus padres en una casa situada cerca del extremo de la villa, allí donde las construcciones comenzaban a dejar paso a las tierras de cultivo. Su padre, Iñigo, trabajaba unas tierras que habían pertenecido a su familia desde hacía generaciones y no estaba contento con los cambios que se estaban produciendo, porque cada nueva casa que aparecía, cada nuevo camino que se abría y cada hombre que llegaba con la intención de instalarse significaban para él que aquello que había heredado de sus mayores empezaba a dejar de estar bajo su control. Cuando Martín llegó con la viga lo encontró discutiendo con dos hombres. Uno llevaba una vara y un pequeño rollo de pergamino, y señalaba hacia el terreno mientras Iñigo lo escuchaba con el rostro endurecido.

—No podéis medirla otra vez —decía Iñigo—. Esa tierra siempre ha sido nuestra.

Uno de los hombres respondió que ahora había nuevos límites.

—Los límites estaban allí antes de que vosotros llegarais.

—Ahora están aquí.

Iñigo dio un paso hacia él.

—¿Quién lo ha decidido?

El hombre señaló hacia la parte alta de la villa.

—El nuevo concejo.

Iñigo soltó una carcajada amarga.

—Antes no había concejo.

—Ahora sí.

Martín dejó la viga en el suelo y Eneko apareció detrás de la casa.

—No te metas —le dijo en voz baja.

—¿Qué ocurre?

—Quieren quitarle una parte de la tierra.

—¿Por qué?

—Porque dicen que la ciudad crecerá.

Martín miró hacia la colina y vio las obras de la muralla.

—Pero todavía hay espacio.

—Hoy sí —respondió Eneko—. Mañana quizá no.

Aquellas palabras se quedaron en la cabeza de Martín mientras regresaba al taller. Por primera vez comprendió que la nueva ciudad no solo traería hombres y mercancías; también necesitaría espacio, y para conseguirlo tendría que mover cosas que llevaban allí mucho tiempo, incluso aquellas que los habitantes consideraban tan antiguas que ya no recordaban cuándo habían comenzado a pertenecerles.

Esa tarde, Amunia llamó a Martín cuando pasaba frente a su casa. Estaba sentada junto a la puerta, limpiando unas

hierbas que había recogido en las tierras bajas, y levantó una mano para indicarle que se acercara.

—Ven.

Martín se detuvo.

—¿Qué quieres?

—Sentarte.

El muchacho obedeció. Durante un rato ninguno habló, mientras Amunia separaba cuidadosamente las hojas buenas de las que estaban secas o demasiado oscuras.

—Tu padre tiene miedo —dijo finalmente.

Martín la miró.

—¿De qué?

—De recordar.

—¿Qué significa eso?

Amunia dejó las hierbas sobre el regazo y contempló durante un momento la calle antes de responder.

—Hay hombres que temen al futuro porque no saben qué traerá. Tu padre teme al pasado porque sabe exactamente qué puede traer.

Martín sintió un escalofrío.

—¿Tú lo conocías?

—Conocía al hombre que era.

—¿Y qué le ocurrió?

Amunia levantó la vista hacia la muralla, donde los hombres seguían colocando piedras.

—La guerra.

Martín permaneció callado.

—Fue hace mucho tiempo —continuó ella—, cuando todavía no sabíamos que algún día esta colina tendría otro nombre y otros hombres vendrían a decirnos cómo debíamos vivir.

—¿Contra quién luchó?

Amunia tardó en responder.

—Contra hombres que hablaban nuestra lengua.

Aquello sorprendió a Martín.

—¿Entonces no eran enemigos?

La anciana sonrió tristemente.

—Los enemigos no siempre hablan otra lengua.

Aquella noche Martín encontró a Eneko junto a la muralla. Había subido hasta allí para contemplar las obras y permanecía apoyado contra una piedra, observando cómo los hombres trabajaban a la luz de las antorchas. El sonido de las herramientas se mezclaba con el de las piedras al ser colocadas unas sobre otras y, por momentos, toda la colina parecía convertirse en un solo cuerpo que trabajaba para levantar aquella nueva frontera entre la villa y el mundo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Martín.

—Pensando.

—¿En qué?

—En marcharme.

Martín lo miró sorprendido.

—¿Adónde?

—No lo sé.

—¿Por qué?

Eneko señaló hacia abajo.

—Porque cada día hay algo nuevo que ya no nos pertenece.

Martín se apoyó junto a él.

—Amunia dice que las ciudades cambian.

—Amunia es vieja.

—Eso no significa que esté equivocada.

—No —admitió Eneko—. Significa que ha visto muchas cosas.

Permanecieron un rato en silencio. Abajo, la villa parecía tranquila, y las pequeñas luces de las casas se extendían por la pendiente como si siempre hubieran estado allí. Después Eneko habló de nuevo.

—¿Sabes qué me da miedo?

—¿Qué?

—Que dentro de unos años nadie recuerde cómo era esto antes.

Martín pensó en su padre, en la marca de la madera y en el nombre Gasteiz.

—Quizá por eso están construyendo la muralla.

Eneko lo miró.

—¿Para protegernos?

Martín contempló las piedras.

—O para que nadie pueda salir.

Cuando regresó al taller encontró a su padre junto al fuego. Sobre la mesa había una pequeña bolsa de cuero que Lope cerró rápidamente al verlo entrar, con un movimiento demasiado rápido para que pudiera parecer casual. Martín se acercó y preguntó qué era aquello, pero su padre respondió, como tantas otras veces, que no era nada.

—Otra vez nada.

Lope no respondió.

—He visto la marca.

Su padre levantó lentamente los ojos.

—La misma que estaba en la madera.

Silencio.

—¿Quién la utiliza?

Lope cerró los ojos durante unos segundos y, cuando volvió a abrirlos, parecía más viejo de lo que Martín lo había visto aquella mañana.

—Nosotros.

Martín sintió que algo se abría dentro de él.

—¿Quiénes sois vosotros?

Lope tardó tanto en responder que el muchacho pensó que no lo haría. Finalmente abrió la bolsa y sacó un pequeño medallón de metal oscuro. En él estaba grabada la misma marca que Martín había encontrado en la madera.

—Esto perteneció a un hombre llamado Eneko.

Martín sintió un sobresalto.

—¿Mi amigo?

Lope negó lentamente con la cabeza.

—No.

Miró el medallón como si llevara muchos años evitando contemplarlo.

—A otro Eneko.

Martín permaneció inmóvil. De pronto comprendió que el nombre que había llevado toda su vida uno de sus amigos podía haber pertenecido también, mucho tiempo atrás, a un hombre que su padre había conocido y cuyo recuerdo seguía escondido entre las cosas que nunca se habían dicho.

Afuera, alguien pasó por la calle y llamó a otra persona. Después se escuchó el ruido de una puerta que se cerraba y el ladrido lejano de un perro. La vida de la villa continuaba como si nada hubiera ocurrido, pero Martín comprendió que, bajo aquella apariencia de normalidad, algo antiguo había comenzado a despertar.

El pasado que su padre había intentado mantener enterrado no estaba muerto.

Había regresado a Gasteiz.

Y quizá llevaba años esperando el momento de volver.

IV

Aquella noche Martín apenas durmió. El medallón que su padre había sacado de la bolsa permaneció durante horas en su pensamiento, aunque Lope lo había vuelto a guardar y después había escondido la bolsa en un lugar que Martín no consiguió descubrir. No era solamente la marca grabada en el metal lo que le inquietaba, sino la manera en que su padre había pronunciado el nombre de aquel otro Eneko, con una voz que parecía contener al mismo tiempo reconocimiento, culpa y una tristeza tan antigua que el muchacho no alcanzaba a imaginar de dónde podía proceder. Durante mucho tiempo permaneció tendido, escuchando los ruidos de la casa y los sonidos apagados de la villa, el crujido de alguna puerta, el paso lejano de un hombre por una calle todavía oscura, el murmullo del viento que descendía desde la parte alta de la colina, hasta que poco antes del amanecer oyó cómo su padre se levantaba y salía al exterior. Martín esperó unos minutos y después lo siguió, procurando no hacer ruido y sin saber todavía adónde pensaba ir Lope a aquellas horas.

La noche estaba desapareciendo lentamente y sobre la colina quedaba todavía una oscuridad azulada que hacía parecer más altas las casas y más estrechas las calles. Lope caminaba hacia la parte baja de la villa, donde comenzaban los caminos que descendían hacia los campos y el bosque, y Martín lo siguió manteniendo una distancia prudente, escondiéndose cuando era necesario detrás de alguna pared o de los cobertizos que bordeaban el camino. Su padre no llevaba herramientas ni una lámpara, solamente una capa oscura y un pequeño cuchillo sujeto al cinturón, y aquella ausencia de objetos propios de un hombre que se dirige al trabajo hizo que Martín sintiera con mayor fuerza que estaba siguiendo algo que su padre no quería que nadie conociera. Cuando llegaron al límite de las últimas casas,

Lope se detuvo y miró hacia atrás. Martín se ocultó detrás de un muro y contuvo la respiración. Su padre permaneció inmóvil durante unos segundos, como si escuchara algo que Martín no podía oír, y después continuó descendiendo. Martín esperó todavía un poco antes de seguirlo.

El camino estaba húmedo y la hierba mojada le empapó los pies. Desde abajo llegaba el olor de la tierra y de las hojas podridas, mientras el bosque comenzaba a dibujarse frente a él como una masa oscura que parecía prolongarse mucho más allá de lo que alcanzaba la vista. Lope se internó entre los árboles y Martín avanzó detrás de él, procurando pisar allí donde las hojas ya habían sido removidas por los pasos de su padre, hasta que después de unos minutos perdió de vista su figura. Se quedó quieto, intentando distinguir el sonido de sus pasos, pero solamente escuchó el viento moviendo las ramas y algún pájaro que comenzaba a despertar entre los árboles. Entonces oyó voces. Eran muy bajas y procedían de un lugar cercano. Martín se agachó y avanzó entre los arbustos hasta encontrar un pequeño claro, y allí vio a su padre junto a otros tres hombres.

Uno de ellos era Bernat. Los otros dos eran desconocidos para Martín, hombres de aspecto grave, vestidos con ropas oscuras y gastadas por los caminos, que permanecían atentos a cuanto sucedía alrededor del claro. Martín se ocultó detrás de un árbol y permaneció inmóvil, intentando comprender qué hacía allí su padre con aquellos hombres antes del amanecer. Lope fue el primero en hablar.

—No deberías haber vuelto.

Bernat respondió con una voz que Martín apenas reconoció.

—No he vuelto por voluntad propia.

—Eso no cambia nada.

—Lo sé.

Uno de los hombres que acompañaban al herrero miró hacia el camino.

—Tenemos poco tiempo.

Lope permaneció en silencio. Después miró a Bernat.

—¿La tienes?

Su compañero negó con la cabeza.

—No.

—Entonces estamos perdidos.

Martín sintió que el corazón le golpeaba con fuerza contra el pecho. No entendía de qué estaban hablando, pero comprendió que aquello era más importante de lo que había imaginado al seguir a su padre. Lope miró a los hombres y preguntó:

—¿Qué buscáis?

Bernat dirigió una breve mirada a los otros antes de responder.

—La lista.

Aquella palabra no significaba nada para Martín, pero el rostro de su padre cambió de inmediato, como si hubiera escuchado un nombre que llevaba demasiado tiempo intentando olvidar.

—La destruiste.

—Eso creíamos.

—¿Y ahora?

—Ahora sabemos que no.

Uno de los desconocidos intervino entonces con una voz todavía más baja.

—La han encontrado.

Lope levantó la mirada.

—¿Quién?

El hombre tardó un instante en responder.

—Los hombres del bosque.

Martín sintió un escalofrío. Había escuchado aquella expresión cuando era niño, aunque nunca había sabido exactamente a qué se refería. Los hombres del bosque eran, según las historias que contaban las mujeres junto al fuego, hombres que aparecían algunas noches en los caminos y desaparecían antes del amanecer; algunos decían que eran ladrones, otros que eran guerreros, y los más viejos aseguraban que no eran nada de eso, sino hombres que habían aprendido a vivir fuera de las leyes de los demás. Martín había pensado siempre que eran historias nacidas del miedo y de la oscuridad, una de esas leyendas que los mayores utilizaban para explicar aquello que los niños todavía no podían comprender. Ahora, escondido entre los árboles y escuchando a su padre hablar de ellos con una seriedad que no dejaba lugar a las historias, comprendía que quizá no eran solamente historias.

—¿Cuántos son? —preguntó Lope.

—No lo sabemos.

—¿Y qué quieren?

Bernat respondió después de unos segundos.

—Lo mismo que nosotros.

Lope lo miró fijamente.

—Eso es lo que me preocupa.

Durante unos instantes nadie volvió a hablar. El silencio del bosque parecía haberse cerrado alrededor de ellos, como si incluso los árboles esperaran escuchar lo que aquellos hombres tenían que decir. Finalmente, uno de ellos habló.

—La ciudad está creciendo demasiado deprisa.

Lope volvió la mirada hacia la colina. Desde allí, entre las ramas, apenas podía distinguirse la parte alta de la villa, todavía medio oculta por la niebla y por la luz incierta del amanecer.

—No es una ciudad —dijo.

Bernat soltó una risa sin humor.

—Ya lo es.

Martín regresó antes que su padre y consiguió entrar en el taller sin ser visto. Cuando Lope volvió, mucho después, el muchacho estaba fingiendo dormir. Escuchó cómo su padre permanecía un rato junto al fuego, sin hacer nada, como si necesitara unos minutos para desprenderse de aquello que había ocurrido en el bosque, y después oyó cómo se acercaba a la mesa. El silencio se prolongó durante varios minutos. Martín permaneció inmóvil, con los ojos cerrados y la respiración acompasada, hasta que escuchó abrirse la bolsa. Entonces abrió los ojos apenas lo suficiente para mirar.

Lope sacó el medallón y lo sostuvo frente al fuego. La luz de las llamas recorrió el metal y, por primera vez, Martín vio que en la parte posterior había algo escrito. No era una palabra, sino cuatro nombres. Uno de ellos era Eneko. Los otros tres Martín no los conocía. Lope permaneció mirando aquellos nombres durante mucho tiempo, con el medallón entre los dedos, y por un instante pareció un hombre mucho más viejo de lo que Martín

había visto nunca, como si aquellos cuatro nombres llevaran consigo años de miedo, de silencio y de cosas que nadie había querido contar. Después acercó el medallón a la llama, como si quisiera quemarlo, pero no lo hizo. Lo cerró en la mano y permaneció así unos segundos antes de decir algo en una voz tan baja que Martín apenas pudo escucharlo.

—Perdóname.

Martín no supo a quién se lo decía.

Al día siguiente buscó a Amunia. La encontró junto a la fuente, como casi siempre, hablando con dos mujeres mayores. Cuando lo vio acercarse hizo un gesto para que esperara, y Martín permaneció a un lado mientras las mujeres terminaban su conversación. Después de que las otras se marcharan, Amunia lo miró durante un momento antes de hablar.

—Ya lo sabes.

Martín se quedó quieto.

—¿Qué?

—No me preguntes qué. Pregúntame si quieres saber.

Martín sintió una mezcla de miedo y alivio. Había llegado hasta allí precisamente porque necesitaba saber, aunque todavía no estaba seguro de querer escuchar la respuesta.

—¿Quién era Eneko?

Amunia cerró los ojos durante un instante.

—Uno de los mejores.

—¿Mejor que mi amigo?

La anciana sonrió.

—No conocí a tu amigo. Pero conocí al otro.

Se sentaron junto a la fuente. Durante un rato Amunia permaneció en silencio, mirando el agua, como si necesitara encontrar en ella una imagen que pertenecía a un tiempo demasiado lejano. Cuando finalmente comenzó a hablar, su voz tenía la lentitud de quien no cuenta una historia, sino que recupera algo que había permanecido enterrado durante años.

—Hace más de veinte años, antes de que tú nacieras, esta colina no era todavía como la ves ahora. Había casas, sí, y había hombres que cultivaban las tierras, pero no había murallas como las que están levantando ahora, ni había gente llegando cada semana, ni nadie hablaba de hacer de Gasteiz una villa que pudiera competir con las ciudades de las que vienen los comerciantes. Entonces éramos pocos y nos conocíamos casi todos, y cuando aparecía un hombre extraño sabíamos al día siguiente quién era, de dónde venía y qué buscaba.

Martín escuchaba sin interrumpir. Amunia continuó hablando, y mientras lo hacía parecía que ante ella volvía a levantarse aquella antigua Gasteiz, más pequeña y más pobre, pero también más cercana, una comunidad en la que todavía era posible reconocer a cada hombre que atravesaba sus caminos.

—Eneko era uno de los hombres que vigilaban los caminos. No era soldado del rey, aunque algunos lo llamaban así, y tampoco era un bandido. Era algo distinto. Él y otros hombres habían formado un grupo para proteger las tierras cuando todavía no había nadie que pudiera protegerlas por nosotros.

Martín sintió que la respuesta que buscaba se encontraba cada vez más cerca.

—¿Lope estaba con ellos?

Amunia asintió.

—Sí.

Una pieza pareció encajar en la mente de Martín.

—¿Y qué ocurrió?

Amunia levantó la mirada hacia la parte alta de la colina.

—Llegaron hombres armados.

—¿Los mismos de los que me habló mi padre?

—Sí.

—¿Quiénes eran?

—Eso nunca llegó a saberse del todo.

Martín frunció el ceño.

—¿Cómo que no?

—Porque algunos decían que eran hombres enviados por un señor, otros aseguraban que eran mercenarios y otros pensaban que habían venido simplemente a robar. Pero Eneko estaba convencido de que detrás de ellos había algo más.

—¿Qué?

Amunia bajó la voz.

—Querían la colina.

Martín miró hacia arriba, hacia las casas que comenzaban a extenderse por las laderas y hacia las obras que poco a poco iban transformando la villa.

—¿Por qué?

—Porque quien controla esta colina controla el camino.

Aquella explicación le pareció sencilla y terrible al mismo tiempo. De pronto, la colina sobre la que había crecido dejó de

ser solamente el lugar donde se levantaban las casas de Gasteiz y adquirió para Martín un significado distinto: era un lugar desde el que se podía vigilar, cerrar y dominar el paso de los hombres y de las mercancías, un lugar cuya importancia podía explicar la presencia de aquellos desconocidos y también el miedo que había escuchado en la voz de su padre.

Amunia continuó.

—Eneko descubrió algo que no debía haber descubierto.

—¿Qué?

La anciana negó con la cabeza.

—Eso tendrá que contártelo tu padre.

—¿Por qué?

—Porque él estaba allí.

Martín permaneció callado. Amunia lo observó durante unos segundos antes de añadir:

—Y porque fue Lope quien decidió qué hacer con aquello que encontraron.

Aquella tarde la villa recibió una noticia que recorrió las calles con una rapidez que hizo que los hombres abandonaran por unas horas las conversaciones sobre piedras, madera y murallas. Un campesino había aparecido muerto en el camino del bosque. No le habían robado nada, no le habían quitado el caballo y nadie parecía saber quién podía haberlo matado. Simplemente estaba muerto, tendido junto al camino, como si hubiera sido dejado allí para que alguien lo encontrara. La noticia pasó de una casa a otra y llegó hasta la plaza antes de que cayera la tarde, y por primera vez desde que habían comenzado las obras

de la muralla los hombres dejaron de hablar de piedras y empezaron a hablar de armas.

Al anochecer, el concejo ordenó cerrar las puertas. Martín estaba en la plaza cuando vio llegar a cuatro hombres cargando el cuerpo. Entre ellos estaba Bernat. Sus miradas se cruzaron durante un instante, pero el herrero no dijo nada. Tampoco hizo ningún gesto que pudiera explicar lo ocurrido. Sin embargo, Martín comprendió que aquella muerte tenía relación con todo lo que había escuchado en el bosque, con la lista, con Eneko y con aquellos hombres que parecían haber regresado desde un pasado que los habitantes de la villa habían intentado olvidar.

Aquella noche, cuando las puertas fueron cerradas y los últimos hombres regresaron a sus casas, la colina quedó extrañamente silenciosa. Desde una ventana, Martín observó las antorchas de los vigilantes, pequeñas luces que se movían lentamente sobre la muralla todavía incompleta. Durante un rato no ocurrió nada. Entonces distinguió algo al otro lado de la muralla: una luz. Después otra. Y una tercera. No parecían antorchas de hombres que caminaran por el camino, porque permanecían quietas durante unos instantes antes de desaparecer y volver a aparecer en otro punto. Parecían señales.

Martín corrió a buscar a su padre. Lope estaba junto a la puerta y, cuando vio las luces, no preguntó qué eran. Simplemente tomó su espada. Martín nunca antes lo había visto hacerlo.

—¿Qué ocurre?

Lope abrió la puerta del taller.

—Han vuelto.

—¿Quiénes?

Su padre miró hacia el bosque.

—Los hombres que mataron a Eneko.

Y mientras las luces seguían apareciendo una tras otra entre los árboles, como si alguien estuviera encendiendo lentamente una cadena de fuego alrededor de la colina, Martín comprendió que la ciudad que acababa de nacer había heredado también una guerra que nadie había terminado de enterrar.

V

Lope permaneció junto a la puerta con la espada todavía en la mano, mirando hacia el bosque como si esperara que las luces volvieran a aparecer. Martín, que nunca lo había visto así, comprendió que aquellas señales habían despertado en su padre un miedo que no tenía que ver solamente con el peligro de aquella noche, sino con algo mucho más antiguo que regresaba ahora a la villa después de tantos años. Durante unos instantes ninguno de los dos habló. Desde la parte alta de la muralla llegaba el sonido de las voces de los vigilantes, y en alguna casa cercana un niño comenzó a llorar antes de que una mujer lo hiciera callar. Todo parecía continuar como siempre, pero Martín tenía la sensación de que la villa entera había cambiado desde que había visto aquellas luces, como si bajo las piedras nuevas, bajo las casas que comenzaban a levantarse unas junto a otras y bajo las conversaciones de los hombres que hablaban de comercio y de murallas, hubiera estado esperando durante años algo que aquella noche acababa de despertar.

—¿Quién era Eneko? —preguntó finalmente.

Lope no respondió.

—Amunia me ha hablado de él.

Su padre bajó lentamente la espada. La sostuvo unos segundos delante de sí antes de dejarla apoyada contra la pared.

—No debiste preguntarle.

—Ella dijo que tú estabas allí.

Lope levantó la mirada hacia él. Durante un instante Martín pensó que iba a enfadarse, pero no lo hizo. Parecía, más bien, cansado.

—Amunia habla de cosas que ocurrieron hace mucho tiempo.

—Pero ocurrieron.

—Sí.

Aquella respuesta, tan sencilla, fue quizá la que más inquietó a Martín. Había esperado una negación, una explicación, incluso una mentira, pero Lope había aceptado sin más que aquello de lo que todos hablaban había sucedido realmente. Martín dio un paso hacia él.

—¿Quiénes eran aquellos hombres?

Lope miró hacia la puerta abierta. Fuera, la noche parecía más oscura que antes.

—No lo sé.

—Amunia dice que querían la colina.

—Eso es cierto.

—¿Y Eneko descubrió algo?

Lope cerró los ojos durante un instante.

—Sí.

Martín esperó.

—¿Qué descubrió?

Su padre no respondió inmediatamente. Se acercó al fuego y se sentó en el banco de madera que había junto a la pared. Por primera vez desde que Martín tenía memoria, parecía un hombre que no sabía qué palabras utilizar. Finalmente se pasó una mano por el rostro y dijo:

—Ven.

Martín se sentó frente a él.

—Hay cosas que nunca te he contado porque pensé que no volverían.

—Pero han vuelto.

Lope asintió.

—Sí. Han vuelto.

Durante un rato permanecieron en silencio. Afuera, el viento había empezado a levantarse y hacía crujir las ramas de los árboles. Lope miró las llamas antes de comenzar a hablar.

—Cuando yo tenía tu edad, esta colina era muy distinta. No había tanta gente, ni las casas estaban tan juntas, ni existían los hombres que ahora llegan cada semana con mercancías, animales y noticias de lugares que apenas conocemos. Había caminos, campos y bosques, y había miedo, aunque entonces no lo llamábamos así. El miedo formaba parte de la vida de todos, como el frío en invierno o la oscuridad después de la puesta de sol. Había hombres que cruzaban las tierras sin que nadie supiera quién los enviaba y había disputas entre señores que quedaban muy lejos de aquí, pero cuyos efectos llegaban hasta nuestras puertas. Por eso algunos hombres comenzaron a vigilar los caminos. Eneko era uno de ellos.

Martín escuchaba sin moverse. La voz de Lope había cambiado. Ya no era la voz del padre que daba órdenes en el taller ni la del hombre que hablaba con otros vecinos en la plaza, sino la de alguien que estaba entrando en un lugar de su propia memoria al que durante muchos años había procurado no regresar.

—Eneko era distinto a nosotros —continuó—. No porque fuera más fuerte, aunque lo era, ni porque supiera manejar mejor una espada, aunque también era cierto. Era distinto porque veía

cosas que los demás no queríamos ver. Cuando llegaba un hombre desconocido, él no se preguntaba solamente qué quería hacer en la villa, sino quién podía haberlo enviado. Cuando desaparecía una mercancía en un camino, no pensaba solamente en un ladrón, sino en quién podía beneficiarse de que aquella mercancía no llegara a su destino. Y cuando comenzaron a aparecer hombres que preguntaban por la colina, Eneko comprendió antes que nosotros que no estaban interesados en nuestras casas ni en nuestras tierras.

—¿En qué estaban interesados?

Lope levantó los ojos.

—En lo que todavía no existía.

Martín no entendió.

—¿La ciudad?

—La ciudad.

Pronunció aquella palabra con una gravedad que hizo que pareciera algo mucho más grande que las casas y las murallas que Martín conocía.

—Eneko decía que algún día esta colina sería importante. No porque fuera la más alta ni porque tuviera las mejores tierras, sino porque desde aquí se podía dominar el paso entre los caminos del norte y del sur. Los hombres que controlaran esta colina podrían decidir quién entraba y quién salía, qué mercancías pasaban y cuáles no, quién podía comerciar y quién tendría que detenerse. Decía que cuando la villa creciera, otros hombres querrían gobernarla.

—¿Quiénes?

Lope tardó en contestar.

—Hombres que todavía no conocíamos.

Martín recordó entonces las palabras de Bernat: *La ciudad está creciendo demasiado deprisa*. Comprendió que quizá aquella frase no hablaba solamente del número de casas o de personas, sino de algo más profundo, de la transformación de la villa en un lugar que empezaba a atraer intereses que hasta entonces habían permanecido lejos.

—¿Y qué descubrió Eneko?

Lope miró de nuevo hacia el fuego.

—Una noche encontramos un hombre muerto junto al camino.

Martín sintió que la historia se acercaba al presente.

—¿Como el campesino de hoy?

—No. Aquel hombre no era de aquí. Llevaba una bolsa con documentos y una pequeña pieza de metal.

—¿El medallón?

Lope asintió.

—El mismo.

Martín sintió que se le helaban las manos.

—¿Y qué había en los documentos?

Su padre permaneció en silencio.

—Una lista de nombres.

La palabra pareció quedar suspendida entre ambos.

—¿Los cuatro nombres?

—Había más.

Martín recordó el medallón que había visto aquella noche y comprendió que los cuatro nombres grabados en él no eran una lista completa, sino una parte de algo mucho mayor.

—¿Qué nombres eran?

—Personas de la villa.

Martín sintió una inquietud más profunda que todas las anteriores.

—¿Personas que estaban ayudando a aquellos hombres?

—Algunas sí. Otras no.

—Entonces, ¿por qué estaban en la lista?

Lope bajó la voz.

—Porque alguien había decidido quién debía ser comprado, quién debía ser vigilado y quién debía desaparecer.

Durante unos instantes Martín no pudo decir nada. El fuego crepitó entre ellos y una pequeña chispa ascendió por la chimenea.

—¿Desaparecer?

—Eneko creía que querían tomar la villa sin necesidad de atacarla. Decía que era más fácil conseguir una ciudad cuando sus habitantes empezaban a obedecer antes de saber que estaban obedeciendo. Algunos recibirían dinero, otros promesas y otros amenazas. Algunos hombres serían apartados del camino y otros ocuparían su lugar. La violencia sería necesaria solamente cuando todo lo demás hubiera fracasado.

Martín recordó las palabras de Amunia: *Eneko descubrió algo que no debía haber descubierto.*

—¿Y qué hicisteis con la lista?

Lope no respondió.

Martín comprendió entonces que aquella era la pregunta que su padre había estado evitando desde el principio.

—¿Qué hicisteis?

—La escondimos.

—¿Dónde?

Lope lo miró.

—En un lugar que nadie pudiera encontrar.

—Pero la encontraron.

—Eso creíamos.

—Entonces alguien sabía dónde estaba.

Lope asintió lentamente.

—O alguien de nosotros habló.

La última frase quedó en el aire. Martín pensó en Bernat, en los dos hombres desconocidos del bosque y en los cuatro nombres que había visto grabados en el medallón. Por primera vez comprendió que el peligro no venía solamente de los hombres que podían estar escondidos entre los árboles. Quizá también podía encontrarse dentro de la propia villa, entre aquellos que trabajaban, comerciaban, construían las murallas y hablaban cada día con sus vecinos.

—¿Quién traicionó a Eneko?

Lope levantó la cabeza.

—No lo sabemos.

Pero Martín comprendió por su expresión que aquella respuesta no era completa.

Al día siguiente la villa despertó con una tensión que no había conocido hasta entonces. Los hombres hablaban en pequeños grupos y cuando alguien se acercaba dejaban de hacerlo. Los que trabajaban en la muralla miraban con frecuencia hacia el bosque y algunos habían colocado sus herramientas de tal manera que pudieran convertirse rápidamente en armas. El concejo había decidido mantener cerrada una de las puertas y reforzar la vigilancia durante la noche, pero aquellas medidas no tranquilizaban a nadie. La muerte del campesino había introducido una pregunta que nadie quería formular abiertamente: si alguien podía ser asesinado en el camino sin que nadie lo impidiera, ¿qué seguridad podían ofrecer las nuevas murallas?

Martín pasó buena parte de la mañana observando a los hombres que entraban y salían de la plaza. Buscaba en sus rostros algo que le permitiera reconocer a un traidor, aunque sabía que no tenía ninguna razón para sospechar de nadie. Entonces vio a Bernat. El herrero caminaba solo, con el rostro serio, y llevaba en una mano un pequeño saco. Martín estuvo a punto de acercarse, pero recordó la conversación del bosque y decidió seguirlo a distancia.

Bernat salió de la plaza y tomó uno de los caminos que descendían hacia las casas más antiguas. Martín lo siguió hasta una vivienda pequeña, situada cerca de la parte baja de la colina. El herrero llamó a la puerta y esperó. Una mujer abrió y lo dejó entrar. Martín se escondió detrás de una pared.

Pasó un rato.

Después escuchó voces.

No pudo distinguir las palabras, pero reconoció una de ellas.

Era la voz del hombre que había hablado en el bosque.

Martín sintió que el corazón volvía a acelerarse. Se acercó un poco más, hasta quedar junto a una ventana estrecha por la que apenas podía mirar. Dentro de la casa estaban Bernat y uno de los desconocidos. Sobre la mesa había un pequeño objeto envuelto en tela.

El desconocido habló.

—¿Dónde está Lope?

—No lo sé.

—Sabes dónde está.

—No.

—Entonces dile que han empezado a morir hombres.

Bernat permaneció callado.

—La próxima vez no será un campesino.

El hombre tomó el objeto de la mesa y comenzó a envolverlo de nuevo.

Martín no pudo ver qué era.

—Dile también que tenemos la lista.

Bernat levantó la cabeza.

—Eso no puede ser.

—Ya la tenemos.

El hombre salió de la casa.

Martín retrocedió rápidamente y se escondió detrás de la pared. Esperó a que el desconocido se alejara y después regresó hacia la parte alta de la villa. No sabía qué debía hacer, pero sí sabía una cosa: aquella misma noche tenía que hablar con su padre.

Y, por primera vez, comprendió que quizá Lope no estaba intentando protegerlo de los hombres del bosque, sino de la verdad que aquellos hombres traían consigo.

VI

Aquella noche Lope no encendió la lámpara. Permaneció sentado junto al fuego, con los codos apoyados sobre las rodillas y la mirada fija en las brasas, mientras Martín esperaba frente a él sin atreverse a interrumpirlo. Había algo en el silencio de su padre que le decía que esta vez no podía conformarse con una respuesta a medias. Las luces del bosque habían desaparecido hacía horas, pero nadie en la villa parecía dispuesto a dormir. De vez en cuando llegaban desde la muralla las voces de los hombres que vigilaban y, más abajo, el ruido de alguna puerta que se cerraba con cuidado. Lope parecía escuchar aquellos sonidos sin prestarles atención. Finalmente levantó la cabeza y miró a Martín.

—Quieres saber qué ocurrió con Eneko.

No era una pregunta.

—Sí.

Lope respiró profundamente.

—Entonces tendrás que escuchar hasta el final.

Martín asintió.

—Pero hay cosas que todavía no puedo contarte.

—¿Por qué?

—Porque no sé si contarlas te pondría en peligro.

Martín sintió una mezcla de impaciencia y temor.

—Ya estoy en peligro.

Lope lo miró durante un largo instante y, por primera vez, pareció aceptar que ya no podía mantenerlo al margen.

—Eneko murió hace veinte años —dijo—, pero no murió la noche que todos creen.

Martín frunció el ceño.

—Amunia dijo que lo mataron.

—Sí.

—Entonces...

—Lo mataron, pero antes de que ocurriera aquello hubo otra noche. Una noche que cambió todo.

Lope se levantó, se acercó a la mesa y abrió la bolsa donde guardaba el medallón. Lo sostuvo entre los dedos, pero no se lo entregó todavía.

—Eneko había descubierto quiénes estaban detrás de los hombres que llegaban al bosque. Durante semanas había seguido sus movimientos y había hablado con personas que nadie más se atrevía a interrogar. Descubrió que algunos comerciantes estaban en contacto con ellos y que también había hombres de la propia villa que les proporcionaban información. No todos lo hacían por dinero. Algunos tenían miedo. Otros pensaban que la llegada de aquellos hombres podía beneficiarles cuando la villa creciera. Y otros simplemente creían que era mejor obedecer antes de que alguien pudiera obligarlos.

—¿Y la lista?

—La lista contenía sus nombres.

Martín miró el medallón.

—Los cuatro nombres que están ahí.

—Esos cuatro eran los que Eneko consideraba más importantes.

—¿Quiénes eran?

Lope cerró la mano alrededor del medallón.

—Uno era un hombre que comerciaba con lana. Otro trabajaba para quienes dirigían las obras de la muralla. El tercero tenía relación con los caminos y los peajes. El cuarto...

Se detuvo.

—¿Quién?

—El cuarto era alguien que conocíamos bien.

Martín sintió que el silencio se hacía más pesado.

—¿Quién?

Lope no respondió.

—¿Era Bernat?

Su padre levantó los ojos.

—No.

Martín respiró aliviado, aunque no sabía por qué había pensado precisamente en él.

—Entonces, ¿quién?

Lope dejó el medallón sobre la mesa.

—Todavía no.

Martín se enfadó.

—Me has dicho que me contarías la verdad.

—Te he dicho que te contaría lo que puedo.

—Siempre haces lo mismo.

La expresión de Lope cambió.

—¿Qué quieres decir?

—Que todos sabéis algo y yo soy el único que no sabe nada. Amunia sabe. Bernat sabe. Los hombres del bosque saben. Tú sabes. Y mientras tanto yo tengo que escuchar historias como si fuera un niño.

Lope permaneció inmóvil. Después recogió el medallón.

—Eneko también decía eso.

Martín calló.

—¿Qué?

—Que los jóvenes debían saber la verdad. Decía que el silencio protegía durante un tiempo, pero que después se convertía en una forma de mentira.

Lope se acercó al fuego.

—Quizá tenía razón.

Por primera vez Martín sintió que su padre no estaba solamente recordando a Eneko, sino hablando con él a través de los años.

—La noche en que murió —continuó Lope—, Eneko había decidido llevar la lista fuera de la villa. Quería entregársela a alguien en quien confiaba y que pudiera hacer llegar los nombres a un hombre con autoridad suficiente para actuar contra quienes estaban detrás de todo aquello. Nosotros no sabíamos si conseguiría llegar hasta él.

—¿Y tú?

—Yo debía acompañarlo.

Martín lo miró sorprendido.

—¿Lo acompañaste?

Lope negó lentamente con la cabeza.

—No.

Aquella palabra salió de su boca con una dureza que parecía dirigida contra sí mismo.

—¿Por qué?

—Porque recibimos una advertencia.

—¿De quién?

—De uno de los hombres que formaban parte de nuestro grupo.

Martín recordó las palabras de Amunia y sintió que algo empezaba a encajar.

—¿Un traidor?

Lope tardó en responder.

—Alguien que tenía miedo.

—No es lo mismo.

—A veces sí.

Martín no dijo nada.

—Nos dijo que habían descubierto que Eneko tenía la lista. También dijo que sabían cuándo pensaba marcharse. Nos pidió que esperáramos. Dijo que si Eneko salía aquella noche lo matarían y que debíamos dejar que se marchara solo para que no sospecharan de los demás.

—Y le creíste.

Lope cerró los ojos.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque pensé que estaba intentando salvarnos.

La respuesta dejó a Martín sin palabras.

—¿Y qué ocurrió?

—Eneko salió solo.

Lope se quedó mirando las llamas.

—Lo vimos marcharse desde la sombra. Llevaba la bolsa con los documentos y el medallón. Sabíamos que estaba en peligro, pero también creíamos que, si lo seguíamos, pondríamos en peligro a todos los demás. Lo dejamos marchar.

—¿Y después?

—Después llegaron los hombres.

Martín imaginó el camino oscuro, los árboles y aquella misma noche que parecía repetirse veinte años más tarde.

—¿Lo mataron allí?

—No.

Martín levantó la cabeza.

Lope respiró lentamente.

—Eneko consiguió escapar.

Durante unos segundos ninguno de los dos habló.

—¿Entonces sobrevivió?

—Durante unas horas.

—¿Adónde fue?

—Volvió a la villa.

—¿Por qué?

Lope miró a su hijo.

—Porque había descubierto quién los había traicionado.

Martín sintió un escalofrío.

—¿Quién?

Lope no respondió.

—¿Era uno de vosotros?

—Sí.

—¿Quién?

Su padre se levantó.

—Eneko llegó herido a la villa antes del amanecer. Vino hasta aquí.

Martín miró alrededor.

—¿Aquí?

—En esta casa.

Martín sintió que el lugar se hacía de repente extraño, como si las paredes hubieran guardado durante todos aquellos años una historia que él nunca había sospechado.

—¿Qué te dijo?

Lope permaneció de espaldas a él.

—Me dijo que no confiara en nadie.

—¿Y después?

—Me entregó el medallón.

Martín comprendió entonces por qué su padre lo había conservado durante tantos años.

—¿Y la lista?

Lope se volvió.

—La tenía él.

—¿Dónde está?

—Eso es lo que nunca llegamos a saber.

Martín recordó inmediatamente las palabras del hombre que había hablado con Bernat.

Tenemos la lista.

—Pero ellos dicen que la tienen.

—Sí.

—Entonces la encontraron.

—O creen que la han encontrado.

Martín sintió que aquella diferencia podía ser importante.

—¿Qué ocurrió con Eneko?

Lope bajó la mirada.

—Murió aquella misma mañana.

—¿Aquí?

—No. En el bosque.

—Entonces, ¿por qué volvió?

Lope permaneció en silencio.

—Porque sabía que iba a morir —dijo finalmente— y quería asegurarse de que alguien conservara la memoria de lo ocurrido.

Martín sintió que aquellas palabras pesaban más que cualquier otra cosa que hubiera escuchado aquella noche.

—¿Y tú?

—Yo prometí que no hablaría.

—¿A quién?

—A Eneko.

—¿Por qué?

Lope miró el medallón.

—Porque me pidió que esperara.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que la ciudad fuera lo bastante fuerte para defenderse por sí misma.

Martín pensó en las murallas que estaban levantando alrededor de la colina, en las casas nuevas y en los hombres que llegaban cada semana.

—¿Creía que algún día volverían?

—Sí.

—¿Y han vuelto ahora?

Lope asintió.

—Porque la ciudad ya es lo bastante importante para ellos.

Martín se levantó lentamente.

—Entonces todo esto está ocurriendo por la ciudad.

—No solamente por la ciudad.

Lope abrió la mano y dejó que el medallón descansara sobre su palma.

—Está ocurriendo por lo que Eneko descubrió sobre quienes querían apoderarse de ella.

A la mañana siguiente Martín volvió a buscar a Amunia. La encontró fuera de su casa, recogiendo unas hierbas que había dejado secar sobre una tela. Cuando lo vio, no pareció sorprendida.

—Tu padre ha hablado contigo.

Martín se detuvo.

—¿Cómo lo sabes?

Amunia sonrió.

—Porque tienes la misma mirada que tenía él cuando era joven.

Martín se sentó junto a ella.

—Eneko no murió cuando todos dicen.

Amunia dejó de mover las manos.

—No.

—Volvió a la villa.

—Sí.

—Y estuvo en casa de mi padre.

La anciana permaneció unos segundos en silencio.

—Entonces Lope te ha contado más de lo que esperaba.

—Quiero saber el resto.

Amunia levantó la mirada hacia la colina.

—El resto no lo sé.

—Pero tú estabas allí.

—No aquella noche.

—Entonces, ¿quién estaba?

Amunia tardó en responder.

—Una mujer.

Martín sintió que aquella palabra abría una puerta nueva.

—¿Quién?

La anciana lo miró fijamente.

—Se llamaba Garazi.

Martín repitió el nombre en voz baja.

—Garazi.

—Era hermana de Eneko.

—¿Sigue viva?

Amunia negó con la cabeza.

—Murió hace muchos años.

—¿Y qué sabía?

Amunia bajó la voz.

—Sabía quién era el hombre que había traicionado a Eneko.

Martín se quedó inmóvil.

—¿Quién?

Amunia no respondió.

—¿Lo sabes?

—Sí.

—Entonces dímelo.

La anciana sostuvo su mirada.

—No.

Martín sintió frustración.

—¿Por qué?

—Porque si Lope ha guardado silencio durante veinte años, será porque todavía existe una razón para hacerlo.

—Pero Eneko está muerto.

—Eneko sí.

Amunia recogió lentamente las hierbas.

—Pero los hombres que lo mataron no.

Martín comprendió entonces que el pasado no había regresado solamente porque alguien hubiera encontrado una lista antigua. Había regresado porque las personas que habían participado en aquella historia seguían teniendo algo que perder.

—¿Dónde puedo encontrar a Garazi?

Amunia lo miró con tristeza.

—No puedes.

—¿Por qué?

—Porque está muerta.

Martín permaneció en silencio.

Entonces Amunia añadió:

—Pero dejó algo.

—¿Qué?

La anciana señaló hacia la parte baja de la colina.

—Una casa.

Martín siguió la dirección de su mirada.

—¿Y qué hay allí?

Amunia tardó unos segundos en responder.

—Lo que Eneko dejó antes de morir.

Aquella tarde Martín esperó hasta que comenzó a oscurecer. No dijo nada a su padre. Bajó solo por las calles de la villa y siguió el camino que Amunia le había indicado. La casa de Garazi estaba casi abandonada, apartada de las demás, junto a un pequeño huerto que nadie parecía cuidar. La puerta estaba cerrada, pero no tenía cerradura.

Martín empujó.

La madera cedió.

Dentro olía a polvo, humedad y madera vieja. La luz del atardecer entraba por una ventana estrecha y dibujaba una franja sobre el suelo. Martín avanzó despacio, sin saber qué buscaba. Encontró una mesa, una cama vacía y algunos recipientes cubiertos de polvo. No parecía haber nada que pudiera explicar una historia ocurrida veinte años atrás.

Entonces vio una piedra diferente en la pared.

Se acercó.

La piedra estaba ligeramente desplazada.

Martín la tocó y descubrió que podía moverse.

Detrás había un pequeño hueco.

Dentro había una pieza de tela y, envuelto en ella, un objeto de metal.

Martín lo sacó.

Era una pequeña placa.

En ella había una inscripción.

No eran cuatro nombres.

Era uno solo.

Martín acercó el objeto a la luz.

Y leyó:

Lope.

Se quedó inmóvil.

Durante unos segundos no pudo respirar.

Entonces comprendió que la historia que su padre acababa de contarle todavía tenía una parte que Lope había decidido ocultar.

Y que Eneko, antes de morir, había dejado aquella última palabra para que algún día alguien pudiera encontrarla.

VII

Martín regresó a casa cuando la noche había cerrado ya las calles de la villa y apenas quedaban luces encendidas en las ventanas. Caminó deprisa al principio, con la placa escondida bajo la ropa, pero a medida que se acercaba a la casa de su padre fue reduciendo el paso, porque la certeza de que llevaba consigo algo que podía cambiar cuanto había creído saber durante los últimos días comenzó a pesarle más que el propio objeto. No era una placa grande ni especialmente valiosa; cabía en la palma de la mano y el metal estaba oscurecido por los años, pero aquellas cinco letras grabadas en su superficie parecían tener un peso desproporcionado, como si no fueran solamente un nombre sino una pregunta que alguien hubiera esperado durante veinte años para formular. Lope estaba sentado junto al fuego cuando Martín entró. No levantó inmediatamente la cabeza. Parecía cansado, aunque en los últimos días Martín había aprendido a desconfiar de las apariencias de su padre, porque debajo de aquella quietud había siempre algo que se movía, una preocupación que nunca terminaba de mostrarse del todo. Martín cerró la puerta, se quedó unos instantes de espaldas a ella y observó a Lope. Pensó en entregarle la placa sin decir nada, pero finalmente comprendió que si lo hacía le estaría dando a su padre la posibilidad de escoger las palabras antes de enfrentarse a la verdad.

—He estado en la casa de Garazi.

Lope levantó la cabeza.

No preguntó qué había encontrado.

Aquello fue suficiente para que Martín sintiera un frío lento recorrerle el cuerpo.

—¿Cómo sabías que iba a ir allí?

Lope permaneció en silencio.

—Amunia me habló de ella.

—Ya lo sé.

—Me dijo que Garazi sabía quién había traicionado a Eneko.

El rostro de Lope cambió apenas, pero Martín lo vio. Fue solamente un movimiento casi imperceptible de los ojos, una contracción fugaz alrededor de la boca, pero bastó para que comprendiera que aquella mujer seguía teniendo un lugar en la memoria de su padre.

—Garazi murió hace muchos años —dijo Lope.

—Pero dejó algo.

Entonces Martín sacó la placa y la puso sobre la mesa.

Lope no la tocó.

Durante unos segundos miró el metal como si contemplara algo que había esperado durante mucho tiempo y, al mismo tiempo, hubiera deseado no volver a ver jamás. Después apartó los ojos y volvió a mirar el fuego.

—¿Dónde la encontraste?

—En la pared.

—¿Quién te dijo que buscaras allí?

—Amunia.

Lope asintió lentamente.

—Entonces ha llegado el momento.

Martín sintió que aquellas palabras no respondían a su pregunta, sino que confirmaban algo mucho más inquietante: su

padre había sabido que aquella placa existía y quizá había sabido también que algún día Martín terminaría encontrándola.

—¿Qué significa tu nombre?

Lope tardó en contestar.

—Depende de quién lo haya escrito.

Martín frunció el ceño.

—¿No es tu nombre?

—Sí.

—Entonces ¿qué significa?

Lope se levantó y se acercó a la mesa. Tomó la placa entre los dedos y la observó bajo la luz de la lámpara. La giró lentamente, examinando los bordes, la superficie gastada y las pequeñas marcas que el tiempo había dejado sobre el metal.

—Eneko no sabía escribir —dijo Martín.

—Sabía leer algunas cosas.

—¿Entonces fue él quien escribió esto?

Lope negó con la cabeza.

—No.

—¿Garazi?

—Tampoco.

Martín esperó.

—Entonces, ¿quién?

Lope dejó la placa sobre la mesa.

—Eso es lo primero que debes comprender. En aquella época, un nombre escrito podía ser una acusación, una señal o una forma de recordar. No siempre significaba lo que parece.

Martín sintió que la impaciencia volvía a crecer dentro de él.

—Pero estaba escondida en la casa de Garazi.

—Sí.

—Y lleva tu nombre.

—Sí.

—Entonces alguien quería que encontraras a Lope.

Su padre lo miró fijamente.

—No necesariamente.

—¿Qué quieres decir?

Lope volvió a sentarse.

—Garazi sabía que Eneko estaba en peligro. Sabía que había personas dentro de la villa que estaban ayudando a los hombres que querían controlar la colina. Sabía que algunos de ellos eran hombres a los que todos conocíamos y saludábamos cada día. Y sabía también que Eneko había dejado algo en mis manos.

Martín se inclinó hacia él.

—¿La lista?

Lope negó lentamente.

—No.

La respuesta lo desconcertó.

—Entonces, ¿qué?

—Una promesa.

Martín guardó silencio.

Lope continuó:

—Cuando Eneko volvió aquella madrugada, después de escapar de los hombres que lo perseguían, estaba herido. Había perdido mucha sangre y apenas podía mantenerse en pie. Llegó hasta esta casa antes de que amaneciera y yo lo encontré junto a la puerta. Pensé que iba a morir allí mismo. Lo llevé dentro y traté de curarlo, pero él apenas prestaba atención a sus heridas. Solo quería hablar.

Martín escuchaba inmóvil.

—Me dijo que había descubierto quién nos había traicionado, pero que todavía no podía decirme el nombre.

—¿Por qué?

—Porque estaba convencido de que alguien nos observaba.

—¿Aquí?

Lope asintió.

—En todas partes.

—¿Y tú le creíste?

—Después de aquella noche, aprendí a creerle.

El fuego crepitó.

—Entonces te entregó el medallón.

—Sí.

—¿Y qué más?

Lope permaneció callado.

Martín comprendió que había llegado el momento que su padre llevaba evitando desde el principio.

—¿Qué más te entregó?

Lope levantó los ojos.

—La certeza de que yo había cometido un error.

—¿Cuál?

—Dejarlo marchar solo.

Aquellas palabras quedaron entre ambos durante unos instantes. Martín recordó la confesión de su padre y comprendió que todavía había algo que no había terminado de entender.

—Tú no lo traicionaste.

—No.

—Pero él pensaba que habías cometido un error.

—Yo lo pienso.

—¿Y él?

Lope bajó la mirada.

—Eneko me perdonó.

Martín no esperaba aquella respuesta.

—¿Te perdonó?

—Sí.

—Entonces ¿por qué la placa lleva tu nombre?

Lope levantó lentamente la cabeza.

—Porque después de que Eneko muriera, Garazi vino a verme.

Martín sintió que el corazón comenzaba a latirle más deprisa.

—¿Cuándo?

—Dos días después.

—¿Qué quería?

—Saber si Eneko había estado aquí.

—¿Y se lo dijiste?

—Sí.

—¿Qué más?

Lope miró la placa.

—Me preguntó si Eneko había dejado algo.

Martín sintió que el silencio se cerraba alrededor de ellos.

—¿Y tú?

—Le dije que no.

—Pero había dejado el medallón.

—Eso era distinto.

—¿Por qué?

Lope se quedó callado durante un largo momento.

—Porque el medallón no era lo que Garazi buscaba.

—¿Qué buscaba?

Lope se levantó y caminó hasta la puerta. Permaneció allí, mirando hacia la calle oscura.

—La lista.

Martín sintió que todo volvía a encajar y, al mismo tiempo, que el misterio se hacía mayor.

—¿Garazi sabía dónde estaba?

—Eso creo.

—¿Y tú?

Lope no respondió.

—¿Tú sabías dónde estaba?

—No.

Martín lo miró fijamente.

—No te creo.

Lope volvió la cabeza.

—Y haces bien.

La frase cayó sobre la habitación con una fuerza inesperada. Martín permaneció inmóvil.

—¿Entonces sí lo sabes?

—Sé dónde no está.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que puedo darte.

Martín tomó la placa.

—¿Qué significa entonces tu nombre?

Lope miró el objeto.

—Significa que Garazi quería que yo recordara algo.

—¿Qué?

—Que la historia de Eneko no terminó cuando murió.

Martín sintió que aquella respuesta era insuficiente.

—¿Y qué tiene que ver eso con la lista?

Lope volvió a sentarse.

—Todo.

Durante unos momentos permaneció callado. Después comenzó a hablar con una lentitud que hizo que Martín comprendiera que estaba entrando en una parte de la historia que su padre había mantenido cerrada durante veinte años.

—Cuando Eneko volvió aquella madrugada, me dijo que la lista no era solamente una relación de nombres. Había algo más. Al lado de algunos nombres había signos. Marcas pequeñas, hechas por la persona que había preparado el documento. Eneko había descubierto que aquellas marcas indicaban qué debía ocurrir con cada persona. Algunos debían ser convencidos. Otros vigilados. Otros comprados. Y junto a algunos nombres había una marca distinta.

—¿Qué marca?

—Una cruz.

Martín sintió un escalofrío.

—¿Los que tenían una cruz debían morir?

Lope asintió.

—O desaparecer.

—¿Y quiénes eran?

—Eso es lo que Eneko quería averiguar.

—Pero tú dijiste que la lista tenía los nombres de personas de la villa.

—Sí.

—¿También el tuyo?

Lope no respondió.

Martín comprendió entonces algo que hasta aquel momento no había considerado.

—¿Tu nombre estaba en la lista?

Lope levantó la mirada.

—No.

Martín esperó.

—Pero había otro nombre que podía llevar hasta mí.

—¿Cuál?

Lope no contestó.

Martín se puso en pie.

—¿Era el cuarto nombre del medallón?

Por primera vez, Lope pareció verdaderamente preocupado.

—No vuelvas a hablar de ese nombre.

—¿Por qué?

—Porque todavía hay hombres que lo recuerdan.

Martín sintió que la habitación se hacía más pequeña.

—¿Está vivo?

Lope permaneció en silencio.

—¿Está vivo?

Finalmente respondió:

—No lo sé.

La respuesta fue peor que una afirmación.

Aquella noche Martín no volvió a dormir. Permaneció junto a la ventana hasta mucho después de que el fuego se hubiera apagado, contemplando las luces de la muralla y las sombras de los hombres que vigilaban. En algún momento vio a dos figuras cruzar la plaza y desaparecer por una calle estrecha. Una de ellas llevaba una lámpara cubierta con la mano para que apenas pudiera verse la luz. Martín pensó en la placa escondida bajo su ropa y en las palabras de Lope. Pensó también en Eneko, en Garazi y en aquella lista que parecía haber sobrevivido a todos los hombres que habían intentado destruirla.

Pero había algo que no dejaba de inquietarlo.

Si Garazi había escondido la placa para que Lope recordara algo, ¿por qué había dejado que permaneciera allí durante tantos años?

Y si Eneko había querido que la verdad sobreviviera, ¿por qué había confiado precisamente en el hombre que había decidido no acompañarlo aquella noche?

La respuesta llegó poco antes del amanecer.

No llegó de Lope.

Llegó del bosque.

Martín estaba todavía despierto cuando escuchó tres golpes en la puerta.

No eran fuertes.

Eran pausados.

Tres golpes.

Una espera.

Otros dos.

Martín se levantó.

Lope también.

Los dos se miraron.

—¿Esperabas a alguien? —preguntó Martín.

Lope negó con la cabeza.

Después tomó la espada.

Los golpes volvieron a sonar.

Esta vez, antes de que Lope pudiera acercarse a la puerta, una voz habló desde el exterior.

—Lope.

Martín sintió que se le helaba la sangre.

La voz era de un hombre.

Pero no era una voz desconocida.

La había escuchado antes.

En el bosque.

Lope permaneció inmóvil.

—No abras —dijo.

Martín miró a su padre.

—¿Quién es?

Lope no respondió.

Desde fuera volvió a escucharse la voz.

—Sabemos que Eneko habló contigo.

Lope apretó la mano alrededor de la espada.

—Y sabemos que Garazi dejó algo.

Martín miró la placa.

Por primera vez comprendió que quizá no era solamente él quien había descubierto el secreto.

Alguien más llevaba veinte años esperando encontrarlo.

VIII

La voz permaneció al otro lado de la puerta durante unos instantes que parecieron mucho más largos de lo que realmente fueron, y Martín comprendió que en aquella casa, donde durante toda su vida había aprendido a distinguir el sonido de los pasos de su padre, el crujido de la madera bajo el peso de un vecino o el rumor del viento que descendía de la colina, había aparecido de pronto un sonido nuevo: el de un hombre que no pertenecía a la casa, pero que hablaba como si tuviera derecho a entrar en ella. Lope seguía junto a la puerta con la espada en la mano, sin acercarse todavía al cerrojo, y Martín pudo ver cómo su rostro había perdido aquella expresión de cansancio que había llevado durante los últimos días. Ahora parecía más viejo, no porque hubiera envejecido de repente, sino porque la memoria que acababa de regresar a la habitación parecía haberle quitado de encima los años que le habían permitido fingir que algunas cosas estaban enterradas. Desde fuera, el hombre volvió a pronunciar su nombre.

—Lope.

Esta vez no había amenaza en la voz. Había algo peor: seguridad.

Lope miró a Martín y levantó un dedo para pedirle silencio. Después se acercó despacio a una pequeña abertura de la madera y observó la calle. Todavía no había amanecido por completo. Las casas permanecían sumidas en la penumbra y, más allá de los tejados, la silueta de la colina empezaba a dibujarse contra un cielo gris, mientras las primeras luces aparecían en algunos hogares de la villa. Martín pensó que, a aquella misma hora, veinte años atrás, Eneko había regresado herido a aquella casa con el medallón entre las manos, y sintió que la distancia

entre aquel hombre y él, entre aquella noche y la que ahora estaban viviendo, se había reducido hasta casi desaparecer.

—¿Cuántos sois? —preguntó Lope.

Hubo un silencio al otro lado.

—Los suficientes.

Lope cerró los ojos durante un instante.

—¿Qué queréis?

—Hablar.

—Entonces hablad desde ahí.

El hombre soltó una breve risa.

—Sigues desconfiando de todos.

—Eso me ha mantenido vivo.

—A Eneko no.

Martín vio cómo la mano de su padre se cerraba alrededor de la espada.

—No pronunciéis ese nombre.

—Ya lo hemos pronunciado antes que tú —respondió el desconocido—. Y seguiremos haciéndolo mientras no aparezca lo que dejó.

Martín sintió que el cuerpo entero se le tensaba. La placa estaba sobre la mesa, junto al fuego apagado, y durante un instante pensó que aquellos hombres podían verla incluso a través de las paredes, como si después de tantos años hubieran aprendido a reconocer el lugar exacto donde se escondía todo aquello que buscaban.

Entonces se escucharon otros pasos en la calle.

No eran los de un solo hombre.

Lope se apartó de la puerta y apagó la lámpara.

—Ahora sabes por qué no quería que encontraras la casa de Garazi —dijo en voz baja.

—No —respondió Martín—. Ahora sé que llevas veinte años esperando que esto ocurriera.

Lope lo miró.

No negó la acusación.

—Quizá sí.

Afuera, los hombres comenzaron a moverse. Martín escuchó el roce de unas botas contra la piedra, el murmullo de dos voces y después un ruido metálico que no podía confundirse con ninguna herramienta de trabajo. Espadas. La villa seguía dormida, pero aquellos hombres ya estaban despiertos y conocían sus calles. No habían llegado para perderse en ellas.

Lope hizo una señal a Martín para que lo siguiera hasta la parte trasera de la casa. Allí había una pequeña puerta que daba a un callejón estrecho, utilizado durante el día por quienes llevaban animales, leña o agua de una casa a otra. Lope abrió con cuidado y ambos salieron a la oscuridad. Martín miró hacia atrás antes de cerrar y vio, durante un instante, la placa sobre la mesa, iluminada débilmente por las brasas. Pensó en llevársela, pero Lope le sujetó el brazo.

—Déjala.

—¿Por qué?

—Porque si nos buscan a nosotros, creerán que lo que quieren sigue aquí.

—¿Y si entran?

—Entonces tendrán que encontrarlo.

Martín comprendió que su padre estaba haciendo algo más que esconder un objeto. Estaba preparando una mentira.

Caminaron por el callejón sin hablar y llegaron hasta una pequeña abertura entre dos casas desde la que podía verse parte de la villa. La luz del amanecer comenzaba a extenderse sobre los tejados y, en la parte alta de la colina, las primeras construcciones destacaban todavía oscuras contra el cielo. Martín había contemplado aquel lugar desde niño y siempre le había parecido pequeño, casi insignificante cuando lo comparaba con las historias que llegaban de tierras lejanas, pero aquella mañana lo vio de otra manera. No era grande, precisamente por eso resultaba tan fácil defenderlo y tan difícil abandonarlo. Desde aquella altura podían vigilarse los caminos, distinguir a quien se acercaba desde las tierras del interior y observar el movimiento de quienes atravesaban la llanura. La colina no era solamente el lugar donde estaban sus casas. Era una puerta.

—¿Qué está pasando? —preguntó Martín.

Lope tardó en contestar.

—Gasteiz está cambiando.

—Eso ya lo sé.

—No. Todavía no lo sabes.

Lope señaló hacia el camino que se alejaba de la villa.

—Mira.

Al principio Martín no vio nada. Después distinguió una pequeña columna de hombres que avanzaba lentamente. No eran campesinos. Tampoco parecían comerciantes. Llevaban armas y algunos montaban a caballo. Delante de ellos marchaba

un hombre con una enseña que Martín no podía distinguir desde aquella distancia.

—¿Quiénes son?

—Hombres del rey.

Martín volvió la cabeza.

—¿Del rey de Navarra?

Lope asintió.

—Han venido antes de lo que esperaba.

Aquellas palabras quedaron suspendidas entre los dos.

Martín observó de nuevo a los hombres. Había algo extraño en la forma en que se aproximaban, algo que no se parecía a una visita ni a una escolta. Avanzaban como quienes ya conocen el lugar al que se dirigen y no necesitan preguntar a nadie dónde están las puertas, los caminos o las casas de quienes mandan.

—¿Van a quedarse?

—Eso es lo que todavía no sabemos.

—Pero tú sí sabes por qué han venido.

Lope miró la colina.

—Han comprendido lo mismo que comprendieron los hombres que mataron a Eneko.

—La colina.

—La colina y el camino.

Martín permaneció callado. Había oído aquella frase muchas veces durante los últimos días, pero ahora empezaba a comprender su verdadero alcance. El camino que atravesaba

aquellas tierras no era solamente una senda por la que pasaban comerciantes y viajeros. Por él circulaban noticias, hierro, sal, animales, dinero, soldados y órdenes. Quien controlara aquel paso podía saber quién entraba y quién salía, qué mercancías llevaba cada caravana y cuánto tiempo tardaba en llegar desde un territorio hasta otro. Y si además controlaba la altura desde la que podía vigilarse la llanura, la pequeña villa dejaba de ser pequeña a los ojos de quienes gobernaban tierras mucho más extensas.

—Entonces todo esto empezó antes de que Eneko muriera.

—Mucho antes.

—¿Y los hombres del bosque?

Lope no respondió inmediatamente.

—Algunos trabajan para quienes quieren controlar los caminos. Otros trabajan para quienes quieren impedir que los controlen. Y algunos quizá ni siquiera sepan para quién trabajan.

Martín sintió una inquietud nueva.

—¿Y Navarra?

Lope lo miró.

—Navarra también quiere Gasteiz.

No dijo más.

No hacía falta.

Martín comprendió entonces algo que nadie le había explicado nunca. Hasta aquel momento había pensado que los hombres que llegaban desde el bosque eran el enemigo, y que quienes defendían la villa eran los hombres que estaban de su lado. Ahora empezaba a entender que las cosas podían ser

mucho más complicadas. Unos hombres podían venir para conquistar, otros para defenderse de ellos y otros para aprovechar la lucha. La villa podía ser una casa para sus moradores y, al mismo tiempo, una pieza de un tablero que ellos ni siquiera podían ver entero.

—¿Los navarros son también enemigos?

Lope bajó la mirada.

—Para quien vive aquí, cualquier hombre armado que llega desde fuera puede ser un enemigo hasta que demuestra lo contrario.

Martín pensó en aquella respuesta mientras observaba a los jinetes acercarse.

—Pero si vienen del reino...

—Del reino de Navarra —lo interrumpió Lope—. No confundas el nombre de un reino con el nombre de tu casa.

Aquella frase quedó grabada en Martín con una claridad que comprendería muchos años después.

Porque Gasteiz no había dejado de ser Gasteiz por aparecer ahora en los pensamientos de los reyes. Sus moradores seguían llamando a las mismas calles por los nombres que habían aprendido de sus padres, seguían reconociendo las mismas fuentes, los mismos caminos y los mismos lugares donde enterraban a sus muertos. Pero el mundo alrededor de ellos estaba cambiando. Una autoridad nueva empezaba a mirar hacia la colina, y con aquella mirada llegaban nuevas obligaciones, nuevas posibilidades y también nuevas formas de obediencia.

Los hombres que se acercaban a la villa no eran todavía dueños de sus casas, pero habían venido para convertir aquel lugar en algo diferente.

Martín volvió a pensar en Eneko.

—¿Él sabía que esto iba a ocurrir?

Lope respondió sin apartar la mirada del camino.

—Sí.

—¿Y la lista tenía que ver con eso?

—En parte.

—¿Qué parte?

Lope respiró profundamente.

—Eneko descubrió que algunos hombres de la villa estaban dispuestos a entregar información a quienes querían controlar los caminos. Pero también descubrió algo más.

—¿Qué?

—Que no todos lo hacían por dinero.

Martín esperó.

—Algunos pensaban que Gasteiz debía aceptar el nuevo poder porque creían que así estaría más segura. Otros pensaban que la llegada de Navarra significaría prosperidad. Otros temían perder lo poco que tenían. Y algunos comprendieron que podían ganar mucho si elegían el bando adecuado.

—Entonces no había un solo enemigo.

—Nunca lo hubo.

Martín miró nuevamente hacia la villa. En las primeras casas comenzaban a abrirse las puertas. Una mujer salió con un cántaro. Un hombre condujo dos animales hacia el camino. Un niño apareció corriendo detrás de él. La vida cotidiana empezaba a despertar sin saber que, a poca distancia, hombres armados estaban decidiendo el futuro de aquella misma comunidad.

Lope apoyó una mano sobre el hombro de su hijo.

—Ahora escucha bien lo que voy a decirte. Lo que le ocurrió a Eneko no fue solamente una traición entre hombres. Fue el principio de algo mucho mayor. Y si quieres saber quién lo mató, tendrás que descubrir primero quién quería que Gasteiz cambiara.

Martín volvió la cabeza.

—¿Y tú lo sabes?

Lope negó lentamente.

—Sé quiénes tenían miedo de ese cambio.

—¿Quiénes?

Su padre miró hacia la colina.

—Los que tenían algo que perder.

En ese momento sonó una campana.

Una sola vez.

Después otra.

Los hombres del camino habían llegado a las primeras casas de Gasteiz.

Y mientras la villa comenzaba a despertar, Martín comprendió que la muerte de Eneko pertenecía a una historia mucho más antigua que la de dos hombres enfrentados en el bosque. Pertenecía a la historia de una tierra que estaba siendo reclamada, de una villa que comenzaba a adquirir un valor que sus propios habitantes todavía no comprendían y de una colina que, por primera vez, empezaba a ser mirada desde fuera como una posición que debía ser poseída.

Aquella mañana, sin embargo, nadie preguntó a los hombres que llegaban de quién era realmente Gasteiz.

Todavía no.

Porque antes de que los reyes escribieran sus nombres sobre la tierra, la tierra ya tenía los nombres de quienes habían vivido en ella.

Y entre esos nombres estaba el de Eneko.

IX

Lope sacó el pergamino del escondite y se lo entregó.

—Es de tu padre.

Martín lo tomó sin decir nada. El cuero estaba frío y olía ligeramente a humo. Durante unos instantes se limitó a contemplarlo, incapaz de decidirse a romper el hilo que lo mantenía cerrado. Había imaginado muchas veces que algún día encontraría algo perteneciente a su padre, una carta, una herramienta, cualquier objeto que le permitiera reconstruir al hombre que había desaparecido de su vida. Pero ahora que aquel pedazo de pergamino estaba entre sus manos, sintió más miedo que alivio.

—Ábrelo —dijo Lope.

Martín comenzó a deshacer el nudo.

Entonces se oyó un caballo.

Muy lejos.

Los dos levantaron la cabeza.

El sonido llegó apagado por la pendiente: un golpe de herradura, después otro, luego el silencio. Martín esperó. Durante unos segundos no se oyó nada más.

—Quizá sea un vecino —dijo.

Lope negó lentamente.

—No.

—¿Cómo lo sabes?

—Un vecino no viene por ese camino a estas horas.

Martín volvió a mirar hacia la puerta.

Esperaron.

Esta vez llegaron varios golpes de cascós. No eran rápidos. Los caballos avanzaban despacio, como si quienes los montaban no tuvieran ninguna prisa.

Lope se acercó a la ventana y levantó apenas un extremo de la tela.

—¿Los ves?

Martín se aproximó.

Desde allí apenas podía distinguir el camino que bajaba hacia las casas. La niebla comenzaba a despejarse, pero todavía quedaban jirones blancos entre los árboles.

Entonces apareció el primero.

Un jinete.

Después otro.

Y detrás de ellos, tres hombres a pie.

Martín sintió que se le secaba la boca.

—¿Son ellos?

Lope no respondió.

Los hombres habían detenido los caballos al final del camino. Ninguno hablaba. Uno desmontó y entregó las riendas a otro. Después levantó la cabeza y miró directamente hacia la casa.

Martín retrocedió de la ventana.

—Nos han encontrado.

—Todavía no.

—Nos están mirando.

—Eso no significa que sepan que estamos aquí.

—¿Entonces qué hacen?

Lope dejó caer la tela.

—Esperan.

Aquella palabra pesó más que cualquier grito.

Durante unos momentos no ocurrió nada. Los hombres permanecieron junto al camino, inmóviles. Ni siquiera parecían hablar entre ellos. Uno de los caballos golpeó el suelo con una pata y resopló.

Martín miró el pergamino.

—Tenemos que salir.

—Sí.

—¿Por dónde?

Lope señaló el suelo.

—Por debajo.

Martín frunció el ceño.

—¿Qué?

—Hay una salida detrás del hogar.

Antes de que pudiera explicarlo, algo llamó la atención de ambos.

Una puerta se cerró en la casa de enfrente.

Después otra.

Y otra.

En cuestión de segundos, las calles quedaron extrañamente silenciosas.

Martín comprendió.

Los vecinos habían visto a los hombres.

Y estaban escondiéndose.

Lope se dirigió al hogar.

—Ahora saben que alguien está dentro.

—¿Cómo?

—Porque han dejado de moverse.

Martín volvió a mirar por la ventana.

Los jinetes seguían allí.

Pero ya no eran cinco.

Había aparecido otro hombre en lo alto del camino.

Luego otro.

El último llevaba una capa oscura y desmontó sin apartar los ojos de la casa.

Lope se quedó quieto.

—Ese —murmuró.

Martín lo miró.

—¿Quién es?

Lope tardó en responder.

—El hombre que vino a buscar a tu padre.

Un golpe seco resonó en la calle.

No era en aquella puerta.

Era en la casa de al lado.

Después otro.

Y otro.

Los hombres estaban registrando las casas una por una.

Martín apretó el pergamino contra el pecho.

—Van a llegar aquí.

Lope apartó las cenizas del hogar.

Debajo apareció una pequeña losa.

—Por eso tenemos que irnos antes.

Otro golpe.

Más cerca.

Martín miró la puerta.

Otro.

Más fuerte.

Ya estaban en la casa contigua.

Lope levantó la losa y descubrió un hueco oscuro bajo el suelo.

—Entra.

Martín no se movió.

—¿Y tú?

Lope lo miró fijamente.

—Yo iré detrás.

—No me estás diciendo la verdad.

Por primera vez, Lope sonrió.

—Ahora sí estás aprendiendo.

El golpe siguiente hizo temblar la puerta.

Martín se agachó y comenzó a introducirse en el hueco.

Antes de desaparecer, miró una última vez hacia Lope.

—¿Qué hay en el pergamino?

Lope apagó la última llama del hogar.

—Eso tendrás que descubrirlo tú.

Y cerró la losa.

Un instante después, llamaron a la puerta de Aritza.

X

La noche había caído sobre Gasteiz mucho antes de que Martín pudiera distinguir las primeras luces al otro lado de la muralla. El aire llegaba frío y cargado de humedad, y en algún punto de la calle un perro ladró una sola vez, como si hubiera percibido algo que los hombres todavía no alcanzaban a escuchar. Lope permanecía junto a la pequeña abertura que daba al exterior, inmóvil, con una mano apoyada en la piedra y la otra cerrada sobre el pergamino que Martín le había visto esconder poco antes. Aritza estaba sentado cerca del fuego, aunque apenas quedaban brasas, y parecía más atento a los silencios que a cualquier ruido concreto. Martín, en cambio, no conseguía apartar de su pensamiento aquello que había descubierto durante las últimas horas: la salida antigua, la marca en la piedra y, sobre todo, la certeza de que Lope conocía aquel lugar desde mucho antes de haberle hablado de él.

—Vendrán por la puerta —dijo finalmente Lope.

Martín levantó la mirada y lo observó durante unos instantes antes de preguntarle cómo podía estar tan seguro. Lope tardó en responder, como si estuviera buscando una forma de decir la verdad sin revelar más de lo necesario.

—Porque es lo que haría cualquiera que quisiera registrar una casa sin levantar sospechas.

—Entonces no vienen por nosotros.

Lope se volvió lentamente hacia él.

—No he dicho eso.

Aritza dejó escapar una respiración larga y se incorporó, acercándose un poco al fuego apagado.

—Si vienen buscando a alguien, todavía no sabemos a quién.

Martín miró a uno y otro. Había empezado a comprender que entre aquellos dos hombres existía un conocimiento antiguo, hecho de silencios y de cosas que ninguno de los dos necesitaba explicar al otro. Lo que no comprendía era por qué lo habían dejado entrar en aquella historia y, sobre todo, por qué seguían ocultándole aquello que parecía estar relacionado con el pergamino.

—Quiero saber qué dice.

Lope bajó la mirada hacia el pequeño rollo que tenía en la mano.

—Ya sabes bastante.

—No. Sé que existe una salida que no aparece en ninguna parte, sé que tú la conocías y sé que hay hombres registrando las casas de la colina. También sé que llevas ese pergamino como si de él dependiera algo más que tu propia vida, pero no sé qué está pasando ni por qué todos parecéis saber algo que yo desconozco.

La respuesta de Lope se perdió en el silencio. Fuera, el viento había cambiado y llegaba desde la parte baja de la ciudad acompañado de un rumor apagado de voces. Después se oyó el golpe seco de una puerta, seguido de pasos sobre la piedra. Aritza se acercó a Martín y le hizo un gesto para que guardara silencio.

—No hagas más preguntas ahora.

—Precisamente ahora es cuando quiero hacerlas.

—Y precisamente ahora es cuando menos conviene responderlas.

Martín estuvo a punto de replicar, pero vio en el rostro de Aritza algo que no había visto antes. No era miedo, al menos no exactamente. Era reconocimiento, como si aquellos sonidos no anunciaran simplemente a unos hombres que recorrían las calles, sino el regreso de algo que él había esperado durante mucho tiempo. Lope se acercó entonces al muro del fondo y apartó una tabla vieja. Debajo apareció la estrecha abertura que habían utilizado para entrar.

—Nos vamos.

Martín miró hacia el hueco y luego hacia Lope.

—¿Por ahí?

—No tenemos otra salida.

—Dijiste que nadie conocía ese paso.

Lope sostuvo su mirada durante unos segundos.

—Dije que nadie debía conocerlo.

Antes de que Martín pudiera responder, escucharon voces en la calle. Esta vez estaban mucho más cerca. Una de ellas dio una orden y otras respondieron con un murmullo breve. El sonido de unas botas sobre la piedra avanzó hacia la casa. Lope apagó las últimas brasas con el pie y la oscuridad llenó la estancia. Durante unos instantes ninguno de ellos se movió. Martín oyó su propia respiración y, debajo de ella, el latido apresurado de la sangre en sus oídos. Entonces alguien golpeó la puerta.

—Abrid en nombre del rey.

Martín miró a Lope. Aquellas palabras parecieron cambiar algo en la habitación, no porque fueran inesperadas, sino porque confirmaban lo que hasta entonces solo habían sospechado: los hombres que recorrían Gasteiz no actuaban por su

cuenta. Lope hizo una señal a Aritza, que se agachó y comenzó a deslizarse por la abertura.

—Ahora —susurró.

Martín lo siguió. Antes de entrar volvió la mirada hacia Lope, que permanecía todavía junto al muro, escuchando los golpes cada vez más violentos que llegaban desde la puerta. Por un instante tuvo la sensación de que aquel hombre estaba a punto de quedarse allí deliberadamente, como si quisiera darles tiempo para escapar, pero Lope terminó entrando tras él y volvió a colocar la tabla desde dentro.

La piedra estaba húmeda y fría. Apenas había espacio para avanzar de lado, y durante unos momentos Martín solo pudo seguir el movimiento de los otros dos, guiándose por el roce de sus ropas contra el muro. El pasadizo descendía lentamente hacia el interior de la colina y olía a tierra vieja, a humedad y a raíces. No era exactamente un túnel, sino una construcción antigua que el tiempo había ido cubriendo y que alguien había mantenido abierta a lo largo de los años. Cuando finalmente llegaron a un espacio algo más amplio, Aritza se detuvo y encendió una pequeña lámpara.

Martín miró alrededor y sintió que aquella parte de la colina le resultaba completamente desconocida. Había vivido siempre en Gasteiz, había recorrido sus calles y conocía sus casas, sus huertos y los caminos que descendían hacia el llano, pero nunca había imaginado que bajo aquellas mismas piedras existiera un lugar semejante.

—Por aquí —dijo Aritza.

Avanzaron unos pasos más hasta que Martín sintió que algo rozaba su mano. Al apartarse, sus dedos encontraron una hendidura en la piedra. Se detuvo y acercó la lámpara.

Allí, casi borrado por los años, había un signo semejante al que habían encontrado en la estancia: una línea vertical atravesada por dos trazos oblicuos.

—La misma marca.

Lope se acercó. Durante un instante pareció sorprendido, pero enseguida recuperó su expresión habitual.

—Sí.

—¿Qué significa?

Lope guardó silencio.

Martín sintió que la paciencia se le agotaba.

—Esta vez no me digas que no es importante.

Aritza intervino desde unos pasos más abajo, sin apartar la mirada de la oscuridad del pasadizo.

—No significa lo que crees.

—Entonces dime qué significa.

El anciano permaneció callado durante un momento antes de responder.

—Significa que, mucho antes de que Navarra llegara a esta colina, otros hombres ya habían comprendido que quien dominara este lugar podía vigilar los caminos que pasaban al norte y al sur.

Martín permaneció inmóvil. Aquella respuesta no explicaba realmente el signo, pero cambiaba el sentido de todo lo que había visto. Gasteiz no era solamente una pequeña población asentada sobre una colina; era un lugar que otros habían observado desde mucho antes, un punto desde el que se podía controlar el paso entre territorios que ahora comenzaban a disputarse su dominio.

Lope sacó entonces el pergamino. No lo abrió, pero lo sostuvo entre los dedos con una cautela que hizo comprender a Martín que aquel objeto era más antiguo y más importante de lo que había imaginado.

—Esto no habla solamente de una salida —dijo.

Martín lo miró.

—¿De qué habla entonces?

Lope levantó los ojos hacia él.

—De quién abrió esta puerta por primera vez.

Un ruido llegó desde arriba.

Los tres se quedaron inmóviles. Durante unos segundos solo se escuchó el leve crepitar de la lámpara. Después volvieron a oírse pasos. No eran los pasos apresurados de quien busca una salida ni los de un hombre que hubiera entrado allí por accidente. Eran lentos, seguros, medidos, como los de alguien que conocía perfectamente aquel camino.

Aritza apagó la lámpara y la oscuridad volvió a cerrarse sobre ellos. Martín contuvo la respiración mientras intentaba distinguir de dónde procedían aquellos pasos. Entonces, desde algún punto situado detrás de la piedra, una voz pronunció el nombre de Lope.

No fue un grito ni una llamada.

Fue apenas un susurro.

Pero Lope palideció.

Martín lo vio incluso en la oscuridad, no porque pudiera distinguir claramente su rostro, sino porque algo en su postura cambió de repente. Hasta aquel momento había sido el hombre que parecía conocer todos los caminos de la colina, el que

encontraba una salida cuando los demás solo veían muros. Ahora, sin embargo, permanecía inmóvil, como si aquella voz hubiera llegado desde un lugar mucho más profundo que aquel pasadizo.

Martín comprendió entonces que, por primera vez desde que había comenzado aquella huida, el hombre que parecía conocer todos los secretos de Gasteiz acababa de encontrarse con alguien a quien también temía.

XI

Durante unos instantes, nadie se movió. La voz había vuelto a callar y el silencio del pasadizo parecía ahora más profundo que antes, como si la propia piedra hubiese cerrado el camino entre ellos y quien esperaba al otro lado. Martín podía escuchar la respiración de Aritza y, más cerca, la de Lope, que había dejado de ser regular. No sabía quién estaba allí, pero comprendió que no se trataba de uno de los hombres que habían registrado las casas de la colina. Aquellos hombres buscaban con la seguridad de quien cumple una orden; la persona que permanecía al otro lado de la piedra parecía conocer el lugar y, sobre todo, parecía conocer a Lope.

La voz volvió a pronunciar su nombre, esta vez un poco más cerca.

—Lope.

Él cerró los ojos durante un instante. Cuando volvió a abrirlos, Martín apenas podía distinguir sus facciones, pero percibió que había tomado una decisión.

—No hagáis ruido —murmuró.

Aritza se acercó a él.

—¿Quién es?

Lope tardó en responder.

—Alguien que no debería haber llegado hasta aquí.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Es lo único que puedo decirte ahora.

Martín sintió que aquella respuesta despertaba en él una cólera que hasta entonces había conseguido contener. Habían

atravesado media noche por un pasadizo oculto, habían dejado atrás una casa que probablemente estaría siendo registrada y se encontraban ahora bajo la colina, rodeados de secretos que parecían pertenecer a un tiempo anterior incluso a la llegada de Navarra. Sin embargo, Lope continuaba hablando como si pudiera decidir qué parte de la verdad debía conocer cada uno.

—No —dijo Martín—. Ya no puedes seguir haciendo eso.

Lope volvió la cabeza hacia él.

—¿Hacer qué?

—Decidir cuánto podemos saber.

Aritza hizo un gesto para que bajara la voz, pero Martín ya no estaba dispuesto a detenerse.

—Desde que salimos de la casa has sabido quién podía encontrarnos, conocías este camino, conocías la marca de la pared y sabías que el pergamino hablaba de esta puerta. Ahora alguien pronuncia tu nombre al otro lado de la piedra y pretendes que esperemos en silencio sin saber siquiera de quién nos escondemos. Si quieres que siga contigo, tendrás que decirme algo que pueda entender.

Lope permaneció callado. Durante unos segundos pareció debatirse entre la prudencia y la necesidad, hasta que finalmente se llevó la mano al pecho y sacó el pergamino.

—No habla de una puerta —dijo—. Habla de un pacto.

Martín lo miró sin comprender.

—¿Entre quiénes?

—Entre hombres que vivieron aquí antes de que nosotros llegáramos y hombres que sabían que algún día alguien vendría a reclamar esta colina.

Aritza bajó la cabeza.

—Lope...

—Ya no sirve de nada callarlo.

El anciano quiso protestar, pero Lope levantó una mano. Después desenrolló lentamente el pergamino. Martín no pudo leerlo con claridad, pero reconoció algunas de las marcas que ya había visto en la piedra. No eran palabras escritas de la manera habitual, sino signos mezclados con trazos que parecían señalar lugares concretos. Lope acercó el pergamino a la pared y durante unos instantes comparó ambas cosas.

—La marca no señala quién construyó el paso —dijo—. Señala quién tenía derecho a utilizarlo.

Martín se acercó.

—¿Y quién tenía ese derecho?

Lope levantó la mirada.

—Los que juraron que, si algún día un ejército llegaba a la colina, la ciudad no sería entregada sin resistencia.

Martín sintió un estremecimiento. Aquellas palabras no encajaban con lo que había supuesto hasta entonces. Había pensado que la llegada de Navarra podía traer soldados, cambios en las autoridades y nuevas obligaciones, pero empezaba a comprender que para algunos habitantes de Gasteiz aquello significaba algo mucho más profundo. La colina no era únicamente un lugar que podía ser tomado; era un lugar que algunos hombres habían decidido defender incluso antes de saber quién sería el enemigo.

—¿Contra Navarra? —preguntó.

Lope no respondió inmediatamente.

—Contra cualquiera que pretendiera convertir a sus habitantes en una pieza de su propio juego.

Aritza levantó los ojos.

—Eso no está escrito en el pergamino.

—No hacía falta escribirlo.

Desde el otro lado de la piedra llegó un ruido leve. Los tres quedaron inmóviles. Alguien había tocado la pared.

Una vez.

Después otra.

Martín sintió que el corazón le golpeaba con fuerza contra el pecho. Lope enrolló de nuevo el pergamino y lo escondió bajo su ropa.

—Tenemos que seguir bajando.

—¿Y esa persona? —preguntó Martín.

—No puede seguirnos.

—¿Cómo lo sabes?

Lope miró hacia la oscuridad.

—Porque si pudiera, ya estaría aquí.

Aquella respuesta no tranquilizó a Martín. Al contrario, le hizo comprender que Lope conocía mucho mejor de lo que decía la naturaleza de aquella amenaza. Aritza comenzó a descender por el pasadizo y los otros dos lo siguieron. El suelo se volvió más irregular y, en algunos puntos, la piedra estaba cubierta de barro. El techo descendía hasta obligarlos a caminar inclinados, y durante un largo trecho ninguno volvió a hablar.

Después de unos minutos, el pasadizo desembocó en una pequeña cámara excavada en la roca. Había allí restos de

madera podrida, una antigua vasija rota y, en una de las paredes, una abertura estrecha por la que entraba un hilo de aire frío.

Aritza se acercó y retiró unas piedras.

—Aquí saldremos.

Martín se quedó mirando la abertura.

—¿Adónde conduce?

—Al pie de la colina.

Aquellas palabras le produjeron una extraña sensación. Durante toda su vida había contemplado la colina desde sus calles, había visto cómo se elevaba sobre las tierras que la rodeaban y había pensado que conocía sus límites. Ahora descubría que debajo de ella existía otra ciudad, una ciudad hecha de pasos ocultos, refugios y recuerdos que nadie había escrito en los documentos que él había visto.

Mientras Aritza apartaba las últimas piedras, Martín volvió la mirada hacia Lope.

—¿Quién eres realmente?

Lope permaneció unos instantes en silencio.

—Alguien que llegó demasiado tarde para impedir que ocurriera lo que está ocurriendo.

—Eso tampoco es una respuesta.

—Es la única que puedo darte todavía.

Martín quiso insistir, pero en aquel momento algo cayó detrás de ellos. El sonido de una piedra al rodar por el pasadizo les hizo volverse.

La oscuridad permanecía inmóvil.

Sin embargo, unos segundos después, escucharon pasos.

Esta vez no procedían de arriba.

Venían detrás de ellos.

Aritza terminó de abrir el hueco.

—Fuera.

Martín salió primero y se encontró al pie de la colina, entre unos matorrales húmedos. La noche seguía cerrada sobre Gasteiz y apenas podían distinguirse las casas de la parte alta. Desde allí, la ciudad parecía tranquila, casi ajena a cuanto estaba ocurriendo en su interior. Pero entonces aparecieron unas luces sobre la muralla.

Una.

Después otra.

Y otra más.

Eran antorchas.

Martín comprendió que los hombres habían empezado a cerrar las salidas de la colina.

Lope salió detrás de él y miró hacia las luces durante un largo momento. Después dijo algo que Martín no había esperado escuchar.

—Ya no nos están buscando a nosotros.

Martín se volvió.

—¿Entonces a quién?

Lope no respondió.

Aritza sí.

—Al hombre que lleva el pergamino.

Martín miró a Lope.

Por primera vez comprendió que quizá el peligro no había comenzado cuando los hombres del rey habían llegado a Gasteiz. Tal vez había comenzado muchos años antes, cuando alguien decidió guardar un secreto que ahora, con la llegada de Navarra, había dejado de poder permanecer enterrado.

Y mientras los tres se alejaban de la base de la colina, Martín volvió la vista una última vez hacia las murallas. Allí arriba, entre las antorchas, alguien permanecía inmóvil observando el lugar por el que acababan de salir.

No podía distinguir su rostro.

Pero, por alguna razón, tuvo la certeza de que aquel hombre también lo había reconocido a él.

XII

La primera luz del amanecer comenzó a insinuarse sobre el llano cuando los tres abandonaron definitivamente la protección de la colina. Habían avanzado durante buena parte de la noche por caminos secundarios, evitando las casas y procurando mantenerse lejos de las zonas donde podían encontrarse con los hombres que vigilaban las entradas de Gasteiz. El frío había ido aumentando a medida que la oscuridad se retiraba y una niebla baja cubría los campos, de modo que las murallas de la villa apenas se distinguían detrás de una franja gris. Martín caminaba unos pasos por delante de Lope y Aritza, pero no conseguía dejar de pensar en las últimas palabras que habían escuchado. Si los hombres que registraban la ciudad no los buscaban a ellos, como había dicho Lope, sino al portador del pergamino, entonces todo lo ocurrido durante los últimos días adquiriría un sentido diferente. Él había creído que se había visto envuelto en una disputa entre hombres que defendían intereses distintos, pero empezaba a sospechar que aquello venía de mucho más atrás y que quizá Gasteiz llevaba años esperando un momento como aquel para que viejos compromisos volvieran a cobrar importancia.

Aritza conocía una pequeña construcción abandonada junto a un antiguo camino que descendía hacia el llano y allí decidieron detenerse para recuperar fuerzas. El lugar había servido alguna vez como refugio para pastores y todavía conservaba parte del tejado, aunque las paredes estaban cubiertas de musgo y una de las esquinas se había venido abajo. Lope entró el último y permaneció unos instantes en la puerta, observando el camino antes de cerrarla con cuidado. Martín se sentó sobre una piedra y contempló sus manos ennegrecidas por la humedad del pasadizo. Había pasado la noche siguiendo a dos hombres de los que apenas conocía el pasado y había descubierto

bajo la colina un mundo que no sabía que existiera, pero lo que más le inquietaba no era el peligro inmediato, sino la sensación cada vez más clara de que él mismo había dejado de ser un simple testigo. Había algo en la manera en que Lope lo miraba desde que habían abandonado la ciudad que le hacía pensar que el pergamino y su contenido estaban relacionados con él de una forma que todavía no alcanzaba a comprender.

—No deberías haber venido con nosotros —dijo Lope después de un largo silencio.

Martín levantó la cabeza.

—Eso ya me lo has dicho otras veces.

—Y sigue siendo cierto.

—Entonces explícame por qué no me dejaste atrás.

Lope se acercó a la pared y apoyó la espalda contra ella. Parecía cansado, mucho más de lo que había mostrado durante la huida, y por primera vez Martín tuvo la impresión de que detrás de su prudencia había algo parecido a la culpa.

—Porque cuando te encontré ya era demasiado tarde. Habías visto cosas que no podías dejar de haber visto y habías escuchado nombres que otros hombres matarían por mantener ocultos. Si te hubiera apartado entonces, habrías regresado a la ciudad sin saber qué hacer con aquello que conocías, y probablemente habrías cometido un error.

—¿Y ahora?

Lope lo miró directamente.

—Ahora el error ya está cometido.

Aritza intervino desde el otro extremo de la estancia. Había permanecido callado hasta entonces, pero su voz sonó firme cuando dijo que no podían seguir ocultándole a Martín lo

esencial. Lope no respondió enseguida. Sacó el pergamino y lo colocó sobre una piedra plana, sin desenrollarlo todavía, como si incluso allí, lejos de Gasteiz, temiera que alguien pudiera verlo. Finalmente levantó la mirada hacia Martín y le explicó que el documento no había llegado a sus manos por casualidad. Había pasado de un hombre a otro durante muchos años y cada uno de ellos había recibido la obligación de protegerlo hasta que llegara el momento en que alguien necesitara conocer su contenido. El problema era que ninguno de los hombres que lo habían custodiado sabía con certeza cuándo llegaría ese momento, y algunos habían muerto sin haber comprendido del todo aquello que habían jurado guardar.

Martín se inclinó hacia delante.

—¿Y tú sí lo entiendes?

Lope negó lentamente con la cabeza.

—Entiendo algunas cosas. Lo suficiente para saber que es peligroso.

—Eso no me sirve.

—Deberá servirte por ahora.

Martín estuvo a punto de responder, pero Aritza lo interrumpió. Le recordó que había una diferencia entre conocer la verdad y estar preparado para soportarla, y que algunos secretos podían destruir a quienes los recibían antes de tiempo. Martín no quedó satisfecho, pero tampoco pudo negar que aquella prudencia tenía algún fundamento. Lo que había visto durante la noche le había enseñado que no se enfrentaban únicamente a soldados o a hombres que obedecían órdenes. Había una red de lealtades antiguas que atravesaba la historia de la villa y que ahora comenzaba a chocar con el nuevo poder que se estaba imponiendo sobre ella.

Cuando Lope finalmente desenrolló una parte del pergamino, Martín vio que los signos estaban acompañados por nombres escritos en una letra antigua. Algunos resultaban ilegibles, pero otros podían reconocerse todavía. No eran nombres de reyes ni de señores conocidos, sino nombres de hombres de la propia tierra, algunos de ellos pertenecientes a familias que aún vivían en Gasteiz. Martín se acercó más y sintió una inquietud creciente al reconocer uno de ellos.

—Ese nombre lo conozco.

Lope levantó los ojos.

—¿Dónde lo has visto?

—En la casa de mi padre.

La expresión de Lope cambió ligeramente.

Martín comprendió que había dicho algo importante.

—Había un cofre que nunca me dejó abrir. Lo vi una vez, cuando era niño. Recuerdo que llevaba una marca parecida a la de la pared.

Aritza se incorporó lentamente.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Lope permaneció mirando el pergamino. Durante un instante pareció olvidar que los otros dos estaban allí. Después enrolló el documento con mucho cuidado.

—Entonces no te encontré por casualidad.

Martín sintió un frío distinto al de la mañana.

—¿Qué quieres decir?

Lope tardó en responder. Finalmente le dijo que, cuando había empezado a buscar el pergamino, también había intentado averiguar quiénes habían sido sus primeros guardianes y que uno de los nombres aparecía repetido en varios documentos antiguos. Era el nombre de la familia de Martín. No sabía qué relación exacta había existido entre ellos y los hombres que habían protegido la salida de la colina, pero sí sabía que aquella relación había desaparecido de los registros oficiales en algún momento del pasado.

Martín permaneció en silencio. De repente comprendió que muchas cosas de su propia infancia que había considerado simples rarezas podían haber tenido otro significado. El silencio de su padre sobre ciertas personas, el cofre que nunca había podido abrir, algunas conversaciones que se interrumpían cuando él entraba en una habitación y aquella extraña insistencia en que no se acercara a determinadas partes de la colina. Todo aquello que había formado parte de su vida sin que él le concediera importancia comenzaba ahora a reunirse ante sus ojos como piezas de una misma historia.

Aritza se acercó a la puerta y miró hacia el camino. La niebla comenzaba a levantarse y, a lo lejos, podían distinguirse ya las primeras columnas de humo que salían de las casas de Gasteiz. La ciudad despertaba, pero no era la misma que habían abandonado unas horas antes. Sobre la muralla seguían visibles algunas antorchas y, junto a una de las puertas, se movían hombres armados.

—Tenemos que marcharnos —dijo.

Lope guardó el pergamino bajo la ropa y se puso en pie. Martín lo siguió, todavía atrapado por sus últimas palabras.

—Si mi familia estuvo relacionada con esto, quiero saber qué ocurrió.

Lope se detuvo antes de salir.

—Lo sabrás.

—¿Cuándo?

Lope miró hacia la colina, que empezaba a emerger de la niebla.

—Cuando volvamos a Gasteiz.

Martín se quedó sorprendido.

—¿Vamos a volver?

Lope sostuvo su mirada.

—No hemos huido de la ciudad para abandonarla. Hemos salido para poder regresar.

Aritza abrió la puerta y el aire frío de la mañana entró en la estancia. Durante unos segundos ninguno de ellos se movió. Al otro lado del llano, Gasteiz se levantaba lentamente bajo la luz gris, con sus casas apiñadas sobre la única colina y sus murallas recortadas contra el cielo. Desde aquella distancia parecía pequeña y vulnerable, pero Martín ya no podía verla de la misma manera. Sabía ahora que bajo sus piedras existían caminos que nadie mencionaba, que algunos de sus habitantes guardaban juramentos transmitidos durante generaciones y que la llegada del rey de Navarra había puesto en movimiento algo que llevaba mucho tiempo esperando.

Mientras comenzaban a caminar hacia el norte, Martín volvió la cabeza una última vez. En lo alto de la colina distinguió una figura junto a la muralla. No podía saber quién era, pero permanecía inmóvil, mirando hacia el camino que ellos acababan de tomar. Martín pensó entonces en la voz que había pronunciado el nombre de Lope durante la noche y comprendió que aquel hombre no era simplemente alguien que conocía el secreto del pergamino. Fuera quien fuese, conocía también la historia de su familia.

Y por primera vez desde que había comenzado aquella huida, Martín tuvo la certeza de que el secreto que perseguían no pertenecía a Lope.

Pertenecía a Gasteiz.

XIII

Caminaron durante buena parte de la mañana sin detenerse. El camino hacia el norte se alejaba poco a poco de la colina y se internaba entre campos todavía húmedos por la niebla, siguiendo una antigua senda que los hombres de la zona utilizaban para llevar ganado hacia las tierras más altas. Aritza iba delante, escogiendo los lugares donde la vegetación ofrecía mayor protección, mientras Lope y Martín caminaban detrás, separados apenas por unos pasos. Desde que habían abandonado el refugio ninguno había vuelto a mencionar el pergamino, pero Martín sentía su presencia como si lo llevara él mismo escondido bajo la ropa. No dejaba de pensar en el nombre que había reconocido entre los antiguos guardianes y, sobre todo, en el cofre de su padre, aquel objeto que durante su infancia había visto solamente una vez y que después había desaparecido de su memoria hasta que la marca grabada en la piedra volvió a traerlo ante sus ojos.

Hacia el mediodía encontraron un pequeño arroyo y se detuvieron para beber. Aritza se agachó junto al agua y permaneció un momento contemplando la corriente antes de llenar las manos. Lope, en cambio, no se acercó. Se quedó de pie junto a unos avellanos, mirando hacia el camino por el que habían venido.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Martín.

—Espero que nadie nos haya seguido.

—¿Y cómo sabremos que no lo han hecho?

Lope se volvió hacia él.

—No lo sabremos.

Aquella respuesta irritó a Martín más de lo que esperaba.

—Siempre tienes una respuesta para no responder.

—Y tú siempre quieres una respuesta antes de saber qué preguntas debes hacer.

Aritza levantó la cabeza. Durante unos instantes los dos hombres se miraron sin hablar. Martín comprendió que la desconfianza entre ellos no había desaparecido durante la noche; simplemente había quedado aplazada por el peligro. Ahora, lejos de la ciudad y sin hombres persiguiéndolos a cada paso, aquella tensión volvía a ocupar su lugar.

—Quiero saber qué relación tenía mi padre con esto — dijo Martín.

Lope bajó la mirada.

—Eso es diferente.

—¿Por qué?

—Porque tu padre ya está muerto.

Martín sintió que aquellas palabras habían sido pronunciadas con más cuidado del habitual.

—Precisamente por eso.

Lope se acercó lentamente hasta el arroyo.

—Tu padre no fue uno de los guardianes del pergamino.

Martín lo observó en silencio.

—Entonces ¿qué fue?

Lope tardó en responder.

—Alguien que conocía la existencia del pacto y que decidió no formar parte de él.

Martín frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Eso tendrás que descubrirlo tú.

—¿Lo sabías?

Lope sostuvo su mirada.

—Sabía algunas cosas.

—¿Y nunca pensaste en decírmelas?

—Tu padre no quería que las supieras.

Aquello produjo en Martín una reacción más fuerte que cualquier revelación anterior. Durante un momento no supo qué decir. Había pasado años interpretando los silencios de su padre como parte de su carácter, como una reserva propia de un hombre que había aprendido a desconfiar de los demás y que prefería guardar sus asuntos dentro de la casa. Nunca había pensado que aquellos silencios pudieran haber sido una forma deliberada de protegerlo.

—¿Te conocía?

Lope asintió.

—Hace mucho tiempo.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Porque no era necesario.

Martín soltó una breve risa, sin alegría.

—Parece que todos habéis decidido por mí lo que necesitaba saber.

Aritza se incorporó.

—Tu padre tenía sus razones.

Martín se volvió hacia él.

—¿También tú lo conociste?

Aritza no respondió inmediatamente. Miró a Lope y luego al camino.

—Lo suficiente.

Aquella respuesta confirmó a Martín algo que había empezado a sospechar durante la noche. Las personas que ahora lo acompañaban no habían aparecido de repente en su vida. Algunas habían estado cerca de su familia durante años, aunque él no hubiera sabido reconocerlas. Su padre había pertenecido a un mundo del que nunca le había hablado y quizá aquella era la razón por la que, siendo niño, le había prohibido acercarse a determinadas partes de la colina.

Martín recordó entonces una tarde de muchos años atrás. Debía de tener ocho o nueve años. Había seguido a su padre hasta una habitación que casi nunca utilizaban y lo había visto sacar de debajo de unas mantas un pequeño cofre de madera oscura. El niño que era entonces había preguntado qué guardaba dentro. Su padre había cerrado el cofre de inmediato y le había respondido que algunas cosas era mejor no conocerlas. Martín había insistido y había recibido una reprimenda que todavía recordaba con claridad. Después de aquello nunca volvió a preguntar.

—El cofre —dijo.

Lope levantó los ojos.

—¿Qué?

—El cofre de mi padre. No estaba en la casa cuando la abandonamos.

Lope permaneció quieto.

—¿Estás seguro?

—Lo habría recordado.

Aritza miró a Lope con una expresión que Martín no supo interpretar.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Lope respiró profundamente.

—Si el cofre ya no está allí, alguien lo ha sacado.

—¿Quién?

—No lo sé.

—Pero tú sabes qué contenía.

Lope no contestó.

Martín dio un paso hacia él.

—¿Qué había dentro?

Lope miró hacia la colina, que desde allí apenas podía distinguirse por encima de los árboles.

—Algo que tu padre decidió esconder después de comprender que el pacto no estaba muerto.

Martín sintió que aquella frase encerraba más de lo que Lope quería decir.

—¿Y cuándo comprendió eso?

Lope tardó unos instantes en responder.

—Cuando comenzaron a llegar hombres de fuera.

Martín pensó en los soldados que habían visto durante la noche, en las voces que habían exigido abrir las puertas en nombre del rey y en las antorchas que habían cerrado los caminos de la colina.

—Navarra.

Lope asintió.

—Sí.

El nombre quedó suspendido entre ellos. Hasta entonces habían hablado de la llegada del nuevo poder como algo que estaba sucediendo alrededor de la ciudad, una transformación de las autoridades y de las obligaciones de quienes vivían en ella. Pero ahora Martín comprendía que para su padre aquella llegada había significado algo más. Había visto regresar una amenaza que quizá llevaba generaciones esperando una oportunidad.

—Entonces mi padre sabía lo que iba a ocurrir.

—No exactamente.

—Pero lo temía.

Lope volvió a asentir.

—Eso sí.

Aritza se acercó al camino y observó el horizonte.

—Tenemos que continuar.

Martín no se movió.

—¿Adónde?

Aritza señaló hacia el norte.

—A un lugar donde tu padre guardó algo antes de morir.

Martín lo miró sorprendido.

—¿Qué cosa?

Aritza negó con la cabeza.

—No lo sé.

Lope intervino entonces.

—Yo sí.

Martín se volvió hacia él.

—¿Y por qué no me lo habías dicho?

Lope sostuvo su mirada durante unos segundos antes de responder.

—Porque si aquello sigue allí, puede ayudarnos a entender qué relación tenía tu familia con el pacto. Pero si alguien lo encontró antes que nosotros, también puede decirnos quién está moviendo ahora los hilos.

Martín comprendió que aquello era lo más cerca que Lope había estado de admitir que no conocía todas las respuestas. Por primera vez desde que habían abandonado Gasteiz, aquella incertidumbre no le produjo desconfianza, sino una especie de alivio. Quizá ninguno de ellos poseía la historia completa. Quizá el pergamino no era una explicación, sino una parte de algo mucho más grande que todavía debían reconstruir.

Reanudaron el camino. Durante varias horas apenas hablaron. El cielo se había despejado y el sol comenzaba a calentar la tierra, pero el aire conservaba todavía el frío de la noche. Martín caminaba ahora más cerca de Lope. Había dejado de mirarlo como al hombre que ocultaba una verdad que le pertenecía y empezaba a verlo como a alguien que también avanzaba entre fragmentos de una historia que no terminaba de comprender.

Al caer la tarde llegaron a una pequeña elevación desde la que podían verse las tierras que se extendían hacia el norte. Aritza se detuvo y señaló un grupo de árboles junto a una antigua casa abandonada.

—Ahí.

Martín reconoció el lugar.

No había estado allí desde niño, pero la memoria regresó con una claridad inesperada. Era una antigua propiedad que había pertenecido a un pariente de su padre y que, según le habían dicho siempre, había quedado abandonada muchos años atrás.

—Yo conozco esa casa.

Lope lo miró.

—¿Has estado dentro?

—Una vez. Con mi padre.

—¿Cuándo?

Martín intentó recordar.

—Poco antes de que enfermara.

Lope guardó silencio.

—¿Qué hicisteis allí?

Martín miró hacia la casa.

—No lo recuerdo todo. Pero sí recuerdo que mi padre llevaba una llave.

Lope y Aritza intercambiaron una mirada.

Martín comprendió entonces que acababan de encontrar la siguiente pieza de aquella historia.

Y mientras comenzaban a descender hacia la casa abandonada, tuvo la extraña sensación de que, por primera vez, no se estaban alejando de Gasteiz.

Estaban regresando hacia ella por un camino que su padre había recorrido mucho antes.

XIV

La casa aparecía entre los árboles cuando comenzó a caer la tarde. Desde la pequeña elevación donde se habían detenido, Martín pudo reconocer mejor el camino que descendía hacia ella y, detrás de las tierras bajas, la línea oscura de las montañas. Hacia el norte se levantaba el Gorbea, todavía lejano, enorme bajo la luz inclinada del atardecer, con las laderas cubiertas de bosques que a aquella distancia parecían formar una sola masa oscura. Martín había oído hablar de aquella montaña desde niño, aunque nunca había subido hasta sus alturas. En las conversaciones de los hombres de la comarca su nombre aparecía unido a historias que no figuraban en los libros ni en las escrituras de los señores: mujeres que habitaban junto a las aguas y peinaban sus cabellos al borde de los ríos, pastores que aseguraban haber visto huellas imposibles entre los árboles y relatos sobre Basajaun, el señor de los bosques, cuya presencia se sentía a veces en las noches de tormenta cuando el ganado regresaba inquieto a los establos. Martín nunca había sabido cuánto había de verdad en aquellas historias, pero recordaba que su padre nunca se burlaba de ellas. Cuando alguien las mencionaba delante de él, guardaba silencio y miraba hacia las montañas como si en aquellas viejas palabras hubiera algo que los demás habían olvidado.

—¿Qué miras? —preguntó Aritza.

Martín señaló hacia el norte.

—El Gorbea.

Aritza siguió su mirada.

—Desde allí bajan muchos caminos.

—Y también muchas historias —dijo Martín.

El anciano sonrió apenas.

—Las historias suelen seguir los mismos caminos que los hombres.

Lope permaneció unos pasos detrás de ellos. No parecía interesado en la montaña, pero cuando Martín volvió la cabeza vio que también estaba mirando hacia ella.

—Mi padre conocía esas historias —dijo Martín.

—Todos las conocen.

—Él no las contaba como historias.

Lope no respondió.

Aritza comenzó a descender por la ladera y los otros dos lo siguieron. El sendero estaba casi cubierto por la hierba y en algunos puntos apenas se distinguía, pero Martín recordaba parte de aquel recorrido. Su padre lo había llevado allí una sola vez, muchos años atrás, y durante el trayecto había estado más callado de lo habitual. El niño que era entonces había pensado que estaba enfadado, aunque ahora comenzaba a sospechar que quizá se encontraba preocupado.

La casa había pertenecido a un hermano de su abuelo y llevaba abandonada desde hacía años. Tenía una sola planta, muros gruesos y un tejado parcialmente hundido en uno de sus extremos. La puerta seguía allí, aunque la madera estaba deformada por la humedad. Martín se acercó y pasó los dedos por una de las piedras del marco. Una sensación extraña recorrió su memoria.

—Aquí estuve.

—Lo sabemos —dijo Lope.

Martín se volvió.

—¿Cómo?

Lope señaló una de las piedras inferiores.

Allí, casi oculto por el musgo, estaba el mismo signo que habían encontrado bajo la colina.

Martín permaneció inmóvil.

—También estaba aquí.

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Mucho antes de que tu padre viniera.

Martín sintió que aquella respuesta le producía más inquietud que si Lope hubiera dicho que el signo había sido colocado por su padre. Se agachó y apartó parte del musgo. Debajo de la marca había otra línea, casi completamente borrada.

—Hay algo escrito.

Lope se arrodilló junto a él.

—No es una inscripción.

—Entonces ¿qué es?

Aritza se acercó y observó la piedra.

—Una señal de camino.

Martín levantó la cabeza.

—¿Para llegar adónde?

Aritza miró primero hacia la casa y después hacia el norte, donde el Gorbea comenzaba a perderse en la oscuridad.

—Eso depende de quién la haya dejado.

Lope empujó la puerta. La madera cedió con un crujido y una nube de polvo se levantó del suelo. Dentro olía a humedad, madera vieja y tierra. Había pocos muebles: una mesa inclinada junto a una pared, un banco roto y los restos de una chimenea. Sobre una de las vigas todavía quedaban algunas herramientas cubiertas de polvo.

Martín avanzó lentamente.

No recordaba aquella habitación así.

La memoria de su infancia le devolvía una estancia mucho más grande, quizá porque entonces él era pequeño. Recordaba haber permanecido junto a la puerta mientras su padre hablaba con otro hombre. No podía recordar su rostro, pero sí una frase.

«No vuelvas a traer al muchacho.»

Se detuvo.

—Mi padre no estaba solo aquella vez.

Lope lo miró.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Martín cerró los ojos. La escena regresaba fragmentada: su padre de pie junto a la chimenea, un hombre sentado en la mesa, una pequeña lámpara y una caja de madera sobre el suelo. También recordaba haber preguntado quién era aquel hombre.

Su padre no había contestado.

—Había alguien más —dijo.

Aritza observó el rostro de Martín.

—¿Recuerdas quién?

—No.

—¿Pero recuerdas algo de él?

Martín permaneció unos segundos en silencio.

—Tenía las manos llenas de tierra.

Lope levantó lentamente la mirada.

—¿Tierra?

—Sí. Y llevaba una especie de cuchillo pequeño. No parecía un soldado.

Lope se acercó a la chimenea.

—Tu padre no vino aquí para esconder algo.

Martín lo siguió con la mirada.

—¿Entonces para qué vino?

Lope retiró con cuidado una piedra suelta de la base de la chimenea. Detrás apareció un hueco oscuro.

—Para buscarlo.

Durante unos instantes ninguno habló.

Lope introdujo la mano y sacó un pequeño objeto envuelto en un paño. Lo dejó sobre la mesa.

Martín se acercó.

Era una llave.

No parecía antigua, pero estaba ennegrecida por los años y tenía grabado en el extremo el mismo signo de la colina.

Martín la reconoció.

—Es la llave que llevaba mi padre.

Lope asintió.

—Entonces no se la llevó consigo cuando abandonó esta casa.

Martín tomó la llave entre los dedos.

—¿Qué abre?

Lope no contestó.

Aritza había salido al exterior. Desde la puerta llegó su voz.

—Venid.

Los dos se acercaron. El anciano estaba mirando hacia el bosque.

La noche había terminado de cubrir las laderas del Gorcea. Entre los árboles se escuchaba el rumor del viento, y más abajo un río atravesaba el valle con un sonido continuo y oscuro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Martín.

Aritza señaló el suelo.

Había huellas.

No eran muchas, pero estaban frescas.

Tres hombres habían pasado por allí recientemente.

Lope se agachó y las observó.

—No vienen de Gasteiz.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no llevan botas de soldados.

Martín miró hacia el bosque.

—Entonces ¿quiénes son?

Aritza tardó unos segundos en responder.

—Alguien que también busca algo.

El viento descendió de la montaña y agitó las ramas. Durante un instante, desde el interior del bosque, llegó un sonido grave y prolongado que podía haber sido el bramido de un animal o simplemente el eco del viento entre los árboles.

Martín pensó en las historias que había escuchado de niño y sintió, contra toda razón, que aquel lugar conservaba una presencia anterior a ellos, algo que no tenía nada que ver con reyes ni ejércitos ni pergaminos.

Lope cerró la mano sobre la llave.

—Tenemos que irnos.

—¿Adónde?

Lope miró hacia el Gorbea.

—Primero debemos encontrar aquello que tu padre escondió.

—¿Aquí?

—No.

Le mostró la llave.

—Esto no abre esta casa.

Martín comprendió entonces que su padre había dejado un camino preparado mucho antes de que él supiera que existía.

Y mientras regresaban al interior para recoger lo poco que podían llevar consigo, volvió a mirar hacia la montaña. Por

encima de los árboles, el Gorbea se recortaba contra un cielo ya casi negro, enorme y silencioso, como si hubiera estado allí desde mucho antes de que los hombres levantaran murallas sobre la colina de Gasteiz y fuera a permanecer allí mucho después de que los reyes que ahora se disputaban aquella tierra hubieran desaparecido.

Por primera vez, Martín pensó que quizá su padre no había intentado ocultarle solamente un secreto.

Quizá había intentado mantenerlo alejado de un camino que conducía mucho más lejos de Gasteiz de lo que él había imaginado.

XV

La casa quedó atrás cuando la noche había cerrado por completo el camino. No llevaban más que la llave, el pergamino y una pequeña bolsa con algo de pan que Aritza había encontrado en un escondrijo de la cocina, pero Martín tenía la sensación de que cargaban con mucho más. La llave pesaba poco en su mano y, sin embargo, desde que la había encontrado no había dejado de tocarla de vez en cuando, como si necesitara comprobar que seguía allí. Su padre la había llevado muchos años atrás, había entrado con ella en aquella casa y después la había escondido detrás de una piedra de la chimenea, esperando quizá que algún día alguien volviera a encontrarla. Lo que Martín todavía no comprendía era por qué había dejado precisamente aquella llave y por qué Lope parecía reconocer su significado.

Avanzaron hacia el norte por un sendero cada vez más estrecho. El terreno comenzaba a elevarse y los campos abiertos fueron quedando atrás, sustituidos poco a poco por manchas de bosque. El aire había cambiado. Olía a hojas húmedas y a tierra removida, y de vez en cuando una corriente fría descendía de las montañas. El Gorbea dominaba ya el horizonte, mucho más cercano que unas horas antes, aunque la oscuridad ocultaba buena parte de sus laderas. Los árboles se espesaban a medida que avanzaban y Martín reconoció algunos robles viejos, de troncos gruesos y retorcidos, junto a hayas que cerraban sus copas sobre el camino.

—¿Hasta dónde vamos? —preguntó.

—Hasta que encontremos el lugar —respondió Lope.

—Eso no significa nada.

—Significa que tu padre no dejó la respuesta donde cualquiera pudiera encontrarla.

Aritza caminaba delante y apenas intervenía. De vez en cuando se detenía para escuchar y después continuaba sin explicar qué había oído. Martín empezaba a acostumbrarse a aquella manera de avanzar, como si el bosque tuviera sus propias señales y ellos supieran leerlas. En una ocasión Aritza levantó una mano y los otros dos se detuvieron. No había ningún sonido evidente, pero unos instantes después Martín percibió el rumor de unas ramas movidas a cierta distancia.

—¿Son ellos? —susurró.

—No lo sé —respondió Aritza.

Lope se volvió hacia Martín.

—Apaga la lámpara.

Continuaron a oscuras. El camino se volvió más difícil y tuvieron que apartar ramas y raíces que cruzaban la senda. Martín sintió varias veces que tropezaba, pero nadie se quejó ni encendió de nuevo la luz. Poco después llegaron a una pequeña explanada rodeada de hayas.

En el centro había una piedra grande, cubierta de musgo.

Aritza se detuvo.

—Aquí.

Martín observó la piedra.

—¿Qué tiene?

Lope se acercó y retiró parte del musgo con la mano. Debajo apareció el signo.

La misma línea vertical atravesada por dos trazos oblicuos.

Martín sacó la llave.

—Entonces abre esto.

Lope negó con la cabeza.

—No.

—¿Por qué?

—Porque la llave no abre una puerta.

Martín lo miró con impaciencia.

—¿Entonces para qué sirve?

Lope se agachó y señaló una pequeña hendidura en la base de la piedra.

—Para indicar dónde buscar.

Introdujo los dedos en la grieta y retiró una pequeña piedra plana. Debajo había un espacio estrecho.

Martín se inclinó.

Dentro había un trozo de madera ennegrecida por los años.

Aritza lo tomó y lo examinó.

—Esto no es de aquí.

—¿Qué quieres decir?

—La madera es de roble.

Martín lo miró sin comprender.

—Hay robles por todas partes.

—Sí —respondió Aritza—, pero este ha sido trabajado.

Lope tomó el fragmento y lo giró entre los dedos. En uno de sus extremos había una pequeña marca.

—Tu padre estuvo aquí.

Martín sintió un escalofrío.

—¿Cómo lo sabes?

Lope señaló la madera.

—La misma marca que estaba en la llave.

Martín acercó la lámpara. No había duda. Era el mismo signo.

—¿Qué hizo?

—No lo sé.

—Pero tú sabías que veníamos aquí.

Lope guardó silencio.

Martín sintió que la vieja irritación regresaba.

—Lo sabías.

—Sabía que tu padre había venido hasta esta zona.

—¿Hasta el Gorbea?

—Sí.

Martín miró hacia los árboles.

—¿Y qué buscaba?

Lope levantó la vista hacia las montañas.

—Una entrada.

Aquella palabra quedó suspendida entre los tres.

—¿Una entrada a dónde?

Lope no respondió inmediatamente.

Aritza fue quien habló.

—Hay lugares en estas montañas que los hombres conocen desde mucho antes de que existieran las fronteras que ahora se disputan los reyes.

Martín pensó en las historias de su infancia. En los relatos de las lamias junto a los ríos, en las criaturas de los bosques, en aquellas cuevas que algunos hombres nombraban con respeto y otros evitaban mencionar cuando caía la noche.

—¿Las cuevas de Mairu? —preguntó.

Aritza lo miró.

No sonrió.

—Tu padre conocía ese nombre.

Martín sintió que algo encajaba.

—Entonces estuvo allí.

—Quizá.

—Lope.

—No lo sé con certeza.

Aritza volvió la mirada hacia la oscuridad del bosque.

—No todo lo que se busca en una cueva está hecho de piedra.

Martín guardó silencio.

No sabía si aquella frase hablaba de su padre o del pergamino, pero sintió que acababa de acercarse un poco más a algo que los otros dos llevaban mucho tiempo evitando nombrar.

Un ruido llegó desde el bosque.

Esta vez fue claro.

Una rama se quebró.

Los tres se volvieron al mismo tiempo.

Aritza apagó la lámpara y señaló hacia un grupo de árboles. Durante unos instantes no ocurrió nada. Después apareció una sombra entre los troncos.

Martín llevó la mano hacia la pequeña navaja que llevaba en el cinturón.

La sombra avanzó un paso.

Y entonces se detuvo.

No era un soldado.

Era un hombre viejo, vestido con una capa oscura y apoyado en un bastón. Permaneció unos segundos observándolos antes de hablar.

—Llegáis tarde.

Lope dio un paso hacia delante.

—¿Quién eres?

El anciano lo miró.

—Tú deberías saberlo.

Martín sintió que Lope se tensaba.

—No te conozco.

—Eso es lo que prefieres creer.

Aritza se interpuso entre ambos.

—¿Qué quieres?

El anciano dirigió la mirada hacia Martín.

—A él no.

Después miró la mano en la que Martín sostenía la llave.

—Quiero saber quién te la ha dado.

Martín respondió antes de que Lope pudiera impedirlo.

—Era de mi padre.

El anciano permaneció inmóvil.

Por primera vez su expresión cambió.

—Entonces finalmente ha llegado hasta ti.

Martín sintió un frío que nada tenía que ver con el aire de la montaña.

—¿Qué significa eso?

El hombre no respondió. Miró hacia las hayas, después hacia la ladera oscura del Gorbea y finalmente volvió los ojos hacia Martín.

—Significa que tu padre sabía que algún día tendrías que elegir.

—¿Elegir qué?

El anciano señaló la llave.

—Abrir.

Martín bajó la mirada.

—¿Qué?

Pero el hombre ya se había vuelto hacia el bosque.

—Si queréis encontrar lo que dejó vuestro padre, seguid el río cuando amanezca. No subáis hacia la montaña. Bajad primero.

Lope dio un paso.

—Espera.

El anciano se detuvo.

—¿Quién te envía?

Durante unos segundos pareció que iba a responder.

Pero solamente dijo:

—Nadie.

Y desapareció entre los árboles.

Martín permaneció inmóvil.

El silencio regresó poco a poco al bosque. Desde algún lugar lejano llegaba el rumor del agua, y por encima de ellos el viento movía las copas de las hayas.

Aritza miró a Lope.

—¿Lo conocías?

Lope tardó demasiado en responder.

—No.

Martín lo observó.

Esta vez no le creyó.

Y mientras el bosque se cerraba de nuevo alrededor de ellos, comprendió que la historia de su padre no estaba escondida únicamente bajo las piedras de Gasteiz.

Había seguido el curso de los ríos, atravesado los bosques del Gorbea y llegado hasta lugares donde los hombres todavía hablaban en voz baja de Mairu y de Basajaun, no porque temieran que las viejas historias fueran ciertas, sino porque

sabían que algunas cosas sobrevivían precisamente cuando nadie se atrevía a olvidarlas.

XVI

El amanecer llegó despacio, filtrándose entre las hayas con una luz gris y húmeda que apenas alcanzaba el suelo. Martín llevaba un buen rato despierto cuando Aritza se incorporó junto al tronco donde había pasado la noche, y durante aquellos minutos había vuelto una y otra vez a las palabras del anciano, intentando encontrar en ellas algo más que una simple indicación. Seguid el río cuando amanezca. No subáis hacia la montaña. Bajad primero. Cuanto más las repetía, menos le parecía que aquel hombre hubiera hablado de un camino concreto y más la impresión de que había querido ponerlos a prueba, como si supiera que, después de tantos años, Martín tendría que aprender a distinguir entre aquello que conducía hacia una respuesta y aquello que únicamente parecía hacerlo.

Lope había dormido poco. Cuando Aritza le indicó que era hora de marcharse, recogió el pergamino y comprobó que la llave seguía en poder de Martín.

—¿Qué río? —preguntó Martín.

—El que encontramos anoche.

—Hay muchos.

Aritza miró hacia el fondo del valle.

—No tantos como parece.

Comenzaron a descender. El bosque se abría poco a poco y el terreno se volvía más húmedo a medida que perdían altura. El rumor del agua, que durante la noche apenas habían percibido, fue creciendo hasta convertirse en un sonido continuo. Finalmente apareció ante ellos una corriente estrecha y rápida que descendía entre piedras oscuras, recogiendo pequeños arroyos procedentes de las laderas.

Martín se quedó en la orilla.

—¿Este?

Aritza asintió.

Lope, sin embargo, no parecía convencido. Sacó el pergamino y lo extendió sobre una piedra seca, sujetándolo con ambas manos para que el viento no lo doblara. Martín se acercó y observó los signos. Había aprendido a reconocer algunos de ellos, pero todavía no comprendía su relación.

—¿Buscas una marca?

—Busco algo que antes no sabía que estaba buscando.

Martín lo miró.

—Eso parece ser lo que hacemos todos.

Lope levantó los ojos y, por primera vez en mucho tiempo, sonrió ligeramente.

—Quizá.

Siguieron el río corriente abajo. A medida que avanzaban, la montaña quedaba a sus espaldas y el valle se hacía más ancho. Martín comprendió entonces por qué el anciano había insistido en que no subieran hacia el Gorbea. Si hubieran seguido el camino que parecía más evidente, habrían terminado internándose en la montaña, quizá acercándose a las cuevas y a los antiguos senderos de los que hablaban los pastores. En cambio, el río los llevaba hacia tierras más bajas, hacia los caminos que comunicaban unas aldeas con otras y, finalmente, hacia las rutas que regresaban a Gasteiz.

La idea le produjo una inquietud que no supo explicar.

—Mi padre hizo este camino.

Lope caminaba unos pasos detrás.

—Probablemente.

—¿Y tú lo hiciste con él?

Lope tardó en contestar.

—Una vez.

Martín se volvió.

—No me habías dicho eso.

—No me lo habías preguntado.

—Te he preguntado muchas cosas.

Lope sostuvo su mirada, pero no respondió. Aritza continuó caminando como si no hubiera oído nada. Martín decidió no insistir todavía. Había aprendido que, con Lope, algunas respuestas solo aparecían cuando ya no podía seguir evitándolas.

Después de un largo trecho encontraron los restos de una construcción junto al río. Solo quedaban parte de los muros y una rueda de madera rota, cubierta de musgo.

—Un molino —dijo Aritza.

Martín se acercó. Algo en aquel lugar le resultaba familiar, aunque no podía recordar haber estado allí. Quizá había visto construcciones semejantes durante su infancia, quizá era simplemente la forma de las piedras o el sonido del agua pasando bajo la vieja rueda. Se agachó junto al muro y apartó unas hojas.

Debajo apareció la marca.

La misma.

Martín no llamó a los otros. Permaneció un instante con los dedos sobre la piedra, sintiendo la humedad bajo la yema.

—Está aquí.

Lope se acercó.

No mostró sorpresa.

Aquello inquietó más a Martín que cualquier expresión de miedo.

—Lo sabías.

—Sabía que podía estar.

—¿Por qué?

Lope miró el río.

—Porque tu padre dejó algo aquí.

Martín se incorporó lentamente.

—¿Qué?

Lope no contestó. Aritza rodeó la construcción y se detuvo junto a un pequeño canal que llevaba agua desde el río hasta el molino. Había piedras desplazadas y, debajo de una de ellas, algo que no parecía pertenecer a la ruina.

Era una tablilla estrecha de roble.

Martín la tomó.

En uno de sus extremos aparecía una incisión.

No era la marca de la colina.

Era una línea que terminaba en dos pequeñas ramificaciones.

Lope se acercó y la observó durante unos segundos.

—Tu padre la dejó.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la vi antes.

Martín levantó lentamente la cabeza.

—¿Cuándo?

Lope no respondió.

Aquello bastó.

Martín dio un paso hacia él.

—Estuviste aquí con él.

Lope permaneció callado.

—¿Qué hicisteis?

—No puedo contártelo todavía.

—¿Todavía?

La palabra quedó suspendida entre ambos.

Aritza intervino con calma.

—Martín, mira la tablilla.

Martín volvió la vista hacia ella. En el reverso había una pequeña ranura y, dentro de ella, un fragmento de tela endurecida por los años. Tiró suavemente y descubrió que estaba atada a un trozo de metal.

Lo sacó.

Era una pequeña pieza de hierro, rectangular, con una perforación en el centro.

Martín la observó.

—¿Qué es?

Lope la tomó y la acercó a la llave.

Encajaba.

No como una cerradura, sino como una pieza que completaba otra.

Martín sintió un escalofrío.

—La llave no abre una puerta.

Lope negó con la cabeza.

—No.

—Entonces ¿qué abre?

Lope miró hacia el río.

—Eso es lo que tu padre quería que descubrieras.

Antes de que Martín pudiera preguntar nada más, Aritza se agachó junto a la orilla.

—Hay huellas.

Los tres se acercaron.

En el barro podían distinguirse claramente varias pisadas recientes. Eran las mismas que habían visto junto a la casa abandonada, y algunas llegaban hasta el agua antes de desaparecer entre las piedras.

—Nos han seguido —dijo Martín.

—Sí —respondió Lope.

—¿Los soldados?

Aritza negó.

—No.

Martín miró hacia el bosque.

—Entonces los otros.

Lope guardó la tablilla y la pieza de hierro.

—Tenemos que continuar.

Se alejaron del molino sin volver a hablar. Durante un largo rato siguieron el río, siempre por su margen, hasta que el valle comenzó a abrirse y aparecieron campos de cultivo abandonados. El sol había subido ya lo suficiente para disipar la niebla y, detrás de ellos, las montañas parecían menos amenazadoras. Martín volvió la cabeza una vez y contempló el Gorbea entre las nubes.

Pensó en las cuevas de Mairu, en las historias que había escuchado de niño y en aquella antigua costumbre de atribuir al bosque una memoria que los hombres no podían controlar. Quizá su padre había conocido aquellos lugares por razones que no tenían nada que ver con las leyendas. Quizá las había escuchado también, como todos, y había aprendido que las historias servían a veces para esconder algo verdadero. En cualquier caso, el camino que ahora seguían no se dirigía hacia las cuevas, sino hacia el llano, y aquella contradicción comenzaba a parecerle demasiado deliberada para ser casual.

Al mediodía llegaron a un antiguo vado. Había una pequeña construcción de piedra junto al agua, apenas una pared y un tejado hundido. Aritza se detuvo.

—Aquí descansaremos.

Lope no quiso hacerlo.

—No.

Aritza lo miró.

—Necesitamos comer.

—Y ellos necesitan encontrarnos.

Martín observó a Lope.

—¿Por qué dices eso?

Lope señaló la otra orilla.

Había una figura allí.

Muy lejos, apenas visible entre los árboles.

Después apareció otra.

Martín sintió que el cuerpo se le tensaba.

Pero aquellos hombres no cruzaron el río.

Permanecieron quietos durante unos instantes y después desaparecieron entre la vegetación.

Aritza esperó un momento antes de hablar.

—No querían acercarse.

—¿Por qué?

El anciano miró el agua.

—Porque saben adónde vamos.

Martín sacó la llave.

—¿Y nosotros?

Aritza contempló la pieza de hierro que Lope había guardado.

—Ahora empezamos a saberlo.

Martín volvió a mirar el río. La corriente continuaba descendiendo hacia el llano, indiferente a los hombres que caminaban junto a ella, a los reyes que se disputaban Gasteiz y a los secretos que habían permanecido ocultos durante generaciones.

Entonces comprendió algo que hasta ese momento había pasado por alto.

Su padre no había dejado un camino para que él encontrara un lugar.

Había dejado un camino para que encontrara a alguien.

Y, por primera vez, Martín tuvo la certeza de que aquella persona no estaba en el Gorbea ni en las cuevas de las que hablaban los viejos.

Estaba mucho más cerca.

Tal vez incluso en Gasteiz.

XVII

El río continuó descendiendo hacia el llano durante buena parte de la tarde, y con él fueron quedando atrás los bosques más espesos del Gorbea, aunque las montañas seguían visibles a sus espaldas como una línea oscura que parecía acompañarlos. Martín caminaba en silencio, con la llave guardada bajo la ropa y la pequeña pieza de hierro que habían encontrado en el molino envuelta en un trozo de tela. Desde que habían abandonado el vado no habían vuelto a ver a los tres hombres que los seguían, pero la ausencia no le producía tranquilidad; al contrario, la forma en que habían permanecido al otro lado del río, sin intentar cruzarlo, le hacía pensar que no tenían prisa por alcanzarlos y que quizá conocían aquel camino mejor que ellos.

Lope parecía compartir aquella inquietud. Avanzaba unos pasos por delante, mirando de vez en cuando hacia las lomas y deteniéndose en los cruces para observar las huellas del camino. Aritza, en cambio, había recuperado su manera habitual de caminar, tranquila y silenciosa, como si el peligro formara parte del paisaje y no fuera necesario nombrarlo para tenerlo presente.

Cuando el sol comenzó a descender, llegaron a una bifurcación.

Uno de los caminos seguía hacia el sur, bordeando los campos y perdiéndose entre pequeñas aldeas; el otro se desviaba hacia el oeste y parecía dirigirse hacia una antigua calzada.

Lope se detuvo.

—Por aquí.

Martín miró el camino de la calzada.

—Eso nos lleva a Gasteiz.

Lope no respondió.

—¿No era eso lo que queríamos?

—No todavía.

Martín frunció el ceño.

—El anciano dijo que siguiéramos el río. Lo hemos hecho.

—Y ahora el río nos ha traído hasta aquí.

—Entonces quizá la siguiente parte también estaba prevista.

Lope lo miró durante unos segundos.

—Eso es precisamente lo que me preocupa.

Continuaron por la calzada. A medida que avanzaban aparecieron señales de que se acercaban a lugares habitados: primero una pequeña huerta cercada con ramas, después un cobertizo junto al camino y, finalmente, las primeras casas de una aldea. No se detuvieron. Lope evitaba las zonas donde pudieran ser reconocidos y prefería caminar por los márgenes, pero Martín observó algo que hasta entonces no había reparado en advertir: varias personas que trabajaban en los campos levantaron la cabeza al verlos pasar y, aunque ninguno dijo nada, algunos siguieron a Lope con la mirada hasta que desaparecieron.

—Te conocen —dijo Martín.

—Conocen a muchos hombres que viajan por estos caminos.

—No me refiero a eso.

Lope no contestó.

Al caer la tarde encontraron una pequeña construcción junto al camino y decidieron pasar allí la noche. Era un antiguo almacén de piedra, vacío desde hacía años, cuya puerta podía cerrarse por dentro. Aritza encendió un fuego pequeño y repartió el poco pan que les quedaba. Martín apenas tenía hambre.

Había esperado durante todo el camino que Lope explicara lo ocurrido en el molino, pero el silencio del anciano empezaba a parecerle deliberado.

—Dijiste que habías venido aquí con mi padre.

Lope levantó la vista.

—Sí.

—¿Qué buscabais?

—Una persona.

Martín permaneció inmóvil.

—¿La encontrasteis?

Lope tardó en responder.

—No.

—¿Y por qué nunca me lo dijiste?

—Porque cuando murió tu padre creí que aquello había terminado.

—Pero no terminó.

—No.

Aritza permanecía junto al fuego, escuchando sin intervenir.

Martín se inclinó hacia Lope.

—¿Quién era esa persona?

Lope bajó los ojos hacia las llamas.

—No lo sabíamos entonces.

—Eso no tiene sentido.

—Tu padre recibió una indicación. No un nombre.

Martín recordó la tablilla de roble.

—¿La marca?

Lope asintió.

—La marca señalaba un lugar, y en ese lugar había otra indicación.

—¿Y después?

—Después había que seguirla.

Martín guardó silencio. Aquello explicaba por qué su padre había dejado la llave, la madera y la pieza de hierro, pero no explicaba por qué había preparado aquel camino para alguien que quizá ni siquiera existiría cuando él muriera.

—Entonces tú sabías que algún día tendría que continuar lo que él dejó.

Lope levantó lentamente la mirada.

—No sabía que serías tú.

Aquella respuesta sorprendió a Martín.

—¿A quién esperabas?

Lope negó con la cabeza.

—A nadie en particular.

Aritza intervino entonces.

—Tu padre no quería que la búsqueda dependiera de una sola persona.

Martín lo miró.

—¿Por qué?

El anciano tardó unos instantes en contestar.

—Porque sabía que los hombres mueren y que los secretos sobreviven más que ellos.

Las palabras quedaron en silencio entre los tres. Martín comprendió que aquella era probablemente la primera vez que Aritza hablaba de su padre sin esconderse detrás de una respuesta incompleta.

—¿Qué sabía mi padre sobre el pacto?

Aritza miró el fuego.

—Lo suficiente para temer que alguien intentara utilizarlo.

—¿Quién?

—Eso todavía no lo sabemos.

—¿Navarra?

Aritza negó lentamente.

—No necesariamente.

Martín pensó en los hombres que habían llegado a Gasteiz, en las órdenes pronunciadas en nombre del rey y en la manera en que la ciudad había comenzado a cambiar desde su llegada. Pero ahora empezaba a comprender que el peligro no consistía únicamente en que un poder nuevo hubiera tomado la colina. Había hombres que podían estar intentando aprovechar

aquel cambio para recuperar algo que llevaba mucho tiempo escondido.

—Entonces los que nos siguen no trabajan para el rey.

Lope levantó la cabeza.

—No lo sabemos.

—Pero tampoco son soldados.

—No.

—¿Y por qué no cruzaron el río?

Lope permaneció callado.

Fue Aritza quien respondió.

—Porque el río no era el obstáculo.

Martín lo miró.

—¿Entonces qué?

—La marca.

Martín sintió que algo se cerraba en su pensamiento.

—¿Había una marca en el vado?

Aritza asintió.

—En una de las piedras.

Martín recordó que, antes de abandonar el lugar, había visto a Aritza agacharse junto al agua, aunque entonces no había prestado atención a lo que hacía.

—¿Y ellos no podían cruzar?

—No he dicho eso.

—Pero lo has pensado.

Aritza lo miró con una expresión casi imperceptiblemente satisfecha.

—Empiezas a mirar.

Martín volvió la vista hacia Lope.

—¿Qué significa la marca?

Lope tardó unos segundos en responder.

—Que aquel lugar formaba parte del mismo camino.

Martín sintió un escalofrío.

De pronto, la historia dejó de parecer una sucesión de escondites aislados. El pasadizo bajo la colina, la casa abandonada, el bosque, el molino y ahora aquel vado no eran lugares independientes. Alguien había trazado hacía muchos años una ruta que unía Gasteiz con las montañas y los caminos del norte, una ruta que podía servir para transportar personas, mensajes o cosas que no debían aparecer en los caminos principales.

—El pacto no protegía solamente la colina —dijo.

Lope negó lentamente con la cabeza.

—Eso parece.

Martín recordó entonces las palabras que Lope había pronunciado bajo Gasteiz: los que juraron que, si un ejército llegaba a la colina, la ciudad no sería entregada sin resistencia. Pero quizá aquellos hombres habían entendido que una ciudad no podía defenderse únicamente con murallas. Necesitaban caminos, refugios, personas que pudieran salir y entrar sin ser vistos, lugares donde un mensaje pudiera sobrevivir aunque los hombres que lo llevaban desaparecieran.

Y, por primera vez, Martín comprendió por qué su padre había querido mantenerlo alejado de todo aquello.

No porque el secreto perteneciera al pasado.

Porque seguía siendo útil.

Afuera, un ruido de pasos sobre la tierra hizo que los tres levantaran la cabeza.

El sonido se detuvo.

Lope apagó el fuego.

Durante unos instantes permanecieron inmóviles.

Después se escucharon dos golpes suaves en la puerta.

No eran golpes de soldados.

Aritza se puso en pie y miró a Lope.

—¿Esperas a alguien?

—No.

Los golpes volvieron a sonar.

Dos veces.

Martín llevó la mano hacia la navaja.

Lope se acercó a la puerta, pero no la abrió.

—¿Quién es?

Durante unos segundos no hubo respuesta.

Después llegó una voz de hombre, baja y cansada.

—Traigo noticias de Gasteiz.

Lope no se movió.

—¿De quién?

—De alguien que lleva mucho tiempo esperando que regreses.

Martín sintió que Lope se quedaba inmóvil.

No parecía sorprendido por las palabras, sino por la voz.

Aritza se acercó lentamente.

—No abras.

La voz volvió a hablar.

—No vengo por el pergamino.

Lope cerró los ojos.

Martín lo observó.

—Lo conoces.

Lope tardó en responder.

—Sí.

—¿Quién es?

Lope miró hacia la puerta.

—Alguien que conoció a tu padre.

Martín sintió que el corazón le golpeaba con fuerza.

—¿Está solo?

Lope no respondió.

Aritza apagó la última brasa que quedaba en el suelo.

—Entonces ya no tenemos tiempo.

Desde el exterior llegó un ruido lejano de caballos.

Uno.

Después otro.

La voz detrás de la puerta guardó silencio.

Lope tomó el pergamino y se lo entregó a Martín.

—Guárdalo.

Martín lo miró sorprendido.

—¿Por qué?

—Porque si volvemos a Gasteiz, ya no quiero que crean que yo soy quien lo lleva.

Martín comprendió que aquella decisión cambiaba algo esencial entre ellos. Hasta entonces había sido Lope quien había protegido el pergamino y decidido cuándo mostrarlo, pero ahora se lo entregaba a él sin explicar por qué.

—¿Confías en mí?

Lope sostuvo su mirada.

—No tengo otra opción.

Aritza negó con la cabeza.

—Eso no es confianza.

Lope lo miró.

—No. Pero quizá sea el principio.

Afuera, los caballos se detuvieron.

Durante unos instantes solo se escuchó el viento.

Luego una voz dio una orden en la oscuridad.

No podían distinguir las palabras, pero Martín reconoció el tono.

Era el mismo tono de los hombres que habían golpeado la puerta de Gasteiz.

Los soldados habían encontrado su rastro.

Lope señaló una abertura estrecha en la parte posterior del almacén.

—Por ahí.

Martín guardó el pergamino bajo la ropa.

Antes de salir, volvió la mirada hacia la puerta.

La persona que había llegado primero seguía allí, inmóvil al otro lado, y Martín tuvo la impresión de que no había venido para detenerlos.

Había venido para asegurarse de que regresaran.

A Gasteiz.

A la colina.

Y a la historia que su padre había dejado incompleta.

Aclaración del vado

El vado no tenía nada de extraordinario a primera vista. El agua corría baja entre las piedras y un hombre acostumbrado a los caminos podía atravesarlo sin dificultad, como habían hecho otros antes que ellos, llevando ganado, mercancías o simplemente buscando un paso más seguro hacia la otra orilla. Lo que detenía a quienes venían detrás no era el río, sino la piedra que señalaba el lugar. Aritza la había visto antes y ahora entendía por qué estaba allí: aquella marca no impedía el paso, sino que indicaba quién podía utilizarlo sin ser considerado un extraño. Los hombres que los observaban desde la otra orilla podían cruzar, pero al reconocer la señal habían comprendido que hacerlo significaría entrar en un camino que no les pertenecía.

Martín miró hacia ellos y después hacia la marca, todavía sin entender del todo. «¿Entonces cualquiera puede cruzar?» preguntó. Aritza asintió lentamente. «Cualquiera que no tenga miedo de lo que encuentre al otro lado.» Lope negó con la cabeza. «No es eso. El vado pertenece al camino, y el camino pertenece a quienes conocen sus señales. Los demás pueden pasar por el agua, pero no por lo que viene después.» Martín volvió la mirada hacia los tres hombres. Ninguno se movía. Permanecían quietos, como si esperaran que fueran ellos quienes cometieran el primer error.

Entonces comprendió que el pacto no había protegido los lugares cerrándolos a los demás, sino haciendo que ciertos hombres supieran cuándo estaban entrando en territorio ajeno. La señal servía para advertir, para reconocer y, quizá, para recordar una promesa antigua. Quien tuviera derecho a utilizar aquel camino podía seguir adelante; quien no lo tuviera podía hacerlo igualmente, pero sabía que al otro lado dejaba de ser un viajero y se convertía en alguien que había decidido atravesar una frontera que llevaba generaciones siendo respetada.

XVIII

El hueco por el que Lope los había hecho salir era tan estrecho que tuvieron que avanzar de lado durante varios pasos antes de encontrar un espacio suficiente para incorporarse. Martín fue el primero en llegar al otro extremo y, cuando salió al aire libre, se encontró detrás del antiguo almacén, entre unos matorrales que descendían hacia una pequeña vaguada. La noche seguía cerrada, aunque el cielo comenzaba a aclararse ligeramente por el este, y durante unos instantes permaneció inmóvil, tratando de acostumar los ojos a la oscuridad. Detrás de él aparecieron Aritza y Lope. Este último volvió a colocar algunas ramas sobre la abertura, no para ocultarla por completo, sino para que desde el camino pareciera simplemente una irregularidad del terreno.

Los caballos seguían al otro lado del almacén. Se escuchaban voces y el ruido de hombres desmontando, pero nadie había entrado todavía en la parte posterior de la construcción. Martín se volvió hacia Lope.

—¿Quién era el hombre de la puerta?

Lope no respondió inmediatamente. Miró hacia el almacén y después hacia el camino que se perdía entre los árboles.

—No tenemos tiempo para hablar de él ahora.

—Precisamente porque no tenemos tiempo quiero saberlo.

Aritza hizo un gesto para que continuaran caminando, pero Lope permaneció quieto unos segundos. Finalmente dijo que el hombre había conocido a su padre muchos años atrás y que no era la primera vez que aparecía cuando las cosas empezaban a complicarse, aunque nunca había sabido con certeza

de qué lado estaba. Martín quiso preguntarle cómo podía confiar en alguien de quien hablaba de aquella manera, pero comprendió por el tono de Lope que aquella incertidumbre era real. Por primera vez no parecía estar ocultándole una respuesta, sino admitiendo que tampoco él la tenía.

—Entonces ¿por qué has dicho que debemos volver a Gasteiz?

—Porque es allí donde quiere que vayamos.

—¿Y tú vas a obedecerle?

Lope se volvió hacia él.

—No estoy obedeciendo a nadie. Estoy intentando comprender por qué ha esperado tantos años para aparecer.

Aritz intervino mientras comenzaba a descender por la vaguada.

—Quizá no ha esperado.

Martín lo siguió con la mirada.

—¿Qué quieres decir?

—Quizá estaba esperando a que apareciera alguien que pudiera llevar el pergamino.

Lope no respondió, pero su silencio confirmó que aquella posibilidad ya se le había ocurrido.

Caminaron durante más de una hora sin utilizar el camino principal. El cielo había empezado a aclararse cuando alcanzaron una pequeña elevación desde la que podían distinguir, muy lejos todavía, la silueta de Gasteiz. La colina aparecía recortada contra la primera luz del día y sus murallas eran apenas una línea oscura sobre el horizonte. Martín se detuvo. Desde aquella distancia la ciudad parecía tranquila, casi ajena a todo cuanto

había ocurrido, pero sabía que dentro de sus muros había hombres que buscaban el pergamino, soldados que obedecían órdenes del nuevo poder y habitantes que todavía no sabían hasta dónde iba a llegar el cambio que había traído la llegada de Navarra.

—Volvemos —dijo Martín.

Lope se colocó a su lado.

—Sí.

—¿Por qué ahora?

Lope tardó unos instantes en contestar.

—Porque hemos aprendido algo que tu padre tardó años en descubrir.

Martín esperó.

—El camino no termina fuera de Gasteiz.

Aquella respuesta no le sorprendió. Había llegado a la misma conclusión durante el día, pero necesitaba escucharla de Lope.

—Y la persona que buscabais...

Lope bajó la mirada.

—Puede seguir allí.

—¿Quién es?

—No lo sé.

Martín respiró hondo.

—Siempre dices lo mismo.

—Porque es la verdad.

Aritza se había detenido unos pasos por delante y los esperaba.

—No necesitamos saber todavía quién es —dijo—. Necesitamos saber cómo encontrarla.

Martín miró hacia él.

—¿Y sabemos cómo?

Aritza señaló la llave que llevaba bajo la ropa.

—Tu padre dejó una parte del camino en tus manos.

Martín sacó la llave y la contempló. A la primera luz del amanecer el metal parecía más viejo de lo que había parecido la noche anterior. La pequeña pieza de hierro que habían encontrado en el molino completaba una parte de su forma, pero seguía sin saber qué hacer con ella.

—¿Y si no quiero seguirlo?

Aritza lo miró durante unos segundos.

—Entonces no lo hagas.

La sencillez de la respuesta desconcertó a Martín.

—¿Así de fácil?

—No. Pero la decisión tiene que ser tuya.

Lope se acercó.

—Tu padre sabía eso.

Martín levantó la mirada.

—¿Cómo puedes saberlo?

Lope permaneció callado un instante.

—Porque una vez me dijo que, si llegaba el día en que tú descubrías todo esto, yo no debía decidir por ti.

Aquella frase produjo en Martín un silencio más profundo que cualquier revelación anterior. Su padre había pensado en aquel momento muchos años antes, cuando él todavía era un niño, y había dejado instrucciones para una posibilidad que probablemente había esperado no tener que afrontar nunca.

—¿Y has estado haciendo exactamente lo contrario?

Lope aceptó la acusación con una leve inclinación de cabeza.

—Sí.

Aritza dejó escapar una sonrisa apenas perceptible.

—Al menos esta vez has sido sincero.

Reanudaron el camino hacia el sur. Durante las primeras horas evitaron las aldeas y cruzaron los campos por senderos estrechos, procurando no llamar la atención. Cuando el sol estuvo ya alto llegaron a las proximidades del río que habían seguido desde las montañas. Allí encontraron de nuevo el vado que habían atravesado el día anterior.

Martín reconoció la piedra antes que los otros.

La marca seguía allí.

Se acercó y pasó los dedos sobre ella.

—Podríamos cruzar por aquí.

Lope asintió.

—Sí.

Martín miró hacia la otra orilla.

—Y ellos también podían.

—También.

La respuesta le hizo volver la cabeza.

—Entonces ¿por qué no lo hicieron?

Aritza se agachó junto a la piedra y retiró con cuidado parte del musgo que ocultaba la señal.

—Porque sabían lo que significaba.

—Pero no les impedía pasar.

—No.

Martín recordó a los tres hombres inmóviles al otro lado del río.

—Entonces podían haber cruzado.

—Podían —dijo Aritza—. Y quizá lo hagan algún día.

—¿Por qué no ahora?

Aritza se incorporó.

—Porque durante generaciones los hombres que conocían esta señal entendieron que cruzar el agua no era el verdadero problema. El problema empezaba después. Quien atravesaba el vado sin tener derecho al camino dejaba de ser un viajero y pasaba a ser alguien que había elegido ignorar una advertencia.

Lope añadió que aquello explicaba por qué los perseguidores no habían intentado alcanzarlos. No tenían miedo del río ni de la señal en sí misma; sabían que al otro lado comenzaba una ruta utilizada por hombres que podían reconocerlos y que, en aquellas circunstancias, entrar en ella sin permiso significaba revelar que conocían demasiado sobre la antigua red.

—Entonces la marca sigue teniendo autoridad —dijo Martín.

—Tiene memoria —respondió Lope.

Martín lo miró.

—No es lo mismo.

—No. Pero a veces los hombres obedecen más tiempo a una memoria que a una orden.

Cruzaron el vado sin dificultad. El agua apenas les llegaba a las pantorrillas y las piedras permitían avanzar con seguridad. Al alcanzar la otra orilla, Martín volvió la cabeza. Durante unos instantes esperó ver aparecer a los tres hombres entre los árboles, pero el lugar permaneció vacío.

Continuaron hacia Gasteiz.

A media tarde llegaron a una pequeña ermita abandonada junto a un camino secundario. Aritza se detuvo y señaló una de las piedras del muro. Allí, casi oculta bajo una capa de líquenes, aparecía nuevamente la marca.

Martín se acercó.

—Otra vez.

Lope asintió.

—El camino se acerca a la ciudad.

—¿Cuántas señales hay?

—No lo sé.

—¿Y tú?

Lope negó con la cabeza.

—Tu padre tampoco lo sabía.

Martín se volvió.

—Entonces, ¿cómo encontrabais el camino?

—No necesitábamos conocerlo entero. Bastaba con saber cuál era la siguiente señal.

Martín permaneció un momento contemplando el muro. Comprendió entonces que aquella red había sido construida precisamente para no depender de un mapa completo. Un hombre podía conocer solamente un tramo, otro conocer otro, y aun así el mensaje podía recorrer grandes distancias sin que nadie tuviera que conocer el conjunto. Era una forma de proteger un camino sin convertirlo en un secreto que pudiera ser revelado de una sola vez.

—Eso es lo que hacía mi padre —dijo.

Lope lo miró.

—¿Qué?

—Me dejaba una señal cada vez que podía encontrar la siguiente.

Aritza asintió lentamente.

—Ahora empiezas a entenderlo.

El sol comenzaba a descender cuando divisaron de nuevo la colina. Esta vez no se acercaron directamente. Desde el camino podían ver las murallas y algunas de las torres, pero también hombres apostados junto a una de las entradas. El movimiento era mayor que el día anterior y, de vez en cuando, aparecían soldados sobre el camino de ronda.

Martín sintió que la garganta se le cerraba.

—No podemos entrar.

—No por la puerta —respondió Lope.

Aritza señaló hacia la parte oriental de la colina.

—Hay otro camino.

Martín lo miró.

—¿Otro paso?

—No un paso. Una forma de acercarse sin ser vistos.

Lope observó la ciudad durante unos instantes.

—El problema es que, si los hombres del rey han cerrado las puertas, también habrán empezado a registrar las casas.

—¿Y dónde iremos?

Lope se volvió hacia Martín.

—A la casa de tu padre.

Martín sintió una punzada de inquietud.

—¿No estará vigilada?

—Probablemente.

—Entonces no tiene sentido.

Lope negó lentamente.

—Sí lo tiene. Si alguien ha buscado el cofre, habrá buscado también aquello que tu padre dejó detrás.

Martín comprendió.

—Y si el cofre desapareció...

—Alguien tuvo que abrirlo.

El silencio que siguió fue largo. Martín pensó en el nombre que había visto en el pergamino, en la llave, en la pieza de hierro y en la persona que su padre había intentado encontrar

años atrás. Todo parecía conducir nuevamente a la casa y, desde allí, a la colina.

—Entraremos de noche.

Lope asintió.

Aritza miró hacia el Gorbea, ya cubierto por la última luz del día.

—Antes tendremos que encontrar dónde pasar las horas.

Martín volvió la vista hacia la ciudad.

La colina parecía más cercana que nunca.

Y, sin embargo, por primera vez comprendió que regresar a Gasteiz no significaba simplemente volver al lugar del que habían huido. Significaba entrar en una ciudad que había cambiado mientras ellos estaban fuera y hacerlo sabiendo que, bajo sus calles, detrás de sus muros y a lo largo de los caminos que llegaban hasta ella, existía todavía una historia que alguien había intentado borrar sin conseguirlo.

Aquella noche volverían a la colina.

Pero esta vez Martín no regresaría como el hijo de un hombre que había guardado un secreto.

Regresaría como alguien que comenzaba, por fin, a entender por qué su padre había decidido dejarlo.

XIX

Esperaron hasta que la noche hubiese cubierto por completo los caminos que rodeaban Gasteiz antes de acercarse a la colina. Desde el lugar donde se habían detenido podían distinguir algunas luces dispersas entre las casas y, más arriba, los puntos amarillentos de las antorchas que vigilaban los accesos principales. La ciudad no parecía dormida, sino contenida, como si sus habitantes hubieran aprendido en pocos días que cualquier ruido en la calle podía anunciar la llegada de hombres armados y que las puertas, que antes se abrían por costumbre, comenzaban a abrirse ahora después de una pregunta y una mirada desconfiada. Lope eligió un camino secundario que apenas podía llamarse camino, una senda estrecha entre huertos y muros bajos que ascendía hacia la parte posterior de las casas. Aritza iba delante, deteniéndose de vez en cuando para escuchar, mientras Martín caminaba detrás de Lope con la mano cerca del pecho, donde llevaba oculto el pergamino. Habían hablado poco desde que abandonaron el vado, no porque no hubiera preguntas, sino porque cada uno parecía comprender que, en aquel momento, las palabras podían resultar más peligrosas que el silencio.

Cuando llegaron a la casa de su padre, Martín vio inmediatamente algo que no esperaba. Una luz débil se filtraba por una de las ventanas laterales. No era una llama fuerte, sino el resplandor tembloroso de una lámpara pequeña, suficiente para iluminar una parte de la estancia. Martín se detuvo y miró a Lope. Este no respondió enseguida, pero su expresión cambió ligeramente, como si aquella luz confirmara una sospecha que hasta entonces no había querido formular. Aritza se acercó a la pared y observó la ventana desde un ángulo en el que no podía ser visto desde dentro. Después negó lentamente con la cabeza. No había movimiento detrás de la tela. Lope murmuró que aquello

podía significar que alguien estaba dentro o que alguien había dejado deliberadamente la lámpara encendida para que supieran que la casa no estaba abandonada. Martín recordó entonces que su padre había hecho algo parecido en una ocasión, muchos años atrás, cuando él era todavía un muchacho, aunque no consiguió recordar qué esperaba aquella noche ni a quién. La memoria le llegó como una imagen incompleta, una habitación oscura, la voz baja de su padre y una luz que permanecía encendida mucho después de que todos se hubieran acostado.

No entraron por la puerta principal. Aritza rodeó la casa y encontró que la pequeña puerta trasera estaba entornada, como si alguien hubiera salido con prisa o como si hubiera querido dejarla preparada para quien conociera aquel acceso. Martín sintió una incomodidad que no pudo explicar y, antes de cruzar el umbral, miró hacia el camino por el que habían venido. No vio a nadie, pero la sensación de estar siendo observados no desapareció. Entraron. La habitación estaba a oscuras, salvo por la luz que llegaba desde la estancia contigua, y durante unos instantes ninguno de los tres se movió. La casa conservaba el mismo olor de siempre, madera vieja, ceniza y humedad, pero había algo extraño en ella, una alteración casi imperceptible que Martín reconoció antes incluso de saber qué era. Los objetos no estaban donde los recordaba. Una silla había sido desplazada junto a la pared, una manta estaba medio caída sobre el banco y había polvo removido alrededor del arcón que su padre utilizaba para guardar herramientas. Cerca del hogar, una pequeña huella de barro había quedado marcada sobre las losas, demasiado reciente para pertenecer a alguien que hubiera pasado allí meses atrás.

Martín se arrodilló junto al hogar y examinó las piedras. Recordaba perfectamente que su padre solía mantener aquella zona limpia, porque decía que una casa hablaba por sus rincones y que el polvo acumulado donde nadie debía tocar era una forma de aviso. Mientras apartaba con los dedos unas pequeñas

partículas de tierra encontró un fragmento de madera de roble, apenas más largo que un dedo, cuya superficie había sido trabajada deliberadamente. En uno de sus extremos aparecía la misma señal que habían visto en el molino: una línea vertical de la que nacían dos pequeñas ramas oblicuas. Martín la sostuvo frente a la luz y llamó a Lope. Este se acercó, tomó el fragmento y lo observó sin decir nada. Después sacó de su bolsa la pieza de madera que habían encontrado junto al molino y las aproximó. No encajaban como una llave ni como una pieza de un mecanismo, pero las vetas de la madera continuaban de una a otra con una precisión que no podía ser casual. El fragmento que habían encontrado en el molino formaba parte de algo mayor, y el trozo oculto en la casa completaba una sección de aquella pieza.

—Tu padre no dejó una sola indicación —dijo finalmente Lope—. Dejó partes de ella en distintos lugares, de manera que nadie pudiera comprender el camino encontrando una sola pieza.

Martín levantó la mirada. La explicación no le tranquilizó. Al contrario, hizo que la ausencia de su padre le pareciera más cercana y más difícil de soportar. Durante años había pensado que aquel silencio era simplemente una forma de protección, quizá incluso una equivocación, porque su padre había querido apartarlo de asuntos que consideraba peligrosos y había terminado llevándose consigo demasiadas respuestas. Ahora comenzaba a sospechar que aquella reserva había sido deliberada hasta el último momento. Preguntó a Lope por qué, si realmente había querido que algún día encontrara aquello, había ocultado las piezas con tanto cuidado. Lope tardó en contestar y, mientras volvía a guardar el fragmento de madera, dijo que dejar un camino preparado para el momento en que fuera necesario recorrerlo no significaba obligar a nadie a seguirlo antes de tiempo. Martín comprendió entonces que aquella era quizá la forma más

cercana que Lope tenía de hablar de su padre sin admitir todavía todo lo que sabía de él.

Unos golpes muy suaves sonaron entonces en la pared exterior.

No fueron golpes de alguien que quisiera entrar, sino tres toques breves, separados por una pausa. Los tres quedaron inmóviles. Aritza hizo un gesto para que apagaran la lámpara y durante unos instantes la casa quedó completamente a oscuras. El sonido no volvió a repetirse. Lope se acercó a una de las paredes interiores y pasó lentamente la mano por la madera, deteniéndose junto a una junta que Martín jamás había observado. Presionó con el pulgar y una pequeña pieza cedió. Detrás había una cavidad estrecha, apenas suficiente para ocultar una tira de madera. Lope la sacó con cuidado y la sostuvo frente a la poca luz que quedaba. Tenía tres incisiones, dos muy juntas y una algo más separada.

Martín le preguntó qué significaban, pero Lope no respondió de inmediato. Acercó la tira a la pieza que habían encontrado en el molino y después miró hacia la parte superior de la colina. Cuando habló, lo hizo en voz baja, como si temiera que las paredes pudieran devolver las palabras.

—No señala un lugar concreto. Señala una dirección. Tu padre sabía que quien encontrara esto necesitaría primero saber hacia dónde continuar, no qué puerta abrir.

Martín siguió su mirada y comprendió que la dirección conducía hacia la colina. La casa estaba situada en una parte baja, pero el trazado antiguo del terreno permitía alcanzar las laderas sin acercarse a los caminos principales. No era la ruta que utilizaría alguien que quisiera llegar rápidamente a la parte alta de Gasteiz; era, precisamente, la clase de recorrido que escogería alguien que quisiera evitar ser visto. Lope explicó que tendrían que subir, pero no por donde subía todo el mundo, y

que probablemente la respuesta se encontraba en alguna de las antiguas construcciones que habían quedado absorbidas por la ciudad. Martín pensó en el pasadizo, en la cámara bajo la colina y en la marca que había aparecido una y otra vez en lugares separados por caminos que nadie habría relacionado entre sí.

Antes de que pudieran continuar, Aritza levantó una mano.

Desde fuera llegó el sonido apagado de unas pisadas. Después otra pausa. Dos hombres estaban junto a la casa. No llevaban armadura, o al menos no caminaban con el peso de quienes la llevan, y ninguno habló. Martín sintió que la mano de Lope se cerraba alrededor de su brazo, indicándole que no hiciera ruido. Permanecieron así durante unos momentos, escuchando. Los hombres no intentaron entrar. Parecían esperar.

Aritza se apartó de la ventana y señaló una zona del suelo, junto a la pared del fondo. Una de las losas estaba ligeramente más hundida que las demás. La levantaron con dificultad y debajo apareció un espacio estrecho lleno de tierra seca y pequeñas piedras. Martín recordó entonces las palabras del anciano junto al río, la orden de bajar antes de subir, y comprendió que el camino de su padre no había sido una sola ruta continua, sino una sucesión de pequeños accesos que podían permanecer ocultos durante años sin que nadie reparase en ellos.

Lope sacó el hierro que habían encontrado en el molino y lo introdujo en una ranura de la piedra que había bajo la losa. La pieza encajó con una precisión que hizo que Martín sintiera un estremecimiento. Entonces Lope le tendió la llave que había pertenecido a su padre.

—Hazlo tú.

Martín la sostuvo durante unos segundos. Era una llave vieja, sencilla, sin adornos, pero ahora sabía que su padre la había llevado consigo durante años y que, de algún modo, había

previsto que pudiera llegar un día en que las manos de su hijo fueran las que la utilizaran. La introdujo en la pieza de hierro. Al principio no ocurrió nada. Después giró lentamente. Se oyó un pequeño chasquido bajo la piedra y una parte del suelo cedió unos dedos, lo suficiente para descubrir una abertura oscura.

Ninguno de los tres habló durante un momento.

Martín miró a Lope. Este no parecía sorprendido por lo que acababa de ocurrir; más bien tenía el rostro de alguien que acaba de confirmar una sospecha que llevaba demasiado tiempo intentando negar.

—Bajad —dijo.

La palabra fue suficiente.

Aritza descendió primero, tanteando con los pies los escalones estrechos que aparecían bajo la abertura. Después lo hizo Lope. Martín permaneció arriba unos segundos, mirando la habitación de su padre, aquella casa que durante tanto tiempo había considerado el lugar más seguro de su infancia y que ahora se le revelaba como una puerta hacia una historia que había comenzado mucho antes de que él pudiera comprenderla. Miró de nuevo el pequeño fragmento de madera que había encontrado junto al hogar y pensó que su padre había dejado allí algo más que indicaciones. Había dejado la posibilidad de regresar.

Cuando Martín comenzó a bajar, oyó fuera un leve movimiento. Los dos hombres seguían allí.

No habían venido solamente por el pergamino.

Aquello significaba que sabían que Martín había regresado a Gasteiz.

Y, por primera vez, Martín comprendió que quizá él mismo había sido esperado durante mucho más tiempo del que nadie se había atrevido a decirle.

Mientras descendía hacia la oscuridad, volvió a recordar al hombre que había visto de niño en aquella misma casa, el desconocido de las manos cubiertas de tierra que hablaba con su padre mientras él permanecía apartado, demasiado joven para entender lo que estaba ocurriendo. Durante años había pensado que aquel hombre había acudido para llevarse algo. Ahora, mientras la abertura se cerraba lentamente sobre su cabeza y la luz de la casa desaparecía, comenzó a preguntarse si quizá había sido al contrario: si aquel hombre no había venido entonces para llevarse algo, sino para dejarlo allí, esperando el momento en que alguien tuviera que encontrarlo.

XX

El descenso era más estrecho de lo que Martín había imaginado. No se trataba de una escalera propiamente dicha, sino de una sucesión irregular de piedras encajadas en la tierra, algunas desgastadas por el paso de los años y otras todavía firmes, como si hubieran sido colocadas mucho después para reparar los desperfectos. Martín tuvo que apoyar una mano contra la pared mientras bajaba, sintiendo bajo los dedos la humedad de la piedra y, en algunos puntos, pequeñas raíces que habían conseguido abrirse camino desde la superficie. Detrás de él, la losa volvió a su sitio con un ruido sordo, y durante unos instantes la oscuridad fue absoluta. Solo quedaba delante la pequeña luz que Aritza llevaba protegida entre las manos y el eco de sus pasos, que descendían hacia algún lugar que parecía encontrarse mucho más lejos de la casa de lo que podía indicar la profundidad de aquel acceso.

Cuando llegaron al fondo, el espacio se ensanchó ligeramente. No era una cámara grande, sino una galería baja, excavada parcialmente en la tierra y reforzada en algunos tramos con piedras de distinto tamaño. Martín tuvo la impresión de que no había sido construida de una sola vez. Había zonas en las que las paredes mostraban una obra antigua, casi tosca, y otras en las que alguien había añadido piedras más recientes, intentando conservar el paso abierto sin modificar demasiado su forma. Lope avanzó unos pasos y se detuvo ante una pared. Aritza acercó la luz. Allí estaba otra vez la señal: una línea vertical atravesada por dos trazos oblicuos, apenas visible bajo una capa de polvo.

Martín se acercó y pasó los dedos por encima.

—Es la misma.

Lope asintió, pero esta vez no respondió inmediatamente. Observó la pared, después el suelo y finalmente el techo bajo de la galería, como si intentara reconstruir mentalmente un recorrido que conocía solo en parte. Martín comprendió que aquello era importante: Lope había recorrido el antiguo pasadizo bajo la colina, pero aquel tramo parecía distinto. No conducía directamente hacia la cámara que habían encontrado anteriormente y tampoco descendía en la misma dirección.

—¿Conocías este lugar? —preguntó Martín.

Lope mantuvo la mirada sobre la marca antes de responder.

—Conocía la existencia de accesos como este. No este en concreto. Tu padre nunca me mostró la casa por dentro como ahora la estamos viendo.

Martín estuvo a punto de replicar, pero se contuvo. Había aprendido que, con Lope, las respuestas más importantes aparecían a menudo después de una pregunta que parecía no haber servido para nada. Aritza, que estaba examinando el suelo unos pasos más adelante, señaló una zona donde la tierra presentaba una diferencia de color.

—Aquí han pasado personas.

Martín se acercó. No eran huellas recientes, al menos no como las que habían encontrado junto al río, pero sí había una franja más limpia en medio del polvo, como si alguien hubiera caminado por allí varias veces. Junto a la pared quedaban pequeños restos de cera endurecida y una astilla negra de madera. Lope se agachó y la recogió.

—No es reciente —dijo—. Pero tampoco pertenece a un tiempo tan lejano como el resto.

—¿Tu padre?

Lope miró a Martín.

—Es posible.

La respuesta no satisfizo a Martín, aunque tampoco esperaba que lo hiciera. Siguieron avanzando. La galería comenzó a inclinarse suavemente hacia abajo y el aire se hizo más frío. En algunos puntos podían oír un murmullo lejano, como agua corriendo detrás de la piedra. Martín pensó en el río que habían seguido al amanecer, en la orden del anciano de bajar antes de subir y en las rutas que parecían unir la montaña con Gasteiz de una forma que no aparecía en ningún camino visible. Su padre había conocido aquellos lugares y, durante años, había conseguido mantenerlos fuera de su vida.

Al cabo de un rato encontraron una bifurcación. El paso de la izquierda era más estrecho y estaba parcialmente obstruido por tierra. El de la derecha parecía haber sido utilizado con mayor frecuencia. En la pared, junto a la bifurcación, había dos marcas. Una de ellas estaba casi borrada; la otra conservaba los trazos con claridad.

Lope acercó la lámpara.

—Tu padre no quería que cualquiera pudiera recorrer esto —dijo—. Por eso las señales cambian ligeramente según el lugar. Algunas indican que el camino continúa; otras señalan que hay algo que proteger. Si aprendemos a distinguirlas, quizá podamos comprender qué parte del recorrido estamos siguiendo.

Martín lo miró con atención.

—¿Y tú nunca aprendiste a distinguirlas?

Lope tardó unos segundos.

—Aprendí algunas. Tu padre sabía más.

Aquella admisión tuvo para Martín más peso que cualquier explicación. Hasta entonces había pensado que Lope poseía las respuestas que él buscaba y que simplemente elegía ocultárselas. Ahora empezaba a comprender que también había cosas que Lope ignoraba y que quizá llevaba años intentando reconstruir. La diferencia era que su padre había conocido una parte de aquel mundo desde dentro, mientras que Lope había tenido que seguir sus huellas después.

Tomaron el camino de la derecha. Después de unos minutos encontraron una pequeña cavidad abierta en la pared, aproximadamente a la altura del pecho. Dentro había un trozo de tela endurecida por el tiempo y, debajo, algo que Martín reconoció antes de tocarlo: madera de roble. Lo sacó cuidadosamente. Era una pieza estrecha, similar a las anteriores, pero esta vez había unas palabras grabadas en ella.

Martín acercó la lámpara.

No eran muchas. La madera había sufrido el paso del tiempo y algunas letras resultaban difíciles de distinguir, pero podía leerse una frase.

Cuando la ciudad cambie de manos, buscad al que no haya cambiado de camino.

Martín permaneció inmóvil.

Lope leyó la frase por encima de su hombro y cerró los ojos durante un instante.

—¿Qué significa? —preguntó Martín.

—No lo sé.

La respuesta fue tan inmediata que Martín se volvió hacia él.

—Esta vez dices la verdad.

Lope sostuvo su mirada.

—Esta vez sí.

Aritza había permanecido en silencio, observando la inscripción. Finalmente dijo que quizá no se refería a una persona que no hubiera cambiado físicamente de lugar, sino a alguien que hubiera mantenido la misma lealtad o la misma función aunque la ciudad hubiera pasado de unas manos a otras. Martín recordó entonces lo que había ocurrido en Gasteiz. Habían llegado nuevos hombres, nuevas órdenes y una nueva autoridad, pero la ciudad seguía allí, con sus casas, sus caminos y sus habitantes. Para quienes vivían en ella, el cambio de poder no significaba necesariamente que todo hubiese cambiado de inmediato.

—Cuando la ciudad cambie de manos —repitió Martín—. Tu padre sabía que iba a ocurrir.

Lope no respondió.

—¿Lo sabía antes de que Navarra llegara?

La pregunta quedó suspendida en la galería. Lope miró hacia el pasadizo oscuro que tenían delante.

—Sabía que algún día llegaría alguien que quisiera hacer de Gasteiz algo más que una ciudad habitada por sus propios vecinos. No sabía cuándo ocurriría ni quién sería. Eso era precisamente lo que preocupaba a quienes hicieron el pacto.

Martín sintió que la vieja historia comenzaba a encajar de una manera distinta. No se trataba de haber previsto una conquista concreta, sino de haber comprendido que la posición de la colina hacía inevitable que alguien intentara dominarla. Navarra había llegado y había tomado la ciudad porque necesitaba controlar aquel punto de paso, pero el temor que había dado origen al pacto era más antiguo que Navarra.

Aritza levantó la lámpara y señaló el final de la galería. Allí, casi oculto entre dos grandes bloques de piedra, aparecía un pequeño hueco rectangular. No parecía una puerta. Más bien recordaba a una abertura construida para introducir o retirar algo.

Martín se acercó.

—¿Qué hay ahí?

Lope negó con la cabeza.

—No lo sé.

Esta vez fue Martín quien sonrió ligeramente.

—Entonces tendremos que averiguarlo.

Introdujo la mano en el hueco, pero antes de tocar el fondo se detuvo. Había algo allí, cubierto por una tela gruesa y endurecida. Lo retiró lentamente. Debajo apareció una pequeña caja de madera, sin cerradura visible y marcada con el mismo signo.

Martín la sostuvo entre las manos.

Durante un instante nadie habló.

Después Lope dijo algo que hizo que Martín levantara la mirada.

—Tu padre dejó esto aquí.

—¿Cómo puedes saberlo?

Lope señaló la marca.

—Porque la madera es mucho más reciente que las piedras, y porque esa señal está hecha con la misma herramienta que utilizó en la pieza que encontramos en la casa.

Martín observó la caja. No parecía contener algo valioso. Era pequeña, sencilla, oscura por los años. Precisamente por eso le produjo más inquietud. Su padre había escondido objetos importantes en lugares que nadie buscaría, y aquella caja parecía haber sido preparada para ser encontrada solamente por alguien que hubiera seguido todas las indicaciones anteriores.

Antes de abrirla, Aritza se volvió hacia la galería por la que habían llegado.

—Esperad.

Los tres guardaron silencio.

Durante unos segundos no se oyó nada. Después llegó un ruido débil desde arriba.

Un golpe.

Luego otro.

Alguien estaba moviendo la losa de la casa.

Martín miró a Lope.

—Nos han seguido.

Lope negó lentamente con la cabeza.

—No necesariamente.

—¿Qué quieres decir?

Lope volvió la mirada hacia la caja.

—Si hubieran querido seguirnos, habrían bajado detrás de nosotros. Pero han esperado.

Aritza comprendió antes que Martín.

—Quieren que encontremos lo que hay aquí.

Lope no respondió. Se limitó a mirar la caja entre las manos de Martín.

Por primera vez desde que habían abandonado la casa, Martín sintió que el peligro no estaba detrás de ellos, sino delante. Aquellos hombres que aguardaban arriba quizá no buscaban impedir que continuaran. Quizá llevaban años esperando que alguien hiciera exactamente lo que ellos acababan de hacer.

Martín pasó el pulgar por la tapa de la caja.

El cierre cedió con facilidad.

Dentro había un pequeño trozo de pergamino doblado varias veces.

No era el pergamino que Lope le había entregado.

Era otro.

Y antes de abrirlo, Martín vio algo escrito en la parte exterior, una sola palabra que reconoció de inmediato porque la había escuchado una vez, muchos años atrás, en boca de su padre.

Aritza.

XXI

Durante unos instantes ninguno de los tres hizo ademán de tocar el pergamino. La pequeña caja de madera permanecía abierta sobre la piedra, iluminada por la llama vacilante de la lámpara, y la palabra escrita en su cubierta parecía ocupar más espacio que el propio objeto, como si aquellas seis letras hubieran estado esperando durante años en la oscuridad a que alguien pronunciara su nombre. **Aritza.** Martín miró a su compañero, esperando alguna señal de reconocimiento, pero Aritza permaneció inmóvil, con los ojos fijos en el pergamino y una expresión que no era exactamente de sorpresa, sino de alguien que acaba de encontrarse con algo que temía recordar. Lope también lo observaba, aunque con una atención distinta, más prudente, como si estuviera intentando descubrir en el rostro de Aritza una respuesta que él mismo no se atrevía a pedir. Finalmente, Aritza alargó la mano, pero se detuvo antes de tocar el pergamino. Dijo que quizá fuera mejor dejarlo allí, y Martín, sorprendido, le preguntó por qué. Aritza tardó unos segundos en contestar; después explicó que, si aquel escrito había sido dejado por su padre para él, probablemente había una razón para que hubiera permanecido oculto tanto tiempo, y que no estaba seguro de querer descubrirla delante de Lope. Aquella última frase cambió algo en el aire del pasadizo. Lope bajó ligeramente la mirada, como si hubiera recibido un golpe que esperaba desde hacía años.

Martín tomó entonces el pergamino antes de que pudiera hacerlo nadie más y lo sostuvo junto a la lámpara. No lo abrió. Había aprendido que en aquella historia los objetos tenían una manera propia de guardar silencio y que, cuando uno de ellos aparecía, casi siempre era porque alguien había decidido que había llegado el momento de romperlo. Miró a Aritza y le dijo que ya no estaban en condiciones de escoger qué secretos querían

conocer y cuáles no, porque los hombres que habían quedado arriba sabían que habían regresado a la casa y, de alguna manera, sabían también que estaban buscando algo bajo ella. Aritza no respondió inmediatamente. Se acercó a la pared, apoyó una mano sobre la piedra húmeda y permaneció así un momento, escuchando. Desde arriba llegaba un ruido apagado, apenas perceptible, como el desplazamiento de una piedra pesada sobre madera. Después otro sonido, más leve, quizá una pisada. No parecían estar descendiendo todavía. Aquello inquietó más a Lope que si hubieran escuchado voces. «Están esperando», murmuró, y Aritza asintió sin apartar la mano de la pared. «Eso es lo que me preocupa.» Martín entendió que no hablaban solamente de los hombres que estaban arriba, sino de algo que llevaba mucho más tiempo esperando que ellos.

Aritza terminó por coger el pergamino. Lo hizo con una cautela casi reverencial, no por temor a romperlo, sino por la impresión de que aquel objeto pertenecía a una época en la que él todavía era demasiado joven para comprender lo que ocurría a su alrededor. El cordel que lo sujetaba estaba endurecido por los años y tenía un pequeño nudo que Martín reconoció de inmediato: era semejante al que había visto en algunos de los objetos que habían encontrado durante el camino, aunque no idéntico. Aritza lo deshizo lentamente y extendió el pergamino sobre la piedra. La escritura era más pequeña que la del documento que Lope había llevado consigo y, a diferencia de aquella, no parecía destinada a ser leída por muchas personas. Había algo íntimo en aquellas líneas, una escritura hecha para que alguien pudiera reconocer una voz más que para transmitir una orden. Aritza pasó los dedos por el borde y, antes de empezar a leer, dijo que conocía aquella letra. Martín lo miró con atención. «¿La de mi padre?» Aritza negó con la cabeza. «No exactamente. La de alguien que escribía con él.» Lope se inclinó hacia el pergamino, pero Aritza levantó una mano para detenerlo. No había hostilidad

en el gesto, aunque sí una decisión firme. «Déjame leerlo primero.»

La primera parte del texto era breve. Aritza la leyó en silencio y durante unos segundos su rostro no mostró ninguna emoción, hasta que llegó a una línea que le hizo detenerse. Volvió atrás y la leyó de nuevo. Martín no preguntó qué decía; esperó. Aritza respiró hondo y comenzó a leer en voz alta, aunque su voz era tan baja que las palabras parecían mezclarse con el rumor lejano del agua.

«Si has llegado hasta aquí, significa que Martín ha regresado a la casa.»

Levantó los ojos.

Martín sintió un frío lento en la espalda. Su padre había escrito aquello pensando en él, pero no había dejado el mensaje para Martín. Había confiado en que algún día Aritza estaría allí para leerlo. Lope permaneció en silencio.

Aritza continuó. «No le digas todavía lo que ocurrió en la última noche. No porque deba permanecer ignorante, sino porque antes tiene que comprender por qué regresamos a la colina.» Después hizo una pausa más larga y volvió a mirar a Martín. «Tu padre sabía que acabarías haciendo preguntas. Lo que no sabía era cuánto tardarías en hacerlas.»

Martín sintió una mezcla de rabia y tristeza que le costó contener. Durante toda su vida había interpretado los silencios de su padre como una forma de protegerlo, pero ahora empezaba a comprender que quizá aquellos silencios habían sido también una manera de ganar tiempo. Preguntó qué significaba aquello de la última noche, y Aritza dobló ligeramente el pergamino entre sus manos. Lope fue quien respondió, con una voz cansada que parecía proceder de mucho más atrás que aquella noche. Dijo que hubo una ocasión, años antes, en la que el padre de Martín había decidido abandonar Gasteiz durante un tiempo,

y que no lo hizo solo. Aritza levantó la vista y lo interrumpió con calma, recordándole que aquello no era exactamente lo que decía el texto. Lope guardó silencio. Martín los observó alternativamente y comprendió que, una vez más, ambos sabían algo que él ignoraba.

Aritza volvió al pergamino.

«Aquella noche no conseguimos encontrar a la persona que buscábamos. Pero encontramos algo que quizá sea más importante. Descubrimos que alguien había comenzado a utilizar de nuevo los caminos antiguos.»

Martín recordó entonces el molino, el vado, la piedra marcada, el fragmento de madera, las señales escondidas a lo largo del camino y aquella frase que habían encontrado bajo tierra: *Cuando la ciudad cambie de manos, buscad al que no haya cambiado de camino*. Todo empezaba a parecerse demasiado para ser casualidad. Sin embargo, Aritza no siguió leyendo inmediatamente. Permaneció con los ojos clavados en aquella última línea y preguntó a Lope si él sabía quién había empezado a utilizar aquellos caminos. Lope tardó tanto en responder que Martín creyó que volvería a ocultárselo. Finalmente dijo que no lo sabía con certeza, pero que tenía una sospecha. Aritza le preguntó si era la misma sospecha que había tenido su padre, y Lope respondió que sí. «Entonces no hemos llegado hasta aquí por el pergamino», dijo Aritza, casi para sí mismo. «El pergamino solamente nos ha hecho llegar más deprisa.»

Arriba se oyó entonces un ruido seco.

Los tres levantaron la cabeza al mismo tiempo.

Esta vez no había duda: alguien había encontrado la losa.

Lope apagó parcialmente la lámpara y se acercó al lugar por donde habían descendido. Martín miró a Aritza, que seguía

sosteniendo el pergamino, y por primera vez vio en él algo que hasta entonces había permanecido oculto bajo su serenidad habitual. No era miedo, sino una vieja preocupación, una deuda que acababa de volver a reclamarlo. Aritza dobló el pergamino y se lo entregó a Martín. «Guárdalo.» Martín lo tomó, pero antes de introducirlo en su ropa preguntó qué decía el resto. Aritza lo miró durante unos segundos y después respondió que no podía leerlo allí. Había una parte que necesitaba recordar antes de explicársela. Martín insistió en que ya estaba cansado de medias verdades, y Aritza aceptó la acusación sin defenderse. «No son medias verdades, Martín. Son cosas que todavía no sé cómo decirte.» Lope se volvió hacia ellos y añadió que quizá esa fuera precisamente la razón por la que el padre de Martín había escrito el mensaje para Aritza y no para él.

El sonido de la losa volvió a repetirse, seguido esta vez por una voz apagada que ninguno consiguió distinguir. Lope hizo una señal para que guardaran silencio y avanzó hacia el fondo de la galería. Allí donde el pasadizo se dividía en dos caminos, la pared derecha presentaba una grieta vertical que Martín no había advertido antes. Lope pasó los dedos por ella y encontró una corriente de aire. Aritza se acercó y reconoció la señal. No era la misma marca de la entrada, sino una variante apenas perceptible, formada por la línea vertical y una pequeña incisión lateral. «Esto no estaba pensado para salir de la casa», dijo. «Estaba pensado para continuar.» Lope lo comprendió entonces. El pasadizo no terminaba bajo la colina; simplemente cambiaba de forma, como si aquellos hombres hubieran construido durante generaciones una ruta que no debía depender de una sola entrada ni de una sola salida.

Martín preguntó hacia dónde conducía, pero ninguno respondió. Aritza volvió a mirar el pergamino que ya estaba guardado bajo la ropa de Martín y dijo que quizá su padre sí había sabido hacia dónde conducía, pero que había preferido no dejarlo escrito. «¿Por qué?» preguntó Martín. Aritza apoyó la

espalda contra la pared y cerró los ojos un instante. «Porque una ruta escrita puede ser robada. Una ruta recordada solamente por dos hombres es más difícil de encontrar.» Martín quiso saber entonces quién había sido el segundo hombre, y Aritza abrió los ojos. Miró primero a Lope y después a él. «Tu padre.»

Por encima de ellos volvió a escucharse un golpe, esta vez acompañado de una voz claramente audible.

—Sabemos que estáis ahí.

Ninguno respondió.

La voz no sonaba amenazante. Aquello resultaba aún más inquietante. Era la voz de alguien que no tenía prisa.

Lope apagó por completo la lámpara y los tres quedaron sumidos en una oscuridad casi absoluta. Durante unos segundos solo pudieron escuchar el agua que corría por alguna parte del subsuelo y la respiración contenida de los tres. Entonces Aritza, muy cerca de Martín, le susurró que no se moviera todavía. Había recordado algo.

No era una palabra del pergamino, ni una marca, ni una de las rutas antiguas. Era un recuerdo de muchos años atrás, de una noche en la que el padre de Martín había acudido a una casa situada al norte de Gasteiz y había regresado antes del amanecer con las manos llenas de tierra. Martín recordó de inmediato aquella imagen, porque era la misma que había visto siendo niño cuando su padre hablaba con aquel hombre desconocido en la casa abandonada. Comprendió entonces que quizá aquellas manos llenas de tierra no significaban que el hombre hubiera estado trabajando en el bosque, como había supuesto durante años. Quizá había estado allí abajo.

Aritza se inclinó hacia él y pronunció unas palabras que apenas fueron un soplo.

«Ese hombre no vino a buscar lo que tu padre había escondido.»

Martín sintió que el corazón comenzaba a golpearle con fuerza.

«Vino a comprobar que seguía allí.»

Y en aquel momento, desde el fondo del pasadizo que hasta entonces habían creído vacío, llegó el sonido de tres golpes lentos sobre la piedra.

Los tres se quedaron inmóviles.

Tres golpes.

Una pausa.

Y otros tres.

Aritza palideció.

Lope comprendió antes que Martín lo que aquello significaba, pero esta vez no intentó ocultarlo.

Alguien estaba respondiendo desde el otro lado de la pared.

XXII

Durante unos segundos, los tres permanecieron inmóviles, escuchando cómo el silencio volvía a ocupar el pasadizo después de aquellos golpes. Martín tuvo la sensación de que la oscuridad había cambiado, aunque sabía que aquello no era posible; la piedra seguía siendo la misma, el aire húmedo seguía descendiendo desde alguna parte de la colina y el agua continuaba corriendo en algún punto invisible, pero ahora había algo más, una presencia que no podía ver y cuya existencia resultaba más inquietante precisamente porque nadie parecía tener prisa por manifestarla. Lope se acercó a la pared y apoyó el oído contra la piedra. Aritza no lo detuvo, aunque permaneció atento, con una mano sobre el pergamino que Martín llevaba oculto bajo la ropa. Después de unos instantes, Lope se apartó y dijo que no había escuchado nada. Martín le preguntó cómo podía estar seguro de que había alguien al otro lado, y Lope respondió que no lo estaba; lo que sí sabía era que aquellos tres golpes no habían sido producidos por la piedra ni por el agua. Aritza intervino entonces, recordando que su padre utilizaba una señal semejante cuando necesitaba saber si alguien estaba al otro lado de una puerta sin llamar la atención de quienes pudieran encontrarse cerca. Martín lo miró sorprendido y comprendió que Aritza acababa de admitir algo que hasta entonces había evitado decir: había conocido a su padre mucho mejor de lo que había dejado entrever.

«¿Cuándo aprendiste eso?», preguntó Martín.

Aritza tardó en contestar. Finalmente dijo que hacía muchos años, cuando todavía nadie imaginaba que Gasteiz pudiera cambiar de manos y cuando los hombres que vigilaban las calzadas eran otros, había acompañado a su padre en alguna de aquellas rutas. No siempre sabía adónde iban, ni tampoco preguntaba, porque entonces comprendía que había cosas que era

mejor no conocer demasiado pronto. Martín sintió que aquella respuesta le dolía más de lo que esperaba. Durante todo aquel tiempo había creído que las personas que rodeaban a su padre apenas conocían una parte de su vida, cuando en realidad habían compartido con él lugares y decisiones de los que nunca había hablado en casa. Aritza debió advertirlo en su expresión, porque añadió que su padre no había confiado en ellos para guardar un secreto, sino para proteger algo que consideraba más importante que el secreto mismo. «¿Qué era?», preguntó Martín. Aritza bajó la mirada. «Todavía no lo sé del todo. Y creo que tu padre tampoco lo sabía cuando empezó.»

Aquella respuesta no tranquilizó a Martín, pero le permitió comprender por qué las piezas que habían encontrado parecían encajar solamente hasta cierto punto. Ninguno de ellos poseía el mapa completo. El pergamino de Lope, la llave, las señales del bosque, el molino, el pasadizo y ahora el escrito dirigido a Aritza eran fragmentos de una historia que había pasado de unas manos a otras sin que nadie pudiera conservarla entera. Aquello hacía más creíble el silencio de su padre y, al mismo tiempo, más peligrosa la presencia de los hombres que esperaban arriba. Si alguien había descubierto parte de aquella red, no necesitaba conocerla por completo para hacer daño; bastaba con encontrar una pieza y seguirla hasta la siguiente. Martín pensó en los soldados que habían visto alrededor de Gasteiz, en los hombres que los habían perseguido desde el norte y en aquel desconocido que había aparecido en el almacén. Por primera vez comprendió que quizá no todos pertenecían al mismo grupo, aunque todos estuvieran siguiendo la misma huella.

Los tres golpes volvieron a sonar.

Esta vez más despacio.

Aritza se acercó a la pared y respondió con dos golpes suaves. Lope se volvió inmediatamente hacia él, sorprendido, pero Aritza le indicó que guardara silencio. Esperaron. Durante

unos instantes no ocurrió nada. Después llegaron otros dos golpes desde el otro lado.

Martín sintió un escalofrío.

—¿Quién es? —preguntó en voz baja.

Aritza no respondió. Estaba escuchando.

Entonces, desde la piedra, llegó una voz tan apagada que apenas pudieron distinguirla.

—¿Quién lleva el pergamino?

Lope cerró los ojos.

Martín comprendió que aquello era lo que más había temido desde que habían regresado a la ciudad. No estaban buscando solamente a quienes habían entrado en la casa de su padre. Estaban buscando al hombre que llevaba el documento.

Sin embargo, antes de que nadie pudiera responder, Aritza se inclinó hacia la pared y preguntó quién estaba al otro lado. Hubo una pausa larga y después la voz respondió que eso no importaba todavía. Lo que importaba era que habían llegado demasiado lejos para regresar por donde habían entrado. Lope quiso saber si aquel hombre pertenecía a quienes estaban arriba, pero la respuesta fue inmediata: «No.» Aquella palabra, tan sencilla, produjo más inquietud que cualquier amenaza. Martín miró a Lope y vio que tampoco él sabía qué pensar. Aritza preguntó entonces por qué debía creerlo, y la voz contestó que no tenía por qué hacerlo, pero que su padre sí habría reconocido la señal.

Martín recordó entonces el mensaje encontrado en la pared: *Cuando la ciudad cambie de manos, buscad al que no haya cambiado de camino.*

No pudo evitar preguntarse si aquellas palabras se referían a la persona que tenían delante.

Aritza pareció pensar lo mismo. Preguntó si aquel hombre conocía a Martín, pero la respuesta tardó en llegar. «Conocí a su padre.» Lope se acercó inmediatamente a la pared. Preguntó su nombre. Esta vez el silencio fue más largo. Cuando la voz respondió, dijo un nombre que Martín no conocía. Aritza, en cambio, reaccionó con una tensión repentina que no pudo ocultar. Lope también pareció reconocerlo, aunque ninguno pronunció palabra.

Martín insistió en que quería saber quién era.

Aritza se volvió hacia él y le explicó que aquel nombre pertenecía a un hombre que había colaborado con su padre en los años anteriores a la llegada de Navarra, cuando las rutas que atravesaban la llanura todavía podían recorrerse sin que cada puesto de vigilancia respondiera a una autoridad distinta. No era un soldado, ni un señor, ni alguien cuya presencia figurara en los documentos que hablaban de Gasteiz. Era, según Aritza, una de esas personas que podían cruzar una frontera sin que nadie se preguntara por qué, porque conocían a los hombres de un lado y del otro, sabían dónde encontrar agua, dónde pasar una noche y qué caminos evitar cuando las patrullas cambiaban. Martín comprendió que aquello encajaba demasiado bien con lo que habían encontrado durante su viaje.

«¿Es uno de los guardianes?», preguntó.

Aritza negó con la cabeza. «No. Y precisamente por eso tu padre confiaba en él.»

La voz volvió a hablar desde el otro lado.

«No soy quien estáis buscando.»

Martín sintió que aquella frase confirmaba algo que apenas había empezado a sospechar. Su padre no había dejado un camino para encontrar a una sola persona. Había dejado un camino para que, cuando llegara el momento, pudieran encontrar a quienes todavía sabían seguirlo.

Lope preguntó entonces qué había detrás de la pared. El hombre respondió que había una salida, pero que no era una salida para ellos. Dijo que la galería continuaba hacia el norte y que después volvía a ascender, aunque no hacia la parte alta de la colina. Conducía hacia una zona donde antiguamente se almacenaban provisiones para quienes recorrían la ruta y donde, muchos años atrás, había existido una pequeña construcción que ya no figuraba en ningún mapa. Aritza preguntó si se refería al lugar donde su padre había estado aquella noche. El silencio que siguió fue suficiente como respuesta.

Martín recordó al hombre de las manos llenas de tierra.

Preguntó si había sido él.

La voz no contestó.

Entonces Aritza volvió a mirar el pergamino que Martín llevaba consigo y comprendió que aún faltaba una parte. Le pidió que lo sacara. Martín lo hizo y lo entregó a Aritza. El pergamino estaba escrito por ambos lados, pero hasta entonces solo habían leído uno. Aritza lo giró hacia la luz débil de la lámpara y descubrió unas palabras trazadas con una tinta más clara, casi borrada por el tiempo. No eran muchas.

Leyó en silencio.

Después cerró los ojos.

Martín le preguntó qué decía.

Aritza tardó en responder.

«Dice que si alguna vez volvemos a Gasteiz y encontramos la ciudad ocupada por hombres que hablan en nombre de un rey, no debemos buscar al que manda. Debemos buscar al que abre la puerta.»

Lope permaneció inmóvil.

Martín recordó las palabras del primer pergamino, las que hablaban de quién había abierto la puerta primero, y sintió que ambas piezas comenzaban a tocarse de una manera que todavía no comprendía. La ciudad estaba cambiando de manos. Habían visto hombres armados en las entradas, habían escuchado que actuaban en nombre del rey y habían descubierto que la antigua red de caminos volvía a ponerse en movimiento precisamente cuando el poder sobre Gasteiz empezaba a cambiar. Pero todavía no sabían quién era aquel que debía abrir la puerta.

Entonces la voz de la pared habló una última vez.

«Vuestro padre no quería que llegarais hasta aquí todavía.»

Martín sintió que aquellas palabras le atravesaban.

«¿Por qué?», preguntó.

La respuesta fue casi un susurro.

«Porque sabía que, cuando lo hicierais, ya no habría forma de volver a la vida que teníais antes.»

Se hizo un silencio profundo.

Aritza miró a Martín y, por primera vez desde que habían encontrado la caja, no intentó protegerlo de lo que estaba descubriendo. Le dijo que su padre había comprendido algo antes que ellos: que la llegada de Navarra no era solamente un cambio de autoridad sobre la ciudad, sino el comienzo de una época en la que Gasteiz iba a adquirir un valor que podía hacer peligrosa

la vida de quienes conocían sus caminos. La colina dominaba las rutas y quien controlara aquellas rutas podía decidir mucho más que quién entraba o salía de la ciudad. Por eso algunos hombres habían conservado durante generaciones aquellos pasadizos, los vados, las señales y los refugios; no para desafiar a un rey concreto, sino para impedir que la gente que vivía allí quedara reducida a una pieza más en las disputas de quienes gobernaban desde lejos.

Martín quiso preguntar qué debía hacer, pero antes de que pudiera hacerlo se escuchó un estrépito sobre sus cabezas.

La losa había sido levantada.

Una corriente de aire frío descendió por la abertura.

Los hombres que estaban arriba habían encontrado finalmente la entrada.

Lope tomó la lámpara y la protegió con la mano. Aritza enrolló el pergamino y se lo devolvió a Martín. La voz del otro lado volvió a sonar, pero esta vez con urgencia.

«No subáis.»

Lope miró hacia la abertura.

«¿Por qué?»

La respuesta llegó después de una pausa.

«Porque los hombres que están arriba no han venido a perseguiros.»

Martín sintió que el suelo parecía desaparecer bajo sus pies.

«Han venido a esperaros.»

Y entonces, desde la oscuridad del pasadizo situado al otro lado de la pared, llegó un ruido que los tres reconocieron inmediatamente.

El sonido de una puerta de madera al abrirse.

Después, pasos.

Alguien estaba entrando por la otra salida.

Y, por primera vez, Martín comprendió que quizá aquella noche no estuvieran huyendo de sus perseguidores.

Quizá los habían conducido hasta allí.

XXIII

El ruido de los pasos llegó desde el otro extremo del pasadizo con una claridad que no dejaba lugar a dudas, aunque la oscuridad impedía distinguir cuántos hombres avanzaban y a qué distancia se encontraban. Martín permaneció inmóvil, con el pergamino apretado contra el pecho bajo la ropa, mientras Lope mantenía la lámpara protegida entre las manos para evitar que su luz se proyectara demasiado lejos. Aritza, que hasta entonces había parecido dispuesto a enfrentarse a cualquier cosa con tal de protegerlos, se había quedado mirando la pared como si esperara que la piedra le revelase algo que solo él pudiera comprender. Al otro lado, la voz del desconocido había callado, y aquel silencio resultaba ahora más inquietante que sus advertencias, porque Martín empezaba a sospechar que el hombre no estaba simplemente escondido en una galería, sino que aguardaba a alguien cuya llegada conocía de antemano.

—Tenemos que decidir qué hacemos —susurró Lope, acercándose lo suficiente para que los otros pudieran oírlo sin elevar la voz—. Si subimos, nos encontrarán los hombres que han levantado la losa; si seguimos hacia delante, nos toparemos con quienquiera que venga por el otro lado. Y si nos quedamos aquí, no tardarán en tenernos encerrados entre ambos grupos.

Martín miró a Aritza, esperando que respondiera, pero este seguía atento a los sonidos que llegaban desde el fondo. Los pasos se habían detenido. Durante unos instantes solo se oyó el agua que corría por alguna grieta de la galería, hasta que una voz masculina pronunció unas palabras que no consiguieron distinguir. Hubo una respuesta, también apagada, y después el ruido de algo arrastrado sobre el suelo. No parecía el movimiento de un arma ni el de un mueble pesado, sino el de una puerta que se resistía a abrirse después de mucho tiempo sin ser utilizada.

—Ese hombre conoce el camino —dijo finalmente Aritza—. Y no está buscando una salida a tientas. Sabe dónde se encuentra.

—¿Lo conoces? —preguntó Martín.

—Conozco el modo en que se mueve alguien que ha recorrido estos lugares antes. No es lo mismo que conocerlo a él.

Lope soltó una breve exhalación de impaciencia, pero no discutió. Martín advirtió que Aritza evitaba mirarlo y comprendió que su compañero había reconocido algo más de lo que estaba dispuesto a admitir. Quizá no supiera quién se acercaba por la galería, pero conocía las señales de aquella red de caminos, y acaso también las reglas que regían a quienes la utilizaban. Martín estaba cansado de descubrir que cada persona guardaba una parte de la historia de su padre, y que cada nueva pieza parecía haber sido escondida precisamente para impedir que él pudiera comprenderla entera.

—La voz ha dicho que no subamos —recordó—. También ha dicho que los hombres de arriba nos estaban esperando. Si sabía que iban a encontrarnos, ¿por qué no nos ha advertido antes de que llegáramos hasta aquí?

—Porque quizá no podía hacerlo —respondió Aritza—, o porque necesitaba comprobar que habíamos llegado con aquello que buscaban.

Martín sintió que la mano se le cerraba sobre el pergamino. Hasta aquel momento había pensado en el documento como una herencia de su padre, un objeto que debía proteger porque contenía indicios sobre lo sucedido años atrás. Ahora comenzaba a verlo de otra manera: quizá no fuera solamente un testimonio del pasado, sino una señal que permitía a ciertas personas reconocerse y que, en manos equivocadas, podía conducir las hasta quienes aún conservaban los secretos. Si así era, el peligro no procedía únicamente de lo que el pergamino decía,

sino de la posibilidad de que otros supieran que él lo llevaba consigo.

Los pasos volvieron a sonar, esta vez más próximos. Lope levantó la lámpara, pero Aritza le sujetó la muñeca antes de que pudiera iluminar el corredor. Le señaló una hendidura en la pared, apenas visible entre dos bloques de piedra, y después indicó con la cabeza un pequeño ensanchamiento del suelo donde el agua había depositado una capa de barro endurecido. Martín se agachó y descubrió que la hendidura no era una grieta natural, sino el borde de una puerta estrecha, disimulada mediante piedras colocadas de tal forma que parecían formar parte del muro. Aritza introdujo los dedos en el hueco y tiró con cuidado. La piedra cedió unos dedos, dejando escapar un olor a tierra cerrada y madera vieja.

—Entra tú primero —le dijo a Martín.

—¿Y si no hay salida?

—Entonces será mejor averiguarlo antes de que lleguen los demás.

Martín quiso protestar, pero el tono de Aritza no admitía discusión. Se deslizó por la abertura, que conducía a un espacio tan estrecho que apenas podía mantenerse de pie, y sintió cómo la humedad le empapaba la túnica al rozar las paredes. Lope entró detrás de él, procurando que la lámpara no golpeará la piedra, mientras Aritza permanecía un instante fuera, escuchando. Antes de cerrar, se volvió hacia el pasadizo principal y dio dos golpes suaves en la pared.

Desde el otro lado llegó una respuesta inmediata: un solo golpe.

Aritza se introdujo en el hueco y empujó la piedra hasta dejarla casi en su sitio. La oscuridad se hizo más densa, y Martín tuvo que contener la respiración para escuchar lo que ocurría

fuera. Al cabo de unos segundos, los pasos se detuvieron justo al otro lado del muro. Alguien arrastró los pies sobre la piedra y después golpeó tres veces, despacio, en el lugar donde ellos habían estado.

Nadie respondió.

—¿Nos han visto entrar? —susurró Martín.

—No lo sé —contestó Aritza—. Pero si conocen la señal, también conocen esta puerta.

La piedra volvió a vibrar bajo un golpe más fuerte. Después se oyó una voz que Martín no reconoció, distinta de la que había hablado desde la otra galería. Era una voz joven, firme, acostumbrada a dar órdenes sin necesidad de gritar.

—Sé que estáis ahí dentro. No os haré daño si entregáis el pergamino.

Lope miró a Martín, y aquella mirada bastó para que ambos comprendieran que no podían confiar en la promesa. Aritza, sin embargo, se acercó al muro y apoyó una mano sobre la piedra, como si intentara medir la distancia que los separaba del hombre.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Alguien que os habría ahorrado muchos problemas si hubierais seguido el camino que se os indicó.

—Nadie nos indicó este camino —replicó Aritza.

Hubo una pausa, y cuando el hombre volvió a hablar su voz había perdido parte de la seguridad inicial.

—Entonces vuestro padre os dejó más de una puerta abierta.

Martín sintió que aquellas palabras le producían una mezcla de rabia y temor. Dio un paso hacia la pared, olvidando por un instante que el desconocido no podía verlo.

—¿Conociste a mi padre?

—Lo suficiente para saber que no confiaba en nadie por completo.

—Eso no responde a mi pregunta.

—No. Pero es lo único que necesitas saber por ahora.

Martín estuvo a punto de contestar, pero Aritza le hizo una señal para que callara. Desde el otro lado se oyó un ruido metálico, seguido de un roce prolongado. El hombre estaba manipulando algún mecanismo o buscando el modo de abrir la puerta. Lope retrocedió hasta encontrar con la espalda la pared opuesta, mientras Aritza recorría con los dedos las juntas de la piedra. La estrecha cámara no ofrecía ninguna otra abertura visible, y el aire empezaba a resultar pesado.

Entonces, desde el pasadizo principal, llegó la voz del hombre que había hablado con ellos a través de la primera pared.

—No toques esa puerta.

La orden resonó con tal autoridad que hasta el desconocido pareció vacilar. Se hizo un silencio breve, durante el cual Martín imaginó a ambos hombres frente a frente, separados por la puerta oculta y por una historia que ninguno de ellos estaba dispuesto a contar. Después, el más joven respondió con una frialdad que no había mostrado antes.

—Ya no tienes autoridad para decirme lo que debo hacer.

—La tuve cuando todavía sabías por qué se cerraban estas puertas.

—Y la perdiste cuando decidiste guardar silencio.

Aritza cerró los ojos. Martín lo observó en la penumbra y vio en su rostro algo que no había visto desde el comienzo de aquella aventura: no miedo exactamente, sino el reconocimiento de una culpa antigua que acababa de regresar. Lope también debió advertirlo, porque se acercó a él y le preguntó en voz baja si sabía quiénes eran aquellos hombres.

—Sé lo que fueron —respondió Aritza—. No sé lo que son ahora.

La respuesta dejó a Martín más intranquilo que cualquier otra. Antes de que pudiera pedir una explicación, la piedra se estremeció de nuevo, aunque esta vez no fue por un golpe desde fuera. El suelo, bajo sus pies, emitió un crujido leve y una corriente de aire frío les llegó desde el fondo de la cámara. Lope bajó la lámpara y descubrió que, junto a la pared posterior, una losa estrecha se había desplazado apenas lo suficiente para dejar al descubierto una ranura negra.

Aritza se arrodilló y palpó el borde. La losa no estaba encajada en el suelo, sino apoyada sobre un marco de madera, y bajo ella descendían unos peldaños toscos que desaparecían en la oscuridad. Martín se inclinó para mirar, pero no consiguió distinguir dónde terminaban.

—Tu padre conocía esta puerta —dijo Aritza, casi para sí mismo.

—¿También la conocías tú?

Aritza tardó demasiado en responder.

—Sí.

Martín sintió que la respuesta le golpeaba con más fuerza que cualquiera de las amenazas que habían escuchado. Se apartó de él, y por un instante estuvo a punto de exigirle que le

explicara cuántas cosas más había ocultado. Sin embargo, el ruido que llegó desde el otro lado de la pared los obligó a aplazar la discusión: el hombre joven había comenzado a forzar la puerta, y los golpes hacían caer pequeñas partículas de polvo sobre sus cabezas.

—Bajad —ordenó Aritza—. No tenemos tiempo.

Lope descendió primero, sujetando la lámpara por encima de su hombro para iluminar los peldaños. Martín lo siguió, aunque antes de poner el pie en el primer escalón se volvió hacia Aritza.

—Cuando salgamos de aquí, me contarás todo lo que sabes de mi padre. No una parte. Todo.

Aritza sostuvo su mirada y asintió, pero Martín no supo si aquel gesto significaba que estaba dispuesto a cumplir su promesa o que, por primera vez, comprendía que ya no podría seguir protegiéndolo mediante el silencio.

Descendieron hasta que la cámara quedó oculta bajo sus pies. El pasadizo inferior era más antiguo que el anterior, con paredes de tierra compactada reforzadas por vigas oscuras y tramos de piedra irregular. No parecía una galería excavada para defender la ciudad, sino un conducto destinado a transportar provisiones o a permitir el paso de quienes necesitaban entrar y salir sin ser vistos. En algunos puntos, las vigas estaban tan deterioradas que la tierra se había desprendido sobre el suelo, y en otros se conservaban huellas de antiguas ruedas, marcadas en el barro endurecido. Martín comprendió que aquel camino no había sido construido en una sola época; generaciones distintas lo habían utilizado, reparado y adaptado a sus necesidades, hasta convertirlo en una parte invisible de la vida de Gasteiz.

Al fondo se distinguía una claridad tenue. No era la luz de otra lámpara, sino un resplandor grisáceo que parecía filtrarse

desde una abertura exterior. Lope avanzó hacia ella, pero Aritza lo detuvo al llegar a una curva.

—Esperad.

Se agachó y recogió del suelo un pequeño objeto que estaba medio enterrado en el barro. Lo limpió con el pulgar y lo sostuvo bajo la lámpara. Era una pieza de madera delgada, cortada de manera irregular, con una marca grabada en una de sus caras: dos líneas cruzadas por una tercera, como los caminos de un mapa reducido a su forma más sencilla.

Martín reconoció el signo. Lo había visto en el margen del pergamino, junto a una anotación que hasta entonces había tomado por una simple mancha.

—¿Qué significa? —preguntó.

Aritza cerró la mano alrededor de la pieza.

—Que alguien ha pasado por aquí hace poco.

—¿Y eso es malo?

—Depende de quién haya dejado la señal.

Desde la entrada por la que habían descendido llegó un golpe sordo, seguido del sonido de la piedra al moverse. Sus perseguidores habían encontrado el acceso inferior. Aritza guardó la pieza de madera y apremió a sus compañeros a continuar, pero Martín ya no podía dejar de pensar en la marca, en la puerta que su padre había conocido y en las palabras del hombre que permanecía al otro lado de la pared. Había demasiadas personas siguiendo el mismo camino y demasiadas versiones de una historia que nadie parecía dispuesto a contar entera.

Cuando alcanzaron la abertura, Lope apartó unas ramas secas que ocultaban la salida y miró al exterior. El aire de la noche entró en el pasadizo, fresco y cargado de olor a hierba

mojada. Se encontraban fuera del recinto habitado, en una pequeña depresión del terreno donde los arbustos crecían espesos junto a un antiguo muro de piedra. Desde allí apenas se veía la silueta de la colina, recortada contra un cielo sin luna, pero podían distinguirse algunas luces dispersas alrededor de los caminos que conducían a Gasteiz.

Lope salió primero y ayudó a Martín a trepar por la abertura. Aritza apareció el último, apartó las ramas y volvió a colocarlas con cuidado, procurando que el hueco quedara oculto. Durante unos instantes ninguno habló. Habían escapado de la cámara, pero no sabían si habían dejado atrás a sus perseguidores o si, como empezaba a parecerles cada vez más probable, acababan de entrar en otra parte de la misma trampa.

Entonces Martín vio algo junto al muro.

A pocos pasos de la salida, sobre una piedra plana, alguien había dejado una tira de cuero enrollada y sujeta con un cordel. No estaba cubierta de barro ni parecía haber permanecido allí mucho tiempo. Aritza se acercó con cautela, comprobó que no hubiera nada más alrededor y la recogió. Dentro encontró un fragmento de pergamino, doblado dos veces, en el que solo había una frase escrita con una letra firme y conocida.

Martín la reconoció antes de que Aritza terminara de leerla.

Era la letra de su padre.

Si habéis llegado hasta la puerta del norte, no confiéis en el hombre que os haya ayudado a encontrarla.

Martín levantó la cabeza y miró a Aritza.

Por primera vez, no supo si la advertencia estaba destinada a protegerlos de un enemigo o a salvarlos de uno de los hombres que caminaban a su lado.

Y mientras, desde algún lugar cercano, un cuerno resonaba en dirección a la colina, comprendió que el verdadero peligro quizá no consistiera en descubrir quién los perseguía, sino en averiguar quién había decidido que debían llegar hasta allí.

XXIV

Martín volvió a leer las palabras escritas en el fragmento de pergamino, aunque no necesitaba hacerlo para recordarlas. La letra de su padre, ligeramente inclinada hacia la derecha y con aquella forma peculiar de cerrar algunas letras que había aprendido a reconocer desde niño, no dejaba lugar a dudas. Sin embargo, lo que más le inquietaba no era la advertencia en sí, sino el hecho de que alguien hubiera dejado aquel mensaje junto a la salida del pasadizo, como si conociera el momento exacto en que ellos alcanzarían aquel lugar. La noche se extendía sobre los campos que rodeaban Gasteiz, y el viento movía las ramas de los arbustos bajo los que acababan de salir. A lo lejos, las luces de la ciudad parecían inmóviles, pero el sonido del cuerno que habían escuchado poco antes se repitió desde otra dirección, más grave y prolongado, como si los hombres apostados en los caminos estuvieran comunicándose entre sí. Martín dobló el pergamino y lo guardó, sin apartar los ojos de Aritza.

—Quiero una explicación —dijo—. Mi padre conocía esta salida, tú también la conocías y, por lo que acabamos de escuchar, hay hombres que llevan años utilizando estos caminos. Ahora encontramos un mensaje que nos advierte contra quien nos haya ayudado a llegar hasta aquí. No puedo seguir avanzando sin saber en quién debo confiar.

Aritza no respondió de inmediato. Se había apartado unos pasos del muro y observaba el terreno, atento a cualquier movimiento que pudiera delatarlos. Lope, en cambio, permaneció junto a Martín, con la lámpara apagada y la mano apoyada sobre el cuchillo que llevaba al cinto. Cuando Aritza se volvió finalmente hacia ellos, su expresión había cambiado. Ya no parecía el hombre que calculaba cada palabra para mantener a salvo un secreto, sino alguien que comprendía que había llegado el momento de reconocer una parte de su propia historia.

—Tu padre y yo no comenzamos siendo amigos —dijo—. Nos conocimos cuando ambos éramos más jóvenes, en una época en la que los caminos que conducían a Gasteiz estaban vigilados por hombres que respondían a señores distintos y en la que una carga de grano podía desaparecer entre dos aldeas sin que nadie supiera a quién reclamarla. Yo trabajaba entonces con quienes transportaban mercancías desde la llanura hacia los pasos del norte. Tu padre tenía otros cometidos, aunque durante mucho tiempo creí que se limitaba a ayudar a los viajeros que necesitaban cruzar sin llamar la atención. Solo después comprendí que estaba reuniendo nombres, rutas y acuerdos entre personas que jamás se habrían sentado juntas a una misma mesa.

—¿Para qué? —preguntó Martín.

—Al principio, para proteger a quienes vivían de esos caminos. Había familias que dependían de ellos para vender sus productos, aldeas que necesitaban llevar provisiones a la ciudad y viajeros que podían perderlo todo si una patrulla decidía confiscar sus mercancías. Pero las cosas cambiaron cuando algunos hombres empezaron a comprender que quien conociera todas las rutas podía decidir quién entraba en Gasteiz y quién quedaba fuera. Tu padre descubrió que ciertos acuerdos destinados a proteger a la gente estaban siendo utilizados para favorecer a unos señores frente a otros. Fue entonces cuando decidió que aquella red debía conservarse, pero sin quedar bajo el control de nadie.

Lope escuchaba con el ceño fruncido. Aquella explicación encajaba con algunas de las cosas que habían descubierto, aunque todavía no explicaba el comportamiento de los hombres que los perseguían ni la razón por la que el pergamino parecía conducirlos de un refugio a otro. Se acercó a Aritza y le preguntó si él había formado parte de aquella red desde el principio. Aritza negó con la cabeza y admitió que había colaborado en algunas

de sus tareas, pero nunca había conocido todos los nombres ni todos los destinos. Su padre, añadió, le había enseñado a reconocer señales y a distinguir los caminos seguros de aquellos que convenía evitar, pero le había prohibido preguntar por las personas que utilizaban los refugios más antiguos.

—¿Y aceptaste vivir sin saber nada? —preguntó Martín, incapaz de disimular su desconfianza.

—Durante mucho tiempo creí que sí. Después comprendí que mi ignorancia también servía a alguien, aunque no supiera a quién.

Martín apartó la mirada. La respuesta no le gustaba, pero reconocía en ella una sinceridad que hasta entonces había echado en falta. Su padre también había guardado silencio, y quizá lo había hecho por razones que él no podía comprender; sin embargo, una cosa era aceptar que existieran secretos necesarios y otra muy distinta descubrir que esos secretos habían condicionado su vida sin que nadie le hubiera permitido decidir nada. Quiso preguntar por qué el pergamino había terminado en sus manos y qué esperaba su padre que hiciera con él, pero antes de que pudiera hablar, Lope señaló hacia el camino que descendía entre los campos.

Una luz acababa de aparecer junto a un grupo de árboles.

No se movía como la de una antorcha llevada por un hombre que caminara sin rumbo. Avanzaba despacio, se detenía durante unos instantes y volvía a moverse, siempre en dirección al muro que ocultaba la salida del pasadizo. Al cabo de un momento apareció otra luz más atrás, y después una tercera, separadas entre sí por una distancia que parecía deliberada. Martín comprendió que aquellos hombres no estaban registrando el terreno al azar. Estaban siguiendo un recorrido y comprobando los lugares por los que alguien podía haber escapado.

—Tenemos que alejarnos del muro —dijo Lope—. Si encuentran la entrada, sabrán que hemos salido por aquí.

Aritza asintió y los condujo hacia una hondonada cubierta de hierba alta, donde el terreno descendía en dirección a una pequeña corriente de agua. Caminaron agachados, evitando las zonas despejadas, hasta alcanzar un grupo de robles cuyas ramas bajas ocultaban parcialmente la vista desde el camino. Allí pudieron detenerse sin quedar completamente expuestos. Martín miró hacia la colina y distinguió las murallas, las casas apiñadas en torno a la parte alta y las siluetas oscuras de las torres. Gasteiz seguía siendo la misma ciudad que conocía desde niño, pero aquella noche parecía haber dejado de pertenecer a quienes vivían en ella. Los hombres que controlaban los caminos, los que se ocultaban bajo tierra y los que aguardaban en las entradas estaban disputándose algo que iba mucho más allá de la posesión de unas piedras y unas calles.

—Hay otra cosa que debes saber —dijo Aritza, cuando estuvo seguro de que las luces no se acercaban—. La advertencia que has encontrado no significa necesariamente que debas desconfiar de mí.

Martín lo miró sin contestar.

—Significa que tu padre sabía que alguien nos ayudaría a encontrar esta salida. Y que temía que esa persona tuviera sus propios motivos para hacerlo.

—¿Quién?

—No lo sé. Pero hay algo que nunca te he contado. Cuando tu padre desapareció durante varios días, poco antes de que comenzaran los problemas en la ciudad, yo recibí un mensaje suyo. No era un pergamino ni una carta, sino una señal que habíamos acordado utilizar únicamente si alguno de nosotros creía que la red estaba comprometida. Me pidió que dejara de

recorrer los caminos habituales y que no volviera a buscarlo hasta recibir una segunda señal.

—¿Y la recibiste?

Aritza negó con la cabeza.

—Nunca.

Martín sintió que el frío de la noche se le metía bajo la ropa. Hasta aquel momento había imaginado que la desaparición de su padre se relacionaba con los hombres que habían registrado su casa, con los documentos ocultos y con el cambio de poder sobre Gasteiz. Ahora comprendía que la historia había comenzado antes, cuando su padre todavía podía moverse por los caminos y mantener contacto con quienes compartían sus secretos. Quizá había previsto que algo iba a suceder y había intentado apartar a sus compañeros para evitar que todos quedaran atrapados en el mismo peligro. O quizá había descubierto una traición y no había sabido en quién confiar.

—¿Por qué no me lo contaste antes? —preguntó.

Aritza bajó la cabeza.

—Porque pensé que, si no te decía nada, todavía podría mantenerte al margen de aquello que le ocurrió. Me equivoqué.

No hubo disculpas más largas ni promesas que pretendieran arreglar de golpe lo que se había quebrado entre ellos. Martín comprendió que Aritza no podía devolverle los años de silencio, del mismo modo que él no podía obligarlo a recordar de pronto todos los detalles de una historia que quizá ni siquiera conocía por completo. Pero aquella confesión había cambiado algo entre ambos. Por primera vez, Aritza había reconocido que sus decisiones podían haber causado daño, y Martín decidió que, al menos mientras permanecieran fuera de la ciudad, escucharía lo que todavía tuviera que decirle.

Lope, que había permanecido atento al camino, se incorporó de repente. Una de las luces había desaparecido y las otras dos se habían detenido junto al muro. Después, desde el lugar donde se encontraba la salida oculta, llegó un sonido breve, seguido de un silbido que se repitió dos veces. Aritza se puso en pie con tanta rapidez que Martín comprendió que reconocía aquella señal.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Alguien ha encontrado la entrada.

—¿Y el silbido?

Aritza no respondió inmediatamente. Miró hacia los árboles, después hacia la ciudad y finalmente hacia el camino que se alejaba al norte, en dirección a las tierras más elevadas. Cuando habló, lo hizo en voz baja.

—Es una llamada para indicar que el paso está abierto. Pero no es una señal nuestra.

Lope apretó la mandíbula y desenvainó el cuchillo. Martín, en cambio, sintió que aquella noticia confirmaba algo que llevaba toda la noche intentando apartar de su pensamiento: alguien conocía los caminos de su padre y estaba utilizando sus señales, aunque no necesariamente para los fines para los que habían sido creadas. Si los hombres que acababan de llegar podían abrir las puertas ocultas, encontrar los refugios y comunicarse mediante aquellas llamadas, entonces no bastaba con huir de ellos. Era necesario descubrir quién les había enseñado a seguir las huellas.

Aritza señaló el sendero que ascendía hacia el norte.

—Hay una antigua casa de pastores a menos de una hora de aquí. Si conseguimos llegar antes de que cierren los caminos, podremos refugiarnos hasta el amanecer.

—¿Y después? —preguntó Lope.

—Después tendremos que averiguar quién ha abierto la puerta.

Martín iba a seguirlos cuando advirtió que Aritza miraba de nuevo el fragmento de pergamino que él llevaba guardado. Había en su expresión una inquietud distinta de la que le habían provocado las luces, y Martín recordó las últimas palabras de su padre: No confiéis en el hombre que os haya ayudado a encontrarla.

No decía que desconfiaran de quien los hubiera conducido hasta la salida, ni de quien les hubiera mostrado el camino, sino de quien los hubiera ayudado a encontrar la puerta. La diferencia podía parecer insignificante, pero Martín había aprendido que su padre rara vez escogía las palabras sin motivo.

—Aritza —dijo—, cuando me has mostrado la entrada oculta bajo la cámara, ¿sabías que existía antes de esta noche?

—Sí.

—¿Y sabías adónde conducía?

—A una galería antigua, fuera de las murallas.

—No te he preguntado eso. Te he preguntado si sabías que encontraríamos esta salida.

Aritza se quedó inmóvil. Lope volvió la cabeza hacia ellos, y durante un instante el silencio pareció extenderse entre los tres como una barrera que ninguno se atrevía a cruzar.

—No sabía que encontraríamos este lugar esta noche —respondió Aritza al fin—. Pero tu padre me habló una vez de una puerta al norte y me dijo que, si alguna vez llegábamos hasta ella, no debíamos atravesarla sin haber comprobado antes quién nos seguía.

Martín sintió que la sospecha volvía a apoderarse de él.

—Y, sin embargo, nos has conducido directamente hasta aquí.

—Porque no teníamos otra salida.

—Eso es lo que dices tú.

Aritza aceptó el reproche sin defenderse. Lope se interpuso entre ambos, no para proteger a uno del otro, sino porque las luces comenzaban a moverse de nuevo y el tiempo se les agotaba. Les recordó que podían discutir cuando estuvieran a salvo, si es que todavía existía algún lugar seguro en los alrededores de Gasteiz. Martín no apartó los ojos de Aritza, pero finalmente echó a andar hacia el norte.

El sendero se estrechaba entre los árboles y ascendía por una pendiente cubierta de hojas húmedas. A medida que se alejaban de la ciudad, el ruido de las voces y de las señales fue quedando atrás, sustituido por el murmullo del agua y el crujido de las ramas bajo sus pies. El aire olía a tierra mojada y a corteza, y en algunos tramos el camino desaparecía bajo la vegetación, obligándolos a avanzar despacio. Martín conocía las tierras que rodeaban Gasteiz, pero aquella parte del bosque le resultaba extraña; los árboles crecían más juntos, y la oscuridad ocultaba las pequeñas diferencias del terreno que durante el día habrían permitido orientarse sin dificultad.

Al cabo de un rato, Lope se acercó a Martín y le habló sin mirar hacia atrás.

—No sé si Aritza nos está ocultando algo importante, pero sí sé una cosa: si hubiera querido entregarnos a quienes nos persiguen, habría podido hacerlo mucho antes. Ha tenido varias ocasiones y no las ha aprovechado.

—Tal vez no quisiera entregarnos antes de que encontráramos lo que busca.

Lope tardó en responder.

—También es posible. Pero no podemos juzgarlo únicamente por lo que tememos que haga.

Martín reconoció que Lope tenía razón, aunque eso no disipó sus dudas. Entre los dos había nacido una confianza que no dependía de que compartieran todas las respuestas, sino de haber afrontado juntos peligros que ninguno habría podido superar por separado. Con Aritza era distinto: cada revelación parecía confirmar que existía una parte de su vida a la que Martín nunca había tenido acceso, y cada silencio hacía más difícil distinguir la prudencia de la ocultación deliberada.

Cuando llegaron a una pequeña elevación desde la que se dominaba el camino, Aritza les indicó que se detuvieran. Más allá de los árboles se distinguía una construcción baja, medio oculta entre las rocas, con el tejado hundido por uno de los lados y una pared cubierta de musgo. No parecía haber sido habitada en mucho tiempo, aunque junto a la entrada se apreciaban unas huellas recientes que se dirigían hacia el interior.

Aritza se agachó para examinarlas. Después se incorporó lentamente.

—No estamos solos.

Lope levantó el cuchillo y Martín buscó con la mirada algún movimiento detrás de las ventanas vacías. No vio nada, pero la puerta de la casa estaba entreabierta y una línea de luz se filtraba por debajo, tenue y amarillenta. Alguien había encendido una lámpara en el interior.

Entonces, desde dentro, una voz de hombre pronunció el nombre de Martín.

No era la voz que habían escuchado al otro lado de la piedra, ni la del joven que había intentado abrir la puerta oculta. Era una voz cansada, grave, que parecía proceder de alguien acostumbrado a hablar poco y a medir cada palabra.

—Entra, Martín. Tu padre me dijo que algún día vendrías.

Martín sintió que el corazón le golpeaba el pecho. Miró a Lope, que no apartaba la vista de la puerta, y después a Aritza, cuyo rostro había perdido todo color.

—¿Lo conoces? —preguntó.

Aritza tardó en responder.

—Sí.

—¿Quién es?

El hombre del interior contestó antes de que Aritza pudiera hablar.

—Soy el hombre que abrió la puerta de Gasteiz cuando llegaron los primeros hombres del rey.

Martín comprendió entonces que acababan de encontrar una de las piezas que llevaban buscando desde el principio, pero también que aquella pieza podía ser la más peligrosa de todas.

Porque, si aquel hombre decía la verdad, no solo conocía a su padre.

Conocía el secreto que había cambiado el destino de la ciudad.

XXV

Martín permaneció ante la entrada de la casa sin atreverse a dar el paso que lo separaba del interior, mientras la voz del desconocido parecía seguir resonando entre los árboles, mezclada con el murmullo del viento que descendía por la ladera. La construcción era más antigua de lo que había imaginado al verla desde el sendero; las piedras de los muros, desiguales y oscurecidas por la humedad, conservaban restos de un encalado que el tiempo había reducido a manchas pálidas, y sobre la puerta, sostenido por dos vigas carcomidas, el tejado se hundía lo suficiente para dejar escapar un hilo de humo que apenas se distinguía contra la noche. Alguien vivía allí, o al menos había preparado el lugar para recibirlos, y el hecho de que conociera su nombre y hubiera mencionado a su padre no le inspiraba confianza, sino una inquietud nueva, más profunda que la provocada por los perseguidores. Hasta entonces habían seguido rastros dejados por un hombre ausente; ahora se encontraban ante alguien que aseguraba haberlo conocido y que, por alguna razón, había esperado su llegada.

Aritza se acercó a Martín y le habló en voz baja, sin apartar la mirada de la puerta.

—No digas nada de lo que llevas contigo hasta que sepamos qué quiere de nosotros. Y, sobre todo, no le entregues el pergamino, aunque te diga que tu padre se lo confió.

Martín se volvió hacia él. Aquella advertencia habría resultado razonable en cualquier otra circunstancia, pero pronunciada por un hombre cuya lealtad acababa de poner en duda le pareció casi una provocación. Estuvo a punto de preguntarle qué sabía de aquel desconocido y por qué su presencia lo había dejado tan pálido, pero desde el interior llegó de nuevo la voz, esta

vez acompañada por el ruido de un objeto depositado sobre una mesa.

—Aritza, puedes dejar de hablar en voz baja. Las paredes son viejas, pero no tanto como para que no se oiga una conversación a dos pasos de la puerta.

Lope levantó ligeramente el cuchillo. Aritza, en cambio, cerró los ojos un instante y después los abrió con una expresión resignada, como si acabara de comprender que la posibilidad de seguir ocultando algo se había agotado. Empujó la puerta con el hombro y entró sin pedir permiso. Martín lo siguió, aunque se mantuvo cerca de Lope, preparado para retroceder si advertía algún movimiento sospechoso.

El interior estaba formado por una sola estancia, dividida en dos espacios por una cortina de lana gruesa que colgaba de una viga. En el primero había una mesa de roble marcada por los cortes de un cuchillo, dos bancos, un hogar de piedra y varios sacos apilados junto a la pared. La luz procedía de una lámpara de aceite y de las brasas que aún ardían bajo una olla de hierro. En el segundo espacio se distinguía un jergón, un arcón y una pequeña abertura por la que debía entrar el aire del exterior. No había armas a la vista, pero junto a la mesa descansaba un bastón de madera oscura con una empuñadura gastada, y Martín observó que el hombre sentado al otro lado llevaba un cuchillo sujeto al cinturón.

Era mayor de lo que había esperado, aunque no tanto como para que la edad explicara la rigidez con la que mantenía la espalda. Tenía el cabello gris, corto y desigual, una barba recortada sin demasiado cuidado y una cicatriz que le cruzaba la mejilla izquierda hasta desaparecer bajo la oreja. Sus manos, grandes y nudosas, conservaban la fuerza de quien había pasado buena parte de su vida trabajando al aire libre. Al ver entrar a Martín, no se levantó ni mostró sorpresa; se limitó a observarlo

con una atención que resultaba incómoda, como si estuviera comparando su rostro con el recuerdo de otra persona.

—Te pareces a él alrededor de los ojos —dijo finalmente—. Lo demás lo has heredado de tu madre, supongo.

Martín sintió que aquellas palabras le producían una punzada de rabia. No había recorrido tantos caminos, ni había visto cómo su vida se deshacía poco a poco en una sucesión de amenazas y medias verdades, para que un desconocido pretendiera conocerlo con una simple mirada.

—Si conociste a mi padre, dime cómo te llamas y por qué nos has hecho venir hasta aquí.

El hombre aceptó la pregunta con un leve movimiento de cabeza. Después señaló los bancos, aunque ninguno de los tres se sentó.

—Me llamo Eneko. Hace años fui responsable de una de las puertas de Gasteiz, cuando la ciudad todavía dependía de los acuerdos entre los hombres que la gobernaban y quienes debían defender sus caminos. No era un cargo que apareciera en los documentos importantes, ni recibía órdenes directamente de quienes llevaban títulos y mandaban sobre las tierras, pero conocía a los guardias, a los comerciantes y a los hombres que traían noticias desde fuera. Sabía quién podía entrar sin despertar sospechas y quién debía esperar hasta que alguien respondiera por él. Tu padre comprendió pronto que aquel conocimiento podía servir para algo más que cobrar peajes o evitar problemas a los viajeros.

—¿Para abrir la ciudad a Navarra? —preguntó Lope.

Eneko dirigió hacia él una mirada breve.

—Para abrir una puerta cuando mantenerla cerrada habría costado muchas vidas.

La respuesta cayó sobre la estancia con un peso que ninguno de ellos pareció dispuesto a discutir de inmediato. Martín había escuchado versiones distintas sobre la llegada de Navarra, algunas presentadas como la consecuencia inevitable de un cambio de autoridad y otras como el resultado de decisiones tomadas por hombres que habían preferido negociar antes que resistir. Pero hasta entonces nadie le había dicho que una puerta concreta, abierta por una persona concreta, pudiera haber desempeñado un papel decisivo en aquellos acontecimientos.

—¿Qué ocurrió aquella noche? —preguntó.

Eneko se inclinó hacia el hogar y removió las brasas con una varilla. No parecía buscar tiempo para inventar una respuesta, sino la manera de contar algo que llevaba muchos años intentando olvidar. Durante unos instantes, el único sonido fue el de la madera al quebrarse bajo el hierro. Después dejó la varilla en el suelo y habló sin levantar la mirada.

—Los hombres del rey llevaban días alrededor de la ciudad. No todos querían combatir, aunque muchos de los que estaban dentro de las murallas temían que la entrada de un nuevo señor significara el saqueo de las casas, la pérdida de sus tierras o la venganza contra quienes habían servido al poder anterior. Había familias que no tenían nada que ver con las disputas de los grandes y que, sin embargo, serían las primeras en pagar por ellas. Tu padre lo sabía. También sabía que algunos hombres estaban dispuestos a resistir hasta el final, no porque creyeran que podían vencer, sino porque temían lo que ocurriría después si aceptaban negociar.

—¿Y tú decidiste abrir la puerta? —preguntó Martín.

—No lo decidí yo solo. Esa es la primera mentira que se contó sobre aquella noche y la que más daño hizo después. La puerta se abrió porque varias personas habían llegado a un acuerdo, pero yo fui quien giró la llave y apartó la tranca. Por eso

mi nombre quedó asociado a lo sucedido, mientras los demás pudieron seguir viviendo como si nunca hubieran participado.

Martín observó el rostro del hombre y se preguntó si aquella explicación era una forma de justificarse o si realmente había sido el último eslabón de una decisión compartida. La idea de que su padre hubiera intervenido en aquel acuerdo le parecía posible, pero no entendía por qué había ocultado su participación ni qué relación tenía todo aquello con el pergamino que llevaba consigo.

—¿Mi padre estaba allí?

Eneko tardó en responder.

—Sí.

—¿Y por qué nunca me lo contó?

—Porque lo que ocurrió después no fue lo que habíamos previsto.

Aritza se había mantenido junto a la puerta, con los brazos cruzados y la mirada fija en el hombre. Al escuchar aquellas palabras, avanzó un paso.

—Eso no es toda la verdad, Eneko.

El anciano levantó la cabeza. Por primera vez desde que habían entrado, su expresión perdió aquella calma que parecía protegerlo de cualquier pregunta.

—No he dicho que lo sea.

—Entonces cuéntales qué sucedió con el segundo acuerdo.

Martín volvió la cabeza hacia Aritza. Había pronunciado aquellas palabras con una seguridad que no dejaba lugar a dudas: sabía que existía un segundo acuerdo y, por tanto, conocía

una parte de la historia que todavía no había compartido con él. Lope también lo advirtió, porque se apartó de la pared y dejó el cuchillo sobre la mesa, sin soltarlo del todo.

—¿Qué segundo acuerdo? —preguntó Martín.

Eneko miró a Aritza durante un largo instante, como si estuviera decidiendo si debía reprocharle haber hablado o agradecerle que lo hubiera hecho en su lugar. Finalmente se levantó, caminó hasta el arcón y sacó una bolsa de cuero que dejó sobre la mesa. Dentro había varias piezas pequeñas de metal, un cor-del trenzado y una tablilla de madera con marcas grabadas en sus dos caras.

—El primer acuerdo trataba de la entrada de los hombres del rey y de las condiciones para evitar que la ciudad sufriera un asalto. El segundo debía garantizar que, después del cambio de autoridad, ciertos caminos, almacenes y refugios no quedaran bajo el control de quienes gobernarán desde la colina. No pretendíamos crear una ciudad dentro de otra, ni desafiar a los nuevos señores desde las sombras. Queríamos conservar los medios necesarios para que la gente pudiera seguir viviendo y comerciando aunque los hombres de arriba volvieran a enfrentarse entre sí.

—¿Y qué salió mal? —insistió Lope.

—Alguien entregó una copia del acuerdo a quienes no debían conocerlo.

Eneko sacó una de las piezas de metal y la colocó sobre la mesa. Era una pequeña llave, ennegrecida por el tiempo, con un extremo plano y dos dientes desiguales. Martín recordó la llave que habían encontrado entre las pertenencias de su padre, aquella que había aparecido junto a las primeras señales y cuyo uso todavía no habían conseguido averiguar.

—No es la misma —dijo, antes de poder contenerse.

Eneko levantó la vista.

—¿Has visto otra?

Martín comprendió que había hablado demasiado tarde. Aritza lo miró, pero no intervino, y Lope se limitó a observar al anciano, esperando su reacción.

—Tenemos una llave que pertenecía a mi padre —explicó Martín—. No sabemos qué abre.

Eneko no intentó ocultar su sorpresa, aunque esta duró apenas un instante. Recogió la pieza de metal y la guardó en la bolsa, como si el simple hecho de que Martín conociera su existencia bastara para cambiar el curso de la conversación.

—Entonces ha llegado más lejos de lo que yo creía.

—¿Quién?

—Tu padre.

Martín sintió que la paciencia se le agotaba. Dio un paso hacia la mesa y apoyó ambas manos sobre la madera.

—Deja de hablar como si todo el mundo supiera algo que yo ignoro. Mi padre desapareció, su casa fue registrada y ahora hay hombres que nos persiguen por unos caminos que nadie quiere reconocer. He encontrado sus mensajes y he seguido sus señales, pero cada persona a la que pregunto me responde con otra pregunta. Si sabes algo sobre lo que le ocurrió, dímelo de una vez.

Eneko sostuvo su mirada. Durante un instante pareció que iba a responder, pero entonces un ruido procedente del exterior interrumpió la conversación. No fue el grito de un hombre ni el crujido de una rama bajo un paso accidental, sino el sonido inequívoco de una piedra que rodaba por la pendiente y

golpeaba otra antes de detenerse. Los cuatro se quedaron inmóviles.

Aritza apagó la lámpara con un movimiento rápido y la estancia quedó iluminada únicamente por el resplandor del hogar. Eneko tomó el bastón y se acercó a la puerta, mientras Lope se situaba junto a la ventana estrecha que daba al sendero. Martín permaneció cerca de la mesa, tratando de distinguir algún movimiento entre las sombras que se filtraban por las rendijas de la madera.

—¿Te han seguido? —susurró.

Eneko negó con la cabeza, pero no parecía convencido.

—No lo sé. La casa tiene dos accesos y conozco el terreno que la rodea, pero hay hombres que han aprendido a moverse por estos bosques mejor de lo que deberían.

Desde el exterior llegó un silbido breve.

Aritza se volvió hacia Eneko y ambos intercambiaron una mirada que Martín no supo interpretar. El anciano levantó una mano para pedir silencio y esperó. Al cabo de unos segundos, el silbido se repitió, esta vez desde un punto más cercano a la parte posterior de la casa.

—¿Es una de vuestras señales? —preguntó Martín.

—Lo era —respondió Eneko.

La elección de aquellas palabras le produjo un escalofrío. Aritza se acercó a la mesa y recogió el pergamino que Martín había dejado junto a la lámpara apagada. Lo sostuvo unos instantes entre los dedos, sin abrirlo, y después se lo devolvió.

—Tenemos que irnos —dijo—. Si han encontrado la casa, no podemos esperar a que entren.

Eneko negó con firmeza.

—Si salís ahora, os verán en el sendero. Hay un paso bajo la parte posterior del muro, pero conduce a una zona abierta antes de alcanzar el bosque. Necesitaréis esperar a que se alejen.

—¿Y si no se alejan? —preguntó Lope.

—Entonces tendremos que hacer que crean que seguimos aquí.

El anciano se dirigió al hogar, apartó una piedra suelta y sacó de un hueco una pequeña bolsa de ceniza. La esparció sobre las brasas hasta reducir el resplandor y después señaló la cortina que dividía la estancia. Detrás había un espacio estrecho que comunicaba con una escalera excavada parcialmente en la roca. Aritza conocía el acceso, pues se adelantó sin vacilar y apartó la tela, pero Martín lo detuvo antes de que comenzara a descender.

—Todavía no has respondido a mi pregunta —le dijo a Eneko—. ¿Qué le ocurrió a mi padre?

El anciano miró hacia la puerta, donde acababa de oírse el roce de una mano contra la madera. Después se acercó a Martín y habló tan bajo que solo él pudo escuchar las primeras palabras.

—Tu padre descubrió quién había entregado la copia del segundo acuerdo. Y cuando comprendió por qué lo había hecho, decidió ocultar algo que todos los demás estaban dispuestos a destruir.

—¿Qué ocultó?

Eneko le sostuvo la mirada.

—La prueba de que la puerta de Gasteiz no se abrió únicamente para evitar una matanza. Se abrió también para permitir

que alguien saliera de la ciudad antes de que llegaran los hombres del rey.

Martín sintió que el significado de aquella revelación se le escapaba justo cuando creía estar a punto de comprenderlo. Había imaginado que la llave, los pasadizos y los mensajes de su padre formaban parte de una red destinada a proteger caminos y refugios, pero nunca había considerado que la apertura de la puerta pudiera haber servido para facilitar una fuga. Si alguien había abandonado Gasteiz aquella noche, quizá llevaba consigo algo que los demás habían querido conservar, o quizá era la persona cuya presencia podía poner en peligro todo lo que habían construido.

—¿Quién salió? —preguntó.

Eneko abrió la boca para responder, pero en ese mismo instante la puerta de la casa recibió tres golpes.

No fueron golpes de llamada, sino tres impactos secos, espaciados con una precisión que Martín reconoció de inmediato. Eran los mismos que habían escuchado bajo la colina, los mismos que habían servido para establecer contacto a través de la piedra.

Aritza palideció.

Eneko cerró la mano alrededor del bastón y se apartó de la mesa. Durante un instante, ninguno de ellos pareció capaz de moverse, hasta que una voz llegó desde el exterior, tranquila y cercana, como si quien hablaba supiera que no había necesidad de levantar el tono.

—Eneko, sabemos que los tienes contigo. Abre la puerta y podremos terminar con esto.

El anciano miró a Martín. En sus ojos ya no había serenidad ni resignación, sino un temor antiguo que parecía haber esperado muchos años para regresar.

—Escúchame bien —susurró—. Si esa puerta se abre, no permitas que se lleven el pergamino. Y si te dicen que vienen en nombre de tu padre, no les creas.

Martín quiso preguntarle cómo podía distinguir a los hombres que mentían de aquellos que decían la verdad, pero la voz del exterior volvió a hablar y pronunció unas palabras que hicieron que Aritza retrocediera hasta chocar contra la mesa.

—Aritza, sabemos lo que hiciste aquella noche. Y también sabemos quién fue el hombre que salió de Gasteiz.

El silencio que siguió fue absoluto.

Martín miró a su compañero y comprendió que, por primera vez, la amenaza no se dirigía únicamente contra él ni contra el legado de su padre. Aquellos hombres conocían un secreto que Aritza había guardado durante años, un secreto relacionado con la noche en que Gasteiz cambió de manos.

Y, a juzgar por el miedo que acababa de aparecer en su rostro, quizá Aritza no hubiera estado protegiendo a Martín de los secretos de su padre.

Quizá hubiera estado protegiéndose a sí mismo.

XXVI

Durante unos instantes, nadie se atrevió a pronunciar palabra. Los tres golpes seguían resonando en la memoria de Martín, mezclados ahora con aquella última advertencia que había llegado desde el exterior y que parecía haber abierto una grieta en la confianza que todavía conservaba hacia Aritza. El anciano Eneko permanecía junto a la mesa, con el bastón sujeto entre ambas manos, mientras Lope observaba la puerta como si esperase verla ceder de un momento a otro. Aritza, en cambio, había retrocedido hasta la pared y mantenía la mirada fija en un punto del suelo, incapaz de sostener la de Martín. No era la expresión de un hombre sorprendido por una acusación falsa, sino la de alguien que había pasado muchos años temiendo que llegara el día en que sus actos fueran conocidos por las personas a las que más había querido proteger.

—¿Qué hiciste aquella noche? —preguntó Martín.

Aritza levantó lentamente la cabeza, pero antes de que pudiera responder, Eneko se interpuso entre ambos y le indicó que se acercara a la escalera oculta tras la cortina. No quería que permanecieran junto a la puerta, donde cualquiera que escuchase desde fuera podría distinguir sus voces, y tampoco parecía dispuesto a continuar la conversación mientras los hombres del exterior supieran que estaban allí. Sin embargo, Martín no se movió. Había llegado al límite de lo que estaba dispuesto a aceptar, y si los secretos de su padre estaban relacionados con una decisión tomada por Aritza, necesitaba conocerlos antes de volver a confiar en él.

—No voy a bajar a ningún sitio hasta que me lo explique —dijo—. Llevo demasiado tiempo siguiendo caminos que otros han elegido por mí. Si Aritza sabe algo sobre aquella noche, quiero escucharlo de su boca.

El anciano lo observó durante unos segundos y después asintió, como si reconociera en aquella exigencia algo que también había caracterizado al padre de Martín. Se volvió hacia Aritza y le dejó espacio para hablar, aunque permaneció lo bastante cerca como para intervenir si las cosas se torcían. Lope se situó junto a Martín, sin tocarlo ni intentar convencerlo de que cediera, y aquel gesto silencioso le recordó que todavía tenía a alguien a su lado que no le pedía que confiara a ciegas.

Aritza respiró hondo. Cuando comenzó a hablar, lo hizo despacio, con la dificultad de quien ha repetido muchas veces una historia en su pensamiento, pero nunca ha encontrado el valor de contarla en voz alta.

—La noche en que se abrió la puerta de Gasteiz, yo no estaba dentro de la ciudad. Había salido antes del anochecer para llevar un mensaje a unos hombres que aguardaban en los caminos del norte. Tu padre me había pedido que comprobara si una ruta seguía libre y que regresara antes de la medianoche. No debía preguntar qué transportaban aquellos hombres ni quién los acompañaba. Era una de las reglas que habíamos aceptado quienes colaborábamos con él: cada uno conocía solo lo necesario para cumplir su tarea. Cuando regresé, la puerta ya estaba abierta y los primeros soldados de Navarra habían entrado en la ciudad.

Martín no apartó los ojos de él.

—Eso ya lo sabíamos. ¿Qué ocurrió después?

—Encontré a tu padre junto a uno de los almacenes, cerca de la antigua entrada. Estaba herido en una mano y había perdido la bolsa en la que guardaba sus documentos. Me pidió que lo acompañara hasta un refugio fuera de las murallas, pero antes de llegar nos alcanzaron dos hombres. Uno de ellos pertenecía a la guardia de la ciudad; al otro no lo conocía. Discutieron con tu padre y le exigieron que les entregara algo que llevaba

consigo. Él se negó. Entonces el hombre al que yo no conocía sacó un cuchillo.

Aritza hizo una pausa. Martín vio que apretaba los dedos hasta que los nudillos se le volvieron blancos.

—¿Lo hirió? —preguntó Lope.

—No. Tu padre consiguió apartarse, pero el guardia cayó al suelo durante el forcejeo. Cuando el otro hombre huyó, yo me acerqué al guardia y descubrí que todavía respiraba. Aritza... — Se interrumpió, consciente de que estaba hablando de sí mismo en tercera persona por la tensión, y volvió a empezar—. Yo quise ayudarlo, pero tu padre me ordenó que lo dejara. Dijo que no teníamos tiempo, que debíamos llegar al refugio antes de que los soldados cerraran los accesos.

Martín sintió una punzada de incredulidad.

—¿Y lo abandonaste?

—Sí.

La respuesta fue tan directa que Martín no supo qué decir. Había esperado excusas, una explicación sobre la urgencia de la situación o alguna circunstancia que permitiera comprender por qué Aritza había actuado de aquel modo. Pero no había nada de eso, solo una confesión desnuda que lo obligaba a enfrentarse a una imagen de su compañero muy distinta de la que había construido durante el viaje.

—¿Murió aquel hombre? —preguntó finalmente.

—No lo sé. Cuando regresé al lugar, al amanecer, ya no estaba allí. Había sangre en el suelo, pero también huellas que se alejaban hacia el camino. Nunca supe si había conseguido levantarse por sus propios medios o si alguien se lo había llevado.

—¿Y por qué te persiguen por ello?

Aritza negó lentamente con la cabeza.

—Porque no es toda la historia. Esa misma noche, cuando llegamos al refugio, tu padre me entregó una bolsa y me pidió que la llevara al norte. Me dijo que no la abriera, que debía entregársela a un hombre que encontraría cerca de un vado, junto al camino que conduce hacia las montañas. Yo acepté, pero antes de marcharme escuché una discusión entre tu padre y Eneko. Hablaban de alguien que había salido de la ciudad y de un documento que no debía llegar a manos de los hombres del rey. Comprendí que la bolsa podía contener aquello que buscaban y decidí mirar dentro.

Eneko cerró los ojos, pero no intervino.

—¿Qué encontraste? —preguntó Martín.

—Un pequeño libro de cuentas, varios nombres escritos en una hoja y una pieza de metal que no reconocí. No entendí el significado de los nombres, aunque sí reconocí uno de ellos: el del hombre al que había encontrado herido junto al almacén. Pensé que tu padre estaba protegiendo a alguien que había participado en la apertura de la puerta y que el libro podía demostrarlo. Tuve miedo de que, si lo entregaba, estaría ayudando a encubrir un crimen.

—¿Y qué hiciste con la bolsa?

—La escondí.

La palabra quedó suspendida en el aire. Martín miró a Eneko, que no parecía sorprendido por la confesión, y comprendió que el anciano conocía aquella parte de la historia. Sin embargo, antes de que pudiera preguntarle por qué había guardado silencio, Aritza continuó.

—Al día siguiente, tu padre descubrió lo que había hecho. No me golpeó ni me amenazó, pero me dijo que había cometido un error que podía costar la vida a personas que ni siquiera conocía. Me pidió que devolviera la bolsa y yo me negué. Le dije que no podía entregarle un documento sin saber qué contenía. Entonces me respondió que, precisamente por eso, me había ordenado no abrirlo. No discutimos más. Tu padre se marchó y yo no volví a verlo durante mucho tiempo.

Martín se pasó una mano por el rostro. La historia empezaba a encajar con algunos de los silencios de Aritza, pero también abría nuevas preguntas. Si había escondido la bolsa, ¿dónde estaba ahora? ¿Qué contenía aquel libro? ¿Y por qué los hombres que los perseguían conocían una decisión que, según Aritza, solo había compartido con su padre?

—¿Dónde la escondiste? —preguntó.

Aritza lo miró directamente.

—En un lugar que ya no existe como lo conocí entonces.

—Eso no significa nada.

—La escondí en una pequeña construcción cerca del río, al norte de la ciudad. Era un antiguo depósito que utilizaban los viajeros cuando debían esperar a que bajara el agua. Años después, una crecida derribó parte de la estructura y el camino quedó cubierto por los desprendimientos. Volví allí en dos ocasiones, pero no encontré la entrada. Creí que la bolsa se había perdido.

Eneko se acercó a la mesa y apoyó ambas manos sobre ella.

—No se perdió —dijo.

Los tres se volvieron hacia él.

—La bolsa llegó a mis manos.

Aritza se quedó inmóvil. Martín vio cómo su expresión pasaba de la sorpresa a una indignación que apenas consiguió contener.

—Me dijiste que nunca habías encontrado el depósito — dijo.

—Porque no lo encontré. Tu padre me entregó la bolsa antes de abandonar la ciudad y me pidió que la guardara hasta que llegara el momento de devolverla. Cuando regresasteis a Gasteiz, comprendí que aquel momento podía estar cerca, pero no sabía si debía entregártela a ti o esperar a que apareciera alguien más.

—¿Y quién te autorizó a decidirlo? —preguntó Aritza.

—El mismo hombre que te pidió que la llevaras al norte.

Martín levantó una mano para detener la discusión. Había comprendido que ambos estaban hablando de decisiones tomadas años atrás, cuando él ni siquiera sabía que existían aquellos caminos y aquellas personas. Sin embargo, ahora esas decisiones se habían convertido en una amenaza real, y necesitaba saber qué había ocurrido con el contenido de la bolsa.

—¿Dónde está? —preguntó.

Eneko se volvió hacia el arcón. Sacó la bolsa de cuero que había mostrado antes, la abrió y apartó las pequeñas piezas de metal que contenía. Debajo había un paquete envuelto en una tela oscura, atado con un cordel. Lo depositó sobre la mesa y retiró la tela con cuidado. Apareció un libro pequeño, encuadernado en cuero endurecido por la humedad, junto a una hoja doblada y una pieza metálica que Martín reconoció de inmediato.

Era una llave, pero no la misma que habían encontrado entre las pertenencias de su padre. Esta tenía el extremo más

ancho y dos dientes dispuestos en sentido contrario, como si hubiera sido fabricada para una cerradura diferente.

—¿Qué abre? —preguntó Lope.

Eneko negó con la cabeza.

—Nunca lo he sabido. Tu padre me pidió que la guardara junto al libro y que no intentara utilizarla. Dijo que, mientras ambas cosas permanecieran separadas de los hombres que buscaban el documento, todavía habría una posibilidad de evitar lo que temía.

Martín tomó el libro y pasó los dedos por la cubierta. El cuero estaba agrietado, y en uno de los bordes se distinguía una marca grabada que recordaba a la señal de las tres líneas que habían encontrado en el pasadizo. Lo abrió con cuidado. Las primeras páginas contenían cuentas de grano, aceite, herramientas y animales, con fechas y nombres de aldeas que conocía de los alrededores de Gasteiz. No parecía haber nada extraordinario en ellas, pero al avanzar descubrió que, a partir de cierto punto, las anotaciones cambiaban. Los nombres se repetían en lugares distintos, las cantidades no coincidían con las anteriores y algunas entradas estaban marcadas con una pequeña cruz.

En la última página escrita había una frase, trazada con una letra que Martín no reconoció.

El hombre que salió por la puerta no llevaba oro ni armas. Llevaba el nombre de quien había ordenado abrirla.

Martín leyó la frase en voz alta. Después volvió a mirar a Eneko.

—¿Quién era ese hombre?

El anciano no respondió. Fue Aritza quien habló, aunque lo hizo con tanta dificultad que al principio Martín apenas lo oyó.

—No lo sé. Pero creo que mi padre sí lo sabía.

Antes de que Martín pudiera pedirle que explicara aquello, un golpe sacudió la puerta de la casa. Esta vez no fueron tres golpes ceremoniosos, sino un impacto violento que hizo temblar las vigas del techo. Una voz ordenó desde el exterior que abrieran, y otra exigió que entregaran el libro. Lope recogió el cuchillo y se colocó junto a la ventana, mientras Eneko cubría los documentos con la tela y los empujaba hacia Martín.

—Llévatelos —dijo—. Hay una salida detrás del hogar que conduce a un cauce seco. Seguidlo hasta el punto donde se divide en dos y tomad el ramal de la izquierda. No os detengáis hasta llegar a los robles grandes.

—¿Y tú? —preguntó Martín.

—Yo me quedaré aquí.

—No voy a dejarte solo con ellos.

Eneko lo miró con una serenidad que contrastaba con la violencia de los golpes.

—Si entran y no encuentran a nadie, os seguirán. Si me encuentran a mí, quizá crean que el libro sigue aquí. Necesitáis tiempo para averiguar qué significa.

Martín quiso negarse, pero Lope le sujetó el brazo. La puerta no resistiría mucho más, y el anciano conocía la casa mejor que ellos. Aritza recogió la llave y el libro, los envolvió en la tela y los guardó dentro de la bolsa. Después se acercó a Eneko y le dijo algo en voz tan baja que Martín no consiguió oírlo. El anciano respondió con una breve inclinación de cabeza, y por un instante ambos parecieron dejar a un lado los reproches que los habían enfrentado.

Los tres se dirigieron hacia el hogar. Detrás de la piedra que cubría el hueco, una abertura estrecha descendía hacia la

oscuridad. Lope se introdujo primero, seguido de Martín, que llevaba el pergamino oculto bajo la ropa y sentía el peso de la nueva bolsa contra el costado. Aritza fue el último en bajar. Antes de desaparecer, miró una vez más a Eneko.

—Si salimos de esta noche, tendrás que contarnos lo que sabes.

—Si salís de esta noche —respondió el anciano—, ya no podréis conformaros con saber lo que yo sé.

La piedra volvió a colocarse sobre la abertura justo cuando la puerta principal cedía con un crujido. Martín oyó voces, pasos y el golpe de un mueble arrastrado por el suelo. Después, mientras descendían por la galería, escuchó a Eneko hablar con los recién llegados. No consiguió distinguir las palabras, pero reconoció en su tono una calma deliberada, como la de alguien que había decidido enfrentarse a su pasado sin esperar salir indemne.

El túnel desembocó en un cauce seco, cubierto de raíces y piedras sueltas. Avanzaron agachados, con la oscuridad cerrándose detrás de ellos, hasta que la voz de los hombres desapareció por completo. Solo entonces se detuvieron. Lope encendió una pequeña lámpara que llevaba guardada y examinó el libro, mientras Aritza vigilaba la entrada del conducto.

Martín abrió de nuevo la última página. La frase seguía allí, tan enigmática como antes, pero ahora había algo que no había advertido: debajo de las palabras, casi oculto por una mancha de humedad, aparecía un nombre escrito con tinta más clara.

No era el de Eneko.

Tampoco el de Aritza.

Era el nombre de su padre.

Y junto a él, una fecha que correspondía a varios días después de la entrada de los hombres de Navarra en Gasteiz.

Martín sintió que el frío le recorría la espalda. Si la fecha era correcta, su padre había seguido actuando después de aquella noche, cuando todos habían creído que los acontecimientos habían terminado. Quizá no había desaparecido durante el cambio de poder, sino que había continuado buscando al hombre que había salido por la puerta. Quizá el pergamino que llevaba consigo y el libro que acababan de recuperar no eran dos partes de una historia concluida, sino las pruebas de una investigación que nunca había llegado a su fin.

Lope se inclinó para observar la fecha.

—¿Qué significa?

Martín cerró el libro lentamente.

—Que mi padre seguía vivo cuando todos pensaban que había desaparecido.

Aritza se volvió hacia él, y esta vez no intentó negarlo ni desviar la conversación. Su rostro revelaba que aquella posibilidad también había cruzado por su pensamiento, aunque nunca se hubiera atrevido a pronunciarla.

Desde la oscuridad del cauce llegó entonces un ruido leve, semejante al roce de una piedra contra otra.

Los tres levantaron la cabeza.

Alguien estaba caminando hacia ellos.

Y, antes de que Lope pudiera apagar la lámpara, una voz que Martín habría reconocido entre cientos pronunció su nombre desde el fondo del túnel.

Era la voz de su padre.

XXVII

Martín no se movió. Durante un instante, el túnel, la lámpara y las paredes húmedas parecieron desaparecer a su alrededor, y solo quedó aquella voz que acababa de pronunciar su nombre con una familiaridad que ninguna otra habría podido imitar. Habían transcurrido demasiados años desde la última vez que la oyera sin temor, y demasiadas noches desde que aprendiera a convivir con la idea de que su padre no regresaría; sin embargo, en aquel sonido persistía algo más poderoso que el recuerdo, una inflexión al final de las palabras, una leve aspereza en la garganta, que le hizo dar un paso hacia la oscuridad antes de que Lope pudiera sujetarlo por el brazo.

—No vayas —murmuró su compañero—. No sabemos quién está ahí.

Martín se soltó con brusquedad, aunque no apartó los ojos de la abertura por la que llegaba el aire frío. La voz había callado, y ese silencio le pareció más insoportable que cualquier amenaza. Aritza, por su parte, había palidecido de tal manera que la luz de la lámpara acentuaba las sombras de su rostro. No miraba a Martín, sino al fondo del cauce, como si esperase que de allí surgiera una figura que llevaba mucho tiempo intentando olvidar.

—¿Lo has oído? —preguntó Martín, sin volverse hacia él.

—Sí.

—Entonces sabes que es mi padre.

Aritza tardó en contestar. Se agachó junto a la lámpara, protegió la llama con una mano y examinó el pasadizo, fijándose en las marcas que la humedad había dejado entre las piedras.

Cuando habló, lo hizo con una cautela que Martín interpretó como una nueva forma de engaño.

—He oído una voz que se parece a la suya. Eso no es lo mismo que saber quién la ha pronunciado.

—¿También vas a decirme que mi padre está muerto?

—No. Voy a decirte que alguien conoce tu nombre, conoce estos caminos y sabe qué voz necesitas escuchar para seguir adelante sin pensar en las consecuencias.

Lope asintió despacio. No parecía convencido de que Aritza tuviera razón, pero la advertencia le resultaba demasiado sensata como para ignorarla. Desde que habían encontrado el primer indicio de la antigua red, cada puerta abierta había conducido a otra pregunta, y cada respuesta había llegado acompañada de una amenaza. El hombre que los había ayudado a encontrar la salida del norte podía haberlos protegido o haberlos llevado deliberadamente hasta una trampa; el cuaderno que Eneko les había entregado contenía nombres capaces de comprometer a hombres poderosos, y ahora una voz surgida de las entrañas de la ciudad pretendía arrastrarlos hacia una oscuridad que ninguno de ellos conocía.

Martín, sin embargo, ya había empezado a avanzar. No corría, pero tampoco escuchaba las protestas de Lope. Llevaba la lámpara en alto y el cuaderno apretado contra el pecho, mientras el agua le cubría las suelas y se filtraba por las junturas de sus botas. El cauce descendía suavemente entre muros antiguos, tan estrechos en algunos tramos que los hombros rozaban la piedra. A cada pocos pasos, el techo se elevaba y dejaba ver una hilera irregular de bloques, algunos de ellos más oscuros que los demás, como si hubieran sido colocados mucho después de construirse el pasadizo.

—¡Martín! —llamó Aritza—. Si es él, no se marchará por esperar unos instantes. Y si no es él, acabas de darle exactamente lo que quiere.

Martín se detuvo al fin. Alzó la lámpara hacia el recodo que se abría unos pasos más adelante, pero la luz solo alcanzó a revelar una pared cubierta de musgo y el reflejo tembloroso del agua. Entonces oyó de nuevo el roce de una piedra, seguido por una respiración trabajosa, tan próxima que habría podido proceder del otro lado del muro.

—No he venido para haceros daño —dijo la voz—. Pero no puedo quedarme mucho tiempo.

Martín sintió que el corazón le golpeaba las costillas. Había algo distinto en aquellas palabras: no una amenaza, ni siquiera una súplica, sino el cansancio de alguien que llevaba demasiado tiempo hablando a solas y que había perdido la costumbre de explicar sus razones.

—Si eres mi padre —respondió—, dime qué me dijiste la noche que desapareciste.

Lope lo miró con sorpresa. Aritza no intervino. La pregunta había surgido de manera espontánea, pero Martín sabía que no bastaba con reconocer una voz; necesitaba una verdad que no estuviera escrita en el cuaderno ni pudiera haber sido repetida por quienes los perseguían. Recordaba aquella noche de manera incompleta: la lluvia golpeando los postigos, el olor a lana mojada, las manos de su padre cerrándose sobre sus hombros y una frase que durante años había confundido con una despedida.

Desde el otro lado del recodo se oyó una tos breve. Después, la voz contestó:

—Te dije que no confundieras el silencio con la cobardía. Que algún día tendrías que decidir si era más importante

conocer toda la verdad o impedir que esa verdad destruyera a quienes aún podían vivir con ella.

Martín bajó lentamente la lámpara. No era una frase que su padre hubiera podido inventar para salir del paso; tampoco era una respuesta completa, pues las palabras que recordaba aquella noche habían sido otras. Pero el hombre del túnel conocía el sentido de una conversación que nadie más había presenciado, y aquella certeza le abrió una grieta en todas las defensas que había levantado desde la desaparición.

—¿Dónde estás? —preguntó, esta vez con la voz quebrada.

—Detrás de la pared que tienes delante. No golpees las piedras. Busca una que tenga una marca en forma de media luna, cerca del suelo.

Los tres se acercaron al muro. Lope mantuvo la espada desenvainada, mientras Aritza examinaba las juntas con los dedos, palpando cada bloque sin apartarse de la lámpara. Encontraron la marca casi al mismo tiempo: una curva pequeña, apenas visible bajo una costra de humedad, grabada en una piedra que parecía formar parte del muro desde hacía muchos años. Martín apoyó la mano sobre ella y sintió una vibración tenue, como si al otro lado alguien hubiese apoyado la palma en el mismo lugar.

—Empuja hacia dentro —indicó la voz.

La piedra cedió apenas el ancho de un dedo. Aritza encontró entonces una hendidura en el bloque inferior y, tras tantear con cuidado, introdujo dos dedos en ella. El mecanismo resistió al principio; después se oyó un chasquido seco y una sección del muro se desplazó lentamente hacia un lado, dejando abierta una rendija por la que entró un sople de aire estancado. Lope levantó la lámpara y descubrió un espacio estrecho, más

parecido a una cámara de servicio que a un pasadizo, donde apenas cabía un hombre de pie.

La figura que apareció en la abertura llevaba una capa oscura, desgastada en los hombros, y una barba entrecana que ocultaba buena parte de su rostro. Tenía una mano apoyada contra la pared y la otra vendada con un trapo manchado. Al levantar la cabeza, la luz le alcanzó los ojos, y Martín reconoció en ellos la misma mirada que había visto tantas veces desde niño: alerta, desconfiada, siempre atenta a lo que ocurría más allá de las palabras.

Durante unos segundos ninguno habló. Martín había imaginado aquel encuentro de muchas maneras, primero como una esperanza imposible y después como una acusación que por fin podría pronunciar cara a cara. Ahora que tenía a su padre delante, no encontró ninguna de las frases que había preparado en sus noches de insomnio. Solo vio a un hombre más delgado de lo que recordaba, con una cicatriz reciente junto a la sien y el rostro de quien ha pasado demasiado tiempo huyendo.

—Has tardado en llegar —dijo su padre.

Martín sintió que la indignación regresaba con más fuerza que la alegría. Dio un paso hacia él, pero se detuvo antes de tocarlo.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme? ¿Has estado vivo durante todos estos años y lo único que se te ocurre es reprocharme que haya tardado?

Su padre cerró los ojos un instante. Pareció buscar una respuesta, aunque finalmente se limitó a apoyar la espalda contra la pared, agotado por el esfuerzo de mantenerse en pie.

—No esperaba que me perdonaras. Ni siquiera esperaba que llegaras hasta aquí. Pero sabía que, si encontrabas el cuaderno, acabarías comprendiendo por qué no podía volver.

—No he comprendido nada —replicó Martín—. He encontrado nombres, una llave y una fecha que demuestra que seguiste actuando después de desaparecer. He descubierto que Aritza me ocultó cosas, que Eneko nos condujo por caminos que no debíamos conocer y que hay hombres dispuestos a matarnos por un libro. Y ahora apareces tú, como si todos estos años fueran una demora sin importancia. ¿Quién ordenó abrir la puerta de Gasteiz? ¿Qué hiciste después? ¿Y por qué dejaste que creyera que estabas muerto?

Su padre recibió las preguntas sin apartar la mirada. En su rostro no apareció la indignación que Martín había esperado, ni tampoco el alivio de quien por fin puede descargar un secreto demasiado pesado. Solo hubo cansancio, y algo más difícil de soportar: la conciencia de que algunas decisiones, por justificadas que parecieran en el momento de tomarlas, no podían deshacerse con una explicación.

—La puerta se abrió para evitar una matanza —dijo al cabo—. Eso ya lo sabes. Lo que aún no sabes es que alguien utilizó aquel acuerdo para entregar a los nuevos señores una lista de casas, almacenes y refugios que debían permanecer fuera de su autoridad. La lista no era una relación de bienes. Era una relación de personas.

Aritza levantó la cabeza. Martín vio que su amigo había comprendido antes que él el alcance de aquellas palabras.

—Los que escondían a los perseguidos —murmuró—. Las familias que daban cobijo a quienes no podían permanecer en sus casas. Los hombres que conocían los pasos del monte y los caminos del río.

—Y quienes podían demostrar que la entrada de los navarros no había sido una conquista hecha únicamente por la fuerza —añadió el padre de Martín—. Había habido un pacto, y algunos querían convertirlo en una traición. Si conseguían que

la ciudad creyera que sus propias puertas habían sido vendidas por un puñado de hombres, podrían borrar el acuerdo y castigar a todos los que lo habían mantenido en secreto.

Martín recordó la última página del cuaderno: El hombre que salió por la puerta no llevaba oro ni armas. Llevaba el nombre de quien había ordenado abrirla. Hasta entonces había interpretado aquellas palabras como una acusación contra un individuo concreto, alguien que había traicionado a la ciudad por ambición o miedo. Ahora empezaba a sospechar que el nombre escrito en aquella lista podía ser el de un hombre que había aceptado cargar con una culpa para proteger a otros.

—¿El nombre es el tuyo? —preguntó.

Su padre no contestó de inmediato. Miró el cuaderno que Martín sostenía contra el pecho y después dirigió la vista hacia Aritza, que había retrocedido un paso y permanecía inmóvil junto a Lope.

—No —dijo finalmente—. Pero el hombre cuyo nombre figura allí murió antes de que pudiera defenderse. Y alguien se aseguró de que la culpa recayera sobre mí.

Un ruido distante resonó en el cauce. No era el golpe de una piedra que se desprendía, sino el sonido deliberado de una bota contra el suelo, seguido por otra. Lope apagó la lámpara de un soplo y los cuatro quedaron sumidos en la oscuridad, salvo por una delgada línea de claridad que llegaba desde el corredor por el que habían venido.

—¿Cuántos? —susurró Aritza.

—No lo sé —respondió el padre de Martín—. Pero no han venido por mí. Si así fuera, habrían cerrado ya las salidas. Buscan el cuaderno, y ahora saben que lo tenéis.

Martín sintió el peso del libro entre sus manos. Durante días había pensado que aquel objeto contenía la respuesta a la desaparición de su padre; ahora comprendía que era algo mucho más peligroso, aunque todavía ignoraba por qué. Su padre extendió la mano vendada, no para pedirle el cuaderno, sino para señalar la pequeña llave de metal que sobresalía entre las hojas.

—Esa llave no abre una puerta de la ciudad —murmuró—. Abre un lugar donde guardamos la otra mitad del acuerdo. Mientras siga allí, quienes nos persiguen no podrán destruir todas las pruebas.

—¿Y dónde está ese lugar? —preguntó Martín.

Su padre se volvió hacia el pasadizo oscuro que se abría detrás de la cámara. Antes de responder, escuchó con atención los pasos que se acercaban y luego miró a su hijo con una gravedad que hizo desaparecer de su rostro cualquier resto de ternura.

—Bajo la colina, en un sitio al que nadie entra desde la noche en que Gasteiz cambió de manos. Pero antes de llegar tendremos que averiguar quién de nosotros ha sido seguido hasta aquí.

Desde el corredor llegó entonces una voz desconocida, serena y próxima, que no pidió que entregaran el cuaderno ni amenazó con derribar la puerta. Pronunció, en cambio, el nombre de Eneko y añadió que el viejo guardián no había conseguido mantener su promesa.

Aritza miró a Martín. Lope volvió a desenvainar la espada, despacio, para que el roce del metal no delatara sus movimientos. Y el padre de Martín, que hasta aquel instante había parecido sostenerse únicamente por la voluntad de no caer, se irguió de pronto con una firmeza inesperada.

—No respondáis —susurró—. Ese hombre no debería saber que estoy vivo.

Y, por primera vez desde que había aparecido en el túnel, fue él quien tuvo miedo

XXVIII

Durante unos instantes, nadie se atrevió a moverse. La voz del corredor había pronunciado el nombre de Eneko con una familiaridad que no dejaba lugar a dudas: quienquiera que fuese conocía al viejo guardián y sabía que había intervenido en los acontecimientos de aquella noche. Sin embargo, lo que más inquietó a Martín fue la forma en que su padre había reaccionado. Hasta entonces lo había visto cansado, herido y dispuesto a soportar sus reproches, pero ahora permanecía rígido, con la mano sana apoyada contra la pared y la mirada fija en la oscuridad, como un hombre que acaba de reconocer el sonido de unos pasos que llevaba años temiendo escuchar de nuevo.

—¿Quién es? —susurró Martín, acercándose a él lo suficiente para que pudiera oírlo sin levantar la voz.

Su padre negó lentamente con la cabeza, aunque no por desconocimiento, sino porque parecía estar midiendo las consecuencias de pronunciar aquel nombre. En el corredor, los pasos se habían detenido. El silencio que siguió no era el de alguien que buscara orientarse en un lugar desconocido, sino el de quien sabía que al otro lado de la piedra había personas escuchándolo.

—Eneko prometió que jamás revelaría este camino —dijo finalmente el padre de Martín—. No a los hombres del señor, ni a los que se hacen llamar defensores de la ciudad, ni siquiera a quienes creen tener derecho a conocer todos los secretos de Gasteiz. Si ese hombre sabe que Eneko estuvo aquí, alguien ha roto una promesa antigua.

—O alguien ha obligado a Eneko a romperla —intervino Aritza.

El padre de Martín volvió la cabeza hacia él. Durante un momento, ambos se miraron con una dureza que Martín no supo

interpretar. Había entre ellos un conocimiento anterior a todos los sucesos que acababan de salir a la luz, pero también una desconfianza que parecía haberse mantenido intacta a pesar de los años.

—Eneko no habría hablado voluntariamente —respondió—. Conozco sus silencios mejor que sus palabras.

—Eso no significa que lo conozcas ahora —replicó Aritza—. Han pasado años. Le han perseguido, le han obligado a abandonar su casa y ha tenido que esconderse mientras nosotros seguíamos creyendo que todo aquello pertenecía al pasado. No puedes pedirle que haya permanecido igual que tú, encerrado en sus propias razones.

Martín advirtió que su padre apretaba la mandíbula, pero no respondió. La observación de Aritza había dado en un punto doloroso, y quizá por eso ninguno de los dos insistió. Lope, que seguía junto a la abertura con la espada preparada, levantó dos dedos para pedir silencio. Desde el corredor llegó un roce, como si alguien hubiese pasado la mano por la pared, y después la voz volvió a hablar.

—No hemos venido a luchar. Sabemos que estáis ahí y sabemos que lleváis el cuaderno. Si salís por vuestra propia voluntad, podremos hablar como hombres razonables. Si esperáis a que lleguen los demás, ya no dependerá de mí lo que ocurra.

Martín miró a su padre. A la escasa claridad que entraba desde el pasadizo pudo distinguir cómo este cerraba los ojos, no con resignación, sino con el esfuerzo de quien intenta contener una respuesta demasiado rápida. Después se inclinó hacia su hijo y habló junto a su oído.

—No te fíes de quien te ofrezca una salida sin pedirte nada a cambio. Y tampoco te fíes de quien te diga que solo quiere hablar. Los hombres que vienen por nosotros llevan mucho tiempo aprendiendo a pronunciar las palabras adecuadas.

—¿Y qué debemos hacer? —preguntó Martín.

—Salir por el otro lado.

El padre señaló una abertura baja, oculta detrás de un saliente de la pared. No era una puerta propiamente dicha, sino un hueco irregular entre dos muros, tan estrecho que Lope tuvo que ponerse de rodillas para comprobar que continuaba más allá. El suelo descendía abruptamente y el agua corría por una canaleta excavada en la roca, llevándose consigo pequeñas hojas y restos de tierra. Aritza se agachó a su lado y palpó el borde del paso, mientras Martín mantenía la mirada fija en su padre, incapaz todavía de aceptar que aquel hombre pudiera desaparecer de nuevo entre las piedras después de haber regresado de entre sus recuerdos.

—¿Por dónde conduce? —preguntó Lope.

—A un conducto antiguo que desemboca cerca de la parte baja de la ciudad. No es un camino cómodo, pero podremos avanzar sin que nos vean desde el corredor.

—¿Y tú? —preguntó Martín.

Su padre tardó un instante en comprender la pregunta, y cuando lo hizo, una sombra de tristeza cruzó su rostro.

—Voy con vosotros.

—No he preguntado eso. He preguntado si vas a volver a marcharte sin decirme nada, como hiciste la última vez.

El hombre bajó la vista. El ruido de los perseguidores parecía más cercano, aunque todavía no se oían voces nuevas ni golpes contra la pared. Martín comprendió que su padre podía responderle con una promesa, pero ya no estaba dispuesto a aceptar promesas que no pudiera comprobar.

—No puedo pedirte que confíes en mí —dijo su padre—. Te he dejado demasiados años con preguntas que debí haberte ayudado a resolver. Pero ahora no voy a marcharme mientras sigas aquí.

Martín quiso creerle. Una parte de él, la que conservaba el recuerdo de unas manos que lo habían levantado cuando era niño y de una voz que le había enseñado a distinguir el viento entre los árboles, estaba dispuesta a hacerlo sin exigir más pruebas. Otra parte, formada durante los años de ausencia, le recordaba que los hombres podían amar a los suyos y aun así abandonarlos, convencidos de que el silencio era una forma de protección. No respondió, pero recogió la lámpara apagada y siguió a Lope hacia el conducto.

Aritza fue el último en entrar. Antes de hacerlo, se volvió hacia el corredor y escuchó con atención. La voz desconocida ya no hablaba, aunque eso no significaba que el hombre se hubiera marchado. Al contrario, el silencio parecía indicar que había comprendido que sus palabras no iban a obtener respuesta y que estaba decidiendo qué hacer a continuación. Aritza cerró cuidadosamente la pequeña abertura desde dentro, y el bloque volvió a su sitio con un sonido sordo, casi imperceptible.

Avanzaron agachados durante un trecho que a Martín le pareció interminable. El techo obligaba a inclinar la cabeza y, en algunos puntos, las paredes se estrechaban tanto que debían pasar de uno en uno. Su padre caminaba detrás de él, apoyándose de vez en cuando en la piedra para aliviar el peso de su cuerpo. Aunque no se quejaba, Martín observó que arrastraba ligeramente el pie izquierdo y que la venda de su mano estaba más oscura que antes. Quiso preguntarle por las heridas, pero se contuvo. Había demasiadas cuestiones pendientes y ninguna podía resolverse en aquel lugar.

Al cabo de un rato, el conducto desembocó en una cámara baja donde el agua se reunía en una poza antes de

desaparecer por una grieta. En el muro opuesto había tres aberturas: dos estaban cegadas con piedras colocadas de cualquier manera, mientras que la tercera conservaba una losa vertical que podía desplazarse sobre un surco tallado en el suelo. El padre de Martín se acercó a ella y apoyó el hombro, pero la piedra apenas se movió. Aritza acudió en su ayuda, y juntos consiguieron desplazarla lo suficiente para descubrir una estrecha escalera ascendente.

—¿Adónde lleva? —preguntó Martín.

—A un almacén abandonado, cerca de las casas que se levantan al pie de la colina. Hace años se guardaba allí grano para los meses de invierno, pero dejó de utilizarse cuando cambiaron las defensas de la ciudad. Si la entrada sigue como la recuerdo, podremos salir sin cruzarnos con nadie.

—¿Y si ya no está abandonado? —preguntó Lope.

—Entonces tendremos que encontrar otra salida.

La respuesta no tranquilizó a nadie, pero no había tiempo para discutir. Subieron la escalera con cuidado, escuchando antes de cada recodo, y al llegar arriba encontraron una puerta de madera que se resistió al primer empujón. El padre de Martín examinó la cerradura, introdujo la llave pequeña que llevaba escondida bajo la ropa y giró con suavidad. Se oyó un chasquido y la puerta cedió hacia dentro.

Al otro lado había un almacén oscuro, lleno de sacos vacíos, cestas rotas y herramientas cubiertas de polvo. Una abertura estrecha, situada por encima de un montón de tablones, dejaba entrar la claridad gris de la tarde. Martín se acercó y apartó con cuidado una tabla para mirar hacia fuera. Reconoció las construcciones de la parte baja de Gasteiz y, más allá, las calles que ascendían hacia la única colina sobre la que se apiñaban las casas y las defensas. La ciudad seguía con su actividad habitual, indiferente a lo que ocurría bajo sus piedras. Un vendedor

atravesaba la calle con un cesto al brazo; dos mujeres conversaban junto a una puerta y un muchacho conducía una mula cargada de leña. Nadie habría imaginado que, bajo aquel movimiento cotidiano, se extendían caminos por los que algunos hombres llevaban años jugando con el destino de todos.

—Podemos salir por detrás —dijo Lope—. La calle está despejada.

El padre de Martín negó con la cabeza y señaló una ventana baja que daba a un patio interior.

—No por ahí. Si el hombre del túnel conoce este conducto, habrá enviado a alguien a vigilar las salidas más evidentes. Esperaremos un poco y saldremos cuando pase el grupo que viene de la plaza.

Martín se volvió hacia él.

—Has dicho que ese hombre no debería saber que estás vivo. ¿Por qué? ¿Quién eres para él?

Su padre se sentó sobre un arcón vacío. Durante unos instantes pareció más viejo que cuando lo habían encontrado, como si el esfuerzo de escapar hubiese consumido las pocas fuerzas que le quedaban. Aritza se apoyó contra la pared, mientras Lope permanecía junto a la puerta, atento a cualquier ruido procedente de la escalera.

—Antes de que los navarros entrasen en Gasteiz, yo era uno de los hombres encargados de llevar mensajes entre quienes negociaban el acuerdo y quienes debían cumplirlo dentro de la ciudad —comenzó a decir—. No era un cargo importante, y precisamente por eso podía moverme sin despertar demasiadas sospechas. Conocía a los guardias, a los responsables de las puertas y a quienes se ocupaban de mantener abiertos los caminos que comunicaban las casas con los almacenes y los refugios. Mi trabajo consistía en asegurarme de que las decisiones

tomadas por unos pocos no acabaran costando la vida a quienes no habían participado en ellas.

—Pero alguien utilizó esos caminos para entregar la lista —dijo Martín.

—Sí. Y cuando descubrimos lo ocurrido, ya era demasiado tarde para impedir que los nombres llegaran a manos de quienes querían utilizarlos. Algunos fueron detenidos; otros huyeron y nunca supimos qué había sido de ellos. El hombre que había firmado la orden de abrir la puerta fue acusado de vender la ciudad, aunque su firma no aparecía en el documento original. Yo sabía quién había falsificado aquella prueba, pero no podía demostrarlo sin revelar al mismo tiempo la identidad de quienes seguían escondidos.

—¿Y por eso desapareciste? —preguntó Martín—. ¿Por protegerlos?

—Al principio, sí.

La respuesta, tan breve y tan distinta de una justificación, dejó a Martín sin palabras. Su padre se frotó la mano vendada y continuó hablando con la mirada fija en el suelo.

—Después comprendí que no bastaba con ocultar los nombres. Había alguien que conocía la red desde dentro, alguien que podía anticiparse a cada movimiento porque había participado en los acuerdos desde el principio. Cada vez que intentábamos recuperar un documento, el lugar ya estaba vigilado. Cada vez que buscábamos a uno de los testigos, descubríamos que había abandonado su casa o que alguien había hablado con él antes que nosotros. No podía volver a casa y llevar a quienes me perseguían hasta vuestra puerta.

Martín sintió que la rabia volvía a abrirse paso, aunque ahora se mezclaba con una comprensión que no deseaba sentir. Su padre había tenido motivos para esconderse, pero eso no

borraba los años en que su familia había vivido sin saber si estaba muerto, preso o simplemente había decidido no regresar. La protección que había pretendido ofrecerles también les había arrebatado la posibilidad de elegir.

—Podrías haberme dejado una explicación —dijo—. No toda la verdad, si no podías contarla. Bastaba con que supiera que estabas vivo.

—Lo sé.

—No, no lo sabes. Porque si lo supieras, no habrías esperado a que tuviera que encontrar un cuaderno escondido bajo la ciudad para descubrirlo.

Su padre levantó los ojos, pero no intentó defenderse. Aquella ausencia de excusas irritó a Martín casi tanto como lo habrían hecho las mentiras, pues le impedía descargar toda su cólera contra una respuesta fácil. Aritza observó a ambos en silencio, y Lope, desde la puerta, fingió no haber escuchado las últimas palabras.

Fue entonces cuando se oyó un golpe en el exterior del almacén.

No fue un ruido accidental. Alguien había llamado una sola vez a la puerta que daba a la calle, con la fuerza justa para que el sonido llegara hasta la cámara donde se encontraban. Después se escucharon pasos sobre las losas del patio y el crujido de una tabla bajo el peso de alguien que avanzaba despacio.

Lope levantó la espada. Aritza apagó la lámpara, aunque la claridad que entraba por la ventana bastaba para distinguir las siluetas. El padre de Martín se incorporó con dificultad y se acercó a la abertura, procurando no proyectar su sombra sobre el muro.

Desde fuera llegó una voz conocida.

—Martín, sé que estás ahí. No he venido a detenerte.

Era Eneko.

Martín se volvió hacia su padre, esperando encontrar en su rostro la sorpresa que él mismo sentía, pero solo vio una expresión grave, casi de dolor. El anciano guardián había afirmado que permanecería atrás para darles tiempo a escapar, y ahora estaba allí, en la misma salida que habían creído encontrar a salvo.

—No abras —susurró su padre.

Al otro lado de la puerta, Eneko volvió a hablar, esta vez con una urgencia que no había mostrado antes.

—Escuchadme. El hombre que os busca no es quien creéis, y si no salís ahora, cuando caiga la noche ya no podréis abandonar la ciudad.

Martín miró el cuaderno, después la llave y, por último, a su padre. Por primera vez desde que lo había encontrado, comprendió que la pregunta ya no era solamente quién había traicionado el acuerdo de Gasteiz, sino cuántos hombres habían tenido que mentir para impedir que aquella traición llegara a conocerse.

Y, al otro lado de la puerta, Eneko añadió unas palabras que hicieron que su padre retrocediera como si acabara de recibir un golpe.

—El nombre que figura en la segunda mitad del acuerdo es el tuyo.

XXIX

Martín no abrió la puerta. La última frase de Eneko había quedado suspendida en el almacén como una sentencia pronunciada ante un tribunal invisible, y durante unos instantes nadie pareció capaz de encontrar las palabras necesarias para responder. El padre de Martín se había apartado de la ventana, con el rostro contraído y la mano vendada apretada contra el pecho, mientras Aritza lo observaba con una expresión que mezclaba desconcierto y una sospecha antigua. Lope mantenía la espada en alto, aunque su mirada iba de la puerta a la estrecha escalera por la que habían llegado, consciente de que cualquiera de las dos salidas podía convertirse en una trampa.

—¿Qué significa eso? —preguntó Martín, dirigiéndose a su padre—. Acabas de decir que el nombre de quien ordenó abrir la puerta no era el tuyo. Ahora Eneko afirma que tu nombre aparece en la segunda mitad del acuerdo. Quiero saber qué hay detrás de esas palabras, y esta vez no aceptaré que me pidas paciencia mientras decides qué parte de la verdad puedo soportar.

Su padre tardó en contestar. Se acercó al arcón donde había dejado el cuaderno y pasó los dedos por la cubierta gastada, como si aquel objeto le recordara algo que había intentado mantener separado de su vida durante demasiado tiempo. Cuando alzó la cabeza, no parecía buscar una excusa, sino la forma de explicar una decisión que, incluso para él, había dejado de tener una justificación sencilla.

—Hay dos documentos distintos —dijo—. El primero recogía las condiciones de la entrada de los navarros: quién abriría la puerta, qué hombres debían permanecer armados y qué garantías se ofrecían a los habitantes de Gasteiz para evitar que la llegada de un nuevo señor se convirtiera en un saqueo. El segundo establecía lo que debía quedar fuera de cualquier

autoridad, fueran cuales fueran los hombres que gobernasen la ciudad. No era un acuerdo entre señores, sino entre quienes conocían las rutas, los refugios y las familias que habían aceptado ayudar a otros a cambio de que nadie preguntara demasiado. Los nombres que figuran en él no son los de quienes mandaban, sino los de quienes se comprometían a mantener aquellos lugares a salvo.

—Entonces, ¿por qué aparece el tuyo? —insistió Martín.

—Porque alguien tenía que responder por el cumplimiento de ese acuerdo. Mi nombre fue escrito como responsable de una parte de la red, no como autor de la apertura de la puerta. Si el documento cae en manos de quienes quieren destruirla, no distinguirán entre una responsabilidad y otra. Utilizarán mi nombre para acusarme de haber vendido la ciudad, y después irán casa por casa buscando a todos los que aparecen junto al mío.

Desde el exterior llegó un golpe suave, seguido por el sonido de una mano que se apoyaba en la madera. Eneko no volvió a llamar, pero su silencio parecía más urgente que sus palabras anteriores. Martín se acercó a la puerta sin llegar a tocarla.

—Eneko, si nos oyes, dime quién está contigo.

—Nadie —respondió el anciano al otro lado—. He venido solo, y no me queda mucho tiempo antes de que descubran que he abandonado el camino por el que debía conducirlos. Escuchadme bien: vuestro padre no os ha contado toda la historia, pero tampoco os ha mentido sobre el acuerdo. El problema es que su nombre no es el único que aparece en él, y uno de los otros hombres sigue teniendo poder suficiente para ordenar que se cierren las puertas de la ciudad.

Aritza dio un paso hacia Martín.

—Déjalo entrar. Si Eneko está huyendo de los mismos hombres que nosotros, no podemos abandonarlo en la calle.

—¿Y si es él quien los ha conducido hasta aquí? —replicó Lope—. Nos dijo que debíamos desconfiar de quien nos ayudara a encontrar la puerta del norte. Después nos llevó a su casa, nos entregó el cuaderno y se quedó atrás para que escapáramos. Ahora aparece justo cuando necesitamos una salida. No digo que nos esté engañando, pero hemos aprendido que las coincidencias cuestan demasiado caras.

—No ha sido una coincidencia —dijo el padre de Martín.

Los tres se volvieron hacia él. El hombre había recuperado parte de su firmeza, aunque la fatiga seguía marcándole el rostro.

—Eneko sabía que yo estaba en los túneles. Fue él quien me avisó de que alguien había encontrado la antigua cámara, pero no podía decirme quiénes eran los que habían llegado hasta allí. Si os ha seguido, es porque quiere impedir que cometáis el mismo error que nosotros cometimos hace años: creer que basta con esconder una verdad para mantenerla a salvo.

Martín miró de nuevo la puerta. La posibilidad de abrirla le parecía tan peligrosa como la de dejar a Eneko fuera, y ninguna de las explicaciones de su padre conseguía disipar la sensación de que todos estaban moviéndose alrededor de un secreto cuyo centro aún permanecía oculto. Finalmente, apartó el madero que aseguraba la entrada y abrió solo lo suficiente para reconocer al anciano.

Eneko entró con rapidez y volvió a cerrar. Llevaba la capa manchada de barro, el rostro pálido y una pequeña herida en la frente que todavía no había dejado de sangrar. No parecía herido de gravedad, pero respiraba con dificultad, como si hubiese recorrido una larga distancia sin detenerse. Antes de responder a las preguntas que aguardaban en el almacén, miró directamente al padre de Martín.

—Creí que no volvería a verte —dijo.

—Yo también lo creí durante mucho tiempo.

No hubo entre ellos un saludo ni un gesto de alivio. Se miraron como dos hombres que compartían una deuda demasiado antigua para resolverse con unas pocas palabras, y Martín comprendió que la historia de su padre y la de Eneko no había sido la de dos compañeros que se habían separado por miedo, sino la de dos hombres que habían tomado decisiones distintas cuando todavía existía la posibilidad de elegir juntos.

—¿Quién conoce este lugar? —preguntó Lope.

—Los mismos que conocían la cámara del cauce —contestó Eneko—. No sé cómo han descubierto todos los pasos, pero puedo deciros que no han llegado hasta aquí por casualidad. Alguien ha entregado los últimos trazos del mapa, y ese alguien sabía que el almacén seguía comunicándose con los conductos antiguos. He visto a dos hombres cerca de la plaza, preguntando por una llave de hierro y por un libro encuadernado en cuero. No han pronunciado vuestros nombres, pero no los necesitan. Saben qué buscan.

Martín guardó el cuaderno bajo la túnica y comprobó que la llave seguía entre las hojas. Hasta entonces había pensado que el libro era la prueba que necesitaban para descubrir quién había traicionado el acuerdo, pero empezaba a sospechar que el verdadero peligro no residía únicamente en los nombres que contenía, sino en el hecho de que alguien supiera qué piezas faltaban.

—Has dicho que mi nombre figura en la segunda mitad del acuerdo —dijo el padre de Martín a Eneko—. ¿Quién te lo ha contado?

—Lo he visto.

—¿Dónde?

Eneko miró a Martín antes de responder. Parecía comprender que cualquier palabra que pronunciara a partir de aquel momento tendría consecuencias para los cuatro, y que no podía seguir ocultándose tras la prudencia con la que había sobrevivido durante años.

—En la piedra que guarda el documento original.

El silencio que siguió fue absoluto. Incluso Lope bajó ligeramente la espada.

—Pensábamos que el original había desaparecido —murmuró Aritza.

—Desapareció la copia que debía custodiarse en la ciudad —respondió Eneko—. El original fue escondido antes de que se abriera la puerta, y solo tres hombres conocían el lugar. Uno murió aquella misma semana; otro abandonó Gasteiz y nunca volvió a saberse de él. El tercero era tu padre, Martín. No lo escondió para protegerse a sí mismo, sino porque comprendió que el documento podía convertirse en una sentencia contra todos los que habían firmado.

Martín sintió que la habitación se estrechaba a su alrededor. Su padre permaneció inmóvil, pero la expresión de su rostro confirmó que Eneko no estaba inventando aquella parte de la historia. Había una diferencia entre saber que un hombre había ocultado un documento y descubrir que había sido uno de los últimos responsables de custodiarlo, y Martín no sabía todavía si aquella revelación le permitía acercarse a su padre o lo alejaba aún más de él.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —preguntó, sin apartar la vista de Eneko.

—Porque no sabía si estabas preparado para escuchar una verdad que podía obligarte a elegir entre tu padre y la ciudad.

—No me corresponde elegir entre ellos.

—Eso es lo que todos decimos antes de que llegue el momento —respondió Eneko con tristeza—. Después descubrimos que hay decisiones que no se toman entre lo que queremos y lo que tememos, sino entre dos cosas que deseamos salvar y que quizá no podamos conservar al mismo tiempo.

El padre de Martín se acercó a la puerta del almacén y escuchó. Desde la calle llegaban voces de comerciantes y el traqueteo de un carro, pero nada indicaba que los perseguidores hubieran localizado la entrada. Aun así, no se apartó de la madera.

—¿Dónde está esa piedra? —preguntó.

—Bajo la colina, en el lugar del que hablaste a tu hijo. Pero el acceso no se abre con la llave que lleváis. Esa llave permite retirar una pieza de hierro que protege la inscripción; después hace falta conocer la marca que debe buscarse en la piedra. Sin ella, podríamos recorrer todos los pasadizos y no encontrar más que muros cerrados.

—La marca era una media luna —dijo Martín.

Eneko negó con la cabeza.

—La media luna señala el paso del norte. Es una marca de tránsito, no de destino. La señal del acuerdo es distinta: tres líneas cortas y una más larga, talladas de tal forma que solo se distinguen cuando la piedra está húmeda. Tu padre las conocía, pero no fue él quien las grabó.

Aritza bajó la mirada. Martín lo observó, y esta vez no necesitó preguntarle si sabía algo más. La forma en que había reaccionado al oír las palabras de Eneko le indicó que el nombre del hombre que había grabado aquellas líneas no le era desconocido.

—¿Quién fue? —preguntó Martín.

Aritza tardó en contestar. Se frotó las manos, todavía húmedas por el agua del túnel, y miró a su padre, como si buscara permiso para revelar algo que no le pertenecía por completo.

—Mi padre —dijo al fin—. Fue él quien preparó el escondite del documento. Nunca me explicó qué había en él, pero me hizo prometer que, si algún día alguien me preguntaba por las tres líneas y la más larga, no daría una respuesta hasta estar seguro de que la persona que preguntaba sabía por qué buscaba la piedra.

El padre de Martín cerró los ojos un instante. La revelación no parecía sorprenderlo, aunque sí confirmar una sospecha que llevaba mucho tiempo evitando nombrar.

—Entonces tu padre sabía que el acuerdo podía ser utilizado contra nosotros —dijo—. Y aun así aceptó grabar la señal.

—No lo hizo para ayudaros a vosotros —replicó Aritza, con una firmeza que sorprendió a Martín—. Lo hizo para proteger a quienes no podían defenderse. Tú, mi padre y Eneko hablasteis de salvar la ciudad, pero cada uno entendió aquella obligación de una manera distinta. Mi padre pensaba que los caminos debían permanecer abiertos para todos, incluso para quienes no estaban de acuerdo con vosotros. Y cuando comprendió que algunos queríais decidir quién merecía ser protegido, empezó a desconfiar de la red que había ayudado a construir.

Por primera vez, el padre de Martín no intentó corregirlo. Aritza había hablado sin alzar la voz, pero sus palabras contenían años de resentimiento y una pregunta que ninguno de los otros había querido formular: si la red secreta se había creado para proteger a los débiles, ¿quién había concedido a sus guardianes el derecho de decidir qué secretos podían conocer y qué personas debían permanecer ignorantes?

Eneko se pasó la mano por el rostro y se limpió la sangre de la frente con el borde de la manga.

—No tenemos tiempo para resolver ahora lo que debimos discutir entonces. Si queremos llegar hasta el documento, tendremos que salir del almacén antes de que oscurezca. Conozco un camino que nos llevará a la parte baja de la colina sin pasar por las calles principales, pero debemos hacerlo por separado. Dos personas pueden atravesarlo sin llamar la atención; cinco juntas pareceríamos una comitiva huyendo de algo.

—Yo iré con Martín —dijo su padre.

—Y yo también —añadió Aritza.

Lope guardó la espada en la vaina, aunque no dejó de mirar a Eneko con desconfianza.

—Entonces será mejor que nos expliques por qué no podemos ir todos juntos y qué esperas que hagamos si encontramos el documento. No pienso seguir otro camino secreto para descubrir, al final, que alguien ha decidido por nosotros qué debemos saber.

Eneko asintió, aceptando el reproche.

—Cuando lleguemos a la piedra, el cuaderno os permitirá reconocer el lugar. Pero no debéis leer el documento allí, ni siquiera si encontramos el escondite intacto. Hay una parte del acuerdo que no se escribió para ser leída en voz alta, porque contiene el nombre de alguien que sigue vivo y que, si descubre que lo conocemos, hará todo lo posible por impedir que salgamos de la ciudad.

Martín sintió un frío distinto al que le había dejado el agua del túnel. Hasta aquel momento había buscado a un traidor, un hombre que hubiera vendido las puertas de Gasteiz y provocado la persecución de su padre. Ahora empezaba a comprender que

quizá la traición no había sido obra de una sola persona, y que el hombre al que todos temían podía ser alguien que había participado en la construcción de la misma red que después intentó destruir.

Eneko se dirigió hacia la ventana y apartó apenas los tablones. La luz del día empezaba a perder fuerza sobre los tejados, y las sombras de la colina se alargaban sobre las calles inferiores. A lo lejos, una campana dio varias señales que Martín no supo interpretar. El anciano permaneció escuchando hasta que el último sonido se extinguió, y después volvió hacia ellos con una expresión que no admitía discusión.

—Ya han empezado a cerrar las puertas.

—¿Por orden de quién? —preguntó Lope.

Eneko no respondió de inmediato. Miró al padre de Martín, que parecía haber comprendido antes que los demás el significado de aquellas campanadas.

—Por orden del hombre cuyo nombre figura al final del acuerdo —dijo finalmente—. El mismo hombre que firmó para proteger los caminos y que ahora pretende borrarlos de la memoria de la ciudad.

Martín abrió el cuaderno por la última página. La tinta se había extendido ligeramente con la humedad, pero la fecha y el nombre de su padre seguían siendo legibles. Debajo, donde antes solo había distinguido una mancha oscura, descubrió unas marcas casi invisibles: tres líneas cortas y una más larga, trazadas con una punta fina en el borde inferior de la hoja.

Al verlas, Eneko perdió el color del rostro.

—Eso no estaba ahí cuando te entregué el cuaderno —dijo.

Martín levantó la cabeza.

—¿Qué significa?

Eneko se acercó, pero no tocó la página. Observó las marcas durante unos segundos y después miró a Aritza, como si acabara de comprender que el secreto había dejado de estar encerrado bajo la colina.

—Significa que alguien ha abierto ya el escondite —murmuró—. Y que el hombre que buscamos sabe que vais hacia él.

En la calle, una voz ordenó a los transeúntes que se apartaran mientras varios guardias avanzaban hacia el almacén. Lope apagó cualquier resto de luz, y el padre de Martín recogió el cuaderno con cuidado. Por primera vez desde su regreso, no intentó dirigir a los demás ni explicarles lo que debían hacer; se limitó a mirar a su hijo, consciente de que la decisión siguiente no podía pertenecerle solo a él.

Martín sostuvo la mirada de su padre y guardó la llave bajo la ropa.

—Entonces iremos a la piedra —dijo—. Pero esta vez nadie decidirá por mí qué parte de la verdad puedo conocer.

Y, mientras los pasos de los guardias se acercaban a la puerta, los cinco abandonaron el almacén por una salida que ninguno de ellos había utilizado antes.

XXX

El camino que Eneko había elegido descendía por detrás de unas casas antiguas, siguiendo una sucesión de patios estrechos y cobertizos donde se almacenaban leña, aperos y sacos de grano. La tarde se apagaba lentamente sobre Gasteiz, y las últimas luces se deslizaban por las paredes antes de desaparecer bajo los aleros. Desde las calles más altas llegaban voces que se apagaban al doblar las esquinas, el chirrido de alguna carreta y el repique ocasional de una herramienta contra el hierro, pero había también un silencio distinto, difícil de explicar, que Martín no recordaba haber percibido en la ciudad. Los vecinos seguían con sus tareas, aunque muchos evitaban detenerse cuando pasaban los guardias, y más de una puerta se cerró antes de que los hombres armados llegaran a su altura.

Eneko caminaba delante, sin apresurarse, procurando mantener una distancia suficiente para que no parecieran un grupo. Aritza lo seguía a unos pasos, mientras Lope permanecía junto a Martín y su padre cerraba la marcha, apoyándose de vez en cuando en los muros para aliviar el dolor de la pierna. A pesar de las circunstancias, Martín no dejaba de observarlo. Había imaginado tantas veces el regreso de su padre que ahora, al tenerlo cerca, le costaba aceptar que pudiera ser real. Quería preguntarle por su vida durante aquellos años, por los lugares donde había dormido y por las personas que lo habían ayudado, pero cada vez que encontraba una pregunta, otra más urgente se imponía: quién había ordenado perseguirlos, quién conocía el escondite del documento y por qué la ciudad entera parecía estar pagando las consecuencias de una decisión tomada mucho antes de que él comprendiera lo que significaba.

Al llegar a un patio rodeado de muros bajos, Eneko se detuvo junto a una pila de piedra y esperó a que pasara una mujer que llevaba un cesto cubierto con un paño. La saludó con un

movimiento de cabeza, sin pronunciar su nombre, y ella le devolvió el gesto antes de desaparecer por una puerta lateral. Solo cuando quedaron solos señaló una abertura casi oculta detrás de unas tablas apiladas.

—Por aquí llegaremos al antiguo almacén de sal. Desde allí hay un paso que desciende hacia los cimientos de la colina. No lo utiliza nadie desde hace años, al menos que yo sepa.

—Eso mismo dijiste de la casa del pastor —observó Lope—, y poco después teníamos hombres a la puerta.

Eneko aceptó el reproche sin molestarse. Apartó las tablas y mostró una escalerilla de piedra que descendía hacia un espacio oscuro.

—Tienes razón en desconfiar. Si alguien ha entregado el mapa, ningún camino puede considerarse seguro. Pero no conozco otro que nos permita llegar hasta la piedra antes de que cierren todas las salidas.

—¿Y qué encontraremos allí? —preguntó Martín.

—Lo que tu padre decidió esconder.

El padre de Martín levantó la cabeza.

—Yo no escondí el documento en ese lugar. Solo ayudé a llevarlo hasta allí.

Eneko se volvió lentamente hacia él.

—Nunca he dicho que lo escondieras tú solo.

—Pero has dejado que mi hijo lo creyera.

—Tu hijo lleva años creyendo cosas que no eran ciertas, y no fui yo quien se las enseñó.

La dureza de la respuesta dejó a Martín incómodo. Su padre no replicó, aunque apretó los labios y apartó la mirada.

Eneko descendió el primero y los demás lo siguieron, uno tras otro, hasta llegar a una galería baja donde el aire olía a tierra mojada y a madera podrida. El techo estaba sostenido por vigas antiguas, ennegrecidas por el tiempo, y en algunos puntos las raíces de los árboles habían penetrado entre las piedras, abriéndose camino hacia la humedad. Martín pasó la mano por una de ellas y notó que la raíz se hundía en una grieta profunda. Pensó en los robles y las hayas de las laderas del Gorbea, en la fuerza silenciosa con la que los árboles se aferraban a la tierra, y comprendió que aquellas galerías no eran solo una obra de hombres: la propia colina había ido transformando sus pasadizos durante generaciones, cerrando unos, abriendo otros y borrando las huellas de quienes los habían recorrido.

Avanzaron hasta que la galería se ensanchó en una cámara de paredes desnudas. Allí no había sacos, herramientas ni restos de antiguos almacenes. En el centro se alzaba una piedra rectangular, colocada verticalmente contra el muro, cuya superficie estaba cubierta por una fina capa de polvo. Tres marcas cortas y una cuarta más larga aparecían grabadas cerca de la base, casi ocultas bajo la humedad. Martín sacó el cuaderno y comparó las señales de la última página con las de la piedra. Coincidían, aunque no exactamente: en el libro las líneas estaban trazadas de manera irregular, mientras que en el muro parecían formar parte de una inscripción más antigua, tallada con paciencia por una mano acostumbrada a trabajar la piedra.

—Es aquí —dijo.

Eneko no contestó. Se acercó al muro, se arrodilló y limpió con la manga el borde inferior de la piedra. Después introdujo dos dedos en una hendidura y presionó hacia dentro. No ocurrió nada. Lo intentó de nuevo, esta vez inclinando la mano para alcanzar un punto más profundo, hasta que se oyó un chasquido débil. La piedra se desplazó apenas unos dedos, dejando al descubierto una pieza de hierro incrustada en el muro.

Martín sacó la llave del cuaderno.

—¿Es esta?

—Prueba —respondió Eneko.

La llave entró con dificultad, como si la cerradura hubiera permanecido demasiado tiempo sin utilizarse. Martín tuvo que girarla varias veces antes de sentir que el mecanismo cedía. Entonces, desde el interior del muro, llegó un sonido seco y prolongado, seguido por una vibración que se transmitió a través de la piedra. La losa comenzó a separarse lentamente de la pared, no lo suficiente para abrir un paso, sino apenas para revelar una cavidad oscura detrás de ella.

El padre de Martín se acercó y apoyó la mano sana sobre el borde.

—No la abras todavía.

Martín se volvió hacia él, cansado de que cada avance fuera seguido por una nueva prohibición.

—¿Por qué?

—Porque no sé si el documento sigue ahí.

—Has dicho que conocías este lugar.

—Conozco el lugar donde debía guardarse. No sé qué ha ocurrido desde que me marché.

Martín lo observó durante unos segundos y después volvió a mirar la cavidad. Dentro distinguió una envoltura de tela endurecida por el tiempo, colocada sobre una repisa de piedra. No parecía haber sido tocada recientemente, aunque una parte del tejido estaba desgarrada y dejaba ver una superficie oscura en su interior. Extendió la mano, pero su padre le sujetó la muñeca.

—Escúchame. Si encuentras el documento, no leas el último nombre hasta haber comprendido los anteriores. No está escrito al final por casualidad.

Martín retiró el brazo.

—Siempre hay una razón para no saber algo, ¿verdad? Primero era demasiado peligroso que conociera tu paradero; después, que supiera lo que contenía el cuaderno; ahora, que lea un nombre. ¿Cuándo voy a poder decidir por mí mismo?

Su padre no intentó detenerlo otra vez. Se apartó de la cavidad y dejó que Martín extrajera la envoltura. La tela se deshizo en parte al tocarla, desprendiendo un polvo fino que quedó suspendido en el aire. Dentro había un pequeño estuche de madera, reforzado con dos bandas de hierro y cerrado por una pieza metálica que podía abrirse con la misma llave. Martín la introdujo, giró despacio y levantó la tapa.

El documento estaba allí.

No era un pergamino único, como había imaginado, sino varias hojas de distinto tamaño, unidas por un cordel que se había vuelto quebradizo. La primera llevaba una relación de nombres y fechas; la segunda, una descripción de los caminos que debían mantenerse abiertos; la tercera contenía unas cláusulas escritas con letra más pequeña. Martín reconoció algunos nombres del cuaderno, entre ellos el de su padre y el de Aritza, aunque junto a este último aparecía también el de su progenitor. Otros le resultaban desconocidos. Había anotaciones al margen, correcciones y pequeñas señales que indicaban que el documento había sido revisado por varias manos.

—No lo toques más de lo necesario —advirtió Eneko—. El papel está muy deteriorado.

Martín colocó las hojas sobre una superficie plana y acercó la lámpara. Durante unos instantes, los cuatro se

inclinaron sobre el documento sin hablar. La relación de nombres parecía confirmar lo que su padre les había explicado, pero la última hoja contenía algo diferente: una lista de compromisos individuales, cada uno acompañado por una marca y una fecha. Junto a algunos nombres había una cruz; junto a otros, un pequeño círculo. El nombre del padre de Martín aparecía cerca del principio, acompañado por la señal de las tres líneas cortas y la más larga. El de Aritza figuraba unas líneas más abajo, aunque no estaba acompañado por ninguna marca.

—¿Qué significa esto? —preguntó Martín.

Aritza se acercó para verlo mejor.

—No lo sé.

—Tu padre ayudó a preparar el escondite —dijo Martín—. Tu nombre está en el documento. ¿Nunca te habló de esto?

—Me habló de una promesa, no de un acuerdo. Dijo que, si alguna vez alguien me preguntaba por los caminos antiguos, debía asegurarme primero de que no buscaba utilizarlos para controlar a quienes vivían junto a ellos. Nunca mencionó una lista de nombres.

—Tal vez no quería que supieras que figurabas en ella —dijo Lope.

Aritza lo miró con dureza.

—O tal vez no figuraba en ella cuando mi padre la vio por última vez.

El padre de Martín se inclinó sobre las hojas. Durante un rato examinó las anotaciones sin tocarlas, hasta que su mirada se detuvo en una frase escrita junto al borde inferior de la última página. La leyó en silencio y después cerró los ojos, como si aquellas palabras confirmaran algo que había temido durante muchos años.

—¿Qué dice? —preguntó Martín.

Su padre no respondió enseguida. Al fin, señaló la frase con un dedo.

—«Ningún hombre podrá reclamar la custodia de los caminos por derecho de sangre, de cargo o de servicio. La custodia solo permanecerá en manos de quien acepte renunciar a ella cuando los demás lo exijan».

Lope frunció el ceño.

—Eso no parece una condición propia de un acuerdo entre quienes abrieron las puertas de la ciudad.

—No lo era —dijo Eneko—. Era una condición para que la red no se convirtiera en otro poder. Quienes conocían los caminos podían ayudar a los demás, pero no gobernarlos. Si alguno pretendía convertir ese conocimiento en autoridad, los otros tenían derecho a apartarlo.

Martín volvió a mirar la lista. El nombre de su padre estaba marcado; el de Aritza, no. Junto a otros nombres había fechas posteriores a la entrada de los navarros, algunas separadas por días, otras por meses. La última anotación era reciente en comparación con las demás, aunque la tinta se había extendido y apenas podía leerse. Parecía indicar que alguien había reclamado la custodia de los caminos en una fecha en la que, según las historias que Martín conocía, el acuerdo ya debía haber perdido toda vigencia.

—¿Quién reclamó la custodia? —preguntó.

Eneko acercó la lámpara y estudió la anotación.

—No puedo asegurarlo. La tinta está demasiado dañada.

—Pero el nombre está escrito —insistió Martín.

—Sí. Y no es el de tu padre.

Martín sintió que la esperanza y el temor se mezclaban dentro de él. Había llegado hasta allí convencido de que el documento revelaría quién había traicionado a la ciudad, pero cada línea parecía abrir una cuestión nueva. Su padre podía haber sido acusado injustamente de vender Gasteiz, y aun así haber participado en una organización que decidía quién podía utilizar los caminos y quién debía permanecer al margen. Aritza podía haber heredado una promesa de su padre sin conocer el verdadero alcance de sus obligaciones. Y Eneko, que había dedicado años a mantener el secreto, quizá había protegido no solo a los perseguidos, sino también a quienes habían intentado convertir la red en algo que nunca debió ser.

Entonces Lope, que había permanecido junto a la entrada, levantó la mano para pedir silencio.

—Hay alguien en la galería.

Todos dejaron de hablar. Desde el pasadizo llegó el ruido de una piedra que se desplazaba lentamente, seguido por unos pasos que se detuvieron antes de alcanzar la cámara. Eneko apagó la lámpara de inmediato y la oscuridad los envolvió. Martín recogió las hojas con cuidado, pero no tuvo tiempo de devolverlas al estuche. Su padre le indicó que las ocultara bajo la túnica, mientras Aritza se colocaba junto a la pared y Lope preparaba la espada.

La voz que llegó desde la galería era la misma que habían oído en el almacén, serena y sin rastro de prisa.

—No hace falta que os escondáis. Ya sé que habéis encontrado el documento.

Nadie respondió.

—Y sé también que habéis leído la condición que impide a cualquier hombre reclamar la custodia de los caminos por

derecho de sangre. Esa condición fue escrita para evitar una guerra, pero ahora es precisamente lo que puede desencadenarla.

Martín notó que su padre se tensaba a su lado. La voz continuó, más cerca esta vez, y pronunció una frase que ninguno de ellos había esperado escuchar.

—Preguntad a vuestro padre por qué aceptó ser el primer guardián de la red, si sabía que nunca tendría derecho a transmitir esa responsabilidad a su propio hijo.

Martín volvió la cabeza hacia su padre, pero no alcanzó a distinguir su rostro en la oscuridad. Durante un instante, todos los sonidos de la cámara parecieron extinguirse, hasta que desde el pasadizo llegó un último golpe de piedra.

Y la voz añadió:

—Porque el nombre que falta en esa lista no es el de un traidor. Es el del hombre que debía sustituirlo.

XXXI

Martín permaneció inmóvil, con las hojas del acuerdo ocultas bajo la túnica y la mirada fija en la oscuridad de la galería. La última frase del desconocido había abierto una grieta en todo lo que creía haber comprendido, pues hasta entonces había supuesto que su padre se había limitado a proteger un secreto cuya importancia solo ahora empezaba a descubrir; sin embargo, si aquel hombre decía la verdad, el acuerdo no solo había establecido quién debía custodiar los caminos, sino también quién tendría que sucederlo cuando llegara el momento de abandonar aquella responsabilidad. Y lo más inquietante era que alguien, en algún lugar de la ciudad, conocía la identidad de ese sucesor y había decidido que su nombre debía permanecer oculto.

—No le escuches —murmuró su padre.

Martín se volvió hacia él, aunque apenas podía distinguir sus facciones.

—¿Por qué? ¿Porque miente o porque dice algo que no quieres que sepa?

Su padre guardó silencio. Aquel silencio, más que cualquier respuesta, terminó de convencer a Martín de que la pregunta había tocado un punto que llevaba años evitando. Eneko se acercó a la entrada de la cámara y escuchó durante unos segundos, procurando determinar si el desconocido estaba solo. Lope, mientras tanto, se desplazó hacia un lateral, donde una estrecha abertura parecía comunicar con otra galería. Aritza no se movió de su sitio, pero Martín advirtió que tenía los puños cerrados y que su respiración se había vuelto más rápida.

—¿Quién eres? —preguntó Eneko hacia el pasadizo—. Si has llegado hasta aquí, tendrás la cortesía de dar la cara.

La respuesta tardó en llegar. Primero se oyó un roce de tela contra la piedra; después, el sonido de una bota que avanzaba con cuidado.

—Me conoces desde hace más tiempo del que te gustaría reconocer, Eneko. Y sabes que no he venido para discutir contigo.

Una figura apareció al otro lado de la entrada, recortada contra la débil claridad de una abertura distante. Era un hombre de mediana edad, vestido con una capa oscura y sin insignias que permitieran identificar su posición. Llevaba las manos vacías y no parecía dispuesto a recurrir a la fuerza, aunque su manera de observar la cámara revelaba que conocía sus dimensiones y había previsto dónde podían ocultarse los demás. Cuando dio un paso hacia la luz, Martín vio una cicatriz fina que le cruzaba la mejilla y unos ojos atentos, de una quietud que le recordó a los escribanos que había visto trabajando para los hombres del señor.

—Deja el documento donde estaba —dijo el desconocido—. Todavía puedes salir de aquí sin que nadie resulte herido.

—No has venido por el documento —respondió Martín—. Has venido porque alguien te ha dicho que lo hemos encontrado.

El hombre dirigió la mirada hacia él y, por primera vez, pareció mostrar un interés verdadero.

—Así que eres el hijo.

—¿El hijo de quién?

—De un hombre que cometió el error de creer que podía proteger a los demás ocultándoles la verdad. Un error comprensible, quizá, pero no por ello menos peligroso.

El padre de Martín avanzó desde la oscuridad.

—Basta, Sancho. No tienes derecho a hablar de lo que ocurrió como si hubieras sido ajeno a ello.

El desconocido no se sorprendió al oír su nombre. Al contrario, inclinó ligeramente la cabeza, como si hubiera esperado aquel reconocimiento desde el momento en que entró en la galería.

—Y tú no tienes derecho a fingir que todo habría sido distinto si hubieras cumplido tu parte del acuerdo.

Martín miró a su padre, después al hombre que se había presentado como Sancho. Aquel nombre no le resultaba familiar, pero la reacción de Eneko había sido inmediata: el anciano se había quedado rígido y una de sus manos descansaba ahora sobre la pared, buscando apoyo.

—Creíamos que habías abandonado Gasteiz —dijo Eneko.

—Lo hice durante un tiempo. No era prudente permanecer aquí cuando algunos habían decidido convertir un pacto en una acusación. Pero nunca dejé de saber lo que ocurría en la ciudad, ni quiénes seguían utilizando los caminos que otros habían construido.

—¿Y por eso has venido a destruir el acuerdo? —preguntó Aritza.

Sancho volvió hacia él la cabeza.

—No. He venido porque el acuerdo ya está destruido. Lo que queda es un puñado de nombres, unas marcas en la piedra y hombres que todavía creen que pueden devolver las cosas a su estado anterior. Tu padre comprendió antes que muchos que aquello no podía durar para siempre.

Aritza dio un paso adelante.

—No pronuncies el nombre de mi padre como si hubieras compartido sus decisiones.

—No las compartí todas —contestó Sancho—. Pero sí compartí algunas, y por eso sé que no habría querido que vosotros siguierais el camino que os han preparado.

Martín sintió que el desconocido intentaba conducir la conversación hacia un terreno en el que él conocía todas las respuestas y los demás solo podían defenderse con recuerdos incompletos. Aquello le resultó más peligroso que una amenaza abierta. Miró las hojas que llevaba ocultas y recordó las marcas junto al nombre de su padre, la ausencia de una señal junto al de Aritza y la anotación posterior que alguien había añadido mucho después de la firma original.

—Has dicho que el nombre que falta en la lista es el del hombre que debía sustituir a mi padre —dijo Martín—. ¿Quién es?

Sancho lo observó durante un largo instante.

—Esa es la pregunta que tu padre lleva años evitando.

—Te he preguntado a ti.

—Y yo te responderé cuando sepa que comprendes lo que significa la respuesta. Si te doy ahora un nombre, lo utilizarás para decidir quién es culpable y quién merece tu confianza. Pero no sabes todavía qué hicieron los hombres que aparecen en ese documento, ni por qué aceptaron ocultar sus propias decisiones.

—Entonces explícamelo.

Sancho negó lentamente con la cabeza.

—No hay tiempo para contarlo todo aquí. Los guardias están registrando las entradas de los antiguos almacenes y no

tardarán en llegar hasta este conducto. Si queréis salir de la ciudad con vida, tendréis que abandonar el documento y marcharos conmigo.

Lope soltó una risa seca, sin humor.

—Nos pides que dejemos el único objeto por el que nos persiguen, que confiemos en un hombre que aparece de repente en una galería subterránea y que lo sigamos sin saber adónde pretende llevarnos. ¿De verdad esperabas que aceptáramos?

—No espero que confiéis en mí —respondió Sancho—. Espero que entendáis que quienes vienen detrás no os ofrecerán ninguna elección.

Como si sus palabras hubieran sido una señal, un ruido de voces resonó al fondo del pasadizo. Sancho volvió la cabeza, escuchó unos instantes y después se apartó de la entrada.

—Ya han llegado —dijo—. Eneko, muéstrales el paso lateral.

El anciano no se movió.

—¿Cómo sabes que existe?

—Porque ayudé a construirlo.

La revelación cayó sobre ellos con una sencillez que la hizo aún más desconcertante. Eneko miró a Sancho con una expresión de incredulidad contenida, mientras el padre de Martín cerraba los ojos y parecía reunir las fuerzas necesarias para aceptar algo que había intentado negar durante años.

—Tú no participaste en la construcción de esta cámara —dijo Eneko—. Llegaste después, cuando el acuerdo ya estaba firmado.

—Llegué después de que se firmara la primera parte —replicó Sancho—. La segunda todavía no estaba terminada.

Había que decidir quién conservaría las rutas, quién tendría acceso a los refugios y qué ocurriría si uno de los guardianes moría sin dejar a nadie en quien confiar. Tú lo sabes mejor que nadie.

Eneko no respondió, y Martín comprendió que aquella vez el silencio no escondía una negativa, sino el reconocimiento de una verdad que no podía desmentir.

—¿Qué tiene que ver todo esto conmigo? —preguntó.

Sancho lo miró con una seriedad nueva, despojada de la paciencia calculada con la que había hablado hasta entonces.

—Más de lo que imaginas. Tu padre no fue elegido guardián por ser el más valiente ni el más hábil. Fue elegido porque estaba dispuesto a renunciar a su autoridad cuando llegara el momento. Pero la red necesitaba a alguien que no heredara esa autoridad como una posesión familiar, alguien que pudiera aceptar la responsabilidad sin creer que le pertenecía. Por eso el acuerdo establecía que el siguiente guardián no debía ser elegido por su antecesor.

Martín sintió que las palabras se volvían cada vez más difíciles de comprender, aunque su sentido empezaba a dibujarse con una claridad inquietante.

—¿Y quién debía elegirlo?

—Los demás guardianes, cuando estuvieran de acuerdo en que había llegado el momento. Ninguno podía imponer su decisión a los otros. Pero esa condición nunca llegó a cumplirse, porque antes de que pudieran reunirse, alguien hizo desaparecer la lista original y acusó a tu padre de haber entregado los nombres a los nuevos señores.

—¿Quién? —preguntó Martín.

Sancho bajó la mirada hacia las hojas que el muchacho ocultaba bajo la túnica.

—El hombre que quería que la red siguiera existiendo, pero bajo su autoridad. El mismo que comprendió que, si podía decidir quién sucedería a tu padre, no necesitaría destruir los caminos para controlarlos.

Un golpe resonó en el corredor. Después se oyó una orden, seguida por el ruido de varias botas que avanzaban hacia la cámara. Lope se desplazó junto a Aritza y señaló la abertura lateral que había descubierto antes. Eneko se dirigió hacia ella, pero se detuvo al comprobar que el paso estaba parcialmente obstruido por piedras desprendidas. No podían avanzar deprisa sin retirar algunos bloques, y el tiempo del que disponían se agotaba con cada voz que se acercaba.

Sancho sacó entonces de debajo de su capa una pieza de hierro del tamaño de una mano, con un extremo curvado y tres muescas en el borde. La introdujo en una hendidura del muro, giró con fuerza y apoyó el hombro contra la piedra. Un mecanismo oculto respondió desde el interior de la colina, y parte de la pared se desplazó, descubriendo un corredor estrecho que descendía hacia la oscuridad.

—Por aquí —ordenó—. Pero antes necesito saber una cosa.

Miró a Martín, no a su padre.

—Cuando encuentres al hombre que aparece al final del acuerdo, ¿estarás dispuesto a escuchar lo que hizo, aunque resulte que salvó la ciudad de una manera que nunca podrás perdonarle?

Martín pensó en los años de ausencia, en la soledad de su madre, en las explicaciones que nunca había recibido y en los hombres que seguían recorriendo los túneles para impedir que saliera a la luz una verdad que todos parecían conocer a medias. No sabía si aquel hombre había salvado Gasteiz o había condenado a sus habitantes a vivir bajo una mentira. Tampoco

sabía si su padre había actuado por deber, por miedo o por una mezcla de ambos sentimientos que ni siquiera él era capaz de separar.

—Le escucharé —respondió—. Pero no prometo perdonarlo.

Sancho asintió, como si aquella respuesta fuera la única que podía aceptar. Los condujo por el corredor y cerró el mecanismo tras ellos justo cuando las voces alcanzaban la cámara. Durante un trecho avanzaron en silencio, con la oscuridad pegada a los rostros y el ruido de sus pasos amortiguado por una capa de tierra fina. El pasadizo descendía hacia el interior de la colina, pero no parecía dirigirse a las antiguas salidas de la ciudad; sus paredes estaban mejor trabajadas, y cada pocos pasos aparecían pequeñas hornacinas talladas a la misma altura, como si hubieran servido para sostener lámparas o depositar objetos.

Al llegar a un recodo, Sancho se detuvo y pidió que nadie avanzara. Sacó una pequeña lámpara de aceite, la encendió y la colocó en una hornacina. La luz reveló una inscripción sobre la piedra, casi borrada por el paso del tiempo. Martín se acercó para leerla y reconoció varias palabras del acuerdo, aunque estaban dispuestas de manera distinta, formando una frase que no aparecía en las hojas que llevaba consigo.

—«Ningún camino pertenece a quien lo abre» —leyó en voz baja.

—Continúa —dijo su padre.

Martín recorrió la inscripción con la mirada hasta llegar a la última línea.

—«Y nadie podrá cerrarlo en nombre de aquellos a quienes dice proteger».

Eneko inclinó la cabeza. Aritza permaneció inmóvil, y Sancho apagó la lámpara con un gesto rápido, como si la frase hubiera revelado más de lo que debía.

—Esa inscripción se añadió después de que desapareciera la primera copia del acuerdo —explicó Sancho—. Fue una advertencia para quienes quisieran convertir la red en una propiedad. Tu padre la conocía, pero no fue él quien ordenó grabarla.

—¿Quién lo hizo? —preguntó Martín.

Sancho miró hacia el fondo del corredor.

—El hombre que falta en la lista.

Antes de que Martín pudiera insistir, un sonido procedente de la galería que acababan de abandonar les obligó a reanudar la marcha. Los perseguidores habían encontrado el mecanismo y comenzaban a abrir el paso. Sancho avanzó más deprisa, guiándolos por una sucesión de galerías que parecían formar parte de una construcción mucho más antigua que los almacenes y los conductos de desagüe. Finalmente llegaron ante una puerta baja, reforzada con tablones y asegurada por una barra de hierro.

El hombre sacó una llave distinta, abrió la cerradura y empujó la puerta hacia dentro.

Al otro lado había una cámara pequeña, seca y sin ventanas. En el centro se alzaba una mesa de piedra, y sobre ella descansaba una tablilla cubierta por un paño oscuro. No había armas, ni cofres, ni documentos amontonados. Solo aquella pieza de piedra y una marca grabada en su superficie: tres líneas cortas y una más larga.

Sancho retiró el paño.

Martín se acercó lentamente. Bajo las marcas aparecía una inscripción con varios nombres, algunos borrados de manera deliberada. Reconoció el de su padre y el de Eneko, pero no el de Aritza. Al final de la lista había un espacio vacío, cuidadosamente alisado, como si alguien hubiera raspado la piedra para eliminar una inscripción anterior.

—Aquí estaba el nombre del sucesor —dijo Sancho—. No fue escrito en el acuerdo porque debía permanecer oculto hasta que llegara el momento de elegirlo. Pero alguien lo grabó aquí, y después lo borró.

Martín pasó los dedos cerca de la superficie sin llegar a tocarla. El hueco no parecía reciente; las marcas del raspado habían perdido parte de su filo, aunque algunas conservaban un tono más claro que la piedra circundante.

—¿Cómo podemos saber quién era?

Sancho miró al padre de Martín.

—Porque él fue quien lo escribió.

Martín se volvió lentamente hacia su padre. El hombre permaneció quieto, con el rostro endurecido y los ojos fijos en el espacio vacío. Durante un instante pareció dispuesto a negar la acusación, pero después bajó la cabeza y habló con una voz tan baja que todos tuvieron que acercarse para escucharlo.

—No escribí el nombre del sucesor. Escribí el nombre del hombre que debía custodiar la piedra hasta que los guardianes pudieran reunirse. No era lo mismo.

—¿Y quién era ese hombre? —preguntó Martín.

Su padre levantó la mirada.

—Tu abuelo.

La respuesta dejó a Martín sin aliento. Apenas conservaba recuerdos de aquel hombre, que había muerto cuando él era muy pequeño, y nunca había escuchado que hubiese tenido relación alguna con la red de caminos. Sin embargo, su padre no parecía hablar por sorpresa ni por desesperación. Había en su rostro una tristeza antigua, como si la verdad que acababa de revelar hubiera sido la causa de muchas de sus decisiones posteriores.

—Tu abuelo murió antes de que los navarros entraran en Gasteiz —continuó—. Cuando desapareció, nadie supo qué había sido de los documentos que custodiaba. Creímos que el nombre del sucesor se había perdido con él, pero ahora comprendo que alguien lo borró para impedir que pudiéramos reconstruir la cadena de responsabilidades.

—¿Y por qué no me lo habías contado? —preguntó Martín.

—Porque no sabía qué había dejado escrito tu abuelo, ni quién estaba dispuesto a utilizarlo. Si te hubiera hablado de él, te habría convertido en una pieza de esta historia antes de que pudieras decidir si querías formar parte de ella.

Martín apartó la vista. Comprendía por primera vez que el silencio de su padre no había nacido de una sola decisión, sino de una sucesión de temores que se habían ido acumulando hasta convertirse en una vida entera de ocultaciones. Pero comprenderlo no significaba aceptarlo, y mucho menos olvidar que él había tenido que recorrer solo el camino que otros habían trazado antes de su nacimiento.

Sancho se acercó a la tablilla y señaló el espacio vacío.

—Hay otra forma de recuperar el nombre. Tu abuelo no lo grabó únicamente en esta piedra. Dejó una copia en un lugar que solo puede abrirse cuando se conocen las tres señales del acuerdo. La primera está en el paso del norte; la segunda, en

esta cámara. La tercera se encuentra en la puerta que tu padre abrió la noche en que entraron los navarros.

—Esa puerta ya no existe —dijo Eneko.

—La puerta, no. La piedra que la sostenía, sí.

Martín recordó las palabras escritas en el cuaderno, las marcas de la última página y la advertencia de su padre. Todo parecía conducir al lugar donde había comenzado la historia, a la entrada por la que los navarros habían accedido a Gasteiz y que desde entonces se había convertido en el símbolo de una supuesta traición. Si la tercera señal seguía allí, también podía seguir escondido el nombre que todos parecían temer.

Pero antes de que pudiera hacer otra pregunta, Sancho se volvió hacia la puerta de la cámara. Al otro lado se escucharon tres golpes, separados por intervalos regulares.

Eneko palideció.

—Ese no es nuestro aviso —murmuró.

Sancho apagó la lámpara y guardó la llave.

—No. Es el aviso de quienes han llegado antes que nosotros.

En la oscuridad, Martín sintió que su padre le sujetaba el brazo. Esta vez no intentó apartarse. Escuchó los pasos que se detenían frente a la puerta y comprendió que el hombre que había borrado el nombre de su abuelo no solo conocía los caminos de la ciudad, sino que sabía exactamente dónde los llevaría la búsqueda.

Y cuando una voz habló al otro lado de la madera, Martín reconoció en ella algo que le heló la sangre: no era la voz de un enemigo desconocido, sino la de alguien a quien había

escuchado hablar con absoluta confianza desde el comienzo de aquella historia.

XXXII

Durante unos instantes, nadie se atrevió a moverse. La oscuridad de la cámara parecía haberse vuelto más densa desde que aquella voz había pronunciado las primeras palabras al otro lado de la puerta, y Martín, que hasta entonces había intentado ordenar en su memoria los nombres grabados en la tablilla y las revelaciones de Sancho, sintió que todos aquellos pensamientos se desvanecían ante una certeza mucho más inmediata: quien esperaba al otro lado conocía el lugar, sabía que ellos estaban allí y había llegado antes de que pudieran encontrar la tercera señal. Su padre todavía le sujetaba el brazo, no con la fuerza de quien pretende retener a un muchacho, sino con una urgencia contenida que Martín no le había visto desde la noche en que Eneko desapareció de su vida durante tantos años. Aritza se había colocado junto a la mesa de piedra, procurando mantenerse fuera del alcance de la puerta, mientras Lope buscaba con la mirada alguna abertura en los muros, como si desconfiara tanto del visitante como de la posibilidad de que Sancho les hubiera conducido hasta una trampa. Eneko permanecía inmóvil, con la cabeza ligeramente inclinada, escuchando el silencio que siguió a los tres golpes.

—No abráis —murmuró el anciano—. Sea quien sea, no debería conocer esta entrada.

Sancho, que guardaba la llave en el interior de su capa, se acercó a la puerta sin responder. La voz volvió a escucharse, esta vez más baja, aunque no menos segura.

—Sancho, sé que estás ahí. No he venido a buscarte a ti, sino al muchacho. Si abres ahora, podremos evitar que los demás paguen por una decisión que nunca debieron tomar.

Martín sintió que su padre le soltaba el brazo. El gesto fue tan repentino que durante un instante creyó que pretendía apartarse de él, pero enseguida comprendió que Lope había reconocido también aquellas palabras, o al menos la intención que escondían. Su padre se interpuso entre Martín y la puerta, y aquella reacción le produjo una inquietud distinta de la que le había causado la amenaza de los perseguidores. No estaba tratando de protegerlo de un desconocido; se comportaba como un hombre que conoce demasiado bien a quien acaba de llegar y que teme que, al escucharlo, su hijo descubra algo que ya no pueda ocultarle.

—Dinos quién eres —exigió Lope—. Si has llegado hasta aquí, no necesitas hablar desde la oscuridad.

Al otro lado se oyó una respiración pausada y después un leve roce, como si el visitante hubiera apoyado una mano en la madera.

—Siempre has querido que las cosas se resuelvan con una respuesta clara, Lope. Por eso nunca comprendiste que hay decisiones que solo pueden juzgarse cuando se conocen sus consecuencias.

Martín reconoció entonces aquella manera de hablar. No era únicamente la voz, sino la forma de detenerse antes de ciertas palabras, el tono sereno con que el hombre parecía conceder tiempo a sus interlocutores para que llegaran por sí mismos a una conclusión que él ya había alcanzado. La había escuchado en el patio, junto al pozo, durante las conversaciones en las que se decidía quién podía atravesar las puertas de la ciudad y quién debía esperar a que regresaran los hombres encargados de vigilar los caminos. Recordó también una mano posada sobre su hombro, una pregunta acerca de su abuelo y la recomendación de no confiar demasiado en los recuerdos de quienes habían sobrevivido a los primeros años del dominio navarro.

—No puede ser —dijo Aritza, apenas en un susurro.

Martín volvió la cabeza hacia él. La expresión de su compañero le confirmó que no era el único que había reconocido la voz, aunque Aritza parecía haber llegado a una conclusión mucho más dolorosa.

—¿Quién es? —preguntó Martín.

Aritza tardó en responder. Miró primero a Lope, buscando quizá una señal que le permitiera desmentir lo que sospechaba, pero su padre mantuvo la vista fija en la puerta. Fue Sancho quien rompió el silencio, y lo hizo sin apartarse de la cerradura.

—Es Orti. El hombre que durante años ha llevado las cuentas de los almacenes, ha registrado los movimientos de mercancías y ha servido a los señores de Gasteiz sin que ninguno de ellos haya considerado necesario preguntarse por qué siempre parece saber más de lo que le corresponde.

Martín sintió que el nombre abría una sucesión de recuerdos que hasta entonces habían permanecido separados. Orti había sido uno de los primeros en ofrecerle ayuda cuando comenzó a buscar noticias de Eneko; conocía los nombres de los comerciantes que llegaban desde el sur y los caminos por los que transitaban los mensajeros; había escuchado sus preguntas sin mostrar impaciencia y, en más de una ocasión, le había advertido que no debía confundir la lealtad con la obediencia. Martín había interpretado aquellas palabras como el consejo prudente de un hombre que conocía las dificultades de la ciudad, pero ahora comprendía que Orti había tenido motivos mucho más concretos para interesarse por sus investigaciones. Lo que no conseguía entender era por qué alguien que llevaba tanto tiempo vigilando sus pasos había permitido que llegara hasta la tablilla y descubriera la existencia del nombre borrado.

—Si es Orti, ¿por qué no nos ha detenido antes? —preguntó—. Ha tenido oportunidades de sobra. Sabía dónde estábamos y conocía las preguntas que hacíamos.

—Porque necesitaba que encontraras la tablilla —respondió Sancho—. O, mejor dicho, necesitaba comprobar si habías llegado hasta ella por tus propios medios y si tu padre terminaría por decirte lo que sabe. No le bastaba con recuperar el documento; quería saber qué parte de la historia conservábamos nosotros y cuál había desaparecido con tu abuelo.

—¿Y por qué iba a necesitar todo eso? —insistió Martín—. Si conoce los caminos y sabe dónde están las señales, podría haber venido directamente.

Sancho guardó silencio unos segundos. Después apoyó la palma de la mano sobre la puerta, como si la cercanía de Orti le obligara a medir cada palabra.

—Porque las señales no son únicamente marcas en la piedra. Son una prueba de que alguien ha recorrido el camino y ha comprendido lo que significa. Tu abuelo no dejó una llave que pudiera utilizar cualquiera, Martín. Dejó una forma de reconocer a quienes estaban dispuestos a custodiar la red sin convertirla en una propiedad. Orti conoce las entradas, pero nunca ha podido demostrar que los guardianes le confiaran la responsabilidad que lleva tanto tiempo reclamando.

Al oír aquello, Lope levantó la cabeza con una expresión que Martín no supo interpretar. No parecía sorprendido, sino cansado, como si hubiera esperado durante años que alguien pronunciara en voz alta una acusación que todos conocían y nadie se había atrevido a formular. Martín quiso preguntarle qué sabía de Orti, pero su padre se adelantó.

—No es tan sencillo. Orti no empezó queriendo apoderarse de los caminos. Hubo un tiempo en que creyó que podía

salvarlos, y quizá entonces sus motivos fueron legítimos. Lo que ocurrió después fue otra cosa.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Martín.

Lope miró a su hijo, y por primera vez desde que habían entrado en la cámara no intentó eludir la pregunta. Sin embargo, antes de que pudiera responder, Orti golpeó una vez la puerta, no con violencia, sino con la familiaridad de quien llama a una casa en la que ha sido recibido muchas veces.

—No dejéis que Sancho os cuente una historia en la que él aparece como el único hombre que se atrevió a decir que no —dijo desde el corredor—. Yo también estuve allí cuando los caminos se cerraron y los hombres comenzaron a desaparecer. Y tu padre, Martín, sabe perfectamente que no todos los que callaron lo hicieron por miedo.

La frase alcanzó a Lope con una precisión que no necesitó explicación. Su rostro se endureció y durante un instante pareció que iba a abrir la puerta por sí mismo, pero Eneko se interpuso. El anciano no llevaba arma alguna y sus manos temblaban ligeramente, aunque se mantuvo firme frente a él.

—Si tienes algo que decir, dilo sin utilizar al muchacho —respondió—. Ya hemos permitido que demasiadas personas conviertan su vida en una disputa por lo que ocurrió antes de que pudiera comprenderlo.

—Precisamente por eso he venido —contestó Orti—. Porque ha llegado el momento de que lo comprenda.

Sancho se volvió hacia Martín y le indicó con un gesto que se apartara de la mesa. Después sacó la llave que había utilizado para entrar en la cámara y la introdujo en una pequeña ranura junto al marco de la puerta, aunque no la giró. Martín observó el movimiento y comprendió que aquel mecanismo tenía una segunda función que Sancho no había mostrado hasta

entonces. La llave no solo permitía cerrar la entrada desde el interior; también podía inmovilizar la barra de hierro que aseguraba la puerta desde el otro lado, impidiendo que alguien la levantara sin conocer el orden correcto de las piezas.

—Podemos quedarnos aquí y escuchar lo que quiere decir —murmuró Sancho—, pero no debemos olvidar que ha llegado antes que nosotros al lugar donde se conserva la última señal. Si consigue abrir esta puerta, tendremos que decidir en muy poco tiempo qué estamos dispuestos a perder para salir de aquí.

—¿Y si la abrimos nosotros? —preguntó Martín.

—Entonces él decidirá quién sale primero.

Martín miró a su padre. Lope no apartó los ojos de la madera, pero su silencio ya no parecía una negativa a responder, sino la lucha de alguien que había llegado al límite de lo que podía seguir ocultando. Finalmente se volvió hacia su hijo y habló con una voz más serena de lo que Martín habría esperado.

—Orti estuvo presente la noche en que entraron los navarros. No dirigía a los hombres que abrieron la puerta, pero conocía el paso y sabía que los guardias habían sido retirados de aquel sector. Durante mucho tiempo creí que había colaborado para evitar una matanza, porque la ciudad no habría resistido un asalto prolongado y había familias enteras refugiadas dentro de las murallas. Después descubrí que había utilizado aquella misma entrada para sacar de Gasteiz a tres de los guardianes antes de que los hombres del nuevo señor pudieran interrogarlos. Uno de ellos era tu abuelo.

Martín sintió que el suelo parecía inclinarse bajo sus pies. Había imaginado muchas veces la muerte de su abuelo, aunque nunca había dispuesto de suficientes recuerdos para construir una imagen verdadera de él. En su casa apenas se hablaba de aquel hombre, y las pocas historias que había escuchado lo

presentaban como alguien reservado, dedicado a los trabajos de la tierra y poco interesado en las disputas de los poderosos. Ahora descubría que había sido uno de los custodios de una red que atravesaba la ciudad y sus caminos, y que la noche en que los navarros entraron en Gasteiz no había desaparecido por accidente, sino que alguien lo había ayudado a salir.

—¿Lo sacó de la ciudad? —preguntó—. ¿Y después qué ocurrió?

Lope bajó la mirada.

—Eso nunca llegué a saberlo. Orti me dijo que tu abuelo había conseguido ponerse a salvo, pero no volvió a mostrarme ninguna prueba. Cuando pregunté por los otros dos guardianes, aseguró que habían muerto durante la huida. Más tarde supe que uno de ellos había sido visto en los caminos del norte, cerca de los bosques que se extienden hacia el Gorbea. El otro no volvió a aparecer. Desde entonces he sospechado que Orti no nos contó toda la verdad, aunque nunca pude demostrarlo.

—Y, sin embargo, seguiste trabajando con él.

—Porque durante años fue el único que podía ayudarme a mantener abiertos algunos de los caminos sin provocar nuevas represalias. No todo lo que hizo fue una traición, Martín. Hubo aldeas que recibieron alimentos gracias a él, mensajeros que consiguieron atravesar los puestos de vigilancia y familias que pudieron abandonar sus casas antes de que llegaran los soldados. El problema es que, con el tiempo, comenzó a decidir por todos nosotros qué debía salvarse y qué podía sacrificarse. Cuando intenté apartarme, ya conocía demasiados secretos y sabía que yo no podía denunciarlo sin poner en peligro a quienes todavía dependían de la red.

Martín comprendió entonces que la historia que tenía delante no se dividía en dos bandos claramente separados, uno de hombres leales y otro de traidores. Su padre podía haber

protegido vidas y, al mismo tiempo, haber ocultado decisiones que no le correspondía tomar; Orti podía haber salvado a su abuelo y haber utilizado después aquella misma acción para reclamar una autoridad que nadie le había concedido. Pero aún quedaba una pregunta que ninguno de ellos parecía dispuesto a responder, y era precisamente la que más le importaba.

—¿Mi abuelo estaba vivo cuando desapareció? —preguntó—. No te pregunto si Orti dijo que lo estaba. Te pregunto qué sabes tú.

Lope cerró los ojos un instante. Cuando volvió a abrirlos, Martín vio en su rostro una expresión que no había aparecido ni siquiera cuando Sancho lo había acusado de incumplir el acuerdo.

—La última vez que vi a tu abuelo, estaba vivo. Había venido a nuestra casa dos días antes de la entrada de los navarros y me entregó una pequeña pieza de hierro con tres muescas, igual que la que Sancho ha utilizado para abrir el paso. Me pidió que la guardara y que, si algún día tú llegabas a encontrarla, no te impidiera seguir el camino. Después me hizo prometer que no te hablaría de él hasta que fueras capaz de distinguir entre la verdad y el deseo de encontrar un culpable. Yo creí que tendría tiempo para explicártelo cuando fueras mayor, pero después llegaron las acusaciones, desaparecieron los documentos y cada año que pasaba hacía más difícil decirte lo que sabía sin arrastrarte a una historia de la que yo mismo ignoraba el final.

—¿Y la pieza? —preguntó Martín—. ¿Dónde está?

Su padre no respondió de inmediato. La pregunta pareció devolverlo a una noche concreta, a un lugar de la ciudad que llevaba años evitando incluso en sus recuerdos. Finalmente se llevó la mano al cuello y sacó de debajo de la túnica una pequeña bolsa de cuero que Martín nunca le había visto. La abrió con cuidado y dejó caer sobre la palma una pieza de hierro oscurecida

por el tiempo, con un extremo curvado y tres muescas en el borde.

Sancho se acercó para observarla, pero no intentó tocarla.

—Esa es la pieza original —dijo—. La que se utilizó para cerrar la entrada cuando los navarros ocuparon el paso del norte. Creí que se había perdido.

—No se perdió —respondió Lope—. La conservé porque tu abuelo me dijo que algún día tendría que devolverla a su lugar. Nunca supe cuál era ese lugar, hasta ahora.

Al otro lado de la puerta se hizo un silencio prolongado. Martín miró la pieza, después la cerradura y finalmente a Sancho, que parecía haber comprendido algo que los demás todavía no alcanzaban a ver. Las tres muescas no eran idénticas: la primera era estrecha y profunda, la segunda apenas perceptible y la tercera terminaba en una pequeña desviación hacia la izquierda. Martín recordó las marcas de la tablilla y las señales descritas en el acuerdo. No eran una numeración ni una simple firma; indicaban un orden, y quizá también una dirección.

Orti habló de nuevo, pero esta vez su voz había perdido parte de la seguridad inicial.

—Lope, si conservas la pieza, entonces sabes que no puedes seguir ocultando lo que tu padre te confió. No te pido que me entregues el documento ni que me permitas entrar. Solo quiero que el muchacho escuche lo que ocurrió después de que los guardianes abandonaran Gasteiz. Hay cosas que ni Sancho conoce y que tú has preferido olvidar.

—No he olvidado nada —respondió Lope—. Y tú tampoco.

—Entonces abre la puerta.

Martín se acercó a ella antes de que su padre pudiera detenerlo. No sentía que hubiera llegado el momento de confiar en Orti, pero tampoco estaba dispuesto a seguir escuchando cómo los demás decidían qué parte de su propia historia podía conocer. Apoyó la mano sobre la madera y habló con una calma que le sorprendió incluso a él.

—No voy a abrir para que entres y vuelvas a decirnos lo que debemos creer. Si quieres que te escuche, empieza por responder a una pregunta. ¿Qué le ocurrió a mi abuelo después de salir de Gasteiz?

Durante unos segundos no hubo respuesta. Después se oyó un roce al otro lado de la puerta y el sonido de algo pequeño que Orti dejaba en el suelo. Cuando volvió a hablar, su voz parecía más cansada.

—Tu abuelo no murió aquella noche, Martín. Llegó hasta el norte y permaneció oculto durante algún tiempo. Pero no fue allí donde desapareció. Regresó a Gasteiz cuando nadie lo esperaba, y lo hizo para impedir que el hombre elegido como sucesor ocupara el lugar que le correspondía. Si quieres saber por qué, tendrás que encontrar la tercera señal y comprender lo que tu abuelo dejó escrito en ella. Yo puedo llevarte hasta ese lugar, pero no puedo hacer que aceptes lo que vas a descubrir.

Martín sintió que su padre se acercaba a su espalda, aunque esta vez no intentó sujetarlo ni apartarlo de la puerta. La pieza de hierro descansaba en su mano, y las tres muescas parecían más nítidas bajo la luz débil de la lámpara. La historia de su abuelo acababa de cambiar una vez más, pero ahora la posibilidad de que hubiera sobrevivido no le produjo alivio, sino una inquietud más profunda: si había regresado a Gasteiz, alguien debía de haberlo visto, y si había intentado impedir que el sucesor ocupara su lugar, quizá el nombre borrado de la tablilla no fuera el de un hombre elegido para custodiar los caminos, sino el de alguien a quien los guardianes habían terminado por temer.

—¿Quién era el sucesor? —preguntó Martín.

Orti tardó en responder, y cuando lo hizo no pronunció ningún nombre.

—Ese es el único secreto que tu abuelo se llevó consigo, y el único que yo no he conseguido arrancar de la piedra. Pero hay algo que debes saber antes de buscarlo: el hombre al que todos habéis estado persiguiendo no es quien borró el nombre. Fue quien intentó devolverlo a su lugar.

Un golpe seco resonó en algún punto del corredor, seguido por un murmullo de voces que se acercaban desde la galería por la que habían llegado. Sancho se volvió hacia la puerta, y Eneko apagó la lámpara de inmediato. La oscuridad los envolvió de nuevo, pero esta vez Martín no sintió que estuviera a merced de quienes aguardaban fuera. Tenía en la mano la pieza que su abuelo había confiado a su padre y sabía que, por primera vez, poseía algo que ninguno de los demás podía interpretar por él.

Al otro lado, Orti se apartó de la puerta. Sus pasos se alejaron unos metros y después se detuvieron.

—Cuando llegues a la piedra de la antigua entrada —dijo—, no busques la señal donde la colocaron los vencedores. Tu abuelo la dejó donde nadie habría pensado buscarla: en el lado de la ciudad que todos creyeron haber perdido.

Los pasos volvieron a alejarse, hasta desaparecer entre los ecos del corredor. Nadie habló durante un largo rato. Martín miró la pieza de hierro y después a su padre, consciente de que todavía quedaban demasiadas preguntas sin respuesta y de que quizá algunas de ellas nunca pudieran resolverse por completo. Sin embargo, ya no buscaba únicamente saber quién había traicionado a su familia. Empezaba a comprender que la historia de Gasteiz estaba hecha también de hombres que habían tomado decisiones imposibles, de otros que habían aprovechado sus

consecuencias y de quienes, mucho después, habían tenido que vivir bajo el peso de ambas cosas.

Guardó la pieza en el interior de su túnica y se volvió hacia Sancho.

—Tenemos que encontrar la antigua entrada.

Sancho asintió, pero antes de avanzar miró a Lope, como si todavía esperara que su padre se opusiera. Lope permaneció unos instantes junto a la mesa de piedra y luego recogió el paño oscuro que había cubierto la tablilla. No intentó detener a su hijo ni le pidió que confiara en él. Se limitó a colocarse a su lado, dispuesto por fin a caminar sin ocultar el camino que conocía.

Y así, mientras las voces de los perseguidores volvían a resonar en las galerías subterráneas, los cinco abandonaron la cámara por una salida distinta de aquella por la que habían llegado, llevando consigo la tablilla, la pieza de hierro y una verdad que todavía no sabían cómo interpretar. Por encima de sus cabezas, Gasteiz comenzaba a despertar, ignorante de que bajo sus calles se estaba decidiendo algo que no pertenecía a ningún señor ni a ninguna corona, sino a la memoria de quienes habían vivido en aquella colina mucho antes de que otros pretendieran adueñarse de ella.

XXXIII

El camino por el que Sancho los condujo se estrechaba a medida que se alejaban de la cámara, hasta obligarlos a avanzar en fila, rozando con los hombros unas paredes húmedas en las que se distinguían, bajo las costras de tierra y cal, señales de herramientas mucho más antiguas que las utilizadas en los almacenes de la ciudad. Martín caminaba junto a su padre, con la pieza de hierro guardada bajo la túnica y una sensación persistente de que acababa de cruzar una frontera invisible. Durante años había imaginado que conocer la verdad sobre su familia consistiría en descubrir un hecho preciso, una traición o una muerte cuya explicación pusiera orden en todos los silencios; sin embargo, cada respuesta abría ahora un camino nuevo y más incierto. Su abuelo había sobrevivido a la entrada de los navarros, había regresado a Gasteiz y había intentado impedir que un hombre ocupara el lugar de sucesor de los guardianes. Orti aseguraba que aquel mismo hombre había tratado de devolver a su sitio el nombre borrado de la tablilla, pero no había explicado quién era ni por qué sus acciones habían terminado por convertirlo en alguien perseguido. Martín se preguntó si su abuelo había comprendido las consecuencias de lo que hacía o si, como su padre, había creído que podía proteger a los demás guardándose para sí una parte de la verdad.

—¿Por dónde saldremos? —preguntó Aritza cuando Sancho se detuvo ante una bifurcación donde dos galerías se perdían en la oscuridad.

—Por el conducto que utilizaban los aguadores antes de que se levantaran los nuevos almacenes —respondió Sancho—. No conduce directamente al exterior, pero desemboca bajo una construcción abandonada, cerca del antiguo camino del norte. Si

los hombres de Orti siguen registrando las entradas principales, tardarán en descubrirlo.

—¿Y si ya lo conocen? —preguntó Lope.

Sancho se volvió hacia él, sin ocultar cierta irritación.

—Entonces tendremos que averiguar quién se lo ha mostrado. No todos los hombres que trabajan para Orti saben lo que hace, y algunos de los que conocen sus movimientos no le obedecen por lealtad, sino porque tienen familia, deudas o algo que perder. Esa ha sido siempre su mayor ventaja: no necesita que todos compartan sus propósitos, le basta con que cada uno tema las consecuencias de desobedecerlo.

Lope asintió lentamente, aunque Martín advirtió que no parecía convencido. Su padre conocía aquella forma de ejercer el poder porque había convivido con ella durante años, quizá incluso porque en algún momento había recurrido a procedimientos semejantes para mantener a salvo la red de caminos. La diferencia entre proteger un secreto y utilizarlo para someter a los demás podía parecer pequeña mientras uno se encontraba en medio del peligro, pero con el tiempo terminaba por separar a quienes aceptaban una responsabilidad de quienes se acostumbraban a ejercer autoridad sobre otros. Martín pensó que esa diferencia debía de haber sido la verdadera causa de la ruptura entre su padre, Orti y los antiguos guardianes, aunque todavía ignoraba qué decisiones concretas habían llevado a cada uno hasta aquel punto.

Sancho eligió el pasadizo de la izquierda y continuó avanzando hasta llegar a una pequeña cámara donde el techo descendía casi hasta la altura de sus cabezas. Allí se detuvo, apartó unas piedras sueltas y descubrió una hornacina en la que había restos de cera endurecida. Eneko se acercó para examinarlos, los tocó con la punta de los dedos y después observó la pared

opuesta, donde una línea vertical apenas visible descendía desde una grieta del techo hasta el suelo.

—Alguien ha pasado por aquí hace poco —dijo—. La cera no ha tenido tiempo de cubrirse de polvo, y estas piedras estaban colocadas de otra manera cuando yo recorrí el conducto por última vez.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Martín.

—Antes de que desapareciera tu abuelo. Entonces este paso se utilizaba para transportar agua y provisiones, aunque también servía para sacar a quienes no debían ser vistos en las puertas. Después de la llegada de los navarros, los nuevos responsables ordenaron cerrar varias galerías. Algunas se cegaron de verdad; otras quedaron ocultas bajo construcciones que nadie tenía interés en derribar.

Eneko se inclinó sobre las piedras que había apartado y descubrió una marca grabada en una de ellas. Eran tres líneas cortas y una más larga, como las de la tablilla, aunque en aquella ocasión la línea mayor aparecía inclinada hacia el lado contrario. Sancho sacó la lámpara y la acercó a la superficie, procurando que la luz no alcanzara la entrada de la cámara.

—Esta no es una de las tres señales del acuerdo —dijo—. Es una indicación para quienes conocían el recorrido. La línea larga señala la dirección que debe seguirse cuando el paso principal está cerrado.

—¿Y hacia dónde señala? —preguntó Aritza.

Sancho observó la piedra, después la galería de la que habían venido y finalmente el conducto que se abría ante ellos.

—Hacia el norte.

Martín sacó la pieza de hierro de debajo de la túnica y la comparó con la marca. No sabía por qué lo hacía, pero las tres

muestras le parecían ahora algo más que un instrumento para abrir mecanismos antiguos. Su abuelo se la había confiado a su padre antes de desaparecer, y Orti había reconocido su importancia sin verla. Tal vez la pieza no permitía únicamente accionar cerraduras; quizá servía para distinguir los pasos verdaderos de aquellos que habían sido alterados después de la ocupación de la ciudad. La sostuvo unos instantes bajo la luz y descubrió que, en el extremo curvado, había una pequeña incisión que no había advertido antes, una línea tan fina que parecía el resultado accidental del uso. Sin embargo, al inclinarla, comprobó que la incisión formaba un ángulo semejante al que aparecía junto a la señal de la piedra.

—Creo que esto indica algo —dijo.

Sancho se acercó, pero antes de que pudiera responder, Lope tomó la pieza de las manos de su hijo y la examinó con una atención que revelaba que conocía su forma mejor de lo que había admitido.

—Tu abuelo me dijo que no debía utilizarla para abrir ninguna puerta hasta que supiera dónde estaba la tercera señal —explicó—. Nunca me habló de esta incisión.

—Quizá no quería que la vieras —dijo Eneko—. O quizá la añadió después de entregártela.

Lope levantó la mirada hacia el anciano.

—¿Por qué habría de hacer eso?

—Porque la tercera señal no tenía que permanecer siempre en el mismo lugar. El acuerdo establecía un camino, no una posesión. Si alguien descubría la entrada y pretendía utilizarla para controlar a los demás, la señal debía poder trasladarse sin que los guardianes perdieran la posibilidad de reconocerla.

Aquella explicación hizo que Martín mirara de nuevo las paredes. Hasta entonces había pensado en la antigua red como un conjunto de túneles, refugios y caminos que alguien había construido para asegurar el tránsito de personas y mercancías. Ahora empezaba a comprender que también estaba formada por conocimientos que solo podían transmitirse entre quienes habían demostrado saber utilizarlos sin apropiárselos. Los mecanismos, las inscripciones y las marcas no tenían valor por sí mismos; lo tenían porque impedían que un solo hombre pudiera decidir quién pasaba, quién quedaba fuera y quién debía permanecer oculto. Si Orti había intentado apoderarse de aquella red, no necesitaba destruirla ni ocupar todos sus accesos. Le bastaba con conocer las señales y controlar a quienes dependían de ellas.

—Tenemos que llegar a la antigua entrada antes que él —dijo Martín.

—No sabemos si Orti va a ir allí —respondió Sancho—. Puede que solo haya querido asustarnos para obligarnos a salir de la cámara, o puede que esté siguiendo otra pista. Lo que sí sabemos es que conoce el camino y que alguien le ha informado de nuestros movimientos.

—Entonces, ¿por qué nos ha dejado marchar?

Sancho tardó en contestar. Apagó la lámpara y escuchó durante unos instantes el silencio del conducto antes de volver a encenderla.

—Porque quizá no necesita detenernos. Si cree que nosotros podemos encontrar lo que él lleva años buscando, le conviene que avancemos hasta el lugar donde está escondido. Puede seguirnos sin mostrarse y esperar a que hagamos el trabajo por él.

Aritza se volvió hacia Lope, que permanecía junto a la piedra, todavía con la pieza de hierro en la mano.

—¿Y tú qué crees? —preguntó—. Has conocido a Orti durante más tiempo que nosotros. ¿Nos está utilizando?

Lope guardó la pieza en la bolsa de cuero y se la devolvió a Martín.

—Creo que lleva tantos años intentando corregir una decisión que ya no sabe distinguir entre reparar el daño y recuperar el poder que perdió. Al principio quiso mantener abiertos los caminos para que nadie pudiera cerrar la ciudad sobre sus habitantes. Después empezó a decidir quién tenía derecho a utilizarlos y qué debía ocultarse para conservarlos. Tal vez siga creyendo que hace lo necesario, pero eso no significa que debamos permitirle decidir por nosotros.

Martín no respondió. Había esperado que su padre reconociera sus errores con mayor claridad, que nombrara a quienes había perjudicado y explicara por qué había preferido callar durante tanto tiempo. Sin embargo, comprendió que aquella confesión, aunque incompleta, le exigía algo que hasta entonces no había sabido hacer: admitir que una persona podía haber actuado por motivos legítimos y terminar causando un daño que ya no podía justificar con ellos. No estaba dispuesto a perdonar a su padre todavía, pero empezaba a entender que la verdad que buscaba no iba a entregarle una lista de culpables, sino una serie de decisiones cuyos efectos se habían prolongado mucho más allá de la vida de quienes las tomaron.

Reanudaron la marcha y, tras un largo tramo de galería, llegaron a una escalera estrecha que ascendía hacia una superficie de madera. Sancho apartó el polvo acumulado sobre los peldaños y comprobó que la trampilla no estaba asegurada desde arriba. La empujó con cuidado y apareció una abertura por la que entraba la luz gris de la mañana. Uno a uno, salieron a una construcción abandonada, de paredes agrietadas y techo parcialmente hundido, donde todavía quedaban restos de vasijas y herramientas cubiertas por una capa de tierra. A través de

una rendija del muro se distinguía el borde de la ciudad y, más allá, el camino que se alejaba hacia el norte, flanqueado por campos húmedos y pequeñas elevaciones donde la niebla se deshacía lentamente.

Martín respiró el aire frío con una sensación de alivio que duró poco. Gasteiz despertaba bajo un cielo bajo, y desde las casas llegaban los primeros sonidos de la jornada: una puerta que se abría, el golpe de un cubo contra el brocal de un pozo, las voces de quienes preparaban los puestos antes de que comenzara el tránsito de mercancías. Nada en aquella mañana parecía indicar que bajo las calles existiera una red de pasos secretos, ni que los hombres que habían decidido su destino continuaran disputándose la autoridad sobre ellos. Precisamente por eso, Martín sintió una responsabilidad que no había experimentado antes. Aquellos caminos no pertenecían únicamente a los guardianes ni a las familias que habían conservado sus secretos. Servían a quienes necesitaban atravesar la ciudad, llevar alimentos a los pueblos, buscar refugio o escapar de quienes pretendían imponerles su voluntad.

Sancho señaló un sendero que descendía hacia una antigua construcción de piedra, medio oculta entre unos árboles.

—La entrada estaba junto a un muro que ya no existe —dijo—. Cuando los navarros ocuparon Gasteiz, reforzaron aquella zona y levantaron una defensa nueva. Con el tiempo, el paso quedó enterrado bajo los escombros. Tu padre lo conoce, aunque quizá no haya vuelto a acercarse desde aquella noche.

Lope miró hacia el sendero sin moverse.

—No he vuelto —admitió—. Durante años pensé que, si regresaba, tendría que reconocer que había dejado atrás a hombres que confiaban en mí. Después comprendí que algunos seguían vivos, pero para entonces ya no sabía dónde encontrarlos

ni cómo distinguir a quienes buscaban reparar lo ocurrido de quienes pretendían utilizarlo.

—¿Y ahora lo sabes? —preguntó Martín.

Su padre se volvió hacia él.

—No. Pero esta vez no voy a pedirte que me creas sin pruebas.

Aquella respuesta no borró el resentimiento de Martín, aunque le permitió mirarlo sin la misma dureza de antes. No era una promesa de reconciliación ni una explicación suficiente de los años perdidos, pero al menos reconocía que la confianza no podía reclamarse como un derecho heredado. Martín asintió y comenzó a bajar por el sendero, seguido de Aritza y Lope. Eneko caminaba más despacio, apoyándose de vez en cuando en el hombro de Sancho, mientras el hombre que los guiaba observaba las laderas del norte con una atención que parecía ajena a la búsqueda de la tercera señal.

Al llegar al muro derrumbado, encontraron los restos de una construcción que había sido parcialmente cubierta por tierra y vegetación. Algunas piedras conservaban marcas de cantero; otras mostraban señales de haber sido desplazadas y colocadas de nuevo, como si alguien hubiera intentado reparar la estructura sin disponer del tiempo ni de los materiales necesarios. Martín se arrodilló junto a una losa que sobresalía del suelo y limpió la superficie con la manga. Bajo el barro apareció una línea grabada en la piedra, seguida por otras tres que formaban el mismo signo que habían encontrado en la cámara subterránea. La pieza de hierro pesó de pronto en su bolsa, y Martín la sacó para compararla con la marca.

—Aquí está la señal —dijo.

Sancho se agachó a su lado, pero no mostró satisfacción. Al contrario, su expresión se volvió más grave cuando comprobó

que la piedra había sido removida recientemente. En uno de los bordes se veían arañazos frescos y una pequeña acumulación de tierra más oscura, como la que quedaba al excavar con una herramienta de hierro.

—Alguien ha estado aquí —murmuró Eneko.

Lope se acercó y examinó las huellas.

—No son de Orti. Él habría cubierto el trabajo y se habría llevado cualquier resto que pudiera delatarlo.

—¿Cómo puedes estar seguro? —preguntó Martín.

—Porque conozco su manera de trabajar. Orti no deja una puerta abierta cuando quiere que alguien la encuentre; deja una puerta abierta cuando quiere que creas que la has descubierto por tu cuenta.

Martín se incorporó lentamente. La respuesta le produjo una inquietud que no sabía explicar, porque implicaba que el hombre que había llegado a la cámara quizá no era el único que conocía el secreto de la antigua entrada. Si alguien había estado allí antes que ellos, podía haber encontrado la tercera señal o haberla trasladado a otro lugar. Se acercó a la losa y pasó los dedos por el borde, buscando alguna irregularidad. Entonces notó que la piedra no descansaba completamente sobre el suelo: bajo uno de sus extremos había un espacio estrecho, suficiente para introducir la punta de la pieza de hierro.

—Ayudadme a moverla —pidió.

Lope se arrodilló junto a él, y entre ambos levantaron la losa lo necesario para descubrir una cavidad poco profunda. No había ningún pergamino ni objeto de valor, solo un pequeño cilindro de madera envuelto en una tela encerada, protegido de la humedad por una capa de resina. Martín lo sacó con cuidado y comprobó que uno de los extremos estaba sellado con una gota

de cera oscura. Sobre ella aparecía una marca que no había visto en la tablilla: tres líneas cortas, una larga y, a un lado, un pequeño círculo.

Sancho palideció al reconocerla.

—No lo abras aquí —dijo.

Martín sostuvo el cilindro entre ambas manos.

—¿Por qué?

—Porque esa marca no pertenece al acuerdo original. Es la señal que utilizaban los guardianes cuando alguien había roto el pacto y era necesario convocar a los demás sin revelar quién había enviado el mensaje. Si tu abuelo dejó esto bajo la piedra, no pretendía que lo encontrara cualquiera, sino que llegara a manos de alguien que comprendiera por qué debía permanecer oculto.

—¿Y quién puede abrirlo? —preguntó Aritza.

Sancho miró a Lope, pero esta vez su padre no bajó la cabeza ni buscó una respuesta que aplazara la decisión. Observó el cilindro durante unos segundos y después se volvió hacia Martín.

—Tu abuelo me enseñó a reconocer esa señal —dijo—. Pero nunca me explicó qué debía hacer si volvía a encontrarla. Si la dejó aquí, quizá esperaba que yo regresara. O quizá sabía que algún día serías tú quien llegaría hasta ella.

Martín notó que la tela encerada se había desprendido ligeramente en uno de los extremos. Debajo del borde apareció una segunda inscripción, casi borrada, formada por unas pocas letras que la humedad había oscurecido. No consiguió leerlas todas, pero reconoció una palabra que le hizo levantar la cabeza.

No era el nombre de su abuelo, ni el de Lope, ni el de ninguno de los guardianes que figuraban en la tablilla.

Era el nombre de Orti.

Y junto a él, trazada con una letra distinta, aparecía una fecha anterior a la llegada de los navarros a Gasteiz.

Martín comprendió entonces que el cilindro no contenía únicamente una parte olvidada del acuerdo. Era una prueba de que Orti había estado relacionado con los guardianes mucho antes de lo que había admitido, cuando todavía no existía la versión de la historia que todos conocían. Si su nombre aparecía en aquel mensaje, no podía tratarse de un simple testimonio contra él: alguien había querido dejar constancia de una decisión tomada en un momento en que Orti aún no ejercía la autoridad que después había intentado imponer.

—Ahora sí tenemos que abrirlo —dijo Martín.

Sancho miró hacia el camino, donde la niebla comenzaba a retirarse de los campos. A lo lejos, un jinete avanzaba despacio hacia la ciudad, siguiendo el sendero por el que ellos habían llegado. No parecía llevar insignias, pero su caballo estaba cubierto de barro reciente y el hombre mantenía la cabeza vuelta hacia el muro, como si buscara algo entre las piedras.

—No aquí —respondió Sancho—. Y no mientras alguien pueda estar observándonos.

Martín guardó el cilindro bajo la túnica, junto a la pieza de hierro. Después miró una última vez la marca grabada en la losa, consciente de que la tercera señal no había resuelto el misterio, sino que acababa de desplazarlo hacia un pasado mucho más antiguo de lo que había imaginado. Su abuelo había dejado un mensaje, Orti figuraba en él y alguien había regresado a la antigua entrada antes que ellos. Lo único que todavía no sabía era

si aquel desconocido había venido a recuperar el cilindro o a asegurarse de que permaneciera oculto.

Cuando el jinete llegó al comienzo del sendero, no desmontó ni se acercó al muro. Se limitó a levantar una mano, como quien saluda a alguien a quien conoce desde hace mucho tiempo. Sancho dio un paso atrás y murmuró algo que Martín no alcanzó a entender. Lope, en cambio, reconoció al hombre y perdió el color del rostro.

—No puede ser —susurró—. A ese hombre lo enterramos hace veinte años.

Y el jinete, sin apartar la mirada de ellos, pronunció el nombre de Martín.

XXXIV

El jinete permaneció inmóvil al comienzo del sendero, con una mano apoyada sobre las riendas y la otra descansando junto al pecho, como si el esfuerzo de llegar hasta allí hubiera sido mayor de lo que deseaba reconocer. La niebla se deshacía lentamente a su espalda y dejaba ver los campos que se extendían hacia el norte, todavía húmedos por las lluvias de los últimos días. Martín observó el rostro del desconocido sin apartar la mirada, tratando de encontrar algún rasgo que justificara la reacción de su padre, pero la distancia, la luz incierta de la mañana y la capucha que le cubría parcialmente la frente impedían distinguir sus facciones. Lope, en cambio, parecía haber dejado de respirar. Había retrocedido hasta apoyar una mano contra el muro derruido y mantenía los ojos fijos en el jinete con una expresión que Martín no le había visto nunca, ni siquiera cuando Sancho había pronunciado el nombre de su abuelo. No era únicamente miedo, sino el desconcierto de quien contempla cómo una certeza sobre la que ha construido buena parte de su vida se desmorona ante sus propios ojos.

—Baja del caballo —dijo Lope finalmente, aunque su voz carecía de la firmeza que había pretendido darle—. Si eres quien creo, llevas demasiados años escondiéndote para aparecer ahora sin una explicación.

El hombre no obedeció de inmediato. Miró primero a Sancho, después a Eneko y, por último, se detuvo en Martín, cuyo nombre había pronunciado como si lo conociera desde mucho antes de haberlo visto. Solo entonces desmontó, con un movimiento lento y medido, y entregó las riendas a nadie, dejando que el animal permaneciera junto al camino. Era más alto de lo que Martín había imaginado, aunque caminaba con cierta rigidez

en una de las piernas. La capa, gastada en los bordes, ocultaba una túnica de lana oscura y un cinturón sencillo del que colgaba una pequeña bolsa. No llevaba insignias ni armas visibles. Cuando se quitó la capucha, el silencio de sus acompañantes se hizo todavía más profundo.

Eneko fue el primero en pronunciar su nombre.

—García.

El desconocido inclinó la cabeza, aceptando el reconocimiento sin mostrar sorpresa. Lope cerró los ojos durante un instante y después se apartó del muro, como si necesitara comprobar que sus piernas todavía podían sostenerlo.

—Te enterramos —dijo—. Yo mismo estuve junto a la fosa. Reconocí tus ropas y vi cómo cubrían el cuerpo. ¿Qué clase de hombre regresa después de veinte años para presentarse ante quienes lo dieron por muerto?

García lo miró con una tristeza que no parecía fingida, aunque tampoco había en ella una petición de perdón.

—Uno que no pudo regresar antes sin poner en peligro a quienes seguían vivos. Y uno que ha esperado demasiado, quizá, confiando en que el tiempo resolvería lo que nosotros fuimos incapaces de arreglar.

—El tiempo no arregla nada por sí solo —respondió Lope—. Solo consigue que algunos aprendan a vivir con sus mentiras.

García aceptó la acusación sin defenderse. Martín comprendió que aquel hombre no había venido a negar lo ocurrido, y esa disposición a recibir los reproches de su padre le resultó más inquietante que cualquier intento de justificarse. Había escuchado demasiadas versiones de la historia durante los últimos días para creer que una sola conversación bastaría para poner

orden en ellas. Sin embargo, necesitaba saber quién era aquel hombre y por qué su aparición parecía alterar incluso a quienes conocían los secretos más antiguos de Gasteiz.

—¿Quién eres realmente? —preguntó—. Mi padre dice que te enterramos hace veinte años, pero tú conoces mi nombre y has venido hasta aquí sabiendo que encontraríamos la tercera señal. No puedes esperar que te recibamos como a un viajero cualquiera.

García se volvió hacia él y lo observó con atención. No parecía buscar en su rostro el parecido con alguien de su familia, sino comprobar si Martín era capaz de soportar una respuesta que quizá no le gustara.

—Me llamo García, como acaba de decir Eneko. Fui uno de los hombres encargados de mantener abiertos los caminos cuando Gasteiz comenzó a quedar atrapada entre los intereses de quienes gobernaban estas tierras y las necesidades de quienes vivían en ellas. Conocí a tu abuelo y participé en algunas de las decisiones que después nos dividieron. No soy un hombre inocente, Martín, y tampoco soy el que tu padre creyó que había perdido.

—Entonces, ¿a quién enterramos?

García bajó la mirada hacia el suelo húmedo.

—A un hombre que murió aquella noche y cuya muerte convenía a demasiadas personas. No voy a pedirte que aceptes mi palabra. Cuando llegue el momento, te mostraré lo que pueda demostrar. Pero antes debemos abandonar este lugar, porque si quienes nos buscan descubren que estamos aquí, no tendremos ocasión de llegar a la antigua entrada.

Sancho se acercó al jinete, manteniendo una distancia prudente.

—¿Cómo sabías que estaríamos en este muro?

—Porque la tercera señal no podía encontrarse en otro sitio, y porque el cilindro que Martín lleva consigo no es el único mensaje que dejó su abuelo. Hay alguien más que conoce el camino y que ha comenzado a moverse antes de que vosotros llegarais hasta aquí.

—¿Orti? —preguntó Aritza.

García negó con la cabeza.

—Orti conoce una parte de la historia. Cree conocer el resto, pero ha cometido el error de confundir los documentos que ha conservado con la verdad que contienen. No es el único que ha intentado decidir quién debía custodiar la red, y tampoco fue el primero en comprender que los caminos podían servir para algo más que trasladar mercancías o facilitar el paso de los hombres armados.

Martín sintió que el cilindro oculto bajo su túnica parecía adquirir un peso nuevo. Si García había venido a encontrarlos antes de que pudieran abrirlo, quizá conocía su contenido o, al menos, sospechaba lo que su abuelo había dejado escrito. Sin embargo, había una cuestión que le importaba más que las señales, los acuerdos y las disputas entre los guardianes.

—Si conociste a mi abuelo, dime qué le ocurrió.

García sostuvo su mirada durante unos segundos y después se volvió hacia Lope.

—Eso debe contártelo tu padre, porque fue él quien decidió que el muchacho creciera creyendo que su abuelo había muerto sin dejar nada detrás. Yo puedo explicar lo que sucedió en los caminos, pero no puedo hablar por quienes hicieron de aquella muerte una necesidad.

Lope apretó la mandíbula. Martín advirtió que la respuesta había alcanzado un lugar especialmente doloroso, pero esta vez no permitió que su padre desviara la conversación.

—Me dijiste que mi abuelo había sobrevivido a la entrada de los navarros y que regresó a Gasteiz para impedir que un hombre ocupara el lugar del sucesor. Ahora aparece García, a quien también dabas por muerto, y todos parecéis conocer una parte de la historia que os negáis a compartir conmigo. No os pido que me contéis todo de una vez, pero no aceptaré que sigáis decidiendo qué verdades puedo soportar.

Lope lo miró largamente. En su rostro se mezclaban el cansancio y una vergüenza que ya no intentaba ocultar.

—Tienes razón. Y quizá debí comprenderlo mucho antes. Tu abuelo no murió cuando te dije que había muerto, al menos no de la forma en que yo te lo conté. Después de regresar a Gasteiz, descubrió que la entrada de los navarros había cambiado el equilibrio de la ciudad de una manera que ninguno de nosotros había previsto. Algunos de sus habitantes temían perder sus antiguas costumbres y sus derechos; otros esperaban que el nuevo señor pusiera fin a las disputas que llevaban años debilitando el comercio y la seguridad de los caminos. Tu abuelo entendió que la cuestión no consistía únicamente en decidir quién gobernaría Gasteiz, sino en evitar que sus habitantes perdieran la capacidad de ordenar su propia vida.

Martín escuchó aquellas palabras con una atención nueva. Hasta entonces, las conversaciones sobre la llegada de los navarros habían estado dominadas por las puertas abiertas durante la noche, los hombres que habían desaparecido y los secretos que los guardianes se habían llevado consigo. Apenas se había hablado de quienes seguían viviendo en la ciudad, de los comerciantes que necesitaban atravesar sus puertas, de los artesanos que temían perder sus talleres o de las familias que dependían de los mercados y de los caminos para conseguir

alimentos. La ocupación había sido una amenaza para muchos, pero también había abierto un tiempo de cambios en el que los habitantes de Gasteiz debían averiguar qué podían conservar y qué estaban dispuestos a aceptar.

—¿Y qué hizo mi abuelo? —preguntó.

—Intentó conseguir que los nuevos gobernantes reconocieran las costumbres y los derechos de la comunidad. No quería que los hombres de la Corona pudieran decidir por sí solos cuánto debían pagar los vecinos, quién podía comerciar o qué obligaciones podían imponérseles sin escuchar a quienes sostenían la ciudad con su trabajo. Sabía que un poder exterior podía instalarse en la colina y controlar sus accesos, pero también que una ciudad no se mantiene únicamente con murallas y soldados. Necesita que sus habitantes tengan motivos para permanecer en ella, para abrir sus talleres cada mañana y para confiar en que el esfuerzo de una vida no dependerá del capricho de un hombre armado.

Sancho escuchó sin interrumpir, aunque su expresión se volvió más grave al oír aquellas palabras. Cuando García terminó, fue él quien tomó la palabra.

—Sancho VI comprendió que Gasteiz no podía ser solamente un puesto desde el que vigilar los caminos entre Castilla y las tierras del norte. La ciudad tenía una comunidad organizada, unas costumbres y unos derechos que no desaparecían porque cambiara el poder que la gobernaba. Al consolidar sus privilegios y añadir otros nuevos, el rey reconoció que mantener Gasteiz bajo su autoridad exigía algo más que asegurar sus puertas. Aquellos privilegios no borraban la desigualdad entre el señor y sus habitantes, ni convertían la incorporación a Navarra en una decisión libre de todos los vecinos, pero ofrecían a la ciudad un marco de protección y unas condiciones que podían favorecer su desarrollo.

—¿Y mi abuelo participó en aquello? —preguntó Martín.

—No fue él quien concedió los privilegios, ni habría podido hacerlo —respondió Sancho—. Pero defendió que se respetaran y que no quedaran reducidos a palabras escritas en un documento. Sabía que los derechos de una ciudad valen poco si quienes los ejercen viven aterrorizados por los hombres que deberían protegerlos. Por eso insistió en que los caminos permanecieran abiertos y en que los guardianes no utilizaran sus conocimientos para someter a los vecinos. Para él, la red debía servir a la comunidad, no sustituirla.

Martín miró a García y después a su padre. Empezaba a comprender que el conflicto que había perseguido a su familia no se limitaba a una disputa por el control de unos pasadizos. La red había nacido para facilitar el tránsito y proteger a quienes necesitaban moverse por el territorio, pero su existencia había adquirido un valor político cuando la ciudad pasó a formar parte de los dominios navarros. Quien controlara sus accesos podía influir en el comercio, en el movimiento de los mensajeros y en la posibilidad de que los habitantes mantuvieran relaciones con las poblaciones vecinas. Los privilegios reconocidos por el rey podían fortalecer a la comunidad, pero también podían convertirse en una promesa vacía si alguien conseguía controlar los caminos por los que circulaban las personas y las noticias.

—Entonces, Orti no quería destruir la red —dijo Martín—. Quería decidir quién podía utilizarla, y con ello influir sobre la propia ciudad.

—Eso es lo que terminó ocurriendo —respondió García—. No sé si fue su propósito desde el principio. Durante los primeros años, trabajó para que los caminos siguieran abiertos y para que los acuerdos con los nuevos gobernantes no perjudicaran a quienes vivían de ellos. Pero después empezó a creer que los privilegios de Gasteiz solo podrían mantenerse si alguien controlaba toda la información que circulaba por sus entradas.

Pensó que, si podía decidir qué llegaba a oídos de los señores y qué permanecía oculto, evitaría que los conflictos se extendieran. Con el tiempo, confundió esa capacidad con un derecho propio.

—¿Y los guardianes se opusieron? —preguntó Aritza.

—Algunos sí. Otros creyeron que Orti tenía razón, al menos al principio. No todos habían vivido de la misma manera la llegada de los navarros, ni todos confiaban en que los nuevos privilegios bastaran para proteger a la ciudad. Había quienes temían una nueva guerra y quienes estaban dispuestos a aceptar cualquier condición con tal de conservar sus casas. La disputa no nació porque unos amaran Gasteiz y otros la odiaran, sino porque cada cual creyó saber qué sacrificios podían exigirse para mantenerla a salvo.

García hizo una pausa y miró hacia la ciudad, cuyas primeras casas se distinguían ya con claridad entre la niebla. Desde el muro derruido llegaban los sonidos de los carros que comenzaban a recorrer las calles y de los hombres que preparaban sus puestos. Aquella actividad cotidiana parecía muy lejana de las disputas que habían mantenido a los guardianes enfrentados durante años, pero Martín comprendió que era precisamente lo que todos decían querer proteger. Ninguno habría arriesgado su vida por conservar una red de túneles vacíos. Lo que estaba en juego era la posibilidad de que Gasteiz siguiera siendo un lugar donde la gente pudiera trabajar, comerciar y vivir sin que cada decisión dependiera de la voluntad de quienes controlaban sus puertas.

—Tenemos que marcharnos —dijo Sancho—. Si permanecemos aquí, terminaremos por atraer a los hombres que siguen a Orti. Hay una casa junto al camino donde podremos examinar el cilindro sin que nadie nos interrumpa.

García negó lentamente con la cabeza.

—No podemos ir allí. La casa ya no es segura.

Sancho lo miró con desconfianza.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he pasado por delante antes de llegar aquí. La puerta estaba abierta y alguien había retirado la piedra que ocultaba el acceso al sótano. No había señales de lucha, pero tampoco quedaba nada de lo que tu abuelo guardó allí.

Lope se acercó al jinete.

—¿Qué guardaba?

García no respondió de inmediato. Miró a Martín, como si la decisión de continuar dependiera de él, y después se llevó la mano al cinturón. De la pequeña bolsa de cuero que llevaba colgada sacó un objeto envuelto en una tela de color pardo. Lo desenvolvió con cuidado y mostró una pieza de madera oscura, alargada y estrecha, con una muesca en uno de los extremos. En su superficie se distinguían varias líneas grabadas y una inscripción casi borrada por el uso.

—Tu abuelo me entregó esto poco antes de desaparecer —dijo—. Me pidió que lo conservara hasta que pudiera devolverlo a alguien que no lo utilizara para reclamar autoridad sobre los demás. Durante años creí que se refería a uno de los guardianes, pero ninguno de los que sobrevivieron estuvo dispuesto a recibirlo. Después comprendí que quizá no estaba destinado a un hombre concreto, sino a quien llegara a entender por qué había sido necesario ocultarlo.

Martín extendió la mano, aunque no llegó a tocar la pieza.

—¿Qué es?

—Una copia de la primera relación de los caminos y de las personas que se comprometieron a mantenerlos abiertos. No

contiene todos los nombres, ni explica lo que hizo cada uno. Tu abuelo la preparó para que, si el acuerdo original desaparecía, los habitantes de Gasteiz pudieran demostrar que la red no había pertenecido nunca a un solo hombre. Entre las líneas grabadas hay referencias a los pasos, a los refugios y a los lugares donde debían conservarse los testimonios de quienes habían participado en su construcción.

Sancho observó la pieza con una mezcla de sorpresa y preocupación.

—Si eso es auténtico, explica por qué Orti ha buscado durante tantos años la tercera señal. No necesita únicamente conocer el nombre del sucesor. Necesita demostrar que la autoridad sobre los caminos procede de un acuerdo que puede presentar como suyo.

—O impedir que alguien demuestre lo contrario —añadió Eneko.

García asintió.

—Por eso debemos llegar hasta la piedra de la antigua entrada antes de que él lo haga. Allí se conserva la última parte del mensaje de tu abuelo, Martín. No es un nombre ni una orden. Es la explicación de por qué los guardianes aceptaron que sus decisiones pudieran ser revisadas por otros y de por qué ninguno debía convertir su responsabilidad en una herencia familiar. Si encontramos esa inscripción, sabremos quién alteró el acuerdo y por qué lo hizo. Pero también tendremos que decidir qué hacer con lo que descubramos, porque la verdad puede servir para reparar una injusticia o convertirse en un arma contra quienes no tuvieron ninguna responsabilidad en ella.

Martín miró la pieza de madera y sintió que, por primera vez, el misterio de su familia se unía de manera clara al destino de la ciudad. No sabía si su abuelo había conseguido lo que pretendía, ni si los privilegios reconocidos por el rey serían

suficientes para proteger a Gasteiz de quienes buscaban controlar sus caminos. Tampoco sabía qué parte de la responsabilidad correspondía a su padre, a Orti o a los hombres que habían aceptado guardar silencio. Pero comenzaba a comprender que no podía resolver aquella historia limitándose a descubrir un nombre y señalar a un culpable.

—Vamos a la antigua entrada —dijo—. Si mi abuelo dejó allí una explicación, quiero conocerla antes de decidir qué debemos hacer con ella.

García guardó la pieza de madera y montó de nuevo en su caballo. Sancho se colocó a su lado, mientras Eneko y Aritza comenzaron a descender por el sendero. Lope se quedó unos instantes junto a Martín, observando la ciudad que se extendía bajo la colina.

—Hay algo más que debes saber —dijo en voz baja—. Cuando Sancho VI confirmó los privilegios y añadió otros nuevos, muchos creyeron que la ciudad había encontrado por fin una forma de protegerse de los abusos de los poderosos. Tu abuelo compartía esa esperanza, pero también sabía que ningún privilegio puede sostenerse por sí solo. Hace falta que quienes viven bajo su protección estén dispuestos a defenderlo y que quienes ejercen el poder acepten límites que no han elegido libremente.

Martín miró a su padre y después volvió los ojos hacia las calles de Gasteiz. La ciudad despertaba sin conocer la lucha que se desarrollaba en sus entrañas, pero sus habitantes habían heredado algo más que unas murallas y un nombre. Habían recibido derechos que podían mejorar sus vidas y una responsabilidad que ningún rey, por poderoso que fuera, podía ejercer enteramente en su lugar.

—Entonces no buscaremos solo quién traicionó el acuerdo —respondió—. Buscaremos qué intentaba proteger mi abuelo y por qué alguien creyó que debía arrebatárselo.

Lope asintió, y juntos siguieron a los demás por el camino del norte. A sus espaldas, Gasteiz comenzaba una nueva jornada bajo el poder navarro, mientras en algún lugar de la ciudad Orti debía de estar descubriendo que las piezas que había intentado reunir durante tantos años comenzaban a escapar de sus manos.

Y Martín, que hasta entonces había buscado la verdad para comprender el pasado de su familia, empezaba a sospechar que lo que encontraran bajo la antigua entrada podía cambiar también el futuro de la ciudad.

El camino que conducía hacia el norte se estrechaba entre las lindes de los campos y una sucesión de robles cuyas ramas, todavía húmedas por la niebla de la mañana, se inclinaban sobre los viajeros. Gasteiz había quedado atrás, asentada sobre su única colina, pero Martín seguía sintiendo su presencia como si las calles, las casas y las voces de sus habitantes los acompañaran más allá de los muros. No podía apartar de su pensamiento las palabras de su padre acerca de los privilegios confirmados por el rey de Navarra y de aquellos otros que había añadido para fortalecer la vida de la ciudad. Hasta entonces había imaginado que semejantes decisiones pertenecían al mundo de los señores, a una esfera distante en la que los hombres poderosos concedían o retiraban derechos según su conveniencia; ahora comenzaba a comprender que, detrás de cada privilegio escrito, había vecinos que necesitaban vender sus mercancías sin ser despojados en el camino, familias que reclamaban el respeto a sus costumbres y artesanos que no querían depender del capricho de un hombre armado para ejercer su oficio. También entendía que el reconocimiento de esos derechos no borraba el hecho de que una autoridad llegada de fuera podía imponer su voluntad sobre la ciudad, y que la protección ofrecida por un rey podía convertirse, si nadie la vigilaba, en otra forma de obediencia.

García caminaba unos pasos por delante, con la seguridad de quien conocía el terreno, aunque de vez en cuando se detenía para observar las señales que otros habrían confundido con accidentes del paisaje: una piedra colocada de canto junto a un arroyo, dos ramas cruzadas bajo un tronco caído, una hendidura apenas visible en la corteza de un fresno. Martín había empezado a reconocer algunas de aquellas marcas, pero

todavía no sabía distinguir las que señalaban un paso seguro de las que servían para advertir de un peligro. Aritza, que caminaba junto a Eneko, parecía más interesado en el silencio de García que en las señales mismas. Desde que el jinete había aparecido afirmando que el hombre enterrado veinte años atrás no era él, Aritza lo observaba con una desconfianza que no llegaba a convertirse en rechazo, como si necesitara encontrar en sus gestos algo que confirmara que no estaban siguiendo a otro hombre dispuesto a servirse de ellos. Lope, por su parte, había guardado silencio desde que dejaron atrás la ruina, y Martín no había encontrado todavía una razón para romperlo. Había demasiadas preguntas entre ambos y ninguna podía resolverse con una confesión apresurada.

Fue García quien se detuvo finalmente ante una pared de piedra medio oculta por la vegetación. No era una construcción grande, sino el resto de una antigua dependencia, quizá un cobertizo o una pequeña casa levantada junto al camino mucho antes de que los campos cercanos tuvieran los límites que ahora los dividían. El tejado había desaparecido y las zarzas cubrían buena parte de los muros, pero en el extremo oriental quedaba una abertura estrecha, cerrada por una losa que no parecía pertenecer a la construcción. García apartó las ramas sin cortarlas, con un cuidado que a Martín le llamó la atención.

—Aquí no hay nada que merezca la pena robar —dijo Sancho, examinando el lugar—. Si alguien ha escondido algo, ha tenido que hacerlo hace mucho tiempo.

—Precisamente por eso sigue aquí —respondió García—. Los hombres buscan tesoros donde esperan encontrarlos, y los guardianes aprendieron que el mejor escondite era aquel que nadie consideraba importante. Esta pared aparece en algunos documentos como una antigua entrada, pero no conducía a una fortaleza ni a una casa principal. Era un lugar de paso, una de esas construcciones que los viajeros utilizaban para

resguardarse cuando el camino se volvía impracticable. Después dejó de figurar en los registros y todos dieron por hecho que había perdido su utilidad.

—¿Y tú cómo sabes que no la perdió? —preguntó Martín.

García volvió la cabeza hacia él. No se ofendió por la pregunta; más bien pareció reconocer en ella una cautela que llevaba mucho tiempo esperando.

—Porque tu abuelo me hizo regresar aquí cuando ya no quedaba nadie que quisiera recordar este sitio. Me pidió que comprobara si la entrada seguía abierta y que no permitiera que un solo hombre se hiciera dueño de lo que hubiera al otro lado. Yo obedecí durante un tiempo, pero después tuve que marcharme. Cuando volví, encontré el acceso sellado y a quienes conocían su existencia dispersos o muertos, al menos según lo que se decía. Nunca supe quién había cerrado la entrada. Hasta ahora.

Martín miró a Lope, esperando que su padre confirmara aquellas palabras, pero este mantuvo los ojos fijos en la losa. Su silencio no parecía una negativa, sino el reconocimiento de algo que había preferido no nombrar durante muchos años.

—Mi padre nunca me habló de este lugar —dijo al fin—. Me enseñó a reconocer los caminos y las señales, pero había cosas que ni siquiera compartía con quienes trabajaban a su lado. Supongo que temía que el conocimiento acabara convertido en una forma de poder.

—O quizá sabía que algunos de nosotros no habríamos sido capaces de custodiarlo sin apropiarnos de él —replicó García—. No confundas el silencio con la confianza, Lope. A veces se guarda una cosa porque se teme perderla; otras, porque se teme que alguien descubra lo que uno ha hecho con ella.

La frase cayó entre ambos con una dureza que Martín no esperaba. Lope dio un paso hacia García, pero no llegó a responder. Aritza apartó la mirada, mientras Eneko se inclinaba sobre la losa para examinar sus bordes. Había en aquel intercambio algo anterior a los acontecimientos de los últimos días, una herida que no pertenecía únicamente a la desaparición del abuelo ni a la disputa por los caminos. Martín comprendió que su padre había sido parte de decisiones que todavía no estaba dispuesto a explicar, y que García, pese a su regreso, tampoco había acudido para contar una historia completa.

La losa se encontraba encajada en un marco de piedras más pequeñas, y Eneko descubrió que una de ellas podía desplazarse hacia dentro si se presionaba desde un ángulo preciso. Sancho lo ayudó a retirarla, y entre ambos dejaron al descubierto una cavidad estrecha en la que apenas cabía una mano. No encontraron una llave ni un mecanismo complicado, sino una pieza de madera endurecida por los años, con una pequeña muesca en uno de sus extremos. García sacó del zurrón la pieza que había mostrado durante el camino y la acercó a la abertura. Las dos encajaron en el borde, aunque no quedaron unidas; juntas formaban una figura semejante a una bifurcación, dos caminos que nacían de un mismo punto y se separaban sin que ninguno pareciera tener prioridad sobre el otro.

—No es una llave —dijo Martín.

—No —respondió García—. Es una advertencia. Tu abuelo insistía en que nadie debía entrar aquí creyendo que había encontrado el único camino. La pieza sirve para recordarlo, pero también para mostrar que la entrada no puede abrirse desde fuera con una sola decisión. Hace falta que alguien conozca la marca y que otro conserve la parte que falta.

—¿Quién tiene esa otra parte? —preguntó Aritza.

García tardó en responder. Miró primero a Eneko, después a Sancho y, por último, a Lope. Fue este quien bajó la cabeza, apenas un instante, pero el gesto bastó para que Martín comprendiera que la pregunta había alcanzado el lugar que todos trataban de evitar.

—No lo sabemos —dijo García—. O, al menos, no sabemos quién la conserva ahora. Mi parte me fue entregada cuando todavía vivíamos bajo las antiguas reglas. La otra quedó en manos de alguien que debía responder ante los demás guardianes, no ante mí. Si esa persona murió, la pieza pudo desaparecer con ella. Si sigue viva, quizá haya decidido que la entrada debe permanecer cerrada.

—¿Y Orti? —preguntó Martín, pensando en el nombre grabado en el cilindro de madera y en la fecha anterior a la llegada de los navarros—. Su nombre estaba escrito en el objeto que encontramos. No podemos seguir fingiendo que es una coincidencia.

García no contestó de inmediato. Se agachó junto al muro y pasó los dedos por una línea de marcas casi borradas en la piedra. Cuando habló, lo hizo en voz baja, como si temiera que la respuesta pudiera ser oída desde el camino.

—Orti conocía este lugar antes de que tú nacieras y antes de que tu padre tuviera que decidir qué estaba dispuesto a sacrificar para conservarlo. Eso no demuestra que lo cerrara ni que quisiera apoderarse de lo que hay dentro. Pero sí significa que no podemos considerarlo un simple administrador que se ha cruzado en nuestra búsqueda. Él perteneció a la red cuando todavía se discutían las decisiones entre varias personas, y conoce mejor que nosotros qué se perdió cuando aquellas reuniones dejaron de celebrarse.

—Si pertenecía a la red, ¿por qué ha actuado a escondidas? —insistió Martín.

—Porque quizá crea que los demás la traicionaron primero —dijo Lope, y por primera vez desde que habían llegado a la pared levantó los ojos—. O porque llegó a convencerse de que solo él podía impedir que todo se deshiciera. No estoy defendiéndolo, Martín. Intento que no cometamos el mismo error que él pudo cometer: decidir quién es culpable antes de conocer qué decisión lo llevó hasta allí.

Martín sintió que aquellas palabras eran también una advertencia dirigida a él. No quería concederle a Orti el beneficio de una duda que podía costarles la vida, pero tampoco deseaba convertirse en una versión más joven de los hombres a los que perseguían, convencido de que conocer una parte de la verdad le otorgaba el derecho de decidir sobre el resto. Se apartó de la entrada y observó el camino por el que habían llegado. No había movimiento entre los árboles, aunque el silencio del bosque empezaba a resultarle menos tranquilizador que al principio. Si Orti sabía que García había regresado, no tardaría en comprender que las antiguas piezas estaban volviendo a reunirse.

Un ruido leve, semejante al golpe de una piedra contra otra, llegó desde el otro lado de la pared. Todos se quedaron inmóviles. Eneko alzó una mano para pedir silencio, y durante unos instantes solo se oyó el agua que corría entre las hierbas y el viento que agitaba las ramas altas. El sonido se repitió, esta vez más cerca, seguido por un roce prolongado que parecía proceder del interior de la construcción. Sancho desenvainó el cuchillo; Aritza se colocó junto a la abertura y García retrocedió hasta quedar a un lado de la losa, desde donde podía observar tanto la entrada como el sendero. Lope, sin embargo, no buscó un arma. Miraba la piedra con una expresión que Martín no le había visto antes, una mezcla de temor y reconocimiento.

—¿Qué ocurre? —susurró Martín.

—Ese sonido no lo produce alguien que esté intentando entrar —respondió su padre—. Lo produce alguien que ya está dentro.

Nadie se movió. Martín se acercó a la abertura, pero García lo sujetó por el brazo antes de que pudiera inclinarse para mirar.

—Todavía no —le advirtió—. Si quien está ahí dentro conoce las reglas antiguas, habrá esperado a que llegáramos. Y si no las conoce, puede que haya encontrado algo que no sepa cómo manejar.

Desde el otro lado llegó un golpe más fuerte. Después, una voz pronunció un nombre que Martín había oído demasiadas veces durante aquellos días y que, sin embargo, nunca había esperado escuchar en aquel lugar.

—Lope.

Su padre cerró los ojos un instante. No parecía sorprendido de que alguien conociera su presencia, sino de que hubiera llegado el momento de responder a una llamada que llevaba años evitando.

—¿Quién está ahí? —preguntó Martín, apartando con cuidado la mano de García.

Lope no contestó. Se acercó a la losa y apoyó la palma contra la piedra, como si intentara reconocer, a través de ella, la mano de quien aguardaba al otro lado. Cuando habló, su voz apenas fue un murmullo.

—Alguien que debería haber salido de Gasteiz conmigo hace veinte años.

Y desde el interior, tras una pausa en la que todos creyeron oír una respiración contenida, llegó la respuesta:

—No salí porque tú me dejaste atrás.

Martín miró a su padre. Por primera vez comprendió que la historia de la noche en que su abuelo desapareció quizá no se había dividido entre quienes habían sobrevivido y quienes habían muerto, sino entre quienes pudieron marcharse y quienes quedaron atrapados en una decisión ajena. Y mientras García buscaba el modo de abrir la entrada sin destruir la antigua señal, Martín supo que, antes de llegar hasta su abuelo o descubrir qué pretendía Orti, tendría que enfrentarse a una verdad mucho más cercana: la parte de la historia que su padre no había ocultado para protegerlo, sino porque todavía no había encontrado el valor de contarla.

XXXVI

Durante unos instantes, nadie se atrevió a tocar la losa. La voz que había pronunciado el nombre de Lope no tenía la debilidad de quien pide ayuda ni la impaciencia de quien exige que le abran, sino una serenidad áspera, endurecida por el tiempo y por una espera que parecía haber consumido cualquier deseo de reconciliación. Martín observó a su padre, buscando en su rostro alguna señal que le permitiera comprender quién se encontraba al otro lado, pero Lope permanecía inmóvil, con la mano apoyada sobre la piedra y los ojos fijos en un punto que solo él podía ver. Aquel silencio le reveló más que una respuesta inmediata: no estaba ante un desconocido, ni siquiera ante un antiguo compañero cuya supervivencia pudiera explicarse por las confusiones de una noche lejana. Había allí una deuda personal, algo que su padre había llevado consigo durante años y que, al parecer, no había logrado dejar atrás.

—No sabía que seguías vivo —dijo Lope finalmente.

Desde el otro lado llegó una risa breve, sin alegría.

—Eso es lo que siempre has dicho cuando alguien vuelve para preguntarte por los muertos. Lo dijiste de García, lo dijiste de tu padre y ahora lo dices de mí. Debiste de encontrar muy cómodo que todos desapareciéramos al mismo tiempo, porque así pudiste seguir viviendo sin tener que explicar a nadie por qué unos salieron de aquella casa y otros no.

García se acercó a Lope, aunque no llegó a interponerse entre él y la puerta. En su rostro había aparecido una expresión grave, y Martín advirtió que también él reconocía algo en aquellas palabras, quizá una acusación que no se limitaba a su compañero. Eneko miró hacia el sendero, preocupado por el tiempo

que estaban perdiendo, mientras Sancho mantenía el cuchillo en la mano y Aritza observaba a los demás, tratando de averiguar quién conocía ya la historia que estaba a punto de salir a la luz.

—Necesitamos abrir —dijo García—. Si llevas veinte años ahí dentro, tendrás tus razones para desconfiar de nosotros, pero no podemos hablar a través de una piedra mientras ignoramos quién más conoce este lugar.

—No llevo veinte años aquí dentro —respondió la voz—. No soy un prisionero de esta pared, aunque algunos de vosotros os hayáis comportado como si lo fuera. He entrado hace poco y todavía puedo salir por donde vine. Lo que ocurre es que quería saber quién se presentaría cuando la antigua señal volviera a utilizarse. Ahora ya lo sé.

La última frase pareció dirigida a Lope, y este retiró lentamente la mano de la piedra. Martín sintió que algo cambiaba en la disposición de los presentes: García dejó de mirar la abertura como un obstáculo y empezó a examinar sus bordes; Eneko se volvió hacia su compañero con una pregunta muda, y Sancho bajó ligeramente el cuchillo, sin guardarlo. Si el hombre podía entrar y salir, quizá no estaba atrapado ni necesitaba ser rescatado. Tal vez había escogido aquel lugar porque sabía que acabarían llegando, o porque necesitaba que Lope acudiera en persona.

—Dinos tu nombre —pidió Martín.

Hubo una pausa prolongada. Cuando la voz respondió, lo hizo con una claridad que pareció llenar el pequeño recinto.

—Me llamo Beltrán. Tu abuelo me confió una tarea la noche en que los hombres de Navarra entraron en Gasteiz, y tu padre decidió que era mejor dejarme atrás que correr el riesgo de que yo hablara.

Martín volvió la cabeza hacia Lope. Su padre no negó las palabras, pero tampoco las aceptó de inmediato. El nombre de Beltrán parecía haberle devuelto una escena que durante años había mantenido apartada de la memoria, y por primera vez Martín comprendió que el silencio paterno no escondía una sola decisión equivocada, sino una sucesión de actos que quizá habían nacido de la necesidad y terminado convertidos en algo mucho más difícil de justificar.

—No fue así —dijo Lope, aunque su voz carecía de la firmeza con la que había defendido otras veces sus decisiones—. No te dejé atrás para que callaras. Te pedí que esperaras porque todavía había hombres buscando a tu hermano, y tú te negaste a abandonar el puesto.

—Mi hermano había muerto antes de que llegaran los navarros —replicó Beltrán—. Lo sabías tú, lo sabía tu padre y lo sabía Orti. Pero necesitabais que alguien permaneciera junto a la entrada mientras sacabais los nombres y los documentos. Yo era el único que podía reconocer a los hombres que se acercaban por el camino, y me dijiste que volverías antes del amanecer. Después oí las voces, vi las antorchas y comprendí que la ciudad había cambiado de manos. Cuando salí, los que debían recibirme ya no estaban allí.

—Si hubieras venido conmigo, te habrían reconocido —dijo Lope—. Te buscaban por lo que habías descubierto.

—Y tú decidiste por mí que era preferible desaparecerme.

La acusación quedó suspendida entre ambos. Martín no sabía todavía qué había descubierto Beltrán ni qué documentos habían intentado salvar aquella noche, pero entendió que su padre había tomado una decisión en nombre de otra persona y que, después, había permitido que el tiempo la cubriera de silencio. La misma justificación que tantas veces había escuchado —

proteger a los demás, impedir que el conocimiento cayera en malas manos, evitar una muerte innecesaria— podía haber servido para salvar una vida o para arrebatarse a alguien el derecho de decidir sobre ella. Tal vez la diferencia dependía de quién contara la historia, y aquella era precisamente la clase de incertidumbre que había mantenido enfrentados a los antiguos guardianes.

—¿Qué descubriste? —preguntó Martín.

—Eso es lo que deberías preguntarle a tu padre —respondió Beltrán—. Yo encontré una relación de nombres que no figuraba en ninguno de los registros de la ciudad. No era una lista de hombres armados ni de quienes debían obediencia al rey de Navarra, sino de vecinos que habían ayudado a mantener abiertos los caminos durante los meses en que nadie sabía qué autoridad prevalecería al día siguiente. Había comerciantes, arrieros, campesinos y personas que prestaban sus casas como refugio. Algunos colaboraban con los navarros porque esperaban que la nueva autoridad pusiera fin a los abusos que habían sufrido; otros temían que el cambio de poder los dejara a merced de hombres que no conocían sus costumbres. Tu abuelo quería que todos ellos quedaran protegidos por un acuerdo común, sin que su ayuda pudiera utilizarse después para acusarlos de traición o exigirles una obediencia que nunca habían prometido.

García bajó la mirada hacia la pieza de madera que llevaba en el zurrón. Martín recordó el dibujo de los caminos y los nombres conservados en aquel fragmento, y comprendió que la relación mencionada por Beltrán podía ser una parte de aquel mismo registro. La red de guardianes no había nacido únicamente para ocultar mensajes o facilitar el paso de quienes huían de una autoridad, sino también para proteger a personas corrientes que necesitaban seguir viviendo mientras los poderosos decidían quién mandaba sobre ellas. Sin embargo, aquella finalidad podía haberse deformado con los años, hasta que quienes

custodiaban los nombres empezaron a creer que tenían derecho a decidir quién merecía aparecer en ellos.

—Mi abuelo quiso conservar los privilegios de la ciudad —dijo Martín—. No solo los caminos.

—Así es —contestó Beltrán—. Y no fue el único que lo quiso. Cuando el rey de Navarra confirmó los derechos que Gasteiz ya tenía y añadió otros, hubo quienes vieron una oportunidad para proteger sus oficios, sus intercambios y sus costumbres. No todos recibieron aquella decisión del mismo modo, y ninguno de nosotros podía saber entonces hasta dónde llegaría la voluntad del rey o cuánto tardarían sus hombres en exigir algo a cambio. Pero tu abuelo comprendió que los privilegios escritos podían servir de defensa si los habitantes conocían su alcance y se atrevían a reclamarlos. Por eso se empeñó en que los nombres de quienes habían sostenido la ciudad no quedaran en manos de una sola persona. Quería que la memoria de aquella ayuda no pudiera convertirse en una deuda perpetua.

—¿Y Orti? —preguntó Aritza—. ¿Qué quería él?

Beltrán tardó en contestar. Cuando lo hizo, su voz había perdido parte de la dureza inicial.

—Al principio, lo mismo que los demás. Orti sabía cuánto dependía la ciudad de los caminos y de quienes podían atravesarlos sin despertar sospechas. Ayudó a conservar los registros, buscó acuerdos con los nuevos responsables y consiguió que algunos vecinos recuperaran mercancías que les habían sido confiscadas. No era un hombre que soñara desde el principio con dominar a los demás. Pero vio cómo se perdían documentos, cómo se alteraban los compromisos y cómo los hombres que habían prometido proteger las costumbres de Gasteiz utilizaban después sus cargos para favorecer a sus allegados. Poco a poco empezó a creer que la única manera de evitar nuevas traiciones consistía en que alguien vigilara cada paso y

conociera cada nombre. Lo que nunca aceptó fue que esa vigilancia también debía estar sometida a límites.

—Entonces no buscaba destruir la red —dijo Martín—. Quería decidir quién podía utilizarla.

—Quizá todavía piense que está salvándola —respondió Beltrán—. Eso es lo más peligroso de todo.

Lope se apartó de la entrada y apoyó la espalda contra el muro. La luz que entraba por el tejado roto le iluminaba el rostro, dejando al descubierto un cansancio que Martín había confundido durante años con severidad. Sin embargo, no sintió compasión inmediata. Su padre había permitido que creciera entre medias verdades, y aunque ahora empezaba a comprender las razones, aún no sabía cuáles podían justificar lo que había hecho. Lope pareció advertirlo, porque no intentó acercarse ni reclamar una confianza que ya no le pertenecía.

—Hay algo más —dijo Beltrán desde el otro lado—. Tu abuelo no dejó la última parte del acuerdo en manos de Orti, ni de García, ni de mí. La confió a alguien que vivía en la ciudad y que no pertenecía a los guardianes. Alguien que conocía los privilegios concedidos a los vecinos y sabía que la mejor manera de protegerlos era impedir que se convirtieran en una promesa vacía.

—¿Quién? —preguntó Martín.

—No lo sé. Tu abuelo nunca me dio su nombre. Solo dijo que, cuando llegara el momento, esa persona tendría que decidir si el acuerdo debía permanecer oculto o salir a la luz. Y añadió algo que entonces no comprendí: que el último testigo no sería un guardián, sino alguien que no supiera que lo era.

García levantó la cabeza. Eneko miró a Lope, y Sancho guardó por fin el cuchillo, aunque no se alejó de la abertura. Martín sintió que las palabras de Beltrán habían desplazado el centro

de la búsqueda. Hasta entonces habían seguido las señales que su abuelo dejó para los hombres que conocían la red, convencidos de que la respuesta final estaría escondida en alguna entrada antigua o entre los restos de un documento perdido. Ahora debían considerar que el acuerdo había sobrevivido también fuera de aquel círculo, entre quienes nunca habían participado en sus reuniones y que, precisamente por eso, podían conservar una parte de la verdad que los guardianes habían olvidado.

—Abre la entrada, Beltrán —dijo Lope—. No podemos seguir hablando sin mirarnos a la cara.

Esta vez no hubo una respuesta inmediata. Se oyó un movimiento al otro lado, después el roce de una pieza de madera y, finalmente, un golpe seco que hizo vibrar la losa. García se acercó para ayudar, pero la piedra no se desplazó. Un segundo golpe llegó desde el interior, seguido de un ruido que Martín reconoció demasiado tarde: el sonido de algo pesado cayendo contra el suelo.

—¡Beltrán! —gritó Lope.

No hubo contestación.

García y Sancho se lanzaron contra la losa, mientras Eneko buscaba con las manos un punto donde introducir una palanca. Martín ayudó a retirar las piedras más pequeñas, sin atender a los cortes que le producían las aristas, hasta que la abertura cedió lo suficiente para dejar pasar el brazo de García. El hombre tanteó el interior y encontró una superficie húmeda, después un hueco y, por último, algo que parecía una manga de lana. Tiró con cuidado, pero el cuerpo no se movió. Tuvieron que retirar otra piedra antes de conseguir abrir un espacio por el que pudiera entrar una persona.

Fue García quien pasó primero. Martín lo siguió antes de que Lope pudiera detenerlo, y al otro lado encontró una estancia baja, iluminada por una estrecha abertura en el muro. Había

polvo removido junto a una mesa de piedra, un recipiente de aceite volcado y varias huellas recientes sobre el suelo. Beltrán yacía de costado, con una mano apretada contra el pecho y la otra extendida hacia una cavidad abierta bajo la mesa. Seguía vivo, aunque respiraba con dificultad. Cuando Martín se arrodilló a su lado, el hombre abrió los ojos y trató de hablar.

—No dejéis que se lleve el registro —murmuró.

Lope se inclinó sobre él, pero Beltrán negó débilmente con la cabeza y señaló la cavidad. Martín introdujo la mano y encontró un envoltorio de cuero vacío, una cuerda cortada y una pequeña tablilla cubierta de marcas. No había ningún registro, ningún pergamino ni lista de nombres. Alguien había llegado antes que ellos y había retirado lo que buscaban, pero el golpe que había derribado a Beltrán no parecía obra del azar.

—¿Quién ha estado aquí? —preguntó García.

Beltrán intentó incorporarse y se estremeció de dolor. Martín lo sostuvo por los hombros mientras su padre buscaba una herida bajo la ropa. No parecía una cuchillada profunda, sino el resultado de un golpe recibido con un objeto contundente. Aun así, el hombre había perdido fuerzas con rapidez, y cada palabra le exigía un esfuerzo mayor.

—No lo vi bien —consiguió decir—. Conocía la entrada. Sabía dónde estaba la cavidad y qué debía llevarse. No buscaba todo lo que había aquí, solo una cosa.

—¿El registro de los vecinos? —preguntó Martín.

Beltrán cerró los ojos un instante.

—La última página.

Después dejó caer la cabeza contra el brazo de Martín, agotado. Lope le buscó el pulso y ordenó a Eneko que trajera agua, mientras García examinaba el suelo en busca de huellas

que pudieran indicar por dónde había escapado el intruso. Aritza permaneció junto a la entrada, atento al exterior, y Sancho recogió la tablilla de la cavidad sin intentar descifrarla todavía. Martín, sin embargo, no podía apartar la vista de la cuerda cortada. El registro había estado allí poco antes de su llegada, y quien lo había tomado conocía tanto el escondite como la importancia de aquella última página.

Cuando Beltrán volvió a abrir los ojos, buscó a Martín con una urgencia que hizo que todos se acercaran.

—No sigas las marcas hacia el norte —susurró—. Si quieres encontrar la página, vuelve a la ciudad. Busca a quienes nunca han tenido un lugar en las listas.

Martín se inclinó para oírlo mejor, pero Beltrán no añadió nada. Afuera, más allá de los muros derruidos, un caballo relinchó y se oyó el crujido de unas ramas bajo el peso de alguien que se alejaba. García salió de inmediato, seguido por Sancho, aunque el bosque no tardó en tragarse cualquier rastro. Martín permaneció junto al hombre herido, consciente de que la búsqueda había cambiado de dirección y de que la respuesta que necesitaban podía encontrarse en las calles de Gasteiz, entre vecinos que jamás habían sabido que sus nombres habían sido guardados por los guardianes.

Por primera vez, comprendió que la historia de la ciudad no estaba escrita únicamente en los privilegios que el rey había confirmado, ni en los acuerdos que los hombres poderosos habían firmado en secreto. También vivía en quienes habían quedado fuera de los documentos, en aquellos que habían sostenido los caminos sin recibir reconocimiento alguno y que, aun así, podrían ser los únicos capaces de impedir que la memoria de Gasteiz acabara convertida en propiedad de unos pocos.

XXXVII

La primera luz de la mañana apenas había alcanzado la entrada oculta cuando Martín comprendió que la llegada de Beltrán no había puesto fin a la persecución, sino que acababa de darles una razón más para temerla. El hombre permanecía sentado contra la pared de piedra, con la espalda apoyada en la humedad de la antigua galería y una mano apretada contra el costado, donde la sangre había oscurecido la tela de su túnica. Aritza había conseguido detener la hemorragia con una tira de lino, mientras Lope vigilaba el pasadizo por el que habían llegado, atento a cualquier ruido que pudiera anunciar la presencia de los hombres que, desde hacía días, parecían adelantarse a todos sus movimientos. Martín, sin embargo, apenas miraba hacia la entrada. Observaba a Beltrán con una mezcla de impaciencia y desconfianza, porque aquel hombre conocía el nombre de su abuelo, había trabajado con él muchos años atrás y acababa de aparecer en el único lugar donde todavía creían estar a salvo.

—Decís que conocisteis a mi abuelo, pero todavía no me habéis explicado por qué alguien estaría dispuesto a mataros por una página —dijo Martín, procurando mantener la voz serena—. Y tampoco habéis explicado por qué esa página parece tener más importancia que el pergamino entero.

Beltrán levantó lentamente la cabeza. El esfuerzo le hizo cerrar los ojos durante unos instantes, como si necesitara reunir fuerzas no solo para hablar, sino también para decidir cuánto podía revelarles. Cuando volvió a mirar a Martín, no encontró en él la expresión de reconocimiento que quizá había esperado, sino la cautela de quien ha aprendido que las verdades tardan en

distinguirse de las mentiras, sobre todo cuando quienes las cuentan tienen algo que perder.

—Porque el pergamino no estaba completo cuando llegó a mis manos —respondió—. Tu abuelo lo sabía y por eso nunca permitió que nadie lo leyera entero. Lo que habéis visto es una parte de una historia que otros quisieron dejar escrita, pero la última página no contaba lo que ocurrió después. Contaba quién había tomado la decisión y por qué.

—¿Qué decisión?

Beltrán dirigió la mirada hacia Lope, que seguía junto a la entrada. Fue un movimiento breve, casi involuntario, pero Martín lo advirtió y también advirtió que Lope había dejado de mirar hacia el pasadizo para atender a la conversación. Durante un momento ninguno de los dos habló. Aritza terminó de ajustar el vendaje y se apartó un poco, dejando espacio al herido, aunque sin alejarse lo suficiente como para no poder sujetarlo si volvía a perder el conocimiento.

—La de entregar Gasteiz —dijo finalmente Beltrán—. No la de rendir una fortaleza después de una batalla, ni la de abrir las puertas cuando un ejército ya está a las afueras. Hablo de algo que comenzó mucho antes de que los hombres del rey de Navarra llegaran a reclamar la villa, cuando algunos comprendieron que aquella colina valía más por los caminos que dominaba que por las casas levantadas sobre ella.

Martín sintió que las palabras se le quedaban dentro, inmóviles y pesadas. Había crecido oyendo hablar de la ciudad, de sus murallas, de las familias que habían vivido allí antes de que los nuevos señores cambiaran sus costumbres y sus obligaciones, pero jamás había imaginado que la historia de su propia familia pudiera encontrarse ligada a una decisión semejante. Miró a Lope, esperando una negativa, una explicación o siquiera

un gesto que le permitiera comprender si aquel hombre conocía ya la respuesta. Lope no hizo ninguna de las tres cosas.

—Mi abuelo no habría entregado la ciudad a escondidas —dijo Martín.

—Tal vez no —contestó Beltrán—. Pero una cosa es entregar una ciudad y otra impedir que la destruyan quienes dicen venir a salvarla. A veces, muchacho, los hombres toman decisiones que después no pueden explicar sin condenarse a sí mismos.

La respuesta irritó a Martín más de lo que habría hecho una acusación directa. Le pareció una de esas frases con las que los viejos intentaban convertir sus errores en sacrificios y sus silencios en una forma de prudencia. Estuvo a punto de exigirle que dejara de hablar en rodeos, pero Aritza se incorporó y le pidió que esperara. Había encontrado algo bajo el borde del vendaje, una pequeña bolsa de cuero que Beltrán llevaba sujeta a la cintura y que el golpe, o quizá la mano de quien lo había registrado, había dejado medio oculta entre los pliegues de la ropa.

—Esto no te lo quitaron —observó, mostrándosela.

Beltrán miró la bolsa y palideció. Por primera vez desde su llegada, el miedo que reflejaba su rostro no parecía relacionado con la herida.

—No la abráis aquí.

—Si contiene algo que pueda ayudarnos, la abriremos —dijo Lope, acercándose al grupo—. Y si es lo que imagino, ya es demasiado tarde para seguir fingiendo que no existe.

Martín volvió la cabeza hacia él con brusquedad. Aquella seguridad le resultó intolerable, porque Lope hablaba como alguien que conocía el contenido de la bolsa antes de haberla

visto, y la expresión de Beltrán no hizo sino confirmar que entre ambos existía una parte de la historia a la que él todavía no tenía acceso.

—¿Qué es lo que imaginas? —preguntó.

Lope no respondió de inmediato. Miró a Aritza, y en aquel intercambio silencioso hubo una advertencia que Martín no supo interpretar; después se arrodilló junto a Beltrán y dejó la bolsa sobre una piedra plana, a la luz débil que entraba por una grieta del techo. No contenía oro ni una joya, como Martín había llegado a sospechar, sino una llave pequeña, ennegrecida por los años, y un trozo de pergamino doblado tantas veces que los pliegues amenazaban con deshacerlo. En uno de sus extremos se distinguía la misma marca que habían encontrado en el pasado: tres líneas convergentes, trazadas con una mano firme, junto a un signo que podía ser una letra o una señal de orientación.

—La última página no era la única copia —murmuró Beltrán—. Tu abuelo mandó conservar una parte del registro en otro lugar, por si alguien encontraba el pergamino y pretendía utilizarlo para reescribir lo sucedido. La página que se han llevado contiene los nombres. Esto solo indica dónde buscar el resto.

Martín acercó la mano al fragmento, pero se detuvo antes de tocarlo. La llave le resultaba familiar, aunque no podía explicar por qué. Recordó haber visto una semejante entre las herramientas que su padre guardaba en un arcón, muchos años atrás, cuando todavía era demasiado joven para comprender que los objetos más corrientes podían ocultar historias que nadie deseaba contar. Recordaba también que su padre había cerrado aquel arcón con una seriedad extraña y le había dicho que algunas cosas no se perdían por olvidarlas, sino por dejar que otros decidieran cuándo debían ser recordadas.

—¿Dónde está el resto? —preguntó.

—Al norte —respondió Beltrán—, más allá de las casas y de los caminos que conocéis. Tu abuelo eligió un lugar donde nadie pensaría buscar un documento, porque todos buscarían allí otra cosa. Pero no puedo deciros más hasta saber quién se llevó la página y si trabaja para los hombres que nos persiguen o para alguien que lleva mucho tiempo sentado a la mesa de los que gobiernan.

—¿No lo sabéis? —preguntó Aritza.

Beltrán negó lentamente con la cabeza.

—Vi su rostro, pero apenas durante un instante. Llevaba la capucha levantada y conocía mi nombre. Eso fue lo que me hizo comprender que no había encontrado la página por casualidad. Me dijo que la ciudad ya había pagado bastante por los errores de los muertos y que había llegado la hora de terminar con lo que tu abuelo dejó sin resolver. Después me preguntó si todavía conservaba la llave. Cuando comprendió que no iba a entregársela, me atacó.

Martín sintió que algo se quebraba en su interior, no porque creyera que Beltrán mentía, sino porque empezaba a comprender que las preguntas que lo habían llevado hasta allí podían no tener una respuesta capaz de devolverle la tranquilidad. Su abuelo había dejado algo sin resolver, su padre había guardado silencios que ahora adquirirían un significado distinto y Lope parecía haber conocido desde el principio una parte de aquella historia. Quizá la desconfianza que había nacido entre ellos no se debía únicamente a las cosas que Lope le había ocultado, sino también a que Martín había confundido durante demasiado tiempo la amistad con el derecho a conocerlo todo.

Se volvió hacia él.

—Tú sabías que mi abuelo estaba relacionado con esto.

Lope sostuvo su mirada. No intentó negarlo, pero tampoco aceptó de inmediato la acusación.

—Sabía que había hombres que seguían buscando algo que él había protegido. No sabía que Beltrán seguía vivo ni que la página había llegado hasta él. Y no sabía qué contenía el registro completo.

—Siempre sabes lo suficiente para llevarnos hasta la siguiente puerta, pero nunca lo bastante para decirnos qué encontraremos al abrirla.

—Porque no todas las puertas conducen a un lugar del que se pueda regresar siendo el mismo.

—Eso no te da derecho a decidir por mí.

Lope bajó la vista un instante, y Martín comprendió que había encontrado una herida más antigua que aquella discusión. Aritza se mantuvo apartada, sin intervenir, aunque su expresión cambió cuando Lope volvió a mirar al joven. Entre ellos había una confianza que no necesitaba palabras, pero también una preocupación que ninguno parecía dispuesto a reconocer ante los demás.

—Tu padre me pidió que te mantuviera lejos de esto —dijo Lope al fin—. No porque te creyera incapaz de comprenderlo, sino porque sabía que, cuando conocieras la verdad, no podrías dejarla atrás.

Martín sintió que el aire de la galería se volvía más frío.

—¿Cuándo hablaste con mi padre?

Lope abrió la boca, pero antes de que pudiera contestar, Beltrán levantó una mano temblorosa y señaló la entrada oculta. Desde el otro lado llegó un ruido apenas perceptible, el roce de una suela contra la piedra, seguido de una pausa demasiado

larga para pertenecer a alguien que caminara sin saber adónde iba.

Aritza apagó la pequeña lámpara. La oscuridad los envolvió y, durante unos segundos, solo se oyó la respiración fatigada de Beltrán. Martín se inclinó para recoger la llave, mientras Lope se situaba delante de la entrada y buscaba a tientas el punto donde la pared ocultaba una estrecha hendidura. Al otro lado, alguien golpeó una vez la piedra, con suavidad, como si no quisiera despertar a quienes se encontraban dentro.

Después una voz pronunció el nombre de Beltrán.

No era la voz de un perseguidor que exigiera la rendición de un fugitivo, ni la de un desconocido que tratara de abrirse paso mediante amenazas. Era una voz tranquila, familiar para el herido, que parecía haber llegado desde un tiempo en el que todavía era posible sentarse junto al fuego y hablar de los muertos sin temer que estos regresaran convertidos en acusaciones.

Beltrán cerró los ojos.

—No puede ser —susurró.

Martín apretó la llave en la mano y miró a Lope, pero esta vez no encontró en su rostro la sorpresa que había esperado. Encontró algo peor: el reconocimiento de quien acaba de comprender que el pasado, después de tantos años oculto bajo la piedra, ha conseguido finalmente alcanzarlos.

Y entonces, desde el otro lado de la entrada, la voz volvió a hablar.

—Beltrán, sé que estás ahí. He venido a buscar la llave, pero también he venido a deciros quién arrancó la última página.

Nadie se movió. En la oscuridad, Martín comprendió que todavía no sabía cuál de las dos cosas debía temer más: que

aquella persona conociera la verdad o que hubiera tardado tantos años en decidirse a contarla.

Durante unos instantes, nadie se atrevió a responder. La voz había pronunciado el nombre de Beltrán con una familiaridad que no encajaba con la amenaza que pesaba sobre ellos, y Martín, todavía con la pequeña llave apretada en la mano, observó cómo el rostro del herido se transformaba bajo la escasa luz que se filtraba por las grietas de la galería. No era solo miedo lo que veía en él, sino algo más antiguo, una mezcla de vergüenza y reconocimiento que le hizo pensar que aquel encuentro había sido esperado durante mucho tiempo, aunque quizá no de aquella manera. Lope permanecía junto a la entrada oculta, con una mano apoyada en la piedra y la otra cerca del cuchillo que llevaba al cinto. Aritza, por su parte, se había colocado junto a Beltrán para impedir que intentara levantarse, pues la tensión le había hecho olvidar por un momento la gravedad de su herida.

—¿Quién eres? —preguntó Lope, sin elevar la voz.

Al otro lado hubo un silencio breve. Después se oyó el roce de una mano contra la pared, como si el desconocido buscara a tientas una señal que solo él conocía.

—Alguien que llegó demasiado tarde la primera vez —respondió—. No pienso cometer el mismo error.

Beltrán dejó escapar un suspiro que terminó convertido en una tos dolorosa. Martín se agachó a su lado y le sujetó el hombro, pero el anciano apartó la mano con un movimiento débil y desesperado.

—No abras, muchacho. No sabes quién está ahí.

—Entonces será mejor que me lo expliquéis de una vez.

—No puedo.

—¿No puedes o no quieres?

Beltrán no contestó. Aquel silencio terminó de agotar la paciencia de Martín, que se incorporó y se dirigió hacia Lope. Había pasado demasiados días escuchando advertencias sin nombres, descubriendo rastros cuyo origen nadie quería explicar y aceptando que otros decidieran qué partes de su propia historia estaba preparado para conocer. Ya no estaba dispuesto a seguir caminando a ciegas por los secretos de su familia.

—Abre la entrada —dijo—. Si quien está al otro lado conoce a Beltrán y sabe lo que buscamos, quiero escucharlo de su propia boca.

Lope negó despacio.

—No se trata de confiar en él. Se trata de saber si podemos permitirnos que nos encuentre aquí.

—Ya nos ha encontrado.

La respuesta pareció convencerlo, aunque no del todo. Lope tanteó la pared hasta encontrar una pequeña protuberancia y presionó con el pulgar. Una sección de piedra cedió apenas lo suficiente para que se oyera un chasquido en el interior del muro. Después empujó con el hombro y la losa se desplazó lentamente, dejando al descubierto una abertura estrecha por la que entró una corriente de aire frío. El hombre que aguardaba al otro lado no llevaba antorcha. La claridad gris de la mañana iluminaba su rostro de manera irregular, dibujando las arrugas de la frente y la barba entrecana que le cubría las mejillas. Vestía una capa oscura, manchada de barro en el borde, y tenía una herida reciente junto a la oreja.

Martín no lo conocía, pero advirtió que Lope había pali-decido.

—García —murmuró este.

El recién llegado inclinó la cabeza, sin apartar los ojos de Beltrán.

—Veo que todavía conservas la costumbre de pronunciar mi nombre como si fuera una acusación.

—Después de tantos años, no esperaba encontrarte aquí.

—Eso mismo podría decirte yo.

García cruzó el umbral sin pedir permiso. No parecía un hombre acostumbrado a imponerse por la fuerza, pero se movía con la seguridad de quien sabe que los demás tienen más motivos para temer lo que trae consigo que para impedirle el paso. Al llegar junto a Beltrán se arrodilló y observó el vendaje, sin tocarlo. Durante unos segundos ninguno de los dos habló. A Martín le llamó la atención que García no preguntara quién había herido al anciano ni cuánto tiempo le quedaba antes de necesitar ayuda. Lo miraba como se mira a alguien con quien se ha compartido una culpa, y no una simple desgracia.

—Te dije que no volvieras a buscarme —dijo Beltrán.

—Y yo te dije que no podías guardar aquello para siempre.

—No lo he guardado para mí.

—Eso es precisamente lo que me preocupa.

García se incorporó y dirigió por fin la mirada hacia Martín. Cuando reparó en la llave que este sostenía, su expresión cambió. No fue una sorpresa abierta, sino una contracción casi imperceptible alrededor de los ojos, suficiente para que Martín cerrara los dedos sobre el metal.

—Así que la tienes tú —dijo García.

—¿Sabes qué abre?

—Sé lo que puede abrir y sé lo que ocurrirá si la utilizáis sin comprender lo que hay detrás de esa puerta. Tu abuelo también lo sabía, aunque al final decidió que el silencio era preferible a la verdad.

Martín dio un paso hacia él.

—Todo el mundo parece conocer a mi abuelo mejor que yo. Todos habláis de sus decisiones, de sus temores y de lo que dejó sin terminar, pero ninguno se atreve a decirme qué hizo realmente.

García sostuvo su mirada y, por primera vez desde que había entrado, pareció considerar al joven no como un obstáculo, sino como alguien cuya presencia podía cambiar el rumbo de aquella conversación.

—Tu abuelo no traicionó a Gasteiz, si eso es lo que quieres saber. Pero tampoco fue el hombre intachable que quizá te contaron. Cuando los navarros comenzaron a extender su autoridad sobre estas tierras, algunos habitantes de la villa comprendieron que resistirse sin aliados podía conducir a una matanza. Otros pensaron que aceptar las nuevas condiciones era la única manera de conservar sus casas, sus campos y sus vidas. Tu abuelo se encontró entre ambos grupos, y durante un tiempo creyó que podría evitar que la disputa terminara enfrentando a vecinos contra vecinos.

—¿Y lo consiguió?

García miró hacia la abertura que acababa de cruzar.

—Consiguió que la ciudad sobreviviera. No consiguió que todos sobrevivieran con ella.

La frase quedó suspendida en la galería. Martín pensó en los nombres que aún desconocía, en las familias que habrían

desaparecido de las calles sin dejar más rastro que una casa cerrada o una tierra abandonada, y en la posibilidad de que la historia que su abuelo había ocultado no tratara únicamente de una negociación política, sino también de personas entregadas a cambio de otras. Antes de que pudiera preguntar, Aritza intervino.

—Has dicho que sabes quién arrancó la última página. ¿Quién fue?

García se volvió hacia ella y después miró a Lope. La cautela con la que eligió las palabras hizo comprender a Martín que no se trataba de una respuesta sencilla.

—El hombre que se llevó la página no actuaba por cuenta propia. Recibió instrucciones de alguien que necesitaba que desaparecieran los nombres escritos en ella. Si los hubiera destruido, el asunto habría terminado. Pero no lo hizo. Se llevó la página porque esperaba encontrar algo que todavía no había conseguido localizar.

—¿Qué cosa? —preguntó Lope.

—El nombre del hombre que abrió la antigua entrada al norte la noche en que desaparecieron los primeros documentos.

Lope bajó la mirada. García lo vio y no insistió, aunque aquel gesto bastó para despertar de nuevo las sospechas de Martín. El nombre de su amigo aparecía una y otra vez en los márgenes de aquella historia, siempre cerca de una verdad que parecía conocer a medias. Martín recordó la conversación interrumpida y la confesión de que su padre había pedido a Lope que lo mantuviera alejado de todo aquello.

—¿Qué ocurrió aquella noche? —preguntó.

García se quitó los guantes lentamente. Tenía las manos marcadas por cicatrices antiguas, una de ellas tan profunda que

le deformaba el nudillo del índice. Después se acercó a la pared y apoyó la palma sobre la piedra, como si necesitara recuperar el recuerdo a través de su contacto.

—Alguien abrió la entrada desde dentro. Los hombres que entraron conocían los turnos de vigilancia y sabían qué puertas no debían tocar para no despertar a los vecinos. No venían a conquistar la villa ni a robar sus almacenes. Buscaban una caja que tu abuelo había escondido antes de que comenzaran las negociaciones con Navarra. Encontraron los primeros documentos, mataron a uno de los guardianes y se marcharon convencidos de haber obtenido cuanto necesitaban. Pero tu abuelo había dividido el registro en varias partes. La caja contenía las pruebas de los acuerdos; la última página, los nombres de quienes habían participado en ellos. Y lo que falta todavía, si Beltrán no se equivoca, contiene algo que puede demostrar quién ordenó aquella entrada.

—¿Y quién la abrió? —insistió Martín.

García no respondió enseguida. Miró a Lope con una tristeza que no parecía fingida y después volvió los ojos hacia Beltrán, que había cerrado los suyos, exhausto. Fue entonces cuando Martín comprendió que los dos ancianos no estaban discutiendo sobre una sospecha, sino sobre una verdad que uno de ellos había intentado mantener enterrada.

—La abrió tu padre —dijo García.

Martín sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies, aunque no se movió. Durante un instante, el rostro de su padre, tal como lo recordaba de niño, se superpuso a la imagen del hombre del que acababa de hablar García: un hombre capaz de abrir una puerta para que entraran desconocidos, capaz de arriesgar la vida de sus vecinos y de guardar después silencio durante años. Quiso rechazar aquellas palabras, exigir una prueba, acusar a García de mentir. Pero recordó la llave del arcón, las

conversaciones que cesaban cuando él entraba en una habitación y la forma en que Lope había pronunciado aquella mañana la petición de su padre, como si llevara mucho tiempo esperando que llegara el momento de cumplirla.

—Mi padre murió cuando yo era joven —dijo finalmente—. No puede defenderse de lo que estás diciendo.

—Precisamente por eso debes desconfiar de quienes hablan en su nombre —respondió García—. Yo no he venido a condenarlo. He venido porque fui uno de los hombres que lo ayudaron aquella noche, aunque no supe lo que pretendía hasta que ya era demasiado tarde.

Beltrán abrió los ojos.

—No fue así —murmuró—. Tú llegaste después.

—Llegué después de que abrieran la entrada, pero antes de que se llevaran la caja. Vi lo que había dentro y comprendí que aquellos documentos podían destruir a más de una familia. Tu abuelo me pidió que los escondiera. Tu padre me pidió que los devolviera. Y yo cometí el error de creer que ambos querían lo mismo.

Martín se volvió hacia Lope. Su amigo había permanecido inmóvil, con el rostro tenso y las manos abiertas a los costados. No parecía sorprendido por la acusación contra el padre de Martín, pero sí por la forma en que García había descrito aquella noche. Aquello le hizo sospechar que Lope no conocía toda la historia, aunque quizá llevaba años intentando reunir sus fragmentos.

—¿Tú sabías que mi padre había abierto la entrada? —preguntó.

Lope tardó demasiado en contestar.

—Sabía que había algo que tu padre había hecho para proteger a alguien. Nunca supe a quién ni a qué precio. Cuando murió, me hizo prometer que, si algún día encontrabas la llave, no permitiría que la utilizaras hasta conocer la verdad.

—Y decidiste que era mejor ocultármelo todo.

—Decidí que no quería verte perseguido por los mismos hombres que acabaron con él.

Martín sintió rabia, pero también una tristeza que le resultó más difícil de soportar. Había creído que la amistad consistía en caminar juntos incluso cuando el camino se volvía peligroso. Ahora descubría que Lope había caminado a su lado durante años, guardando una promesa que le impedía confiar plenamente en él. No sabía si aquello lo convertía en un amigo leal o en otro hombre dispuesto a decidir qué verdades merecía conocer.

García interrumpió el silencio antes de que Martín pudiera responder.

—No tenemos tiempo para resolver ahora lo que ocurrió hace tantos años. Los hombres que buscan la página saben que Beltrán ha llegado hasta aquí, y es probable que conozcan esta entrada. Debemos abandonar la galería antes de que regresen.

—¿Adónde iremos? —preguntó Aritza.

García miró la llave que Martín sostenía.

—Al lugar donde tu abuelo guardó la última parte del registro. Pero antes debemos averiguar si la marca de esa llave corresponde a la puerta que creo. Si me equivoco, habremos perdido el tiempo; si tengo razón, quizá encontremos allí la prueba que nos falta.

—¿Y qué encontraremos además de la prueba? —preguntó Martín.

García se acercó a él. Su voz descendió hasta convertirse casi en un susurro.

—Una razón para comprender por qué tu padre aceptó cargar con la culpa de aquella noche. Porque, muchacho, si lo que Beltrán y yo recordamos es cierto, tu padre no abrió la entrada para entregar Gasteiz a sus enemigos. La abrió para sacar de la ciudad a alguien a quien los hombres de tu abuelo habían condenado a muerte.

Martín quiso preguntar quién era aquella persona, pero García ya se había vuelto hacia la salida. Lope recogió la bolsa de cuero y ayudó a Aritza a preparar el traslado de Beltrán, mientras el herido, con la mirada perdida en la oscuridad de la galería, repetía unas palabras que nadie parecía dispuesto a escuchar.

—No debió salvarlo —murmuró—. Si hubiera muerto aquella noche, nada de esto habría ocurrido.

Martín se acercó para oírlo mejor, pero Beltrán cerró los ojos y no volvió a hablar.

En algún lugar, más allá de la piedra, sonaron tres golpes secos. No procedían de la entrada por la que había llegado García, sino de otro punto de la antigua galería, hacia el norte, donde el pasadizo se estrechaba hasta desaparecer entre raíces y tierra compactada. García se quedó inmóvil. Lope desenfundó el cuchillo y Aritza se inclinó sobre Beltrán para evitar que intentara levantarse.

Los golpes se repitieron, esta vez más cerca.

García miró a Martín y después a la llave.

—Ya han encontrado la otra entrada.

Martín cerró los dedos sobre el metal, comprendiendo que la historia de su padre acababa de convertirse en algo más que un recuerdo familiar. Alguien seguía dispuesto a matar para

impedir que saliera a la luz, y aquel hombre, quienquiera que fuese, estaba ahora al otro lado de la piedra.

Y esta vez no habían venido a pedir que les abrieran.

XXXIX

Los tres golpes volvieron a resonar en la oscuridad, esta vez acompañados por un crujido prolongado que parecía proceder de las entrañas mismas de la colina. García fue el primero en reaccionar. Se acercó a la pared septentrional y apartó con el pie unas piedras sueltas que cubrían una hendidura casi invisible, mientras Lope ayudaba a Aritza a levantar a Beltrán. El anciano apenas podía sostenerse en pie, y cada movimiento le arrancaba una mueca de dolor que intentaba disimular sin conseguirlo. Martín guardó la llave bajo la túnica y buscó con la mirada algún lugar donde pudieran ocultarse, pero la galería se estrechaba hacia el norte hasta convertirse en un corredor bajo, cuyas paredes estaban cubiertas de raíces y de tierra húmeda.

—Por aquí —indicó García—. No os separéis y procurad no tocar las paredes. La tierra está suelta y algunas partes del techo llevan años sosteniéndose por pura casualidad.

—¿Adónde conduce? —preguntó Martín.

—A una salida que tu abuelo utilizaba antes de que se levantaran las defensas que hoy conocéis. No era una puerta para escapar de un asedio, sino un paso para entrar y salir sin que nadie reparase en ello. Los hombres que lo construyeron sabían que, tarde o temprano, alguien intentaría cerrar todos los caminos de acceso a la villa. Por eso dejaron uno que no parecía un camino.

Martín quiso preguntarle cómo conocía García aquel lugar, pero los golpes volvieron a sonar detrás de ellos y comprendió que tendrían que conformarse, por el momento, con las respuestas que pudieran obtener sin poner en peligro sus vidas. Lope pasó un brazo de Beltrán sobre sus hombros y comenzó a

avanzar, mientras Aritza sostenía al herido por el otro lado. Martín cerraba la marcha, atento a la oscuridad que dejaban atrás y al roce de las botas sobre la tierra. A medida que se alejaban de la entrada, el aire se hacía más frío y adquiría un olor vegetal que le recordó los bosques del norte, donde las raíces de las hayas levantaban la tierra y los viejos robles parecían guardar bajo su corteza recuerdos más antiguos que los de cualquier familia.

El corredor desembocó en una cámara natural de techo bajo. Allí, una grieta permitía distinguir la claridad incierta de la mañana, y junto a ella había una abertura cubierta por ramas secas y piedras. García apartó el ramaje y salió al exterior. Los demás lo siguieron, uno tras otro, hasta encontrarse en una hondonada protegida por matorrales, a cierta distancia de las casas que se extendían al pie de Gasteiz. Desde allí podían distinguir la silueta de la villa sobre la única colina, con sus tejados todavía envueltos en la niebla y las primeras humaredas elevándose sobre las viviendas. La ciudad parecía tranquila, pero Martín sabía que aquella calma podía quebrarse en cuanto alguien decidiera convertir los secretos de sus habitantes en armas.

García les indicó que se refugiaron junto a un grupo de robles. Desde allí se veía el camino que conducía hacia el norte y una parte de las tierras que se extendían más allá de los campos cultivados. Nadie los había seguido, al menos de momento. Lope acomodó a Beltrán contra el tronco de un árbol y Aritza examinó de nuevo su herida, que había comenzado a sangrar a través del vendaje. Martín permaneció de pie, con la mirada fija en García, esperando que el hombre cumpliera por fin su promesa.

—Has dicho que mi padre salvó a alguien aquella noche —dijo—. Quiero saber a quién.

García se sentó sobre una raíz y se frotó las manos, entumecidas por el frío. Durante un momento pareció buscar una

manera de comenzar que no agravara el dolor de Martín, pero finalmente comprendió que cualquier demora sería interpretada como otro intento de ocultarle la verdad.

—A tu padre le encargaron vigilar la entrada norte porque conocía aquellos pasos mejor que nadie. La noche de la que hablamos, recibió la orden de impedir que un hombre abandonara la villa. No debía matarlo personalmente; bastaba con cerrar el paso y avisar a quienes aguardaban en el exterior. Pero cuando llegó el momento, tu padre descubrió que aquel hombre llevaba consigo documentos que podían demostrar que varios de los principales vecinos habían negociado en secreto con los representantes del rey de Navarra. Entre ellos había quienes pretendían evitar una matanza y quienes habían aprovechado las negociaciones para asegurarse tierras y privilegios. La diferencia no siempre era fácil de distinguir, porque los mismos hombres que hablaban de proteger a sus familias estaban dispuestos a sacrificar las de otros.

—¿Y el hombre que huyó?

—Era el único que podía demostrar quién había convertido aquellas negociaciones en una lista de condenados. Tu padre lo dejó pasar y se quedó con una copia de los documentos. Después mintió a quienes le habían dado la orden, asegurando que el fugitivo había muerto antes de alcanzar el camino.

Martín bajó la mirada hacia la llave que llevaba oculta bajo la túnica. Comprendía ahora por qué su padre había querido mantenerlo lejos de aquella historia, pero todavía no entendía cómo aquel gesto podía haber provocado una persecución que continuaba tantos años después.

—¿Quién era ese hombre?

García miró a Beltrán. El anciano tenía los ojos abiertos y parecía haber recuperado algo de lucidez, aunque su respiración seguía siendo irregular.

—Era tu abuelo —respondió finalmente.

Martín se quedó inmóvil. Durante toda su vida había imaginado a su abuelo como un hombre de decisiones firmes, alguien que había conocido el miedo de su tiempo sin permitir que este gobernara sus actos. Ahora descubría que había huido de su propia ciudad y que su padre había arriesgado la vida para protegerlo. No sabía qué parte de aquella historia debía considerar una muestra de valor y cuál una prueba de cobardía, pero comenzaba a sospechar que la verdad no le permitiría conservar intacta ninguna de las imágenes que había heredado.

—Entonces, ¿mi abuelo era el hombre al que querían matar?

—Sí —dijo García—. Pero no porque hubiese traicionado a Gasteiz. Lo querían muerto porque había cambiado de opinión cuando comprendió lo que algunos pretendían hacer con los acuerdos. Había aceptado negociar para evitar una guerra que la villa no podía ganar, pero se negó a entregar los nombres de quienes habían permanecido fieles a sus vecinos. Cuando descubrió que otros pensaban utilizar aquellas listas para eliminar a sus rivales, decidió llevarse los documentos y hacerlos desaparecer. No todos los hombres que negociaron con Navarra eran traidores, Martín, pero hubo quienes aprendieron a utilizar la palabra lealtad para encubrir sus ambiciones.

—¿Y la última página?

—Contenía los nombres de quienes habían ordenado las condenas y de los hombres que debían ejecutarlas. Tu padre consiguió conservar una parte del registro, pero nunca encontró la última página. Tu abuelo creía que había sido destruida. Beltrán, en cambio, siempre sospechó que alguien la había guardado para utilizarla cuando llegara el momento oportuno.

Martín se volvió hacia el herido. Beltrán había escuchado en silencio, con el rostro tenso, como si cada palabra de García le obligara a enfrentarse a algo que había intentado olvidar.

—¿Es cierto? —preguntó Martín—. ¿Mi abuelo huyó de Gasteiz y mi padre lo ayudó?

Beltrán tardó en responder.

—Tu padre lo ayudó, sí. Pero tu abuelo no huyó para salvarse. Se marchó porque comprendió que, si permanecía en la villa, los hombres que buscaban los documentos terminarían encontrándolo y utilizando su muerte para justificar una nueva matanza. Creía que podía alejar el peligro de los demás, aunque no comprendió que el silencio también tiene consecuencias. Cuando regresó, muchos años después, ya no pudo reparar todo lo que había ocurrido.

Martín sintió que una parte de su desconfianza se desplazaba hacia un lugar distinto. Había culpado a Lope por ocultarle la verdad, pero empezaba a comprender que aquella historia estaba construida sobre una cadena de decisiones tomadas por hombres que habían creído proteger a otros. Su padre había mentido para salvar a su abuelo; su abuelo había guardado silencio para proteger la ciudad; Beltrán había conservado un fragmento del registro sin atreverse a revelar su contenido. Cada uno había dejado a los siguientes una herencia incompleta, y ahora él debía decidir qué hacer con ella.

—¿Dónde está la última parte del registro? —preguntó.

García señaló el norte, hacia las tierras que se elevaban gradualmente en dirección a los bosques.

—En un lugar que tu abuelo conocía desde niño. Allí guardó lo que no podía llevar consigo cuando abandonó la villa. Si la página que han robado contiene los nombres, el documento que buscamos contiene las pruebas de lo que hicieron. Sin él,

siempre habrá quien pueda afirmar que los muertos fueron traidores y que quienes los condenaron actuaron en nombre de la ciudad.

—¿Y por qué no fuisteis a buscarlo antes?

García aceptó la pregunta sin defenderse.

—Porque tuve miedo. Porque creí que, si dejábamos que el tiempo borrara aquellos nombres, también borraría el peligro. Me equivoqué. Los hombres que hoy nos persiguen no quieren conocer la verdad; quieren decidir qué verdad podrán contar sus hijos. Y mientras sigamos callando, tendrán la libertad de hacerlo.

Un ruido de cascos interrumpió la conversación. Al otro lado de los robles, dos jinetes avanzaban por el camino hacia Gasteiz. No llevaban insignias visibles, pero sus caballos estaban bien cuidados y ambos vestían capas de buena calidad, demasiado limpias para quienes hubieran pasado la noche cabalgando por aquellos caminos. Uno de ellos se detuvo cerca de la hondonada y examinó el terreno. El otro continuó unos pasos más antes de volverse hacia su compañero.

García se incorporó lentamente.

—Nos han encontrado.

Lope ayudó a Beltrán a ponerse en pie, mientras Aritza recogía la bolsa de cuero y se la entregaba a Martín. Los jinetes todavía no los habían visto, pero el que permanecía junto al camino desmontó y se dirigió hacia los robles, siguiendo unas huellas recientes que la humedad había dejado marcadas en la tierra.

Martín miró a García.

—Si llegamos hasta ese lugar, ¿podremos demostrar lo que ocurrió?

—Si el registro sigue allí, sí.

—¿Y si no está?

García tardó un instante en responder.

—Entonces tendremos que decidir si estamos dispuestos a contar la verdad sin poder demostrarla.

Martín volvió la mirada hacia Gasteiz. Desde aquella distancia, la villa parecía ajena a lo que estaba sucediendo en sus alrededores. La gente comenzaba su jornada, los campesinos salían hacia los campos y los comerciantes preparaban sus puestos sin saber que, bajo la tierra que pisaban, se escondía una historia capaz de cambiar la memoria de sus familias. Comprendió que no luchaba solamente por su padre o por su abuelo, ni siquiera por la verdad sobre una antigua traición. Luchaba para que nadie pudiera apropiarse de la historia de la ciudad y utilizarla para justificar nuevas injusticias.

—Entonces iremos al norte —dijo—. Pero esta vez no dejaremos que nadie decida por nosotros qué debemos saber.

Lope lo miró con una mezcla de preocupación y respeto. No intentó detenerlo ni recordarle la promesa que había hecho a su padre. Se limitó a asentir y a colocarse junto a él, mientras García buscaba entre los árboles un sendero que les permitiera abandonar la hondonada sin cruzarse con los jinetes.

Cuando comenzaron a avanzar, Martín volvió la cabeza una última vez hacia la colina. No sabía qué encontrarían más allá de los bosques ni si la verdad que buscaban sería suficiente para detener a quienes los perseguían. Pero por primera vez desde que había descubierto el pergamino, dejó de sentir que caminaba siguiendo los pasos de otros hombres. La decisión era suya, y también lo sería el precio que tuviera que pagar por ella.

A sus espaldas, uno de los jinetes encontró la entrada a la hondonada y se agachó para examinar las huellas. Después se incorporó, miró hacia el norte y silbó dos veces.

Desde algún lugar entre los árboles llegó una respuesta.

XL

El silbido que llegó desde el bosque no se repitió, pero bastó para que García abandonara el sendero por el que avanzaban y condujera al grupo hacia una zona de terreno quebrado, donde las raíces de los robles sobresalían entre las piedras y la maleza dificultaba el paso. No explicó adónde se dirigían; se limitó a pedirles que evitaran las ramas secas y que no se detuvieran hasta alcanzar una pequeña elevación desde la que podrían distinguir el camino sin quedar expuestos a la vista de quienes lo recorrían. Beltrán avanzaba cada vez con mayor dificultad, apoyándose alternativamente en Lope y Aritza, mientras Martín caminaba junto a García, tratando de reconocer en el paisaje alguna señal que le permitiera comprender por qué su abuelo había elegido precisamente aquellas tierras para ocultar los documentos. Hacia el norte, las laderas se oscurecían bajo los bosques, y una neblina tenue cubría las vaguadas por las que descendían pequeños arroyos. El aire olía a hojas húmedas y a tierra removida. Martín había escuchado desde niño relatos sobre los montes donde los pastores aseguraban haber visto luces entre los árboles y sobre las cuevas en las que nadie entraba sin una razón que pudiera explicar a los demás. Nunca había concedido demasiada importancia a aquellas historias, pero aquella mañana, mientras se internaba en el bosque con una llave antigua y un secreto familiar que amenazaba con destruir cuanto creía saber, le pareció comprender por qué algunos lugares terminaban convirtiéndose en refugios de lo que los hombres no se atrevían a conservar a la luz del día.

García se detuvo junto a una roca cubierta de musgo y señaló una estrecha depresión del terreno.

—Por aquí pasaba un camino antes de que los campos se extendieran hacia el norte. Tu abuelo lo utilizaba cuando era joven, mucho antes de que comenzaran las disputas por la villa. Me habló de él una sola vez, y aun entonces no me dijo adónde conducía. Solo me explicó que, si algún día necesitábamos encontrar lo que había dejado atrás, debíamos buscar una piedra que no tuviera el mismo color que las demás.

Martín examinó las rocas que los rodeaban. Algunas eran grises, otras estaban cubiertas de líquenes amarillentos y varias apenas sobresalían del suelo, deformadas por las raíces que habían crecido a su alrededor. No encontró nada que respondiera a la descripción. García parecía buscar también, aunque con la cautela de quien no estaba seguro de recordar correctamente las palabras de un hombre muerto.

—¿Estás seguro de que era aquí? —preguntó Lope, que había conseguido sentar a Beltrán junto a un tronco caído.

—Estoy seguro de que era en estas tierras. No de que tuviéramos que venir por este camino.

—Eso habría sido conveniente saberlo antes de alejarnos de la ciudad —replicó Lope.

García aceptó el reproche sin responder. Martín advirtió que el cansancio comenzaba a vencerlo y comprendió que, si seguían buscando sin una referencia más precisa, acabarían perdiendo el tiempo hasta que sus perseguidores les cerraran el paso. Se acercó a Beltrán y se arrodilló frente a él.

—Mi abuelo te confió la llave. ¿Te dijo dónde debíamos buscar?

El anciano abrió los ojos y observó el bosque. Durante unos instantes pareció no reconocer el lugar, pero después fijó la mirada en una pequeña hondonada situada al otro lado de la roca.

—No me confió la llave —dijo—. Me pidió que la guardara hasta que alguien viniera a reclamarla. Yo creí que se refería a tu padre. Cuando murió sin pedírmela, pensé que el secreto había muerto con él. Pero hace unas semanas recibí un mensaje. Alguien sabía que yo conservaba la llave y me pidió que la entregara antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Quién te envió ese mensaje?

Beltrán negó con la cabeza.

—No llevaba nombre. Solo una frase que tu abuelo repetía cuando quería advertirme de que no confiara demasiado en mis propias certezas: «La piedra que buscas no señala el camino; señala aquello que el camino dejó atrás».

Martín repitió las palabras en voz baja. Miró la depresión del terreno, las raíces que se extendían hacia ella y las piedras que parecían haber sido desplazadas por el agua. Entonces recordó algo que su abuelo le había enseñado durante una caminata, cuando él todavía era un niño: en los caminos antiguos, los viajeros no siempre buscaban la piedra más alta ni la más visible, sino aquella que parecía fuera de lugar. Una piedra que no pertenecía al terreno podía indicar que alguien había querido ocultar una entrada, tapar una fosa o señalar el límite de una propiedad desaparecida.

Se levantó y caminó hacia la hondonada. Allí, entre dos robles, encontró una piedra alargada de un color rojizo que contrastaba con el gris de las demás. No sobresalía demasiado del suelo, pero la tierra que la rodeaba parecía menos compacta, como si alguien hubiera excavado y vuelto a cubrir el lugar mucho tiempo atrás.

—Creo que es esta.

García se acercó y examinó la superficie. Bajo una capa de musgo encontró tres incisiones paralelas, casi borradas por

la humedad. Martín sacó la llave y la sostuvo junto a las marcas. El pequeño signo grabado en el metal coincidía con el que aparecía en la piedra, aunque ninguno de los dos objetos parecía haber sido fabricado para encajar físicamente con el otro.

Lope se arrodilló y comenzó a retirar la tierra con las manos. Aritza lo ayudó utilizando una rama endurecida, hasta que descubrieron el borde de una losa estrecha. No era una puerta en sentido estricto, sino una tapa de piedra colocada sobre una cavidad poco profunda. García introdujo los dedos en una hendidura y tiró de ella, pero la losa apenas se movió. Entre los tres consiguieron desplazarla lo suficiente para descubrir un pequeño hueco revestido de madera oscurecida por el tiempo.

Dentro había una caja rectangular, cubierta con una piel endurecida y atada con una cuerda que se deshizo al tocarla. Martín la extrajo con cuidado y la colocó sobre la piedra rojiza. El cierre estaba oxidado, pero no necesitó la llave para abrirlo: alguien había forzado la cerradura muchos años atrás y después había vuelto a colocarla en su sitio. Aquel detalle bastó para que García perdiera el color del rostro.

—Alguien estuvo aquí antes que nosotros.

La caja contenía varios documentos envueltos en una tela de lino, una pequeña bolsa con sellos de cera endurecida y un cuaderno cuyas hojas se habían oscurecido en los bordes. Martín desenvolvió el paquete más grande. Reconoció la letra de su abuelo en la primera página, aunque algunas palabras habían quedado borradas por la humedad. No era el registro que esperaba encontrar, sino una relación de nombres, fechas y entregas, escrita con una precisión que parecía impropia de un hombre que hubiera querido olvidar lo sucedido.

García se inclinó sobre el documento y señaló una anotación en el margen.

—Aquí está el acuerdo. Estas son las personas que negociaron con los representantes de Navarra, las cantidades que se entregaron y las condiciones que se aceptaron. Pero falta la última hoja.

Martín revisó los documentos uno por uno. Había cartas sin sello, copias de órdenes y dos declaraciones firmadas por hombres cuyos nombres aparecían también en el pergamino que habían encontrado anteriormente. Entre ellas descubrió una hoja doblada en cuatro, escrita por su padre. Reconoció la letra de inmediato: las mismas líneas firmes, las mismas letras inclinadas y aquella forma peculiar de cerrar las erres que recordaba de las pocas notas que había conservado.

La carta no estaba dirigida a nadie. Era un testimonio, fechado varios años después de la noche en que se abrió la entrada norte.

Martín comenzó a leer en silencio, pero pronto comprendió que necesitaba compartir aquellas palabras con los demás.

«Si alguien encuentra estos documentos, debe saber que no abrí el paso para entregar la villa ni para ayudar a quienes pretendían gobernarla mediante el miedo. Lo hice porque mi padre me pidió que salvara a un hombre cuya muerte habría permitido a otros borrar toda prueba de lo sucedido. Creí que bastaría con dejarlo marchar y conservar los documentos que había reunido, pero me equivoqué. Desde aquella noche he vivido sabiendo que el silencio que debía proteger a los inocentes también ha protegido a quienes los condenaron. No sé si algún día mi hijo comprenderá por qué elegí callar. Solo espero que, cuando lo haga, tenga el valor de juzgar mis actos sin olvidar a aquellos a quienes intenté salvar».

Martín dejó de leer. El bosque parecía haberse quedado inmóvil a su alrededor, y durante un largo momento nadie habló. No había encontrado la confesión de un traidor, sino la de un

hombre que había intentado reparar una injusticia y había terminado atrapado en ella. No podía saber si su padre había tomado todas las decisiones correctas, pero por primera vez comprendía el peso que había llevado consigo hasta la muerte.

Aritza se acercó y apoyó una mano en su hombro, sin decir nada. Lope permaneció a unos pasos, con la mirada fija en la carta. Martín comprendió entonces que su amigo también había cargado con una parte de aquella historia, aunque no supiera toda la verdad, y que su silencio había nacido tanto del miedo como de la promesa hecha a un hombre al que ambos habían querido.

Beltrán, sin embargo, no parecía aliviado. Observaba la caja abierta con una inquietud creciente.

—No está todo —dijo—. Tu padre escribió ese testimonio para que alguien lo encontrara, pero el documento que puede demostrar quién ordenó las condenas no aparece aquí.

García asintió lentamente.

—La última página.

—Sí —respondió Beltrán—. Y ahora sabemos que quien se la llevó conocía este lugar.

Martín volvió a examinar la caja. Bajo el cuaderno encontró una pequeña tira de pergamino que había quedado adherida a la madera. La separó con cuidado y descubrió unas palabras escritas con tinta desvaída: Si falta el último nombre, buscad al que no figura en ninguna lista.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

García se quedó mirando la frase durante unos segundos. Después levantó la cabeza y dirigió una mirada grave hacia Lope.

—Significa que hemos estado buscando a un hombre que quizá nunca tuvo un nombre en los registros de la villa. Alguien que actuó por encargo de los poderosos, que ejecutó sus órdenes y que desapareció antes de que pudieran acusarlo.

Martín guardó la carta de su padre y el pequeño fragmento de pergamino en la bolsa de cuero. Ya no se trataba únicamente de encontrar una página arrancada, sino de descubrir quién había movido los hilos de aquella historia desde las sombras y por qué seguía dispuesto a matar para impedir que saliera a la luz.

Entonces escucharon voces entre los árboles.

No eran los dos jinetes que habían visto cerca de la hondonada. Había más hombres, y avanzaban sin ocultar el ruido de sus pasos. García cerró la caja y la cubrió de nuevo con la tela, mientras Lope ayudaba a Beltrán a levantarse. Aritza recogió los sellos y los documentos restantes, y Martín guardó la llave bajo la túnica.

Antes de abandonar el lugar, miró una última vez la piedra rojiza. Durante años había permanecido allí, soportando las lluvias y el crecimiento de las raíces, mientras los hombres que conocían su secreto envejecían, morían o aprendían a callar. Ahora el pasado había dejado de ser una historia enterrada y comenzaba a exigirles una respuesta.

García señaló una senda estrecha que ascendía entre los robles.

—Si seguimos por ahí, alcanzaremos el camino que lleva hacia las tierras altas. Pero debemos decidir qué haremos cuando encontremos al hombre que buscamos.

Martín apretó contra el pecho la bolsa con los documentos.

—Le preguntaremos por qué mi padre tuvo que salvar a alguien de una muerte ordenada por los hombres que decían proteger Gasteiz. Y le pediremos que responda ante los vivos, no ante los muertos.

Nadie discutió su decisión. Los cuatro comenzaron a ascender entre los árboles, mientras las voces se acercaban a la hondonada y el viento agitaba las copas de los robles. Martín no sabía si la verdad sería suficiente para detener a sus perseguidores, pero había dejado de buscar una respuesta que le permitiera regresar a la vida que conocía. Aquella vida ya no existía. Lo único que podía hacer era llegar hasta el final y averiguar qué habían sacrificado su padre y su abuelo para que la ciudad sobre la colina siguiera en pie.

Y, por primera vez, estaba dispuesto a conocer el precio completo.

XLI

El sendero ascendía entre los robles y las hayas, siguiendo una ladera donde la lluvia había abierto pequeños surcos en la tierra y las piedras aparecían cubiertas de un musgo espeso. García caminaba delante, apartando las ramas que invadían el paso, mientras Martín protegía bajo la túnica la bolsa con los documentos encontrados en la caja. Detrás avanzaban Lope y Aritza, sosteniendo a Beltrán, cuyo estado empeoraba a medida que transcurría la mañana. Nadie hablaba demasiado. Las voces que habían escuchado en la hondonada se habían apagado, pero ninguno creía que sus perseguidores hubieran renunciado a encontrarlos. Martín pensaba en la frase escrita en el fragmento de pergamino: Si falta el último nombre, buscad al que no figura en ninguna lista. Cuanto más la repetía mentalmente, más convencido estaba de que no se refería a un nombre olvidado, sino a un hombre al que alguien había borrado deliberadamente de la historia. Quizá el mismo hombre que había abierto la entrada norte, que había participado en las condenas y que ahora pretendía recuperar las pruebas de sus actos.

Al alcanzar una pequeña explanada, García se detuvo junto a un arroyo. El agua descendía entre las piedras con un murmullo constante y desaparecía bajo las raíces de un haya centenaria. Allí podían descansar unos instantes sin quedar a la vista desde el camino. Aritza ayudó a Beltrán a sentarse y volvió a examinar la herida, mientras Lope se alejaba unos pasos para vigilar la senda. Martín aprovechó la pausa para sacar la carta de su padre y leer de nuevo las últimas líneas. Había una palabra que no conseguía quitarse de la cabeza: salvar. Su padre había afirmado que abrió la entrada para salvar a un hombre, pero no había escrito su nombre. Si lo conocía, ¿por qué lo había

omitido? Y si no lo conocía, ¿cómo podía haber confiado en él hasta el punto de arriesgar su vida?

—Hay algo que no encaja —dijo, mostrando la carta a García—. Mi padre sabía a quién ayudaba. Sin embargo, no dejó su nombre escrito.

García examinó la hoja sin tocarla.

—Quizá no quiso que nadie pudiera identificarlo si los documentos caían en manos equivocadas.

—Eso explicaría que lo ocultara en la carta, pero no que dejara una pista sobre alguien que no figura en ninguna lista.

—Tu abuelo desconfiaba de los registros oficiales. Decía que los hombres poderosos siempre encontraban la manera de escribir su versión de los hechos, pero que rara vez anotaban el nombre de quien había ejecutado sus órdenes. Los escribanos registraban los acuerdos, los mensajeros llevaban las cartas y los testigos firmaban las declaraciones. El hombre que hacía el trabajo sucio no aparecía en ninguna parte.

Beltrán, que había permanecido con los ojos cerrados, abrió lentamente los párpados.

—No era un mensajero —murmuró—. Era el hombre que se ocupaba de que nadie pudiera desmentir a quienes habían dado las órdenes.

Martín se volvió hacia él.

—¿Lo conociste?

—Lo vi una vez. Era joven entonces, quizá algo mayor que tú ahora. No llevaba armas visibles ni vestía como un soldado. Podría haber pasado por un comerciante o por un escribano de una casa importante. Lo que recuerdo son sus manos: tenía una cicatriz que le cruzaba la palma izquierda. Tu abuelo

dijo que aquel hombre había servido a distintas familias y que nunca había jurado lealtad a ninguna de ellas.

—¿Y cómo se llamaba?

Beltrán negó despacio.

—Nadie lo llamaba por su nombre. Algunos decían el Corredor, porque aparecía donde se necesitaba transmitir una orden y desaparecía antes de que llegara la respuesta. Otros aseguraban que había muerto muchos años atrás. Tu abuelo no creía ninguna de las dos cosas.

García se incorporó bruscamente y miró hacia el sendero.

—Entonces no estamos buscando a un hombre que haya permanecido escondido todo este tiempo. Estamos buscando a alguien que ha seguido moviéndose entre nosotros.

—Y que sabe que los documentos están aquí —añadió Lope desde el otro extremo de la explanada.

Todos se volvieron hacia él. Había encontrado unas huellas recientes junto a la orilla del arroyo. No eran las de los hombres que habían seguido el camino, sino las de alguien que había cruzado el agua y continuado hacia la ladera contraria. Las pisadas estaban separadas de una manera irregular, como si su autor hubiera caminado con prisa o arrastrara una pierna. Cerca de una piedra, Lope descubrió un pequeño trozo de tela oscura enganchado en una raíz.

—Ha pasado hace poco —dijo—. Y conocía este sendero.

García tomó la tela y la examinó con atención. Después la guardó en el bolsillo.

—No debemos seguir esas huellas. Si ha cruzado el arroyo para que lo persigamos, nos está conduciendo a donde quiere.

—¿Y si es el hombre que buscamos? —preguntó Martín.

—Entonces tendremos que encontrar una manera de hacer que sea él quien venga a nosotros.

La propuesta no convenció a Martín, pero comprendió que García hablaba con la experiencia de quien había pasado muchos años huyendo de personas que conocían los mismos caminos que él. Decidieron continuar hacia una antigua construcción de piedra que García recordaba en las proximidades de las tierras altas. Según le había contado su abuelo, allí se reunían antiguamente quienes cuidaban los rebaños y quienes transportaban mercancías entre los valles. No era una casa ni una fortificación, sino un refugio levantado junto a una fuente, lo bastante apartado para ofrecer protección durante una tormenta y lo bastante cercano a los caminos para que los viajeros pudieran encontrarlo.

Llegaron poco antes del mediodía. El refugio había perdido parte del tejado y una de las paredes estaba cubierta de hiedra, pero el interior conservaba un banco de piedra y un hogar ennegrecido. García examinó las inmediaciones antes de permitir que los demás entraran. No encontró huellas recientes ni señales de que alguien hubiera utilizado el lugar durante los últimos días. Aritza preparó un nuevo vendaje para Beltrán y Lope salió a recoger ramas secas, mientras Martín se sentaba junto a la entrada con los documentos extendidos sobre las rodillas.

Entre las cartas de su padre encontró una hoja que no había visto antes. Estaba doblada dentro de la cubierta del cuaderno y llevaba una marca de cera sin sello. El papel era más reciente que los demás, y la escritura, aunque semejante a la de su padre, parecía haber sido trazada con mayor rapidez. En la

parte superior figuraba una fecha correspondiente a pocos meses antes de su muerte. Martín leyó las primeras líneas y sintió que el corazón le golpeaba con fuerza.

He sabido que el hombre al que dejé pasar ha regresado a las tierras de Gasteiz. No ha venido a reclamar su recompensa ni a exigir que se le devuelva lo que perdió. Ha venido a buscar a quien ordenó las muertes de aquella noche. Si consigue encontrarlo antes que nosotros, no habrá documento capaz de detenerlo.

Debajo había una segunda anotación, más breve.

Lope conoce una parte de la verdad. No lo obligues a hablar antes de que esté preparado, pero tampoco permitas que su silencio decida por ti.

Martín leyó ambas frases una segunda vez. Después dobló la hoja y permaneció inmóvil, escuchando el murmullo del agua que llegaba desde la fuente. Su padre había sabido que el fugitivo podía regresar, y había previsto que Lope acabaría implicado en la búsqueda. Aquello explicaba parte de su comportamiento, pero no resolvía la cuestión que más le dolía: por qué su amigo había aceptado mantenerlo en la ignorancia durante tantos años.

Lope regresó con las ramas y dejó caer el haz junto al hogar. Martín le mostró la hoja sin pronunciar palabra. Su amigo la leyó lentamente, y durante un momento pareció dispuesto a hablar. Sin embargo, cuando terminó, se sentó frente a él y apoyó los codos sobre las rodillas.

—Tu padre me hizo prometer que no te contaría lo que sabía mientras existiera la posibilidad de que te utilizaran para llegar hasta el hombre que había salvado.

—¿Y cuándo dejó de existir esa posibilidad?

—Nunca desapareció del todo. Pero hubo un momento en que comprendí que mantenerte al margen ya no te protegía. Te convertía en el único de nosotros que no sabía por qué estaba siendo perseguido.

—¿Y por qué no me lo dijiste entonces?

Lope levantó la mirada.

—Porque yo también tenía miedo. No de que descubrieras la verdad sobre tu padre, sino de que, al hacerlo, descubrieras la mía.

Martín guardó silencio. Lope se frotó las manos y miró hacia la puerta, donde García examinaba la ladera. Cuando volvió a hablar, su voz había perdido la seguridad con la que solía enfrentarse a los peligros.

—La noche en que tu padre abrió la entrada, yo estaba allí.

Martín sintió que la hoja que tenía entre los dedos se volvía de pronto más pesada.

—¿Cuántos años tenías?

—Los suficientes para comprender que algo terrible estaba ocurriendo, pero no para entender por qué. Mi padre servía a uno de los hombres que negociaban con Navarra. Me había llevado con él porque pensaba que aquella noche solo tendría que ayudar a transportar unos documentos. Cuando descubrí lo que pretendían hacer, intenté marcharme, pero me encontraron. Tu padre intervino y me dejó salir por la misma entrada que había abierto para el fugitivo.

—¿Me estás diciendo que mi padre te salvó también a ti?

Lope asintió.

—Y yo le prometí que nunca permitiría que tuvieras que pagar por lo que había hecho. Durante mucho tiempo creí que podía cumplir esa promesa manteniéndote alejado de todo esto. Cuando comprendí que estaba equivocado, ya había ocultado demasiadas cosas.

Martín sintió una mezcla de alivio y resentimiento. La confesión de Lope daba sentido a su lealtad, pero no borraba los años en los que había respondido con evasivas a sus preguntas. Quería reprocharle que hubiera confundido protegerlo con decidir por él, aunque también comprendía que, de haber conocido aquella historia antes, quizá habría buscado respuestas por su cuenta y habría terminado en manos de quienes ahora los perseguían.

—No puedo prometerle que vuelva a confiar en ti como antes —dijo finalmente—. Pero tampoco voy a juzgarte sin escuchar todo lo que tengas que contarme.

Lope aceptó aquellas palabras sin intentar defenderse. Por primera vez desde que había comenzado la búsqueda, Martín sintió que entre ambos se había abierto un espacio en el que podían hablar sin fingir que nada había ocurrido. No era una reconciliación completa, pero quizá era el único comienzo posible.

Un golpe seco resonó en el exterior.

García apareció en la entrada con el cuchillo desenvainado. Aritza se colocó delante de Beltrán y Martín recogió apresuradamente los documentos. Durante unos segundos no se oyó nada más que el viento entre los árboles. Entonces una figura apareció junto a la fuente, al otro lado del refugio.

Era un hombre de mediana edad, vestido con una capa parda y botas cubiertas de barro. No llevaba espada ni escudo, y mantenía las manos a la vista. Caminaba con una ligera cojera, aunque su rostro no mostraba el cansancio de quien hubiera pasado la mañana atravesando el bosque. Al acercarse a la puerta,

levantó la mano izquierda para apartarse la capa. Una cicatriz le cruzaba la palma.

Beltrán intentó levantarse, pero Aritza lo sujetó antes de que pudiera caer.

—Es él —susurró el anciano—. El hombre que se llevó la página.

El desconocido se detuvo a unos pasos de Martín. Miró los documentos que el joven sostenía y después dirigió la vista hacia Lope, sin mostrar sorpresa alguna al encontrarlo allí.

—Veo que habéis encontrado la caja —dijo—. Eso significa que todavía no habéis encontrado la última página.

—¿Quién eres? —preguntó Martín.

El hombre esbozó una sonrisa cansada.

—Durante muchos años, esa pregunta ha sido suficiente para mantenerme vivo. Pero ahora ya no importa cómo me llames. Lo importante es que el hombre que ordenó aquellas muertes sigue vivo, y sabe que habéis encontrado las pruebas.

García avanzó un paso.

—¿Dónde está?

El desconocido volvió la cabeza hacia él.

—En Gasteiz. Y mañana, antes de que termine el día, estará reunido con quienes todavía creen que pueden decidir el destino de la villa sin rendir cuentas a nadie.

Martín apretó los documentos contra el pecho.

—¿Y tú por qué has venido a ayudarnos?

La sonrisa desapareció del rostro del hombre.

—Porque fui yo quien ejecutó las órdenes aquella noche. Y porque, si no os cuento lo que hice, nadie sabrá jamás por qué tu padre abrió aquella puerta.

Afuera, el viento comenzó a soplar con más fuerza entre los robles. Dentro del refugio, nadie se movió. Martín comprendió que, por fin, estaban frente al hombre que podía revelar la verdad completa, pero también que escucharla significaría enfrentarse a algo mucho más difícil que una antigua conspiración: descubrir hasta dónde podía llegar un ser humano cuando obedecía una orden y cuánto valor necesitaba después para reconocer el daño causado.

El desconocido miró a Beltrán, que lo observaba con una mezcla de odio y agotamiento.

—No espero que me perdonéis —dijo—. Solo os pido que me escuchéis antes de decidir qué hacer conmigo.

Y, por primera vez desde que había comenzado aquella búsqueda, Martín tuvo la certeza de que el final estaba cerca.

XLII

El hombre permaneció junto a la fuente, sin intentar acercarse más al refugio. La cicatriz de su mano izquierda parecía más blanca bajo la luz fría de la mañana, y Martín no pudo evitar mirarla mientras trataba de comprender que aquel desconocido había participado en los hechos que habían marcado la vida de su padre, de su abuelo y, sin que él lo supiera, también la suya. García mantenía el cuchillo en la mano, aunque había dejado de apuntar hacia el recién llegado. Lope se había colocado junto a la puerta, preparado para impedir que el hombre escapara, mientras Aritza permanecía al lado de Beltrán. El anciano no apartaba los ojos del visitante y tenía los labios apretados con tanta fuerza que parecían formar una línea oscura en su rostro.

—Entra —dijo Martín—. Has venido a contarnos la verdad. Tendrás que hacerlo delante de todos.

El hombre aceptó la invitación y cruzó el umbral. Se llamaba Sancho, aunque explicó que aquel no era el nombre con el que había servido a las familias poderosas de la región. Durante muchos años había utilizado distintos nombres según el lugar y la persona a la que debía acercarse. No lo hacía por gusto, aseguró, sino porque su oficio consistía en llegar a sitios donde nadie quería reconocer que había enviado a un hombre. Había llevado mensajes, vigilado caminos y transmitido órdenes que nunca quedaban escritas. Al principio creyó que aquel trabajo consistía en evitar enfrentamientos, pues los hombres que lo contrataban hablaban siempre de preservar la paz y proteger a sus familias. Solo más tarde comprendió que la paz de unos podía construirse sobre el miedo de otros.

—La noche en que se abrió la entrada norte —comenzó—, recibí la orden de recuperar unos documentos y

detener a quienes los custodiaban. Me dijeron que aquellos papeles contenían información capaz de provocar una revuelta y que debían desaparecer antes de que llegaran a manos de los representantes del rey. No me hablaron de condenas ni de ejecuciones. Tampoco me dijeron que entre los hombres a los que debía detener había vecinos que habían intentado impedir que otros utilizaran las negociaciones con Navarra para saldar viejas disputas.

Martín escuchaba sin interrumpirlo. Sancho no trataba de presentarse como un hombre inocente, pero tampoco parecía dispuesto a aceptar una culpa que, según él, no le correspondía por entero. Aquella cautela irritó a Martín, que había esperado una confesión más sencilla, una explicación que permitiera separar a los culpables de quienes habían intentado proteger a la ciudad.

—¿A quién obedecías? —preguntó.

Sancho bajó los ojos hacia sus manos.

—A un grupo de hombres que actuaba en nombre de varias familias de la villa. Algunos tenían tierras, otros controlaban el comercio y otros habían conseguido influencia gracias a sus relaciones con quienes representaban al rey de Navarra. No todos querían lo mismo, pero coincidían en una cosa: ninguno deseaba que se conocieran los acuerdos que habían alcanzado a espaldas de sus vecinos. Tu abuelo había participado en aquellas conversaciones y, cuando comprendió que pretendían utilizar los nombres de los firmantes para decidir quién debía conservar sus propiedades y quién debía perderlas, se negó a continuar. Entonces se convirtió en un peligro para ellos.

—¿Y decidieron matarlo?

—Decidieron detenerlo. La muerte llegó después, cuando las cosas dejaron de obedecer a quienes creían controlarlas.

Beltrán soltó una risa amarga.

—Siempre ocurre lo mismo con los hombres como tú. Primero habláis de órdenes, después de errores y al final resulta que nadie ha decidido nada.

Sancho recibió el reproche sin responder. Durante un momento pareció dispuesto a replicar, pero finalmente asintió.

—Tienes razón en una cosa, Beltrán. Yo obedecí porque me convenía obedecer. Me pagaban bien y creía que, mientras no pronunciara las sentencias, no sería responsable de lo que ocurriera después. Cuando descubrí que aquella noche habría muertos, ya estaba dentro de la galería y había cerrado el paso por el que algunos podían escapar. Podría haberme marchado. No lo hice.

Martín sintió que aquella admisión tenía más peso que todas las explicaciones anteriores. No era una absolución, pero tampoco una excusa. Sancho reconocía que había elegido permanecer allí cuando todavía podía haberse negado, y quizá aquella era la primera verdad que alguien pronunciaba sin esconderse detrás de los intereses de la ciudad.

—Mi padre te dejó pasar —dijo Martín—. ¿Por qué?

Sancho levantó la cabeza.

—Porque descubrió que yo había recibido una orden para detener a tu abuelo y que los hombres que me acompañaban tenían instrucciones de matar a quienes intentaran impedirlo. Tu padre llegó cuando ya habíamos encontrado la caja con los primeros documentos. Uno de mis compañeros había herido a un guardián y otro buscaba a tu abuelo por los corredores. Yo tenía la última salida bloqueada. Tu padre me apuntó con una espada y me ordenó que abriera el paso.

—¿Y obedeciste?

—No al principio. Pensé que, si entregaba a tu abuelo, los hombres que me habían contratado cumplirían su promesa de dejar marchar a los demás. Pero tu padre me mostró una lista de nombres. En ella figuraban personas que no habían participado en los acuerdos, incluidos hombres que habían intentado mantener abiertas las rutas para que los campesinos pudieran llevar sus productos a la villa. Aquella lista no era una relación de culpables. Era una lista de personas que debían desaparecer para que nadie pudiera contar lo sucedido.

Martín miró a García. El anciano permanecía junto a la pared, con el rostro endurecido, como si aquellas palabras confirmaran sospechas que llevaba años intentando apartar de su memoria.

—¿Quién escribió la lista? —preguntó García.

Sancho sacó de debajo de la capa un pequeño fragmento de pergamino. Estaba doblado y presentaba una mancha oscura en uno de los extremos. Lo dejó sobre el banco de piedra, sin acercarlo a los documentos de Martín.

—No sé quién escribió cada nombre. Las órdenes llegaban a través de un hombre que hablaba en nombre de quienes financiaban la operación. Era él quien decidía qué debía hacerse y quién debía hacerlo. Nunca aparecía en las reuniones donde se discutían los acuerdos. Tampoco firmaba los documentos. Los demás lo llamaban el señor de la casa cerrada.

—¿Dónde estaba esa casa? —preguntó Aritza.

—Dentro de Gasteiz. Una vivienda antigua, cerca de las calles donde se reunían los comerciantes. No tenía escudo en la puerta ni signos que la distinguieran de las demás. Allí se guardaban las copias de los acuerdos y se decidía qué mensajes debían llegar a los representantes de Navarra. El hombre que la ocupaba no era el más rico ni el más poderoso de la villa, pero todos parecían necesitar su aprobación.

Martín sintió un escalofrío. Si aquella casa seguía existiendo, quizá el hombre que había ordenado las condenas continuaba viviendo entre sus vecinos, protegido por la misma discreción que lo había mantenido oculto durante tantos años.

—¿Sabes quién era? —preguntó.

Sancho tardó en contestar.

—Sé quién daba las órdenes, pero no sé si sigue siendo el mismo hombre que las recibe ahora. Cuando regresé a Gasteiz hace unas semanas, descubrí que alguien había empezado a buscar los documentos que tu padre había escondido. Me llevé la última página porque comprendí que, si caía en manos de quienes me perseguían, podrían utilizarla para destruir las pruebas restantes. No lo hice por protegerte a ti ni por reparar lo que hice aquella noche. Lo hice porque temía que volvieran a utilizar aquellos nombres para condenar a otros inocentes.

—Y después me perseguisteis —dijo Martín.

—Porque necesitaba encontrar el resto del registro antes que ellos. Cuando supe que Beltrán conservaba la llave, intenté arrebátársela. No quería matarlo, pero tampoco estaba dispuesto a dejar que los documentos volvieran a desaparecer. Lo herí cuando se resistió. No voy a pedirte que olvides eso.

Beltrán apartó la mirada. No había perdón en su rostro, pero tampoco la satisfacción que Martín había esperado encontrar en él. Parecía demasiado cansado para seguir alimentando su odio, como si después de tantos años hubiera descubierto que la venganza no podía devolverle nada de lo que había perdido.

Sancho se volvió entonces hacia Martín.

—Hay algo más que debes saber. Tu padre no murió por accidente, aunque eso fue lo que os dijeron.

Lope dio un paso adelante.

—¿Qué estás diciendo?

—No puedo demostrar que lo mataran por los documentos, pero antes de morir había comenzado a preguntar por la casa cerrada y por el hombre que la ocupaba. Alguien debió de enterarse. Cuando regresé a la región, supe que había muerto y que los documentos habían desaparecido. Desde entonces he intentado averiguar quién ordenó que lo silenciaran.

Martín sintió que el dolor que creía haber aprendido a soportar volvía a abrirse paso. Había vivido con la ausencia de su padre, con las explicaciones incompletas y con la resignación de que ciertas preguntas nunca tendrían respuesta. Ahora descubría que aquella muerte podía haber sido parte de la misma trama que intentaba desentrañar. Quiso exigir a Sancho una certeza que no podía ofrecerle, pero se obligó a respirar antes de hablar.

—No volverás a decidir por tu cuenta qué debemos saber —dijo—. Si conoces algo más, lo contarás. Y si has venido a ayudarnos, tendrás que aceptar que no eres tú quien decide qué hacer con la verdad.

Sancho inclinó la cabeza.

—Lo acepto.

García se acercó al banco y examinó el fragmento de pergamino. En uno de sus bordes distinguió una marca semejante a la que aparecía en la llave y en la caja. No era un sello familiar ni un signo de propiedad, sino una señal utilizada para identificar los documentos que debían conservarse fuera de los registros oficiales.

—La última página no contiene solo nombres —dijo—. Si Sancho la ha conservado, quizá todavía podamos averiguar

quién ordenó las condenas. Pero necesitamos encontrar la casa cerrada antes de que los hombres que nos persiguen sepan que hemos descubierto su existencia.

—No hará falta buscarla mucho tiempo —respondió Sancho—. Sé dónde está. Y también sé que mañana habrá una reunión en la que sus ocupantes pretenden anunciar un nuevo acuerdo con los representantes de Navarra. Quieren presentarlo como una decisión tomada por los principales vecinos, aunque la mayoría de quienes viven en Gasteiz ni siquiera sabe que se está negociando.

Martín recogió los documentos y los guardó en la bolsa. Comprendió que el secreto de su familia estaba a punto de desembocar en algo que afectaba a toda la ciudad. Ya no bastaría con descubrir quién había ordenado las muertes ni con demostrar que su padre había intentado impedirlos. Si aquellos hombres estaban dispuestos a utilizar de nuevo el poder para decidir el destino de sus vecinos, tendrían que encontrar la manera de sacar la verdad de la oscuridad y devolverla a quienes habían sido privados de ella.

—Entonces iremos a esa casa —dijo—. Pero no entraremos como fugitivos ni nos marcharemos con otro secreto. Esta vez, si encontramos las pruebas, las conocerán los vecinos de Gasteiz.

García lo observó con gravedad.

—Eso puede costarte mucho más que la vida de tu padre.

—Ya me ha costado demasiados años no saber qué ocurrió.

Lope se acercó a Martín y le puso una mano en el hombro. No hizo falta que pronunciara una promesa. Por primera vez, los dos parecían comprender que no podían reparar el pasado, pero sí decidir qué hacer con lo que habían descubierto.

Afuera, el viento había cesado y el murmullo de la fuente volvía a dominar el silencio del bosque. Beltrán permanecía sentado, exhausto, mientras Aritza terminaba de asegurar el vendaje. Sancho esperaba junto a la puerta, consciente de que, al revelar su participación en los hechos, había perdido la posibilidad de regresar a la vida que conocía.

Martín se volvió hacia él.

—Mañana nos conducirás hasta esa casa. Después responderás por lo que hiciste, igual que responderán los hombres que te dieron las órdenes.

Sancho asintió sin protestar.

Y mientras la tarde comenzaba a caer sobre las tierras del norte, Martín comprendió que la última página ya no era únicamente una prueba que debían recuperar. Era la frontera entre dos maneras de recordar: la de quienes pretendían conservar el poder ocultando los nombres de los culpables y la de quienes estaban dispuestos a afrontar la verdad, aunque esta también revelara las faltas de sus propios muertos.

La colina de Gasteiz seguía allí, visible entre los árboles, y al día siguiente regresarían a ella para enfrentarse al hombre que había permanecido demasiado tiempo sin nombre.

XLIII

La mañana llegó sin que ninguno de ellos hubiera dormido de verdad. En el refugio de piedra, el aire conservaba el frío de la noche y la humedad se había prendido a las mantas como una segunda piel. Beltrán consiguió incorporarse con ayuda de Aritza, aunque el dolor le endurecía el rostro cada vez que apoyaba el peso sobre el brazo herido. Sancho esperaba junto a la entrada, inmóvil, con la mirada puesta en el sendero que descendía hacia Gasteiz. Martín comprendió que el hombre no temía tanto el regreso a la villa como lo que pudiera encontrar en ella: después de tantos años huyendo de sus propios actos, por fin tendría que caminar hacia quienes aún podían exigirle cuentas.

—No iremos por el camino principal —dijo Sancho cuando Lope se acercó a examinar el terreno—. A estas horas ya habrá hombres preguntando por nosotros en las puertas. Si los que ocupan la casa saben que he regresado, no necesitarán más razones para cerrar todas las salidas.

—¿Y pretendes que confiemos en ti para encontrar una entrada que nadie conoce? —preguntó Lope.

Sancho volvió hacia él la mano izquierda. La cicatriz le cruzaba la palma, pálida bajo la luz grisácea.

—No te pido confianza. Te pido que recuerdes que conozco mejor que vosotros a los hombres que nos esperan. Eso no me hace mejor que ellos, pero quizá me permita anticipar lo que harán.

Martín intervino antes de que Lope respondiera. No quería que las viejas heridas volvieran a decidir por ellos, aunque

tampoco estaba dispuesto a fingir que habían desaparecido. Sancho los conduciría hasta la casa y les mostraría dónde había escondido la página; después, si encontraba una ocasión para escapar, tendría que elegir entre hacerlo o quedarse. Martín no le prometió perdón, ni siquiera una oportunidad de ganárselo. Solo le exigió que no volviera a ocultar nada.

Descendieron por una senda que bordeaba los campos húmedos y se acercaba a la villa desde el norte. El bosque fue quedando atrás, y con él la protección silenciosa de los árboles. Desde una elevación pudieron distinguir las casas apiñadas en torno a la colina única de Gasteiz, los tejados oscuros, las primeras humaredas y las figuras que comenzaban a moverse por las calles. La villa parecía la misma de siempre, ocupada en sus trabajos y sus necesidades, pero Martín ya no conseguía mirarla como antes. Bajo aquella apariencia familiar se extendía otra ciudad, hecha de puertas que nadie mencionaba, acuerdos que pocos conocían y nombres que algunos habían aprendido a borrar. Pensó en su padre, que había recorrido aquellas mismas calles sin saber cuánto tiempo le quedaba, y se preguntó cuántas veces habría pasado junto a la casa cerrada sin poder señalarla ante nadie.

Sancho los condujo por una calle de mercaderes, entre almacenes de madera y pequeños talleres que comenzaban a abrirse. No se detuvo frente a ninguna fachada en particular. Pasó de largo ante una tienda de paños, cruzó un estrecho pasaje y entró en un patio donde se apilaban cestos vacíos. Al fondo había una puerta baja, casi oculta por las sombras de un cobertizo. No tenía escudo ni aldaba trabajada; únicamente una vieja tranca de hierro y, junto al marco, una piedra de distinto color que parecía haber sido colocada después de levantar el muro.

—Es aquí —murmuró.

Aritza miró la puerta y después a Sancho.

—Una casa tan discreta para hombres que pretenden decidir el destino de toda la villa.

—Por eso la eligieron —contestó él—. Los poderosos necesitan que se vea su autoridad, pero no que se vean sus manos.

Llamaron dos veces, dejando entre ambas llamadas el intervalo que Sancho había descrito durante el camino. Desde el interior llegó el ruido de unos pasos. La puerta se abrió apenas lo suficiente para mostrar un rostro delgado, de barba cuidadosamente recortada y ojos hundidos, que reconoció a Sancho antes de fijarse en los demás. Por un instante, el hombre perdió el dominio de su expresión; luego intentó cerrar.

Lope metió el hombro entre la hoja y el marco. La resistencia fue breve, y el guardián retrocedió sin llegar a gritar. Martín entró detrás de él, seguido por Aritza, mientras Sancho cerraba la puerta y pasaba la tranca. En el interior olía a cera, pergamino y madera húmeda. La estancia principal parecía la vivienda de un comerciante acomodado: una mesa, un arca, algunos bancos y estantes con cuentas y documentos. Sin embargo, al fondo, una cortina de lana ocultaba un corredor que no figuraba en la distribución visible de la casa.

—¿Quién más está aquí? —preguntó Martín al hombre de la barba.

—Nadie que tenga que ver con vosotros.

—Entonces no te costará decirnos por qué has intentado cerrar la puerta al ver a Sancho.

El hombre miró al antiguo Corredor con una mezcla de miedo y rencor.

—Creí que estabas muerto.

—Eso habrían preferido muchos —respondió Sancho—. Pero no todos los hombres desaparecen cuando se les da por muertos.

Antes de que Martín pudiera hacer otra pregunta, se oyó una puerta al otro lado del corredor. Alguien caminó con calma, sin apresurarse, como si la casa le perteneciera hasta en sus silencios. La cortina se apartó y apareció un anciano de porte sobrio, vestido con una túnica oscura y un manto de buena lana. Martín lo reconoció. Lo había visto en reuniones de vecinos, junto a hombres que hablaban de la prosperidad de Gasteiz y de la necesidad de asegurar los caminos. Se llamaba Gonzalo de Armentia y gozaba de la consideración de quienes lo tenían por un hombre prudente, capaz de mediar entre familias enfrentadas sin levantar la voz.

Gonzalo no mostró sorpresa al ver a Sancho. Su mirada pasó por Martín, se detuvo un instante en Lope y acabó en Aritza, como si estuviera calculando qué sabía cada uno y cuánto tiempo le quedaba para recuperar el control.

—Habéis elegido una mala mañana para entrar sin ser invitados —dijo—. Hoy se reúnen los principales vecinos para escuchar una propuesta que puede asegurar la paz de la villa durante muchos años. No conviene que una disputa familiar perturbe un asunto de semejante importancia.

—No es una disputa familiar —contestó Martín—. Y la paz de la que habláis parece haber exigido demasiados muertos.

Por primera vez, la expresión de Gonzalo se endureció. No fue un gesto de ira, sino algo más contenido: el cansancio de quien descubre que una puerta que creía cerrada ha empezado a ceder.

—Los muertos son una carga que todos heredamos —dijo Gonzalo—. La diferencia está en saber si uno permite que esa carga destruya lo que aún puede salvarse. Tu abuelo lo

comprendió demasiado tarde. Quiso impedir un acuerdo que habría evitado enfrentamientos en los caminos y habría dado seguridad a quienes comercian entre Castilla y las tierras del norte. Se convenció de que podía detenerlo sin pagar ningún precio.

—Mi abuelo descubrió que aquel acuerdo servía para quitar tierras y eliminar a quienes podían oponerse —replicó Martín—. No quiso detener la paz. Quiso impedir que utilizarais su nombre para justificar vuestros abusos.

Gonzalo no respondió de inmediato. Se acercó a la mesa y apoyó una mano en el respaldo de uno de los bancos. En aquel movimiento había algo familiar, una seguridad que Martín había visto en otros hombres acostumbrados a que los demás esperasen sus palabras. No parecía un asesino, y quizá ahí residía parte de su poder. Había aprendido a hacer que las decisiones más crueles parecieran inevitables cuando se contaban desde el lugar adecuado.

—Tu abuelo era un hombre honrado —admitió finalmente—, pero la honradez no basta para gobernar una villa. Había familias enfrentadas, disputas por las tierras y caminos donde cada señor imponía su voluntad. Los representantes de Navarra ofrecieron condiciones que podían contener aquel desorden. Para conseguirlo había que hacer concesiones. Tu abuelo aceptó mientras creyó que los sacrificios recaerían sobre otros; cuando comprendió que también afectarían a sus aliados, cambió de parecer y pretendió llevarse consigo los documentos.

—No —dijo Sancho.

La palabra fue tan seca que todos volvieron la cabeza hacia él.

—Los documentos no se los llevó para salvarse. Se los llevó porque descubrió los nombres de quienes habíais señalado para que desaparecieran. Yo recibí la orden de recuperarlos y de impedir que él saliera de Gasteiz. Tú sabías lo que iba a ocurrir,

Gonzalo. No me ordenaste que lo matara con tus propias palabras; nunca lo hacías. Me diste un lugar, una hora y una descripción del hombre que debía detener. Después dejaste que otros llamaran necesidad a lo que habíamos hecho.

Gonzalo sostuvo su mirada. Durante unos instantes pareció dispuesto a negar incluso aquello, pero comprendió que Sancho no había regresado solo y que los años de silencio habían dejado de protegerlo. Su rostro perdió algo de aquella serenidad cuidadosamente construida.

—¿Y qué pretendes ahora? —preguntó—. ¿Confesar ante estos tres y creer que así desaparece tu parte de culpa? Tú llevaste las órdenes a quienes las ejecutaron. Tú perseguiste a los hombres que intentaban huir. Si los documentos salen de esta casa, tu nombre estará entre los primeros.

—Lo sé —respondió Sancho—. Por eso he venido.

Martín sintió que aquellas palabras pesaban más que cualquier amenaza. Sancho no se estaba ofreciendo como testigo por nobleza repentina; había llegado al límite de una vida en la que cada nueva huida exigía otra mentira. Eso no reparaba el daño, pero al menos permitía que la verdad comenzara por un hombre que no podía declararse inocente.

Gonzalo hizo un gesto hacia el corredor. El guardián de la barba avanzó un paso, aunque se detuvo al ver que Lope tenía la mano apoyada en el cuchillo. Nadie quería ser el primero en derramar sangre dentro de aquella casa. Afuera, la villa despertaba del todo; se oían ruedas sobre la piedra, voces de vendedores y el golpe regular de un martillo en algún taller cercano. La vida continuaba a pocos pasos de ellos, ignorante de que en aquella estancia se estaba decidiendo quién tendría derecho a contar lo sucedido.

—No habéis venido únicamente a escucharme —dijo Gonzalo, mirando a Sancho—. Buscáis la última página.

Sancho no contestó.

El anciano sonrió con una tristeza que a Martín le pareció más peligrosa que la ira.

—Te conozco demasiado bien. Siempre has creído que podías mantener una parte de tu conciencia a salvo escondiendo lo que hacías. Si conservaste esa hoja, será porque pensaste que algún día podría servirte para comprar la vida que te quedara.

—Puede que así fuera —admitió Sancho—. Pero ya no está en mis manos decidir lo que vale.

Se volvió hacia Martín y señaló el arca situada bajo la ventana. El joven comprendió que Gonzalo había intentado apartar la atención de aquel mueble durante toda la conversación. La tapa estaba cerrada con una cerradura pequeña, demasiado sencilla para un arca que guardaba cuentas y documentos de tanta importancia. Sancho sacó una llave de entre los pliegues de su ropa y la dejó sobre la mesa, sin acercarse al arca.

—La página estuvo aquí durante años —explicó—. La escondí cuando comprendí que conservarla conmigo solo serviría para que me persiguieran. Gonzalo nunca supo dónde la había puesto, aunque sospechó que seguía en la casa. La llave abre el compartimento interior, no la cerradura de fuera.

Gonzalo dio un paso hacia ellos, pero Aritza se interpuso. No levantó el arma ni amenazó al anciano; bastó con que ocupara el espacio entre él y la mesa.

Martín tomó la llave. Abrió primero la cerradura exterior, apartó unas tablillas de contabilidad y encontró, en el fondo, una pieza de madera que cedió al presionarla. Detrás había un hueco estrecho, protegido por una lámina de cuero. En su interior descansaba un pliego doblado, amarillento en los bordes y marcado por una mancha oscura. Martín lo sostuvo con cuidado.

Reconoció el trazo de la escritura antes incluso de desplegarlo: era la misma mano que había escrito los nombres en los documentos de la caja, la misma que aparecía en las notas de su padre.

La última página no contenía una confesión grandiosa ni una explicación completa. Era una relación de personas, cantidades y decisiones, escrita con la sequedad de quien quería dejar constancia de los hechos sin ofrecer a nadie la posibilidad de fingir que no los había entendido. Junto a varios nombres aparecían las tierras que debían perderse, los testigos que habían de ser apartados y las órdenes que se transmitirían por intermedios. Al margen, con una letra distinta, alguien había añadido una breve indicación: La muerte del hijo no debe dejar preguntas. Que parezca consecuencia de su propia imprudencia.

Martín sintió que la estancia se estrechaba a su alrededor. No había allí el nombre de su padre, pero sí una fecha cercana a su muerte y una referencia a sus preguntas sobre la casa cerrada. Aquello no demostraba quién había provocado su final ni cómo se había llevado a cabo. Sin embargo, la frase bastaba para mostrar que alguien había considerado necesario impedir que siguiera investigando.

—¿Lo ordenaste tú? —preguntó Martín.

Gonzalo miró la página, no a él.

—No puedo responder por cada cosa que otros hicieron en mi nombre.

—No te he preguntado eso.

El anciano levantó los ojos. Por primera vez, Martín vio en ellos algo que no era autoridad ni prudencia, sino miedo a perder el relato que había construido sobre sí mismo.

—Tu padre no entendía cuándo debía detenerse —dijo—. Había heredado la obstinación de tu abuelo. Le ofrecí dejar el asunto atrás, conservar lo que tenía y no remover viejas disputas. No quiso escuchar. Después de aquello, llegaron noticias de su muerte. Yo no di la orden que ahora buscas, Martín, y no voy a aceptar una culpa que no puedas demostrar.

Era una respuesta calculada, pero no enteramente vacía. Martín quiso abalanzarse sobre él, exigirle que nombrara a los hombres que habían intervenido, que le explicara por qué una muerte podía quedar reducida a una nota al margen. Lo detuvo el recuerdo de su padre, no como había aparecido en la carta, convertido en un hombre de tinta y decisiones, sino como alguien que había vivido sin saber qué parte de su vida estaba siendo vigilada. Si Martín recurría a la violencia, Gonzalo podría convertirlo en un hijo cegado por el rencor y desacreditar todo lo que acababan de encontrar.

—No puedo demostrar todavía quién causó su muerte —dijo al fin—. Pero sí puedo demostrar que alguien quiso silenciarlo. Y que tú conocías la trama de la que intentaba hablar.

Doblando la página con cuidado, la guardó junto a los documentos recuperados en el bosque. Lope permanecía a su lado, callado, y Martín comprendió que la reconciliación entre ambos tendría que esperar. Habían encontrado una parte de la verdad, no una manera de borrar lo ocurrido entre ellos.

—Vamos a llevar esto ante los vecinos —anunció—. No podrás seguir llamando paz a un acuerdo que se ha construido ocultando nombres y condenas.

Gonzalo se enderezó.

—¿Y crees que bastará con leer unos papeles? Hay hombres que han comprometido sus tierras, sus familias y sus alianzas. Muchos preferirán no escucharos. Otros dirán que

estos documentos son falsos. Si interrumpís la reunión de hoy, no sabéis qué consecuencias tendrá para la villa.

—Por eso no vamos a ocultarlos como hicisteis vosotros —respondió Martín—. Los leeremos delante de quienes deben vivir con las consecuencias.

Aritza abrió la puerta del patio mientras Lope mantenía vigilado al guardián. Sancho permaneció un instante junto al arca, mirando el escondite vacío. Después salió el último, sin pedir a nadie que lo esperara.

La reunión estaba a punto de comenzar. En la plaza se congregaban vecinos, mercaderes y hombres cuyas vestiduras revelaban que habían sido convocados para escuchar el anuncio del nuevo acuerdo. Algunos aguardaban con verdadero interés; otros parecían acudir por obligación, sin saber que aquella mañana podía cambiar las condiciones bajo las que vivían. Martín avanzó hacia ellos con los documentos contra el pecho. No tenía un ejército, ni autoridad para dictar sentencia, ni certeza de que los hombres más influyentes aceptaran escucharle. Solo llevaba pruebas incompletas, la palabra de un antiguo ejecutor y los nombres de quienes habían convertido el silencio en una forma de gobierno.

Antes de llegar a la plaza, se volvió hacia Sancho.

—Cuando hablemos, contarás lo que hiciste. Todo. No solo las órdenes que recibiste, sino también las que obedeciste.

Sancho inclinó la cabeza.

—Así será.

Martín siguió caminando. Por encima de los tejados, la colina de Gasteiz recibía la primera luz clara de la mañana. Durante años, aquella villa había permanecido sobre sus secretos como la tierra sobre una tumba. Ahora la verdad estaba a punto

de salir a la calle, pero Martín sabía que desenterrar los nombres no devolvería a los muertos ni haría que los vivos olvidaran. Lo único que podían conseguir era que, a partir de aquel día, nadie pudiera afirmar que nunca había sabido nada.

XLIV

La plaza se había llenado cuando Martín y los demás llegaron. Los principales vecinos ocupaban los primeros bancos, dispuestos frente a una mesa sobre la que descansaban varios pergaminos sellados. A su lado estaban dos hombres que Martín no conocía, vestidos con la sobriedad de quienes representaban intereses ajenos y procuraban que nadie olvidara su importancia. Uno llevaba un broche de plata en el manto; el otro escuchaba con los brazos cruzados, observando a la multitud como si estuviera calculando cuánto podía costar mantenerla tranquila. Se hablaba de un acuerdo con Navarra, de caminos más seguros, de mercancías que podrían circular sin tantas trabas y de la conveniencia de aceptar unas condiciones que, según se decía, habían sido negociadas en beneficio de todos. Nadie mencionaba las tierras que cambiarían de manos ni a los hombres que habían desaparecido por oponerse a ellas.

Gonzalo de Armentia llegó poco después, acompañado por el guardián de la casa cerrada, que se había apresurado a adelantarse por otra calle. El anciano no parecía vencido. Saludó a quienes lo conocían, intercambió unas palabras con los representantes navarros y ocupó su lugar junto a la mesa. Solo al ver a Martín al otro extremo de la plaza dejó de sonreír. Fue un instante breve, pero el joven advirtió que Gonzalo ya estaba preparando su defensa: no intentaría negar de inmediato los documentos, sino presentar a quienes los llevaban como hombres movidos por agravios particulares, incapaces de comprender las necesidades de la villa.

Un vecino de edad avanzada pidió silencio y anunció que se daría lectura a los términos del acuerdo. Entonces Martín avanzó.

—Antes de que escuchéis lo que estos hombres han venido a proponeros, debéis conocer lo que se ha hecho en vuestro nombre.

La voz no le salió tan firme como esperaba, pero alcanzó a quienes estaban más cerca. Algunas conversaciones cesaron; otras continuaron, primero en murmullos y luego con mayor descaro. Gonzalo se levantó para hablar, aunque Martín no le concedió tiempo.

—No vengo a pedir os que creáis en mí por conocer a mi familia, ni que condenéis a nadie por una disputa antigua. Traigo documentos encontrados en un escondite que perteneció a quienes negociaron los primeros acuerdos, y una página que faltaba de su registro. En ellos aparecen nombres de hombres señalados para perder sus tierras, testigos a los que se debía apartar y órdenes que nunca debían quedar escritas. También hay una referencia a la muerte de mi padre, que comenzó a preguntar por estas mismas negociaciones y por la casa donde se guardaban sus copias.

El murmullo creció. Algunos miraron a Gonzalo; otros se volvieron hacia los representantes navarros, que intercambiaron una mirada discreta. El hombre del broche de plata se puso en pie y exigió saber quién había autorizado aquella acusación. Martín no respondió de inmediato. Desplegó la última página sobre la mesa, procurando que el viento no levantara sus bordes, y señaló los nombres que figuraban en ella.

—Estos escritos no demuestran que todos los que participaron en las negociaciones conocieran los abusos. Tampoco demuestran todavía quién provocó la muerte de mi padre. Pero sí prueban que hubo decisiones ocultas, que algunos hombres fueron condenados antes de que nadie pudiera escucharlos y que quienes organizaron aquello pretendían hacerlo pasar por un acuerdo aceptado por toda Gasteiz.

Gonzalo dio un paso al frente.

—Esos documentos han pasado por manos desconocidas y pueden haber sido alterados. Martín es hijo de un hombre que murió dejando asuntos sin resolver; su abuelo huyó de la villa después de enfrentarse a otros vecinos. ¿Debemos poner en peligro la paz por unos papeles que nadie puede autenticar?

—Yo puedo hacerlo —dijo García.

El anciano había llegado sin que Martín lo advirtiera, acompañado por dos vecinos que conocían desde hacía años los registros de tierras. Se acercó a la mesa, examinó los pergaminos sin tocarlos y reconoció la escritura de uno de los escribanos que había trabajado para varias familias de la villa. Identificó también una marca en el margen, utilizada en las copias de los acuerdos antiguos, y explicó que aquella señal no bastaba por sí sola para probar la autenticidad de cada línea, pero coincidía con la que aparecía en otros documentos conservados por los vecinos.

—He visto estos registros antes —dijo—. No todos, y no todas las páginas. Pero conozco la mano que los escribió y sé que algunos de los nombres que aquí aparecen fueron borrados de las copias que se nos permitía consultar. Durante años creí que se trataba de errores de los escribanos. Ahora entiendo por qué ciertas tierras cambiaron de dueño sin que sus antiguos propietarios pudieran defenderse.

Aquello no convenció a todos, pero cambió el peso del silencio. Un hombre de las primeras filas se adelantó y dijo que su padre había perdido una parcela después de ser acusado de colaborar con bandidos; otro recordó que un mercader desapareció en el camino del norte y que sus deudas fueron reclamadas pocos días después por quienes habían negociado la compra de sus bienes. No conocían la trama completa y algunos mezclaban recuerdos con rumores, pero, a medida que hablaban, los

documentos dejaban de ser una acusación aislada y empezaban a encontrar su lugar entre hechos que la villa había aprendido a aceptar por separado.

Gonzalo comprendió el peligro. No podía negar cada testimonio sin obligar a los vecinos a recordar otros que llevaban años sin mencionar. Levantó la voz y exigió que se apartara a Sancho, al que reconoció como un hombre que había trabajado para quienes ejecutaban órdenes secretas. Si alguien debía responder ante la comunidad, dijo, era aquel antiguo servidor, no quienes habían intentado mantener el orden.

Sancho avanzó hasta quedar frente a la mesa. No llevaba armas visibles y tampoco buscó el apoyo de Martín.

—He obedecido órdenes que no debía haber obedecido —declaró—. Conduje hombres hasta sus casas, transmití amenazas y ayudé a detener a quienes podían hablar. La noche en que el abuelo de Martín huyó por la entrada norte, yo debía impedirlo. No lo hice porque él me obligó a mirar lo que estábamos haciendo y porque, por primera vez, comprendí que no podía seguir llamando servicio a cualquier crueldad que me ordenaran. Pero antes de aquella noche ya había participado en otras. No vengo a pedirlos que me absolváis. Si estos papeles sirven para juzgar a quienes daban las órdenes, también deben servir para juzgarme a mí.

La plaza quedó en silencio. A Martín le sorprendió que la confesión de Sancho, más que los nombres escritos, despertara la atención de quienes hasta entonces habían permanecido al margen. Los documentos podían ser discutidos, la letra puesta en duda y las fechas interpretadas de distintas maneras; pero aquel hombre estaba admitiendo hechos que lo comprometían, sin intentar separarse de ellos. No era una prueba suficiente de todo lo ocurrido, aunque sí un testimonio que nadie podría descartar sin más.

—¿Quién te daba las órdenes? —preguntó García.

Sancho miró a Gonzalo.

—No siempre el mismo hombre. Las familias que se beneficiaban de los acuerdos aportaban dinero, hombres y motivos. Pero había alguien que decidía qué nombres debían llegar a quienes ejecutábamos las órdenes y cuáles debían desaparecer antes de que los documentos salieran de la casa cerrada. Gonzalo no lo hacía todo, pero conocía el propósito y ayudó a mantenerlo oculto.

—¡Mientes! —exclamó el anciano.

—Ojalá pudiera decir que todo fue obra tuya —respondió Sancho—. Sería más sencillo para todos. Pero las órdenes que recibí pasaron por más de unas manos. Yo fui una de ellas.

Los representantes navarros se levantaron. El hombre del broche de plata declaró que su cometido consistía en negociar condiciones para los caminos y las relaciones entre territorios, no en responder por disputas internas de Gasteiz. Martín comprendió que intentaban separarse de cualquier responsabilidad antes de que la discusión los alcanzara. Por eso puso sobre la mesa otra de las hojas recuperadas en el bosque, aquella en la que figuraban las condiciones acordadas con sus intermediarios. Junto a varias cláusulas aparecían anotaciones que vinculaban determinadas concesiones de tierras con la eliminación de quienes podían impugnarlas. No había prueba de que todos los representantes conocieran el alcance de esas anotaciones, pero los nombres de sus contactos y las fechas de los mensajes estaban allí.

El hombre del broche no volvió a sentarse. Exigió que se suspendiera la lectura y que los documentos fueran examinados por quienes tenían autoridad para hacerlo. Algunos vecinos apoyaron su petición; otros comenzaron a protestar, temerosos de que la disputa terminara por atraer a hombres armados desde

fuera. La verdad no había unido a la villa, sino que había abierto de golpe las divisiones que el silencio mantenía ocultas.

Fue entonces cuando un vecino que había permanecido junto al pozo habló desde el fondo de la plaza. Era un hombre de manos anchas, conocido por transportar madera y leña a las casas. Contó que, años atrás, había visto a dos hombres esperar al padre de Martín cerca del camino del norte. No había sabido quiénes eran y no se había atrevido a preguntar. Recordaba, sin embargo, que uno llevaba el manto de un criado al servicio de una familia influyente y que, unos días después, escuchó que el padre de Martín había muerto. No podía asegurar que aquellos hombres tuvieran relación con su muerte, pero reconoció entre los presentes al criado que los acompañaba aquella mañana: el guardián de la casa cerrada.

Todas las miradas se volvieron hacia él. El hombre intentó retroceder, pero los vecinos que estaban detrás le cerraron el paso sin necesidad de recurrir a la violencia. Martín se acercó despacio.

—¿Estuviste con mi padre antes de que muriera?

El guardián miró a Gonzalo, esperando una señal que no llegó. Aquella ausencia de respuesta terminó por quebrarlo.

—Recibí instrucciones de seguirlo y averiguar qué sabía
—dijo—. No debía tocarlo. Eso fue lo que me dijeron.

—¿Y después?

—Después me ordenaron que no volviera a hablar de él. No sé quién estuvo con él la noche en que murió. No sé si cayó, si lo empujaron o si alguien preparó lo que ocurrió. Solo sé que Gonzalo me preguntó, al día siguiente, si había recuperado los papeles que el hombre llevaba consigo.

Martín cerró los ojos un instante. La respuesta no le devolvía a su padre ni aclaraba cómo había muerto, pero confirmaba que su búsqueda no había sido una sospecha sin fundamento. Su padre había estado vigilado; sus papeles importaban a quienes dirigían la casa cerrada; después de su muerte, alguien se había preocupado por saber qué había dejado atrás. El resto aún debía averiguarse, y Martín no permitiría que el deseo de una respuesta lo empujara a aceptar como cierta cualquier acusación.

Gonzalo trató de hablar, pero el anciano que presidía la reunión se puso en pie y pidió que nadie abandonara la plaza hasta que se hubiera acordado cómo custodiar los documentos y escuchar a los testigos. No dictó sentencia ni proclamó culpables. Propuso que los pergaminos quedaran bajo la vigilancia conjunta de varios vecinos, que Sancho y el guardián permanecieran a disposición de quienes debían examinar los hechos, y que la lectura del acuerdo con Navarra quedara suspendida hasta aclarar las condiciones que habían sido ocultadas. Dos hombres de confianza fueron llamados para impedir que nadie destruyera los escritos, mientras otros se ofrecieron a buscar los registros antiguos que podían confirmar los nombres y las fechas.

Gonzalo no fue arrastrado ni golpeado. Se le pidió que permaneciera en la villa y respondiera ante los vecinos, y por primera vez tuvo que escuchar una exigencia que no podía resolver con una conversación privada. Aun así, Martín sabía que aquello no equivalía a una victoria. Algunos seguirían defendiéndolo; otros temerían perder sus tierras o sus alianzas si colaboraban en la investigación. La villa no había quedado libre de sus intereses ni de sus miedos. Lo que había cambiado era que los documentos ya no estaban encerrados en una habitación sin ventanas y que sus nombres podían ser leídos por cualquiera que supiera escuchar.

Cuando la reunión empezó a disolverse, Lope se acercó a Martín. Había permanecido a su lado durante toda la confrontación, sin intentar intervenir en su nombre ni reclamar para sí una parte de lo conseguido. Entre ambos seguía existiendo el recuerdo de lo que Lope había callado, pero también el de cuanto habían arriesgado juntos.

—No sé si hoy hemos hecho lo suficiente —dijo Lope.

—No lo hemos hecho todo —respondió Martín—. Mi padre sigue muerto y todavía no sabemos quién lo llevó a ese final. Pero ya no tendremos que buscar la verdad a oscuras.

Lope bajó la mirada.

—Y yo no puedo pedirte que olvides lo que te oculté.

—No te lo he prometido —dijo Martín—. Tendrás que aprender a vivir con ello, como yo tendré que aprender a vivir con lo que descubra.

No hubo abrazo ni reconciliación repentina. Lope aceptó aquellas palabras con un leve movimiento de cabeza, y juntos se apartaron de la mesa. Aritza los esperaba junto a García, mientras Sancho permanecía bajo la vigilancia de dos vecinos, sin resistirse ni intentar escapar. Al pasar junto a él, Martín se detuvo.

—La verdad ha salido de la casa —le dijo—. Ahora empieza la parte que te corresponde.

Sancho no respondió. Miró hacia la calle por la que habían llegado, quizá pensando en la cantidad de veces que había recorrido aquellos mismos caminos llevando órdenes que nadie quería reconocer como propias. Después se volvió hacia los hombres que lo custodiaban y los siguió sin que tuvieran que empujarlo.

Martín salió de la plaza con la última página guardada junto a su pecho. Sobre los tejados, la luz avanzaba hacia las laderas y descubría las fachadas que tantas veces había visto sin comprender lo que escondían. Gasteiz no era más justa por conocer los nombres, ni los hombres que habían participado en la trama iban a desaparecer de su historia por haber sido señalados. Pero, mientras caminaba junto a Lope, Martín sintió que algo había dejado de pertenecer exclusivamente a los muertos y a quienes los habían silenciado.

Aún quedaba averiguar quién había preparado la muerte de su padre y qué parte de aquella antigua conspiración seguía viva. Ya no tendría que hacerlo solo, aunque tampoco podría hacerlo sin pagar un precio.

Y, por primera vez desde que había comenzado la búsqueda, Martín supo que el último capítulo no trataría de descubrir un secreto, sino de decidir qué hacer con la verdad una vez que todos pudieran verla.

XLV

Durante los días que siguieron a la lectura de los documentos, Gasteiz pareció vivir bajo una calma prestada. Las puertas se abrían a la misma hora, los mercaderes volvían a colocar sus mercancías frente a los talleres y los campesinos llegaban desde las aldeas con sus carros cargados, pero las conversaciones se interrumpían cuando alguien pronunciaba el nombre de Gonzalo de Armentia. Algunos aseguraban que todo había sido una disputa entre familias; otros sostenían que los documentos demostrarían una traición mucho mayor. Los más prudentes preferían no hablar hasta saber quién conservaría el poder cuando terminara la investigación. Martín comprendió que la verdad no avanzaba como una corriente que arrastra cuanto encuentra, sino como el agua que se abre paso lentamente entre las piedras, obligando a cada obstáculo a revelar su forma.

Los documentos quedaron custodiados en una estancia de la casa de García, donde varios vecinos se turnaban para impedir que desaparecieran. Durante aquellas primeras jornadas se compararon las escrituras, las marcas de los escribanos y las fechas con los registros de las tierras. No todas las acusaciones pudieron confirmarse, pero sí se reconocieron varias transmisiones de propiedad que habían sido justificadas mediante testimonios dudosos y otras que se habían producido después de la desaparición de sus antiguos dueños. Dos familias descubrieron que conservaban tierras cuya posesión había comenzado con aquellas decisiones, y una de ellas se apresuró a ofrecer explicaciones antes incluso de que nadie la acusara. El acuerdo con Navarra quedó suspendido, no porque todos sus términos fueran necesariamente injustos, sino porque nadie podía ya fingir que se había negociado con la participación libre de los vecinos.

Gonzalo permanecía en Gasteiz, vigilado por hombres escogidos entre quienes no dependían directamente de las familias implicadas. Conservaba todavía amigos y partidarios, y su posición no se había desvanecido de un día para otro. Había declarado que las anotaciones de los pergaminos podían referirse a disputas particulares y que algunas órdenes se habían ejecutado sin su conocimiento. Sin embargo, cada nueva comparación de los documentos debilitaba una parte de su relato. García había encontrado una copia incompleta de una relación de pagos, y en ella aparecían las mismas cantidades anotadas junto a los nombres de dos hombres que Sancho había reconocido como intermediarios. La coincidencia no bastaba para reconstruir todas las decisiones, pero permitía seguir el rastro del dinero y, con él, el de las personas que habían hecho posible la trama.

Martín dedicó buena parte de aquellos días a buscar cualquier indicio que pudiera explicar la muerte de su padre. Revisó la carta hallada en la caja, las notas de la última página y los documentos que habían permanecido ocultos en la casa cerrada. Encontró referencias a reuniones, mensajeros y propiedades, pero ninguna orden directa que demostrara quién había decidido que su padre debía morir. Había imaginado muchas veces que, al alcanzar el final de la búsqueda, una frase escrita por la mano adecuada resolvería todas sus dudas. Ahora sabía que los hombres que organizaban aquellas cosas rara vez dejaban una confesión; preferían que las órdenes pasaran por varias manos, que cada cual conociera solo una parte y que, llegado el momento, todos pudieran afirmar que habían cumplido una tarea distinta.

Fue Sancho quien le ofreció una pista nueva. La mañana del cuarto día pidió hablar con él y con García, lejos de los hombres que lo custodiaban. No pretendía que lo dejaran marchar ni ofrecía información a cambio de una promesa. Había recordado algo que llevaba años intentando olvidar: después de la muerte

del padre de Martín, recibió la orden de acudir a una casa situada fuera de la villa, donde se le entregó una pequeña bolsa con monedas y se le indicó que abandonara Gasteiz durante una temporada. Quien le dio el dinero no fue Gonzalo, sino un escribano que trabajaba para una de las familias beneficiadas por los acuerdos. Sancho no conocía el propósito de aquel pago, pero sí recordaba una frase que el hombre pronunció mientras cerraba la bolsa: Algunos muertos siguen siendo peligrosos mientras alguien conserve sus preguntas.

—¿Por qué no lo contaste antes? —preguntó Martín.

Sancho sostuvo la mirada sin intentar justificarse.

—Porque entendí lo suficiente para temer lo que podía ocurrirme, pero no lo bastante para atreverme a acusar a nadie. Después me convencí de que, si mantenía la boca cerrada, podría evitar que otros pagaran por mis actos. Era una mentira útil. Me permitió seguir viviendo sin tener que decidir qué clase de hombre había sido.

Martín sintió que la ira volvía a crecer en él, aunque ya no era la misma que lo había empujado a entrar en la casa cerrada. Quería saber quién había pagado al escribano, quién había preparado el encuentro con su padre y por qué nadie había querido explicar la muerte. Pero también comprendía que Sancho solo podía entregar lo que sabía. Convertir una sospecha en certeza habría sido repetir el procedimiento que había permitido condenar a tantos hombres sin escucharlos.

—Necesito el nombre del escribano —dijo.

Sancho lo pronunció. García lo reconoció de inmediato: había trabajado durante años para la familia de Gonzalo y había desaparecido de Gasteiz poco después de la muerte del padre de Martín. Según los últimos rumores, se había establecido en una aldea al otro lado de los caminos principales, donde vivía bajo la protección de unos parientes. García conocía a un

mercader que viajaba con frecuencia por aquella ruta y podía averiguar si el hombre seguía allí. No sería fácil conseguir que regresara, pero existía la posibilidad de encontrarlo y preguntarle por aquel pago.

—No tenemos una prueba de que ordenara la muerte —advirtió García—. Ni siquiera sabemos si conoce al hombre que la preparó. Si vamos a buscarlo, tendremos que escuchar lo que diga sin decidir de antemano qué queremos oír.

Martín aceptó. Por primera vez, la búsqueda ya no consistía en perseguir una única respuesta, sino en distinguir las partes de la historia que podían demostrarse de aquellas que quizá permanecieran para siempre en la sombra. No renunciaría a conocer la verdad, pero tampoco permitiría que el dolor por su padre le hiciera ver culpables allí donde solo había preguntas.

Aquella tarde fue a ver a Lope. Lo encontró junto al muro septentrional, cerca de la antigua entrada por la que el padre de Martín había ayudado a escapar a quienes huían de la conspiración. Lope había regresado varias veces a aquel lugar desde que todo salió a la luz. Martín no le preguntó por qué. En los últimos días, ambos habían aprendido a permanecer juntos sin llenar cada silencio con explicaciones, y esa distancia, aunque dolorosa, le parecía más honrada que la confianza fingida de antes.

—García cree que aún podemos encontrar al escribano —dijo Martín—. Tal vez sepa quién pagó para que mi padre dejara de hacer preguntas.

—¿Vas a ir tras él?

—Sí. Pero no saldré de Gasteiz hasta que sepamos qué ocurrirá con los documentos y con quienes están detenidos. No quiero que todo lo que hemos conseguido quede en manos de los mismos hombres mientras nosotros perseguimos otra pista.

Lope asintió y apoyó una mano en la piedra antigua. Durante un rato contemplaron la villa, extendida alrededor de la colina, con las luces encendiéndose una a una detrás de las ventanas. Después, Lope habló sin mirarlo.

—He pensado mucho en la noche de la entrada. Durante años me dije que tu padre me había salvado para que yo pudiera vivir, y convertí aquella deuda en una obligación de protegerte. Nunca me pregunté si tú habrías preferido conocer la verdad, aunque te hubiera hecho daño. Decidí por ti porque tenía miedo de perderte, y al final he conseguido que dudes de todo lo que te digo.

Martín tardó en responder. Había imaginado aquella conversación muchas veces, y en algunas versiones encontraba una frase que le permitía perdonar a Lope sin reservas. Ahora no quería buscar una salida sencilla.

—No puedo devolverte la confianza solo porque hayas entendido lo que hiciste —dijo—. Pero tampoco quiero que lo que ocurrió entre nosotros se convierta en otra cosa que ninguno se atreve a nombrar. Si seguimos juntos, tendrá que ser sin promesas que nos obliguen a mentir.

Lope volvió la cabeza hacia él. En sus ojos no había alivio, sino una tristeza serena, quizá porque empezaba a comprender que recuperar la amistad no significaría regresar al tiempo anterior.

—Entonces no te pediré que me creas antes de tiempo —respondió—. Intentaré merecerlo.

Martín extendió la mano y la dejó un instante sobre el hombro de su amigo. Fue un gesto breve, sin la solemnidad de una reconciliación definitiva, pero Lope no se apartó. Los dos permanecieron allí mientras el viento descendía de las tierras del norte y traía el olor húmedo de los campos. A lo lejos, las montañas se oscurecían bajo las nubes del atardecer. Martín pensó

en los caminos que se extendían más allá de Gasteiz, en las gentes que los recorrían sin conocer los acuerdos que otros habían negociado sobre sus vidas, y en la villa que ahora debía decidir qué clase de paz estaba dispuesta a aceptar.

Al regresar, encontraron a Aritza junto a la puerta de García. Beltrán se encontraba mejor y había podido levantarse sin ayuda, aunque todavía necesitaba descansar. Había pedido que le llevaran los documentos y, después de examinarlos, señaló una pequeña anotación que hasta entonces nadie había considerado importante. Aparecía junto a una de las relaciones de pagos, escrita con una letra distinta: una cantidad entregada por el traslado de un arca desde la casa cerrada hasta un lugar que no se identificaba por su nombre, sino por una referencia a la vieja senda del norte.

—No sé qué contenía el arca —dijo Beltrán—, pero recuerdo que mi abuelo hablaba de un depósito donde se guardaban las copias que no debían permanecer en la villa. Si el escribano recibió dinero después de la muerte de tu padre, quizá no fuera solo para comprar su silencio. Tal vez alguien quería asegurarse de que aquello que él había descubierto no pudiera recuperarse.

Martín examinó la anotación. No era una prueba concluyente, pero sí una posibilidad que merecía ser investigada. La vieja senda del norte conducía hacia las tierras boscosas y, más allá, a los caminos que se acercaban al Gorbea. Recordó la entrada oculta, la caja enterrada y el esfuerzo que habían hecho para reconstruir los movimientos de su familia. Tal vez aún quedara algo por encontrar; tal vez solo hallaran un espacio vacío y otra pregunta sin respuesta. En cualquier caso, esta vez no partiría guiado por una certeza inventada.

Esa noche, mientras Gasteiz se recogía tras sus puertas y el rumor de la investigación se extendía de casa en casa, Martín colocó sobre la mesa la carta de su padre y la última página.

Las acercó hasta que sus bordes casi se tocaron. No formaban una explicación completa, pero juntas revelaban el esfuerzo de un hombre por dejar constancia de aquello que otros querían borrar. Martín pasó los dedos por el borde del pergamino, con cuidado de no dañar la escritura.

Había empezado buscando una respuesta sobre su familia y había terminado descubriendo una herida que atravesaba la villa entera. Todavía quedaban culpables por identificar, tierras que devolver o disputas que resolver, y quizá nunca llegaría a conocer todos los detalles de la muerte de su padre. Pero la verdad ya no dependía de un solo hombre ni podía encerrarse de nuevo en una habitación sin ventanas.

A la mañana siguiente, Martín saldría hacia la vieja senda del norte con Lope y Aritza. No para desenterrar otra historia que nadie pudiera contar, sino para comprobar si el último rastro que había dejado su padre conducía a una prueba o a un silencio definitivo.

Y, por primera vez, comprendió que ambas cosas podían formar parte del mismo final.

XLV

La plaza no volvió a ser la misma después de que los nombres fueran leídos en voz alta. Durante años, los vecinos de Gasteiz habían aprendido a reconocer el peligro en los silencios, en las puertas que se cerraban antes de tiempo y en las preguntas que nadie se atrevía a formular delante de un extraño. Ahora, sin embargo, el silencio había cambiado de dueño. Ya no pertenecía únicamente a quienes gobernaban, porque los hombres y las mujeres que habían escuchado la lectura de los documentos se llevaban consigo una parte de aquella verdad, y ni el concejo ni los representantes del poder navarro podían arrebatarla sin que la ciudad entera comprendiera el precio de hacerlo.

Martín permaneció junto al borde de la plaza cuando los últimos vecinos comenzaron a dispersarse. No había encontrado la paz que había imaginado durante tantas noches, cuando todavía creía que conocer la verdad sobre su padre bastaría para poner fin a sus dudas. Los documentos habían aclarado algunos hechos, habían confirmado otros y habían dejado al descubierto una trama más antigua de lo que él sospechaba; pero seguía faltando la pieza que diera sentido a todo lo demás. Alguien había decidido que su padre debía morir, alguien había convertido una disputa sobre la ciudad y sus derechos en una sentencia secreta, y alguien había conseguido que durante años aquella muerte pareciera consecuencia de una desgracia sin responsables.

Lope se acercó despacio. Desde que la confesión había salido a la luz, se movía con una cautela que Martín no sabía interpretar. No era ya la cautela del hombre que teme ser descubierto, o al menos no únicamente esa, sino la de quien ha comprendido que la verdad puede liberar a unos y condenar a otros

sin distinguir entre la justicia y la venganza. Se detuvo a su lado, mirando las puertas de las casas que rodeaban la plaza.

—Mañana vendrán a pedirnos los documentos —dijo—. No lo harán como ladrones. Enviarán a alguien con autoridad, hablarán de conservar el orden y de evitar que los rumores perturben la convivencia. Si nos negamos, dirán que ocultamos pruebas; si entregamos los originales, quizá no vuelvan a ver la luz.

—Entonces no los entregaremos.

—No basta con decirlo, Martín. Los hombres que desean recuperar esos papeles no necesitan convencernos. Pueden cerrar caminos, retirar mercancías, impedir que los campesinos entren en la villa o encontrar cualquier infracción en las cuentas del concejo. Hay muchas maneras de castigar una ciudad sin derribar una sola puerta.

Martín volvió la mirada hacia él. Durante mucho tiempo habría interpretado aquellas palabras como una advertencia interesada, otra forma de preparar una excusa antes de que llegara el momento de responder por sus actos. Ahora sabía que Lope había estado implicado en decisiones que no se atrevía a nombrar, pero también comenzaba a comprender que su culpa no era sencilla. Había obedecido, había callado y había permitido que otros pagaran por ello; sin embargo, cuando tuvo ocasión de desaparecer y salvarse, había regresado. Martín no podía perdonarlo todavía, aunque tampoco podía seguir fingiendo que todos los hombres se dividían limpiamente entre culpables e inocentes.

—Mi padre también conocía esos peligros —respondió—. Y, aun así, decidió hablar.

Lope bajó la cabeza. Por un instante, Martín creyó que volvería a refugiarse en sus evasivas, pero el hombre se apoyó

en el muro y permaneció allí, como si necesitara encontrar una postura desde la que soportar lo que iba a decir.

—Tu padre no murió por haber hablado una sola vez. Murió porque llevaba tiempo reuniendo pruebas y porque alguien comprendió que, si llegaba a mostrarlas, no solo caería un hombre. También quedarían al descubierto quienes habían utilizado las necesidades de la villa para apropiarse de tierras, alterar obligaciones y decidir quién tenía derecho a ser escuchado. Tu padre sabía que algunos de aquellos hombres estaban protegidos por personas a las que nadie se atrevía a contradecir. Lo que nunca supe fue quién dio la orden definitiva.

—Pero sabes quién podía hacerlo.

—Sí —admitió Lope—. Y sospecho que esa persona sigue dentro de Gasteiz.

No fue una revelación inesperada, pero la manera en que Lope la pronunció hizo que Martín sintiera de nuevo el peligro que había creído superado al llegar a la plaza. Hasta entonces habían buscado al hombre que había arrancado la última página del registro, al que había seguido sus huellas y al que había intentado borrar las pruebas. Ahora debían averiguar quién había podido ordenar todo aquello sin exponerse, alguien cuya fuerza no dependía de llevar una espada, sino de conseguir que otros actuaran en su nombre.

—¿Por qué no lo dijiste antes?

—Porque no tenía una prueba. Y porque temía que, si pronunciaba su nombre, tú fueras directamente a buscarlo. Te conozco lo suficiente para saber que habrías confundido la justicia con la necesidad de acabar de una vez con todo esto.

Martín quiso responder con dureza, pero las palabras se le quedaron detenidas. Una parte de él seguía deseando encontrar a aquel hombre y obligarlo a reconocer lo que había hecho.

Otra, más cansada y quizá más lúcida, empezaba a entender que la muerte de su padre no se repararía con una segunda muerte, y que si la ciudad iba a conservar algo de lo que acababan de descubrir, tendría que hacerlo de una manera distinta a la de sus enemigos.

Aritza apareció desde la calle que conducía al antiguo mercado. Llevaba el manto cerrado hasta el cuello y tenía barro en el borde de la túnica, señal de que había atravesado las callejas que descendían hacia las huertas. No parecía venir huyendo, pero tampoco caminaba con la tranquilidad de quien trae una noticia menor. Miró primero a Martín y después a Lope, y solo cuando estuvo segura de que nadie más podía escucharla habló.

—Han ido a la casa del escribano.

Martín se apartó del muro.

—¿A detenerlo?

—No. La casa estaba cerrada y nadie ha respondido a las llamadas. Han entrado por la fuerza, han registrado las habitaciones y se han llevado una caja de madera que guardaba debajo de la cama. Los vecinos dicen que el escribano abandonó la villa antes del amanecer, pero una mujer que vive frente a su casa asegura que vio salir a un hombre por el patio trasero la noche pasada. No era el escribano.

Lope levantó la cabeza.

—¿Pudo reconocerlo?

—No su rostro. Dice que llevaba una capa oscura y que caminaba como alguien acostumbrado a que le abrieran las puertas. Cuando los hombres llegaron esta mañana, no parecían sorprendidos de encontrar la casa vacía. Sabían lo que buscaban.

Martín sintió que las piezas comenzaban a encajar, aunque todavía no podía distinguir la figura que formaban. El escribano había intervenido en la conservación de los registros y conocía los nombres que faltaban en ellos; si alguien se había adelantado a quienes acababan de leerlos en la plaza, podía significar que la conspiración había sobrevivido a la exposición pública y que sus responsables estaban dispuestos a actuar antes de perder el control de la situación.

—¿Qué había en esa caja? —preguntó.

—Eso es lo que nadie sabe. Pero la mujer dice que, antes de marcharse, el escribano dejó una cosa en manos de su hija. La muchacha sigue en casa de unos parientes, al otro lado de la calle de los curtidores.

Lope miró a Martín con una expresión que este no había visto desde los primeros días de su desconfianza: no era miedo, sino reconocimiento. El hombre comprendía lo mismo que él. La caja podía contener una prueba, pero la muchacha podía saber por qué alguien había querido llevársela. Y si los perseguidores habían dejado de buscar los documentos que estaban bajo custodia de los vecinos para dirigirse a la casa del escribano, era porque existía otra parte de la historia que aún no había llegado a la plaza.

—No iremos todos —decidió Martín—. Aritza, tú conoces a la gente del mercado y podrás acercarte sin llamar la atención. Lope y yo iremos por otra calle. Si alguien nos está vigilando, quiero que crea que seguimos buscando al escribano.

—¿Y si la muchacha no quiere hablar? —preguntó Aritza.

Martín pensó en su padre, en Beltrán y en todos aquellos que habían guardado silencio porque comprendían que una palabra podía poner en peligro a sus familias. No quería repetir el método de los hombres a los que perseguían, ni convertir a una

joven en instrumento de una disputa que quizá había comenzado antes de que ella naciera.

—Le diremos la verdad sobre lo que ha ocurrido. Después decidirá ella qué puede contarnos.

Aritza asintió y se marchó sin añadir nada. Lope aguardó hasta que desapareció entre la gente antes de ponerse en movimiento junto a Martín. Caminaron por calles estrechas, evitando la plaza y las vías principales, mientras la vida cotidiana de Gasteiz continuaba a su alrededor con una normalidad que a Martín le pareció casi ofensiva. Un vendedor discutía el precio de unas pieles; dos mujeres llenaban sus cántaros junto a una fuente; un muchacho perseguía a una gallina que había escapado de un corral. La ciudad seguía ocupada en sus necesidades inmediatas, ajena en apariencia a las decisiones que podían cambiar su destino, pero Martín sabía que precisamente en aquellas vidas se encontraba el sentido de todo lo que habían descubierto.

Al llegar a la calle de los curtidores, Lope se detuvo ante una puerta baja, protegida por un alero de madera. No llamó de inmediato. Observó la calle, comprobó que nadie los seguía y, finalmente, golpeó tres veces, con una pausa breve entre la segunda y la tercera llamada.

La puerta se abrió apenas lo suficiente para mostrar el rostro de una muchacha de unos dieciséis años. Tenía los ojos enrojecidos y sostenía contra el pecho un pequeño envoltorio de tela. Al reconocer a Lope, retrocedió un paso, pero no cerró.

—Mi padre dijo que quizá vendríais —murmuró—. También dijo que no debía entregar esto a nadie que llevara un sello, aunque asegurase venir en nombre del concejo.

Martín no intentó acercarse. Se quedó donde estaba, consciente de que aquella joven había pasado la noche esperando que alguien llamara y de que, para ella, todos los hombres

que preguntaban por su padre podían representar la misma amenaza.

—No hemos venido a llevarnos nada —dijo—. Tu padre conocía los documentos que hemos presentado en la plaza. Queremos saber por qué alguien ha entrado en su casa y qué buscaba.

La muchacha observó a Martín durante un largo instante. Después bajó la vista hacia el envoltorio, desató uno de los nudos y dejó ver un pequeño sello de cera oscura, roto por la mitad, junto a una tira de pergamino doblada varias veces. No se los entregó; únicamente permitió que los vieran.

—Mi padre dijo que esto no demostraba quién había ordenado la muerte de vuestro padre —explicó—, pero que demostraba quién había estado allí cuando se decidió. Dijo que, si algún día la verdad salía a la luz, alguien tendría que distinguir entre el hombre que dio la orden y el hombre que se aseguró de que se cumpliera.

Martín sintió que el aire de la calle se volvía más frío. Miró a Lope, pero este permaneció inmóvil, con la vista fija en el sello partido. Por primera vez desde que habían comenzado a perseguir la verdad, Martín comprendió que aún podían estar equivocados acerca de la persona a la que debían temer.

La muchacha cerró la mano sobre el envoltorio.

—Hay algo más —añadió—. Mi padre dijo que el hombre que buscáis no teme que se conozca su nombre. Teme que alguien pueda demostrar que, aquella noche, recibió una orden de otra persona.

Y entonces, desde el extremo de la calle, llegó el ruido acompasado de varios pasos. No eran los de los vecinos que regresaban del mercado. Eran demasiados, demasiado regulares, y se detuvieron al mismo tiempo frente a la casa.

Lope se volvió hacia Martín. En su rostro había aparecido una expresión que no dejaba lugar a dudas: reconocía aquella forma de llamar antes incluso de que los hombres golpearan la puerta.

—No abras —dijo en voz baja a la muchacha—. Pase lo que pase, no abras.

Martín comprendió que la última página del registro quizá no había sido el final de la búsqueda, sino el principio de una verdad más peligrosa. Y mientras los golpes resonaban en la madera, supo que la siguiente decisión no afectaría únicamente a su propia vida, sino al destino de quienes habían confiado en que, una vez pronunciados sus nombres, nadie volvería a borrarlos.

XLVI

Los golpes volvieron a resonar antes de que nadie pudiera responder. No eran violentos, pero sí firmes, acompasados, propios de quienes estaban acostumbrados a que las puertas se abrieran sin necesidad de insistir. La muchacha apretó el envoltorio contra el pecho y retrocedió hacia el interior de la casa, mientras Lope se situaba junto a Martín, con la mirada fija en la entrada. Durante unos instantes, ninguno de los dos habló. En aquella calle estrecha, donde el olor de las pieles curtidas se mezclaba con el humo de los hogares, el silencio parecía haberse extendido de una casa a otra, como si los vecinos hubieran comprendido que algo estaba a punto de suceder y prefirieran no ser testigos.

—En nombre de la autoridad de la villa, abrid la puerta —ordenó una voz desde el exterior—. Buscamos a la hija del escribano y debemos hacerle unas preguntas.

La muchacha palideció. Martín se volvió hacia ella y le indicó con un gesto que guardara el pergamino. No podía saber si aquellos hombres venían realmente en nombre del concejo, pero la advertencia de su padre había sido clara: no debía entregar el envoltorio a nadie que llevara un sello, y mucho menos a quien afirmara actuar por autoridad de otros. Lope, entretanto, se acercó a la puerta sin llegar a tocarla.

—Si venís en nombre del concejo, decid quién os ha enviado —respondió—. La muchacha no está acusada de ningún delito y no tenéis derecho a entrar en una casa sin explicar el motivo.

Al otro lado se produjo una breve pausa. Después, la misma voz contestó con una tranquilidad que inquietó a Martín más que cualquier amenaza.

—Lope, no compliques una situación que todavía puede resolverse sin dificultades. Sabemos que estás ahí. Sabemos también que Martín te acompaña. Dejad salir a la muchacha y nadie tendrá que lamentar lo que ocurra después.

Martín miró a Lope. La voz no les resultaba familiar, pero quien hablaba conocía sus nombres y sabía que se encontraban allí antes incluso de que hubieran tenido tiempo de comprobar si alguien los seguía. Aquello significaba que su llegada a la casa no había pasado inadvertida o que alguien había informado de sus movimientos con una precisión que solo podía proceder de quienes conocían sus planes. La desconfianza que Martín había sentido hacia Lope durante tantos días regresó de golpe, aunque esta vez no encontró una certeza a la que aferrarse. Podía ser una trampa preparada por sus enemigos, una traición de alguno de los hombres que habían participado en la investigación o una consecuencia de haber confiado demasiado en que la lectura pública de los documentos los protegería.

—¿Quién eres? —preguntó Lope.

—Alguien que te ofrece una última oportunidad.

Lope dejó escapar una respiración lenta. Martín lo observó de perfil y advirtió que no era el temor lo que había endurecido sus facciones, sino el esfuerzo por contener una respuesta que llevaba mucho tiempo guardando.

—Entonces has llegado tarde —dijo—. Las oportunidades se acabaron cuando decidisteis que la muerte de un hombre podía ocultarse detrás de un registro incompleto.

No hubo respuesta inmediata. Se escuchó el roce de unas botas sobre las piedras y, a continuación, la voz habló de nuevo, esta vez más cerca de la puerta.

—No sabes cuánto ignoras, Lope. El padre de Martín tampoco lo sabía todo, aunque se convenció de que sí. Y ya conoces el precio que pagó por ello.

Martín dio un paso hacia la entrada, pero Lope le sujetó el brazo. El gesto fue tan rápido que apenas llegó a verlo, y durante un instante ambos quedaron frente a frente, unidos por una tensión que no necesitaba palabras. Lope no intentó retenerlo por la fuerza; simplemente negó con la cabeza, como si le estuviera pidiendo que no permitiera que aquella voz decidiera por él.

—Eso es lo que quieren —murmuró—. Que salgamos, que perdamos el control y que la muchacha quede sola.

Martín comprendió que tenía razón. Si abrían la puerta, no sabían cuántos hombres aguardaban al otro lado ni qué autoridad podían alegar para detenerlos. Si permanecían dentro, podían dar tiempo a sus adversarios para rodear la casa. La única salida estaba en el patio trasero, desde el que se accedía a un pasadizo estrecho entre dos construcciones. Pero para llegar hasta él tendrían que atravesar una habitación cuya ventana daba a la calle, y los hombres apostados en el exterior podían descubrirlos antes de que alcanzaran el muro.

La muchacha, que había escuchado todo sin moverse, señaló una puerta interior.

—Mi padre me enseñó una salida —susurró—. No la utiliza nadie desde hace años. Está detrás del almacén, pero no sé si todavía se puede pasar.

Lope se volvió hacia ella.

—¿Adónde conduce?

—A una casa abandonada junto a las antiguas huertas. Mi padre decía que, antes de que se levantaran algunas de las construcciones nuevas, servía para llevar mercancías sin atravesar el mercado. Nunca me dejó entrar sola.

Martín recordó las galerías y los pasos antiguos de los que habían hablado durante la búsqueda de los documentos. Gasteiz guardaba bajo sus casas una memoria distinta de la que aparecía en los registros: muros reutilizados, salidas cegadas, corredores que habían perdido su función cuando las calles cambiaron de trazado. Aquellos lugares no eran secretos por haber sido contruidos para ocultar conspiraciones, sino porque la ciudad había crecido sobre ellos y los había olvidado. Precisamente por eso podían ofrecerles una oportunidad.

—Llévanos hasta allí —dijo.

La muchacha no se movió.

—¿Y si no conduce a ninguna parte?

—Entonces buscaremos otra salida —respondió Martín—. Pero no vamos a dejarte aquí para que otros decidan qué debes entregar.

Ella pareció examinarlo, buscando en su rostro alguna señal de que aquella promesa escondía un interés distinto. Finalmente asintió y los condujo hacia el fondo de la casa. Mientras avanzaban, los golpes en la puerta se hicieron más espaciados, aunque ninguno de los tres creyó que los hombres se hubieran marchado. La casa era pequeña y estaba ordenada con la austeridad de quien había dedicado su vida a escribir las decisiones de otros: una mesa cubierta de papeles, un banco junto al hogar, estantes con recipientes de tinta y varias cajas donde se guardaban pergaminos y cuerdas. Martín pensó que el

escribano debía de haber pasado allí sus últimas horas preparando la huida, sin saber si tendría ocasión de regresar.

Al llegar al almacén, la muchacha apartó unas piezas de madera apiladas contra la pared y descubrió una puerta baja, casi oculta bajo una capa de polvo. La abrió con dificultad. Detrás se extendía un corredor de piedra que descendía ligeramente, tan estrecho que tuvieron que avanzar de uno en uno. El aire era húmedo y olía a tierra removida. Martín caminó el último, pendiente de cualquier ruido procedente de la casa, mientras Lope ayudaba a la joven a salvar un desnivel en el suelo.

Apenas habían recorrido unos pasos cuando escucharon un estrépito arriba. La puerta de la vivienda acababa de ceder.

—¡Buscadlos! —gritó alguien—. No pueden haber salido a la calle.

La muchacha se detuvo, pero Martín le indicó que continuara. No había espacio para volver atrás sin quedar atrapados y, aunque el corredor estuviera cegado, permanecer en él solo les daría a sus perseguidores más tiempo para encontrarlos. Avanzaron hasta que la oscuridad se hizo casi completa y tuvieron que guiarse por el contacto de las manos con la pared. En algún lugar, por delante de ellos, se oía un goteo constante.

Al cabo de unos minutos llegaron a una estancia baja, sostenida por un arco de piedra. Había restos de cestas deshechas, una rueda partida y fragmentos de cerámica cubiertos por el polvo. La muchacha señaló un hueco al otro lado, donde unas piedras habían sido retiradas de la pared y colocadas de nuevo sin demasiado cuidado.

—Por ahí salía mi padre cuando no quería que lo vieran en el mercado —explicó—. Pero hace mucho que no lo utiliza.

Lope se agachó para examinar el hueco. Apartó dos piedras y comprobó que detrás había tierra suelta, raíces y una

franja de luz grisácea. No parecía una salida practicable para tres personas, pero tampoco estaba completamente cerrada. Con ayuda de Martín, retiró los bloques más pequeños y abrió un espacio por el que la muchacha podría pasar primero.

Fue entonces cuando Martín reparó en que Lope había dejado de mirar el corredor por el que habían llegado. Estaba observando el muro con una atención extraña, como si reconociera algo que no esperaba encontrar allí.

—¿Qué ocurre? —preguntó Martín.

Lope tardó en responder.

—Este paso no se utilizaba solo para llevar mercancías. También servía para llegar a una casa que perteneció a tu abuelo.

Martín sintió que aquellas palabras abrían una nueva grieta en todo lo que creía saber. Su abuelo había aparecido hasta entonces en los documentos como un hombre prudente, preocupado por conservar los derechos de los habitantes de Gasteiz en medio de las nuevas exigencias de quienes ejercían el poder. Pero cada hallazgo parecía conducirlos a una parte de su vida que alguien había procurado mantener oculta.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque no lo supe hasta después de su muerte. Y porque aquella casa dejó de pertenecer a tu familia en circunstancias que nunca llegué a comprender del todo.

—¿Qué circunstancias?

Lope levantó la mirada hacia él. En la penumbra, su expresión parecía más cansada que nunca.

—Tu abuelo no perdió aquella casa por una deuda, Martín. La entregó para proteger a alguien. Durante mucho tiempo

pensé que había sido a tu padre, pero ahora empiezo a creer que la persona a la que quiso salvar era otra.

Antes de que Martín pudiera preguntarle nada más, un ruido resonó en el corredor. Los perseguidores habían encontrado la entrada del almacén y comenzaban a descender. Ya no tenían tiempo para reconstruir el pasado. La muchacha pasó por el hueco y desapareció al otro lado; Lope la siguió, y Martín salió el último, ayudándose con las manos para apartar la tierra que se desprendía del muro.

Emergieron en un patio cubierto de hierba, oculto entre dos casas abandonadas. Desde allí se podía alcanzar la calle que descendía hacia las huertas sin pasar por el mercado. La muchacha se sacudió la tierra del vestido y comprobó que seguía llevando el envoltorio. Martín sintió un alivio breve, aunque sabía que todavía no estaban a salvo.

—Tenemos que encontrar a tu padre —le dijo—. Si ha conseguido salir de la villa, quizá conozca el significado de ese sello y pueda decirnos quién estaba presente aquella noche.

—No sé dónde está —respondió ella—. Solo me dijo que, si alguien venía a buscarme, debía encontrar a un hombre llamado Beltrán. Me aseguró que él sabría qué hacer.

Martín y Lope intercambiaron una mirada. Beltrán, que había aparecido herido en la antigua entrada del norte y cuya relación con el abuelo de Martín seguía siendo incompleta, volvía a cruzarse en su camino justo cuando parecía que la investigación había alcanzado un punto decisivo. No podía ser una casualidad que el escribano confiara en él, pero aún ignoraban si aquella confianza nacía de una antigua alianza, de una deuda o de un secreto compartido.

—¿Te dijo dónde encontrarlo? —preguntó Martín.

La muchacha negó con la cabeza, aunque después pareció recordar algo.

—Habló de una casa junto al camino del norte. Dijo que allí había vivido alguien que conocía a mi familia antes de que yo naciera. También dijo que no debía ir hasta que las campanas de la iglesia hubieran sonado tres veces después del amanecer.

Martín miró hacia el cielo, visible entre los tejados. La mañana estaba avanzada y las campanas habían sonado ya varias veces. No podían saber si la indicación seguía siendo válida o si el escribano había previsto que las cosas cambiarían, pero aquel era el único hilo que tenían para encontrar a Beltrán y comprender la relación entre los documentos, el sello partido y la muerte de su padre.

Lope se acercó a Martín cuando la joven se adelantó unos pasos.

—Hay algo que debes saber antes de que lo encontremos —dijo en voz baja—. Si Beltrán sigue vivo, quizá pueda demostrar quién dio la orden. Pero también puede revelar lo que hizo tu abuelo para impedir que aquella orden se cumpliera. Y no estoy seguro de que estés preparado para conocer esa parte.

Martín lo miró largamente. Habría querido exigirle que hablara, que dejara de protegerlo con medias verdades y silencios que solo habían servido para alimentar su desconfianza. Sin embargo, el ruido de los hombres que registraban las casas cercanas le recordó que todavía estaban huyendo, y que no podían permitirse detenerse cada vez que una nueva pregunta abría una herida antigua.

—No eres tú quien debe decidirlo —respondió—. Si mi abuelo cometió un error, quiero saberlo. Si hizo algo terrible para proteger a alguien, también. Ya he perdido demasiado tiempo intentando reconstruir una historia en la que todos parecían saber más que yo.

Lope aceptó la respuesta sin defenderse. Por primera vez, Martín tuvo la impresión de que no intentaba conducirlo hacia una conclusión determinada, sino acompañarlo hasta un lugar del que ninguno de los dos podría regresar siendo el mismo.

Los tres abandonaron el patio por una abertura entre las construcciones y tomaron el camino de las huertas. A sus espaldas, Gasteiz continuaba levantándose sobre su única colina, con sus tejados oscuros, sus calles estrechas y sus puertas abiertas al comercio y al tránsito de los caminos. Desde aquella distancia parecía una ciudad ajena a sus propias disputas, pero Martín sabía ya que cada piedra guardaba una decisión antigua y que algunas de ellas seguían condicionando la vida de quienes caminaban sobre ellas.

Al llegar a un cruce, la muchacha se detuvo y señaló una senda que avanzaba hacia el norte, entre tierras húmedas y pequeños muros de piedra.

—Mi padre decía que, si alguna vez tenía que abandonar Gasteiz, no debía seguir el camino principal. Los hombres miran siempre hacia donde esperan encontrar a los viajeros.

Martín siguió con la vista la senda. Más allá, el terreno ascendía suavemente hacia los montes, y una bruma ligera cubría los campos. En algún lugar de aquella dirección, Beltrán podía estar aguardando con las respuestas que tanto necesitaban o con una verdad que ninguno de ellos deseaba escuchar.

Se pusieron en marcha sin volver la vista atrás.

Y, mientras el camino los alejaba de las murallas, Martín comprendió que la historia de su familia no había comenzado con la muerte de su padre ni con el silencio de Lope. Había empezado mucho antes, cuando su abuelo tomó una decisión que creyó necesaria para salvar a alguien y dejó a los que vinieran después la carga de descubrir cuánto había costado aquella elección.

XLVII

La senda avanzaba entre campos húmedos y pequeñas parcelas separadas por muros bajos, siguiendo una dirección que los habitantes de Gasteiz conocían bien, aunque pocos se aventuraban a recorrerla sin motivo. A medida que se alejaban de la villa, los sonidos de los talleres y del mercado fueron quedando atrás, sustituidos por el rumor del viento entre los árboles y el canto ocasional de algún pájaro oculto en los setos. Martín caminaba junto a la muchacha, cuyo nombre aún no les había dicho, mientras Lope avanzaba unos pasos por delante, atento a las bifurcaciones y a las huellas que el barro conservaba de quienes habían pasado antes que ellos. El joven no había olvidado sus palabras sobre el abuelo, ni la manera en que había hablado de una casa entregada para proteger a alguien. Cuanto más intentaba ordenar los hechos, más evidente le resultaba que la muerte de su padre constituía solo el episodio más reciente de un conflicto que llevaba años creciendo bajo la apariencia de disputas por tierras, tributos y derechos antiguos.

—Todavía no nos has dicho cómo te llamas —observó Martín al cabo de un rato.

La muchacha pareció sorprendida, como si hasta entonces hubiera considerado su propio nombre una cuestión sin importancia.

—Elena. Mi madre eligió ese nombre, aunque mi padre siempre decía que lo importante no era cómo nos llamaran los demás, sino lo que estábamos dispuestos a hacer cuando llegara el momento de responder por nuestros actos.

Martín sonrió apenas. Había escuchado demasiadas veces a los hombres convertir las palabras de sus mayores en

justificaciones para sus decisiones, pero en aquella ocasión no le pareció que Elena pretendiera dar una lección. Hablaba de su padre con la tristeza de quien ha comprendido que quizá no volverá a verlo, y con una determinación que no nacía de la valentía, sino de la necesidad de no quedarse sola ante lo que estaba sucediendo.

—¿Tu padre sabía que podían ir a buscarlo?

—Desde hace semanas. Al principio decía que solo querían recuperar unos papeles antiguos. Después empezó a quemar cartas y a sacar libros de la casa. La última noche me despertó antes del amanecer y me pidió que recordara todo lo que me había contado sobre Beltrán. No quiso explicarme nada más. Cuando le pregunté si volvería, me dijo que los hombres no siempre pueden elegir cuándo regresar, pero que eso no significa que hayan dejado de intentarlo.

Martín guardó silencio. Reconocía en aquellas palabras una forma de despedida, aunque Elena quizá todavía no estuviera preparada para admitirlo. Pensó en su propio padre, en las cosas que había dejado sin decir y en las conversaciones que nunca podrían recuperar. Durante mucho tiempo había interpretado aquel silencio como una barrera que debía derribar para conocer la verdad; ahora empezaba a sospechar que algunas personas callaban no porque desconfiaran de quienes amaban, sino porque temían que el conocimiento pudiera convertirse en una condena para ellos.

La casa apareció al doblar una curva, apartada del camino y protegida por un grupo de árboles viejos. Era una construcción baja, con un tejado vencido en uno de los extremos y una pequeña dependencia adosada al muro oriental. No había humo en la chimenea ni señales de animales en el cercado, pero la puerta no estaba cerrada del todo. Lope se detuvo antes de llegar y examinó el terreno. Junto al umbral había una marca reciente en el barro, la huella de una bota cuyo borde había dejado

una impresión profunda. Más allá, cerca de la pared, alguien había pisado la hierba sin intentar disimular el paso.

—No estamos solos —murmuró.

Martín observó las ventanas. Una de ellas tenía el postigo entreabierto, aunque el viento apenas soplaba. No podía distinguir movimiento en el interior, pero aquella quietud le resultaba demasiado deliberada. Hizo una señal a Elena para que permaneciera detrás de él y se acercó a la puerta sin tocarla.

—¿Beltrán? —llamó.

No obtuvo respuesta. Esperó unos instantes y volvió a llamar, esta vez utilizando el nombre de su abuelo. Lope se volvió bruscamente hacia él, sorprendido por aquella decisión, pero no llegó a detenerlo. Desde el interior se escuchó un ruido leve, como el roce de una silla contra el suelo, y después una voz ronca que pronunció el nombre de Martín.

—Entra solo.

Martín miró a Lope. No confiaba lo suficiente en aquella invitación como para obedecerla sin reservas, pero tampoco podía ignorar la posibilidad de que Beltrán estuviera herido o necesitara ayuda. Empujó la puerta y cruzó el umbral, dejando a sus compañeros fuera, aunque mantuvo una mano cerca del cuchillo que llevaba al cinto.

La estancia olía a madera húmeda y a ceniza fría. Había una mesa junto a la ventana, dos bancos y un hogar en el que quedaban restos de un fuego apagado. Al fondo, sentado en una silla y con un brazo sujeto al cuerpo, estaba Beltrán. Su rostro había recuperado parte del color desde el último encuentro, pero la herida le obligaba a moverse con dificultad. Sobre la mesa descansaba un cuaderno de tapas gastadas, cerrado con una correa de cuero.

—Has tardado más de lo que esperaba —dijo el anciano.

—No sabía que me estabas esperando.

—No te esperaba a ti. Esperaba que alguno de vosotros comprendiera que el escribano no podía proteger por sí solo todo lo que sabía.

Martín se acercó a la mesa, pero no se sentó.

—¿Dónde está?

Beltrán apartó la mirada hacia la ventana.

—Vivo, hasta donde yo sé. Se marchó antes de que registraran su casa. Si ha seguido el camino que le indiqué, estará fuera del alcance de quienes lo buscan. Pero no he venido a hablarte de él.

—Entonces hablemos de mi padre.

La expresión del anciano cambió. Durante un instante, Martín creyó que iba a negarse, como tantas otras veces habían hecho quienes conocían alguna parte de la historia. Sin embargo, Beltrán apoyó la mano sana sobre el cuaderno y deslizó lentamente la correa hasta dejarlo abierto.

—Tu padre descubrió que alguien estaba utilizando los antiguos derechos de la villa para justificar la apropiación de tierras y el control de los caminos. No era una cuestión menor. Quien dominara esos pasos podía decidir qué mercancías entraban en Gasteiz, qué hombres podían atravesarla y qué noticias llegaban desde Castilla o desde los territorios del norte. Los representantes de Navarra comprendieron pronto el valor de la ciudad, pero algunos de los nuestros también vieron en aquella situación una oportunidad para enriquecerse. Tu padre empezó investigando unas cuentas alteradas y acabó encontrando nombres que nadie quería ver escritos juntos.

—¿El nombre de mi abuelo estaba entre ellos?

Beltrán no respondió inmediatamente. Pasó varias hojas del cuaderno hasta encontrar una página marcada con un trozo de hilo.

—Tu abuelo conocía el peligro antes que tu padre. Durante un tiempo creyó que podría evitarlo negociando con los hombres que estaban detrás de aquellas decisiones. Pensaba que, si conseguía preservar los derechos esenciales de los habitantes, podría tolerar algunas concesiones sin poner en riesgo el futuro de la villa. Fue un error, pero no el único.

Martín sintió que la impaciencia le endurecía la voz.

—¿Qué hizo?

—Entregó la casa del camino y parte de las tierras que la rodeaban a cambio de la protección de una persona. Esa entrega permitió que un hombre escapara de Gasteiz cuando otros querían detenerlo. Tu padre descubrió años después que aquel hombre había participado en los acuerdos que condujeron a la muerte de varios vecinos, y creyó que tu abuelo había protegido a uno de los responsables.

—¿Y no fue así?

Beltrán levantó los ojos hacia él.

—Tu abuelo protegió a un hombre que había cometido una falta grave, pero no por el motivo que tu padre sospechaba. Aquel hombre había entregado información a quienes pretendían apoderarse de los caminos, sí, pero también había conservado una copia de los acuerdos que demostraban quién había ordenado utilizar la fuerza contra quienes se oponían. Sin esa copia, nadie habría podido reconstruir lo ocurrido. Tu abuelo decidió salvarlo porque necesitaba que aquella prueba sobreviviera.

Martín miró el cuaderno abierto. En sus páginas había anotaciones de distintas épocas, algunas escritas con una letra firme y otras añadidas apresuradamente en los márgenes. Reconoció una fecha que aparecía también en los documentos presentados en la plaza, seguida de varias iniciales. Una de ellas correspondía a un hombre que había ocupado un puesto de confianza en la administración de la villa y que, según los testimonios reunidos, había desaparecido poco después de la muerte de su padre.

—¿Quién era ese hombre?

Beltrán cerró el cuaderno con suavidad.

—Alguien a quien tu padre conocía bien. Alguien que se presentó en vuestra casa más de una vez y a quien tú probablemente recuerdas, aunque entonces eras demasiado joven para comprender lo que significaba su presencia.

Martín intentó recordar. La imagen de su padre hablando con hombres que llegaban al anochecer, las voces apagadas en la habitación contigua, el sonido de unas botas junto a la puerta. Había conservado fragmentos de aquellos días, pero nunca les había dado importancia. Entre todos ellos surgió un rostro que creyó reconocer: un hombre de barba corta, con una cicatriz junto a la oreja, que solía llevar un anillo de hierro en la mano derecha.

—Lo he visto —dijo Martín—. No recuerdo su nombre, pero estuvo en nuestra casa.

Beltrán asintió lentamente.

—Y no fue el último en visitarla.

Antes de que pudiera añadir nada, un golpe resonó en el exterior. Lope llamó a Martín desde la puerta, pero su voz tenía un tono que el joven no había escuchado hasta entonces. No era

una advertencia pronunciada para mantener la calma, sino la urgencia de quien ha reconocido un peligro inmediato.

Martín se volvió hacia la entrada. Beltrán intentó levantarse, pero el dolor lo obligó a apoyarse de nuevo en la mesa.

—Han llegado —dijo el anciano.

—¿Quiénes?

Beltrán miró a Martín y, por primera vez desde que habían comenzado aquella conversación, no intentó ocultar su miedo.

—Los hombres que llevan años buscando el cuaderno. Y si lo han encontrado aquí, significa que alguien les ha dicho dónde estaba.

Martín comprendió que la pregunta ya no consistía en averiguar quién había traicionado a su padre. La traición seguía viva, cambiaba de rostro y encontraba nuevos caminos para alcanzar a quienes guardaban las pruebas. Afuera, Lope volvió a llamarlo, y esta vez Martín oyó cómo Elena pronunciaba su nombre con una angustia que no pudo confundir con otra cosa.

Tomó el cuaderno y se lo guardó bajo la ropa. Después ayudó a Beltrán a ponerse en pie y se dirigió hacia la puerta trasera, que daba a una franja de terreno cubierta de zarzas.

—Todavía no me has dicho quién ordenó la muerte de mi padre —dijo.

Beltrán se apoyó en su hombro.

—Porque el hombre que dio la orden no fue quien decidió que debía morir. Esa decisión se tomó mucho antes, cuando alguien convenció a tu padre de que podía confiar en él.

Martín se detuvo. La frase le hizo recordar las palabras de Lope y la advertencia de Elena. El sello partido, la página

robada y la casa entregada por su abuelo parecían formar parte de una misma historia, pero aún faltaba comprender por qué todos aquellos caminos terminaban conduciendo a alguien que había estado cerca de su familia.

Beltrán le apretó el brazo.

—Cuando salgamos de aquí, busca a Lope y pregúntale qué hizo la noche en que murió tu padre. No le preguntes qué vio ni qué oyó. Pregúntale qué hizo.

Un nuevo golpe sacudió la puerta principal.

Martín no tuvo tiempo de responder. Abrió la salida trasera y ayudó a Beltrán a atravesarla, mientras Elena esperaba junto a Lope, dispuesta a seguirlos por el sendero que descendía hacia los campos. Al otro lado de la casa, las voces de los perseguidores comenzaron a elevarse. Ya no intentaban mantener las apariencias ni fingían actuar en nombre de la autoridad de la villa.

Por primera vez, estaban dispuestos a entrar por la fuerza para recuperar aquello que durante años habían creído enterrado.

Y Martín, con el cuaderno de Beltrán oculto bajo la ropa y una pregunta que podía destruir lo poco que aún quedaba de su confianza en Lope, comprendió que el final de aquella historia estaba mucho más cerca de lo que había imaginado.

Pero también supo que todavía no estaba preparado para escuchar la respuesta.

XLVIII

El sendero descendía entre los campos hacia una vaguada protegida por árboles, donde la humedad de la mañana se aferraba a las hierbas y oscurecía las piedras del camino. Lope avanzaba junto a Beltrán, sosteniéndolo por la cintura para aliviar el peso que el anciano apenas podía soportar sobre la pierna herida, mientras Elena caminaba unos pasos por delante, atenta a cualquier movimiento entre los árboles. Martín los seguía con el cuaderno oculto bajo la ropa, pero sus pensamientos habían quedado atrás, en la habitación donde Beltrán le había pedido que preguntara a Lope qué hizo la noche en que murió su padre. No qué había visto, no qué le habían contado después, sino qué había hecho él. Aquella precisión le resultaba insopor- table porque no dejaba espacio para las evasivas. Durante días había sospechado que Lope guardaba una parte de la verdad, pero todavía había querido creer que su silencio nacía del miedo o de la vergüenza por no haber podido evitar una tragedia. Ahora comprendía que podía haber algo más, algo que explicara por qué Lope se había mantenido cerca de él incluso cuando habría tenido motivos suficientes para desaparecer.

No se detuvieron hasta alcanzar un pequeño cobertizo abandonado junto a un arroyo. Desde allí podían vigilar el sendero sin ser vistos desde la casa, y el rumor del agua ocultaría una conversación pronunciada en voz baja. Elena ayudó a Beltrán a sentarse sobre unas tablas y se quedó junto a la entrada, mientras Lope comprobaba que no hubiera nadie al otro lado del arroyo. Martín esperó hasta que el hombre se volvió hacia él. No levantó la voz ni hizo ademán de amenazarlo; estaba demasiado cansado para fingir una serenidad que no sentía.

—Beltrán me ha dicho que te pregunte qué hiciste la noche en que murió mi padre.

Lope se quedó inmóvil. El anciano no intervino, aunque su mirada pasó de uno a otro con la gravedad de quien sabe que ha llegado el momento de una conversación que llevaba demasiado tiempo aplazada. Durante unos instantes solo se oyó el agua corriendo entre las piedras y el movimiento de Elena al apartar una rama de la entrada. Lope bajó la vista hacia sus manos, endurecidas por los años, y cuando finalmente habló lo hizo sin buscar excusas.

—Fui a vuestra casa aquella noche porque tu padre me había enviado un mensaje. Quería entregarme unos documentos y pedirme que los llevara a un lugar seguro antes del amanecer. Sabía que alguien había descubierto sus investigaciones y que no podría conservar las pruebas mucho más tiempo. Cuando llegué, la puerta estaba abierta y encontré a tu padre discutiendo con un hombre al que conocía desde hacía años. No vi cómo empezó la discusión, pero sí escuché que aquel hombre le exigía los documentos y le advertía que no podría proteger a su familia si seguía adelante.

Martín sintió que algo se le cerraba en el pecho. Recordaba la voz de su padre, aunque no podía reconstruir las palabras, y recordó también que aquella noche había despertado al escuchar un ruido en la planta baja. Durante mucho tiempo había atribuido aquel recuerdo a los relatos de otros, pero ahora comprendía que quizá había conservado una imagen verdadera: una sombra junto a la puerta, el resplandor de una lámpara y un hombre que se marchaba sin mirar hacia la escalera.

—¿Quién era? —preguntó.

—El hombre que tu padre había considerado su aliado. El mismo que había intervenido en los acuerdos que permitieron controlar los caminos y que después intentó borrar las pruebas

de su participación. No puedo asegurarte que fuera él quien ordenó la muerte, porque nunca escuché esa orden. Pero aquella noche estaba allí, y sabía que tu padre no pensaba ceder.

—¿Y tú qué hiciste?

Lope levantó la cabeza. Martín esperaba una confesión inmediata, pero el hombre pareció necesitar unos instantes para encontrar las palabras adecuadas. Cuando habló, no intentó suavizar lo ocurrido.

—Me escondí.

La respuesta fue tan sencilla que Martín tardó en comprenderla. Había imaginado muchas posibilidades: que Lope hubiera luchado con los hombres que entraron en la casa, que hubiera intentado sacar a su padre por una puerta trasera o que hubiera obedecido una orden creyendo que evitaba un mal mayor. No había imaginado que permaneciera oculto mientras otros decidían el destino de un hombre que confiaba en él.

—¿Dónde?

—En el almacén, detrás de los sacos de grano. Tu padre me había pedido que esperara allí mientras terminaba de hablar con aquel hombre. Al principio creí que quería evitar que me viera, pero después comprendí que me estaba protegiendo. Cuando escuché los golpes y las voces de otros hombres, supe que la discusión había terminado mal. Pude salir por el patio, Martín. La puerta estaba a pocos pasos de mí. Pero si salía, me reconocerían y también perdería la posibilidad de sacar los documentos que tu padre había escondido. Me convencí de que debía esperar hasta que se marcharan.

—¿Y mi padre?

Lope cerró los ojos brevemente.

—Cuando me atreví a salir, ya estaba muerto.

Martín apartó la mirada. No necesitaba más detalles para comprender que el silencio de Lope no había sido únicamente una forma de protegerse. Había elegido permanecer escondido y después había vivido con la certeza de que quizá su intervención habría cambiado el desenlace. Aquello no lo convertía necesariamente en el asesino, pero sí en alguien que había permitido que sucediera algo que podía haber intentado impedir. La diferencia importaba, aunque no aliviara el dolor.

—¿Sacaste los documentos?

—Sí. Encontré el paquete donde tu padre lo había ocultado y lo llevé a Beltrán. Creí que, si conseguíamos conservar las pruebas, algún día podríamos demostrar lo ocurrido. No sabía entonces que los documentos estaban incompletos ni que alguien se había llevado la página que contenía el nombre de quien había autorizado la operación. Durante años pensé que aquella página se había perdido en el caos de aquella noche. Después descubrí que alguien la había retirado antes de que llegáramos a la casa.

—Y nunca me lo contaste.

—No. Porque temía que me preguntaras lo mismo que acabas de preguntarme. Y porque no tenía derecho a pedirte que confiaras en mí.

Martín permaneció en silencio. Una parte de él deseaba apartarse de Lope para siempre; otra recordaba que el hombre había regresado cuando aún podía haberse salvado, que había arriesgado la vida para proteger los documentos y que, a pesar de sus faltas, había seguido ayudándolo a reconstruir lo sucedido. Ninguna de esas cosas borraba aquella noche. Tampoco podía ignorarlas. La verdad no había convertido a Lope en un inocente, pero había destruido la imagen sencilla del culpable que Martín había necesitado encontrar para soportar la incertidumbre.

—¿Por qué te quedaste conmigo todos estos años? —preguntó finalmente—. Si solo querías proteger los documentos, podrías haberlos entregado a alguien con más autoridad. Si querías protegerme, podrías haberme alejado de todo esto. ¿Por qué esperaste hasta que ya no había manera de evitarlo?

Lope tardó en contestar.

—Porque tu padre me pidió que cuidara de ti si algo le ocurría. No me pidió que te mintiera, aunque eso fue lo que hice. Me pidió que procurara que crecieras sin tener que pagar por sus decisiones, pero cada vez que intentaba apartarte de esta historia terminaba acercándote más a ella. Al principio creí que podría mantenerte a salvo. Después comprendí que no podía hacerlo sin condenarte a vivir con una mentira.

—Y decidiste cuándo debía conocer la verdad.

—Sí —respondió Lope—. Y fue otra equivocación.

Beltrán se removió sobre las tablas. El esfuerzo de la conversación parecía haberlo agotado, pero levantó una mano para llamar la atención de Martín.

—Hay algo que debéis comprender los dos. La muerte de tu padre no fue el resultado de una sola decisión, sino de muchas decisiones pequeñas que, tomadas por separado, parecían soportables. Tu abuelo entregó una casa para proteger a un hombre; el concejo aceptó ciertas concesiones para evitar un enfrentamiento; Lope se escondió para conservar unas pruebas; otros callaron porque temían perder sus tierras o poner en peligro a sus familias. Quienes dieron las órdenes supieron aprovechar cada una de esas vacilaciones. No necesitaron que todos fueran malvados. Les bastó con que demasiados hombres creyeran que podían apartarse un momento y dejar que otro asumiera las consecuencias.

Martín miró al anciano. Aquellas palabras no absolvían a nadie, pero explicaban por qué había sido tan difícil encontrar una verdad que pudiera sostenerse por sí sola. La historia de su familia estaba llena de hombres que habían intentado evitar un daño inmediato y habían terminado permitiendo otro mayor. Su padre había sido distinto porque había decidido continuar cuando comprendió el alcance de lo que estaba investigando. Pero tampoco él había conseguido protegerse, y su muerte había dejado a los demás la obligación de decidir qué hacer con una verdad que podía costarles la vida.

Elena, que había permanecido junto a la entrada, se acercó entonces con el envoltorio de tela entre las manos.

—Mi padre decía algo parecido —murmuró—. Decía que las injusticias más difíciles de reparar no eran las que cometían los hombres que todos temían, sino las que los demás terminaban aceptando porque cada día parecía más peligroso oponerse a ellas.

Desató el nudo y sacó el sello partido. La cera oscura conservaba una marca incompleta, apenas visible en uno de sus bordes. Beltrán pidió que se lo acercaran y lo sostuvo junto al cuaderno que Martín había sacado de su ropa. Durante unos instantes comparó la impresión del sello con una anotación en el margen de una de las páginas, hasta que su expresión cambió.

—Este sello perteneció a la casa de los que administraban los caminos —dijo—. No demuestra quién ordenó la muerte, pero confirma que el hombre que estuvo aquella noche en vuestra casa actuaba con una autorización que no procedía únicamente de él. La pregunta es quién le entregó el sello y por qué necesitaba que las órdenes quedaran fuera de los registros oficiales.

Martín observó la marca. En los documentos que habían leído en la plaza aparecían varios nombres vinculados a la

administración de los caminos, pero uno de ellos se repetía en las anotaciones más antiguas y en las cuentas que habían sido alteradas. Era el nombre de un hombre que todavía gozaba de respeto entre algunos vecinos y que había participado en las negociaciones destinadas a garantizar la posición de Gasteiz dentro de los dominios navarros. Nunca había aparecido como enemigo declarado de la ciudad. Al contrario, se había presentado durante años como uno de sus protectores.

Martín pronunció el nombre en voz baja.

Beltrán no respondió, pero su silencio bastó.

Lope se acercó a la mesa y examinó de nuevo el sello.

—Si ese hombre sigue vivo y conserva su influencia, no permitirá que los documentos lleguen a quienes puedan juzgarlo. Lo que ocurrió esta mañana demuestra que ya no necesita actuar con discreción. Sabe que estamos cerca de encontrarlo.

—Entonces debemos hacer que la verdad deje de depender de nosotros —dijo Martín—. Si conservamos los documentos en un solo lugar, podrán arrebatárnoslos. Si cada uno conoce una parte y todos sabemos dónde encontrar las demás, será más difícil que vuelvan a borrar lo sucedido.

Beltrán lo observó con una atención nueva. Quizá esperaba que Martín buscara primero al responsable y exigiera una confesión, como habría hecho cualquier hombre impulsado por el dolor. Pero el joven comenzaba a entender que la única manera de impedir que aquella historia se repitiera era sacar las pruebas del alcance de quienes habían aprendido a controlar la ciudad mediante el miedo.

—Necesitamos regresar a Gasteiz —continuó Martín—. No para enfrentarnos a ese hombre a solas, sino para entregar los documentos a quienes puedan darles validez ante el concejo. Los vecinos han escuchado los nombres. Ahora deben conocer

también las pruebas y decidir si están dispuestos a sostener lo que han oído.

—Eso puede provocar un enfrentamiento —advirtió Lope.

—El enfrentamiento ya ha comenzado. La diferencia es que hasta ahora ellos han decidido dónde y cuándo debía producirse.

Beltrán asintió despacio. Después señaló el cuaderno.

—Hay una última anotación que debes leer antes de volver. La escribió tu abuelo poco antes de entregar la casa del camino. Nunca supe por qué la conservó separada del resto.

Martín abrió el cuaderno por la página indicada. La escritura era más temblorosa que en las otras anotaciones, pero todavía podía leerse con claridad. Su abuelo había dejado constancia de que la persona a la que protegía no era el hombre que había intervenido en los acuerdos, sino alguien que podía identificar a quienes habían utilizado aquellos acuerdos para encubrir sus propios intereses. La última línea estaba escrita con una tinta más oscura, como si hubiera sido añadida después.

Martín la leyó dos veces.

Su abuelo había escrito que, si alguna vez el nombre del verdadero responsable llegaba a conocerse, nadie debía confiar en la primera confesión, porque el hombre que había ordenado la operación no era el único que se beneficiaría de que la ciudad creyera haber encontrado a su culpable.

En ese instante, un silbido breve llegó desde el sendero. Elena se acercó a la entrada y miró hacia los árboles. Al otro lado del arroyo apareció un hombre montado en un caballo oscuro. No llevaba insignias ni colores que permitieran reconocer a qué

autoridad servía, pero sujetaba las riendas con la tranquilidad de quien no temía ser detenido.

El desconocido desmontó a cierta distancia y levantó las manos para mostrar que no llevaba el arma preparada.

—Vengo de Gasteiz —anunció—. Traigo un mensaje para Martín, hijo de quien murió aquella noche.

Martín salió del cobertizo sin apartar la mano del cuaderno.

—Habla.

El hombre lo miró con una expresión difícil de interpretar.

—El hombre al que buscáis está dispuesto a recibirte. Dice que puede explicarte lo que ocurrió y entregarte la página que falta. Pero ha puesto una condición: debes acudir solo, antes de que caiga la noche.

Lope dio un paso hacia Martín, mientras Beltrán se incorporaba con esfuerzo.

—No vayas —dijo el anciano—. Si tiene la página, no necesita una conversación contigo. Necesita asegurarse de que no puedas volver con ella.

Martín contempló al mensajero. Podía rechazar la invitación y regresar a Gasteiz con los documentos que ya poseían, pero quizá perdería la única oportunidad de recuperar la última prueba. También podía aceptar y descubrir que la oferta no era más que una trampa preparada para silenciarlo. Por primera vez, sin embargo, comprendió que no tenía por qué tomar aquella decisión según las reglas de su adversario.

—Dile que iré —respondió—. Pero no acudiré solo.

El mensajero pareció desconcertado.

—Ha sido muy claro. Si alguien te acompaña, no habrá encuentro.

—Entonces dile también que no habrá encuentro si no entrega primero una prueba de que posee la página. No voy a cambiar mi vida por una promesa.

El hombre sostuvo su mirada durante unos segundos, como si tratara de decidir si debía insistir. Finalmente montó de nuevo y se alejó por el camino del que había venido.

Martín volvió junto a sus compañeros. La luz empezaba a inclinarse sobre los campos y el regreso a Gasteiz exigiría encontrar una ruta que evitara a los hombres que habían registrado la casa del escribano. Lope lo miró con una mezcla de preocupación y respeto que Martín no había visto antes.

—Has aprendido a desconfiar —dijo.

—No —respondió Martín—. He aprendido que confiar no significa entregar a otro el derecho a decidir por mí.

Guardó el cuaderno bajo la ropa y ayudó a Beltrán a levantarse. Después miró hacia el norte, donde la senda se perdía entre los árboles y las primeras elevaciones del terreno. Durante años había buscado una respuesta que le permitiera cerrar la historia de su padre, como si la verdad pudiera devolver las cosas a su lugar. Ahora sabía que no sería así. La verdad no borraría la muerte, ni repararía los silencios, ni devolvería a su abuelo las decisiones que había tomado. Pero podía impedir que quienes habían utilizado aquellos errores siguieran gobernando mediante ellos.

Y mientras los cuatro se preparaban para regresar a la ciudad, Martín comprendió que el último capítulo de aquella historia no lo escribiría el hombre que conservaba la página robada, sino aquellos que estuvieran dispuestos a escucharla sin permitir

que nadie eligiera por ellos qué parte de la verdad merecía sobrevivir.

XLIX

Regresaron a Gasteiz cuando la tarde comenzaba a perder su claridad, tomando un camino secundario que discurría entre huertas y pequeñas construcciones de piedra antes de alcanzar las primeras casas de la villa. Beltrán avanzaba con dificultad, apoyado en Lope, mientras Elena caminaba junto a Martín, que llevaba el cuaderno oculto bajo la ropa. Durante el trayecto apenas hablaron. La invitación del mensajero seguía pesando sobre ellos, no tanto por la posibilidad de una emboscada como por lo que implicaba: el hombre que había conservado la última página sabía que los documentos habían sobrevivido y que sus nombres ya circulaban entre los vecinos. Si había decidido ofrecer una reunión, era porque todavía creía disponer de algo con lo que negociar.

Al acercarse a las murallas, Martín se detuvo para contemplar la ciudad. Las casas se agrupaban sobre la colina, protegidas por sus defensas y por la costumbre de quienes habían vivido durante generaciones entre los mismos muros. Desde allí no se distinguían las disputas que recorrían sus calles ni los temores que habían obligado a tantos hombres a callar. Gasteiz parecía conservar su quietud habitual, pero Martín sabía que aquella apariencia podía quebrarse en cualquier momento. Habían hecho públicos algunos nombres, habían mostrado documentos que comprometían a personas influyentes y habían obligado a sus adversarios a abandonar la seguridad del silencio. Ahora debían impedir que la respuesta de aquellos hombres se confundiera con una disputa entre familias o con una lucha por el poder.

—No podemos reunirnos todos en la misma casa —dijo Martín—. Si nos siguen, descubrirán dónde guardamos los

documentos y quiénes pueden dar testimonio de lo ocurrido. Elena debe quedarse con alguien de confianza, y Beltrán necesita que atiendan su herida. Lope, tú conoces a los hombres del concejo que todavía podrían actuar con independencia. Habla con ellos, pero no les entregues el cuaderno hasta que hayan aceptado examinarlo ante varios testigos.

Lope asintió. No discutió la decisión ni trató de convencer a Martín de que le confiara el original. Aquel gesto, pequeño en apariencia, tuvo para el joven más importancia que cualquier promesa de arrepentimiento. Durante mucho tiempo Lope había confundido proteger a los demás con decidir por ellos; ahora, por fin, parecía dispuesto a permitir que Martín eligiera qué riesgos estaba preparado para asumir.

Elena fue acogida en casa de una mujer que había conocido a su madre, mientras Beltrán quedó al cuidado de un curandero de confianza. Martín entregó a Lope una copia de las anotaciones más importantes y conservó el cuaderno. Después se dirigió a la plaza, donde encontró a varios vecinos reunidos junto a la puerta del concejo. La noticia de la búsqueda en casa del escribano se había extendido rápidamente y muchos querían saber si los hombres que habían irrumpido allí actuaban con autorización. Nadie parecía dispuesto a formular la pregunta en voz alta, hasta que Martín se detuvo ante ellos.

—No os pediré que creáis todo lo que os han contado —dijo—. Os pido que no permitáis que nadie vuelva a decidir por vosotros qué documentos pueden leerse y qué nombres deben permanecer ocultos. Mi padre murió porque quiso conocer la verdad sobre los acuerdos que afectaban a esta ciudad. No os pido que vengueís su muerte. Os pido que escuchéis las pruebas antes de que alguien vuelva a arrebatárnoslas.

No hubo una respuesta unánime. Algunos vecinos bajaron la mirada; otros se acercaron, dispuestos a escuchar. Un anciano que había servido durante años en las cuentas del concejo

preguntó dónde estaban los documentos, y una mujer que había perdido tierras tras una antigua disputa exigió que se revisaran los registros. Las voces se fueron sumando, no como una multitud dispuesta a combatir, sino como personas que comenzaban a comprender que sus desgracias quizá no habían sido hechos aislados.

Martín no permaneció allí mucho tiempo. Antes de que las preguntas se convirtieran en una discusión imposible de ordenar, se apartó hacia una calle lateral. Había recibido una segunda señal del mensajero: el encuentro tendría lugar en una casa cercana al antiguo camino de salida, poco antes de que anocheciera. El hombre había aceptado su condición y prometía mostrarle la página antes de hablar de cualquier acuerdo.

Martín acudió acompañado a distancia por dos vecinos de confianza, que permanecerían fuera de la casa sin intervenir salvo que escucharan una señal convenida. No se lo había dicho a Lope, porque necesitaba que el encuentro no dependiera de la capacidad del antiguo compañero de su padre para protegerlo. Si iba a conocer al hombre que había intervenido en la tragedia de su familia, quería hacerlo sin que nadie pudiera decidir por él cuándo debía callar o retirarse.

La casa tenía una puerta estrecha y ninguna señal que permitiera reconocer a su propietario. Martín llamó una sola vez. Desde el interior respondieron con un movimiento de cerrojos, y la puerta se abrió lo suficiente para dejarlo pasar.

El hombre que lo esperaba era más viejo de lo que Martín había imaginado. Llevaba una túnica oscura, sin adornos, y un anillo de hierro en la mano derecha. La cicatriz junto a la oreja confirmó lo que Martín había recordado en casa de Beltrán: aquel hombre había estado en su hogar cuando su padre aún vivía.

—Te pareces a él —dijo el desconocido, cerrando la puerta—. Sobre todo cuando intentas ocultar que tienes miedo.

Martín no respondió. En el centro de la estancia había una mesa y, sobre ella, un pequeño pergamino doblado. El hombre lo tomó, lo desplegó con cuidado y lo colocó bajo la luz de una lámpara.

—Esta es la página que buscas. Antes de entregártela, quiero que comprendas una cosa: tu padre no fue asesinado por investigar las cuentas de la villa. Fue asesinado porque descubrió quién se beneficiaba de ellas y porque decidió acudir a la persona equivocada.

—¿A quién acudió?

El hombre no contestó inmediatamente. Miró la página y después volvió los ojos hacia Martín.

—A mí.

La respuesta cayó entre ambos sin estrépito, pero con una gravedad que Martín no esperaba. Había imaginado que el desconocido negaría su participación, que intentaría culpar a otro o que exigiría algo a cambio de la página. No había previsto que reconociera, de entrada, haber sido el hombre en quien su padre había depositado su confianza.

—Mi padre creía que eras su aliado.

—Lo fui durante un tiempo. Trabajamos juntos para evitar que los representantes del poder navarro convirtieran los caminos en instrumentos de dominio absoluto sobre la villa. Pero yo también tenía obligaciones, hombres a los que proteger y acuerdos que no podía romper sin provocar un enfrentamiento que habría destruido mucho más de lo que pretendíamos salvar. Cuando tu padre descubrió que algunos de aquellos acuerdos se utilizaban para apropiarse de tierras y castigar a quienes se

oponían, me pidió que lo ayudara a denunciarlos. Yo le dije que esperara.

—Y no esperó.

—No. Había visto demasiado y ya no confiaba en mis promesas.

Martín miró el pergamino. La letra coincidía con la de los otros registros y, en el margen, aparecía la marca incompleta que habían encontrado junto al sello partido. Aquella página podía confirmar lo que sospechaban, pero todavía no respondía a la pregunta que lo había acompañado desde el comienzo.

—¿Quién ordenó que lo mataran?

El hombre apoyó las manos sobre la mesa.

—Yo llevé la orden.

Martín sintió que el cuerpo se le endurecía. El desconocido no apartó la mirada ni intentó esconderse tras una explicación. Su confesión era demasiado directa para que pudiera confundirse con una mera estrategia, aunque Martín sabía que aún debía comprobarla.

—¿La orden era matarlo?

—La orden era detenerlo y recuperar los documentos. Quien la emitió sabía que los hombres enviados a vuestra casa podían recurrir a la fuerza, pero no dejó por escrito que tu padre debiera morir. Yo sabía que podía ocurrir. Aun así, llevé la orden porque creí que todavía podría controlar lo que sucediera.

Martín pensó en Lope escondido en el almacén, en su padre enfrentándose a quienes habían acudido a buscarlo y en la puerta abierta que nadie se había atrevido a cruzar. Durante años había buscado a un único culpable, alguien cuya responsabilidad pudiera separar de la de los demás. Ahora se

encontraba ante un hombre que había llevado la orden, pero que pretendía distinguir entre lo que estaba escrito y lo que sabía que podía suceder.

—Sabías que podían matarlo.

—Sí.

—Y fuiste de todos modos.

El hombre inclinó la cabeza.

—Sí.

Por primera vez, Martín no sintió la necesidad de seguir preguntando para encontrar una grieta en su respuesta. El hombre no era inocente, aunque tampoco fuera quien había redactado la orden. Había aceptado participar en una operación cuyo peligro conocía, confiando en que podría controlar sus consecuencias. Como Lope, había creído que mantenerse cerca de los hechos le permitiría impedir lo peor; como Lope, había terminado descubriendo que su presencia no bastaba para detener aquello que había contribuido a poner en marcha.

—¿Quién dio la orden? —preguntó Martín.

El desconocido deslizó la página hacia él.

—El nombre está aquí. Pero debes saber que, si lo haces público, no bastará con demostrar que un hombre cometió un delito. Tendrás que demostrar que los acuerdos que lo protegían fueron utilizados contra la ciudad y que quienes se beneficiaron de ellos siguen teniendo poder. Si buscas una confesión que termine con todo, no la encontrarás.

Martín recogió el pergamino, lo leyó despacio y comprobó la firma al pie del documento. El nombre correspondía al hombre que Beltrán había señalado, el mismo que durante años había sido presentado como garante de los derechos de Gasteiz.

Aquella confirmación no le produjo alivio, sino una tristeza profunda. Había confiado en que el culpable sería un extraño, alguien situado fuera del círculo de quienes habían intentado proteger la ciudad. En cambio, la traición había surgido de las mismas manos que aseguraban defenderla.

—¿Por qué me entregas esto ahora? —preguntó.

—Porque ya no puedo impedir que la verdad salga a la luz. Y porque, si sigues adelante, tendrás que decidir qué clase de ciudad quieres construir con ella.

Martín guardó la página junto al cuaderno.

—Eso no te corresponde decidirlo.

El hombre asintió lentamente. No intentó detenerlo cuando se dirigió hacia la puerta.

Antes de salir, Martín se volvió una última vez.

—¿Mi padre supo que habías llevado la orden?

El desconocido tardó en responder.

—Sí. Me reconoció antes de que los otros entraran. Me pidió que recordara lo que habíamos prometido cuando todavía creíamos que podíamos proteger esta ciudad sin convertirnos en aquello que combatíamos.

Martín salió sin decir nada más.

La noche había terminado de caer sobre Gasteiz. En la calle, sus dos acompañantes lo aguardaban junto al muro, y desde la plaza llegaba el rumor de voces que todavía discutían sobre los documentos. Martín les mostró la página y les pidió que lo acompañaran al concejo. No quería esperar al amanecer, ni permitir que la última prueba quedara de nuevo encerrada en una casa particular.

Cuando llegó a la plaza, encontró a Lope junto a la entrada del edificio. El hombre lo observó acercarse y comprendió por su expresión que el encuentro había cambiado algo de manera irreversible.

—¿Lo has encontrado? —preguntó.

Martín sacó el pergamino.

—He encontrado la orden y al hombre que la llevó. También he encontrado la razón por la que mi padre confió en él.

Lope no preguntó su nombre. Miró el documento y después a Martín, consciente de que la verdad que habían buscado durante tanto tiempo estaba finalmente en sus manos.

—¿Y ahora?

Martín contempló las ventanas iluminadas del concejo. Detrás de ellas había hombres que tendrían que decidir si estaban dispuestos a reconocer lo sucedido y a revisar los acuerdos que habían permitido que la villa quedara sometida a intereses particulares. No sabía si lo harían, ni si las pruebas bastarían para apartar a quienes habían construido su poder sobre el miedo. Pero ya no dependía todo de un secreto custodiado por unos pocos.

—Ahora lo leeremos delante de todos —respondió.

Y juntos cruzaron la puerta.

L

Cuando Martín entró en la sala del concejo, las conversaciones se apagaron una tras otra. Algunos de los hombres reunidos alrededor de la mesa conocían ya los documentos que habían sido leídos en la plaza; otros habían acudido después de escuchar que se había recuperado la última página del registro y que su contenido podía comprometer a personas cuya autoridad nadie había cuestionado abiertamente durante años. Las lámparas proyectaban sombras alargadas sobre las paredes y, por las ventanas, se filtraba el frío de la noche. Martín reconoció entre los presentes a quienes habían defendido la investigación y también a quienes, hasta entonces, habían preferido mantenerse al margen, esperando que el conflicto se resolviera sin obligarlos a tomar partido.

No pidió que se cerraran las puertas ni exigió que nadie jurara guardar silencio. Colocó el cuaderno de Beltrán sobre la mesa y, junto a él, el pergamino recuperado aquella tarde. Después explicó dónde lo había encontrado, quién se lo había entregado y qué confesión había escuchado. No adornó las palabras del hombre ni intentó convertirlo en una figura más terrible de lo que había sido. Dijo que había llevado la orden de detener a su padre, que sabía que podía recurrirse a la violencia y que, aun así, había aceptado cumplirla. Dijo también que el documento identificaba al hombre que había autorizado aquella operación y que las anotaciones permitían relacionar la orden con los acuerdos que habían servido para controlar los caminos y favorecer determinados intereses.

Cuando terminó, uno de los consejeros más ancianos tomó el pergamino y lo examinó bajo la luz. Su rostro permaneció

impasible hasta que llegó a la firma. Entonces levantó los ojos hacia Martín.

—Si este documento es auténtico, habrá que revisar las decisiones que se tomaron durante aquellos años. Pero no podemos condenar a un hombre únicamente porque su nombre aparezca en una página. Necesitamos testimonios, confirmaciones y una investigación que nadie pueda descalificar por haber sido impulsada por quienes tenían motivos personales para vengarse.

Martín aceptó aquellas palabras sin ofenderse. Habría querido que la verdad bastara, que el nombre escrito en el pergamino pusiera fin de inmediato a las dudas y que quienes habían permitido la muerte de su padre no pudieran refugiarse una vez más en la prudencia de los procedimientos. Sin embargo, comprendió que el consejero había señalado algo importante: si deseaban que la ciudad reconociera lo sucedido, debían impedir que sus adversarios redujeran las pruebas a una disputa entre Martín y el hombre que había ordenado la operación.

—Por eso he traído el cuaderno —respondió—. Beltrán puede explicar las anotaciones y otros vecinos pueden dar testimonio de las tierras que perdieron, de los pagos que se les exigieron y de las amenazas que recibieron cuando intentaron reclamar sus derechos. No os pido que aceptéis mi palabra como una sentencia. Os pido que no volváis a cerrar los registros antes de haber escuchado a quienes aparecen en ellos.

La discusión que siguió se prolongó durante horas. Algunos consejeros exigieron que se convocara a los representantes de la autoridad navarra, mientras otros advirtieron que hacerlo antes de asegurar los documentos podía dar tiempo a los implicados para destruir otras pruebas. Hubo quien defendió que la ciudad debía preservar sus acuerdos para evitar una represalia y quien recordó que aquellos mismos acuerdos habían sido utilizados para justificar decisiones que nadie había aprobado

públicamente. La conversación no resolvió todas las diferencias, pero produjo algo que Martín había llegado a considerar imposible: por primera vez, los hombres del concejo discutían abiertamente sobre los límites de su propia autoridad y sobre la responsabilidad que tenían ante los habitantes de Gasteiz.

Finalmente, acordaron conservar los documentos bajo custodia compartida, realizar copias ante testigos y convocar a los vecinos afectados para que pudieran presentar sus testimonios. También decidieron que ninguna persona implicada en las acusaciones podría ordenar por sí sola la retirada de los registros ni impedir que se consultaran. Era una resolución modesta frente a la magnitud de lo ocurrido, pero establecía una diferencia esencial: los documentos dejaban de depender de la voluntad de un solo hombre.

Cuando Martín salió del edificio, el cielo comenzaba a aclararse. Había pasado la noche sin apenas darse cuenta del cansancio, y solo al pisar la plaza comprendió cuánto le pesaban las últimas jornadas. Lope lo esperaba junto a una columna, con el rostro demacrado y el manto húmedo por la niebla.

—Han aceptado examinar las pruebas —dijo Martín.

—Eso es más de lo que esperaba.

—No significa que todo vaya a resolverse.

—No. Pero significa que ya no pueden fingir que nada ha ocurrido.

Caminaron juntos hasta el extremo de la plaza. Durante un rato no hablaron de la muerte del padre de Martín ni de los errores que los habían separado. La claridad de la mañana comenzaba a descubrir los tejados, los muros y las callejas por las que los vecinos acudían al mercado. Algunos se detenían para saludarlos; otros los observaban con cautela, intentando averiguar qué había sucedido durante la noche. La ciudad no había

cambiado de aspecto, pero Martín sabía que algo esencial se había puesto en movimiento.

—No sé si podré perdonarte —dijo al fin.

Lope no apartó la mirada.

—No te lo pediré.

—Pero tampoco quiero seguir viviendo como si fueras únicamente el hombre que se escondió aquella noche. Hiciste algo que no debiste hacer, y tendrás que responder por ello. Igual que todos los demás.

Lope asintió. No hubo un abrazo ni una reconciliación repentina, porque ninguno de los dos habría sabido qué hacer con un gesto semejante. Sin embargo, cuando reanudaron el camino, Martín no se apartó de él. Había comprendido que el perdón, si llegaba alguna vez, no podía ser una forma de borrar lo ocurrido, sino la posibilidad de construir una relación que no dependiera de seguir ocultándolo.

Beltrán se recuperaba lentamente de sus heridas y Elena había conseguido enviar noticias de su padre, que se encontraba fuera de la villa y esperaba poder regresar cuando las circunstancias fueran más seguras. El hombre que había llevado la orden fue localizado días después y aceptó declarar ante el concejo, aunque se negó a justificar sus actos. El principal responsable perdió temporalmente su autoridad mientras se examinaban las pruebas, y varios de los acuerdos que habían perjudicado a los vecinos quedaron suspendidos. No hubo una victoria definitiva ni todos los culpables recibieron el castigo que Martín habría deseado, pero la investigación continuó y, por primera vez en muchos años, nadie pudo detenerla sin exponerse a la oposición pública.

El día en que Beltrán volvió a la plaza, una pequeña multitud se reunió para escuchar su testimonio. El anciano habló sin

dramatismo, apoyándose en sus recuerdos y en las anotaciones que había conservado. Cuando terminó, se acercó a Martín y le entregó el cuaderno.

—Tu abuelo creyó que podía salvar la ciudad protegiendo a unos pocos hombres —dijo—. Tu padre creyó que podía salvarla obligando a todos a conocer la verdad. Ninguno de los dos consiguió hacerlo por sí solo. Quizá tú tengas que aprender a intentarlo de otra manera.

Martín recibió el cuaderno sin responder. Ya no lo veía como una reliquia familiar ni como el instrumento que debía conducirlo hasta el nombre de un asesino. Era el testimonio de una ciudad en la que demasiadas personas habían confiado en que sus decisiones privadas no tendrían consecuencias para los demás. Guardarlo sería importante, pero más importante aún sería impedir que algún día alguien volviera a utilizarlo para justificar nuevos silencios.

Aquella tarde subió por la calle que conducía a la parte más alta de Gasteiz. Se detuvo junto a uno de los muros desde los que podía contemplar las casas agrupadas sobre la colina, los caminos que se alejaban hacia los campos y las tierras que se extendían al norte, en dirección a las montañas. Pensó en su padre, en su abuelo y en los hombres que habían intentado proteger la ciudad sin comprender siempre el precio de sus decisiones. Pensó también en quienes nunca aparecerían en los documentos, los campesinos que habían perdido sus tierras, las familias que habían callado por miedo y los vecinos que habían soportado durante años unas injusticias que nadie consideró suficientemente importantes para arriesgarse a denunciarlas.

Comprendió entonces que la historia de Gasteiz no pertenecía únicamente a quienes habían firmado los acuerdos o mandado a los hombres armados. También pertenecía a quienes habían seguido viviendo allí, trabajando sus tierras, abriendo sus talleres y manteniendo sus hogares mientras otros decidían

sobre su futuro. Si la ciudad iba a conservar su dignidad, tendría que hacerlo gracias a ellos, no a pesar de ellos.

Detrás de Martín se escucharon unos pasos. Era Lope, que se detuvo a su lado sin interrumpir sus pensamientos.

—¿Qué harás ahora? —preguntó.

Martín contempló los caminos que se alejaban hacia el norte y después volvió la mirada hacia las casas.

—Quedarme —respondió—. Alguien tendrá que asegurarse de que lo que hemos descubierto no vuelva a desaparecer.

Lope asintió y permaneció a su lado.

El viento movió las hierbas que crecían junto al muro. Desde alguna casa llegó el sonido de una puerta que se abría y, más abajo, las voces de los vendedores que comenzaban a recoger sus puestos. Era una mañana como tantas otras, y precisamente por eso Martín sintió que podía confiar en ella. No había conseguido reparar todas las pérdidas ni devolver a los muertos a sus hogares, pero había logrado que la ciudad comenzara a mirar de frente una parte de su pasado.

Y mientras el sol se elevaba sobre los tejados, comprendió que la colina no guardaba únicamente la memoria de los hombres que habían intentado dominarla. Guardaba también la de quienes, generación tras generación, habían decidido permanecer en ella.

LI

Durante los días que siguieron a la comparecencia ante el concejo, Gasteiz aprendió a convivir con una verdad que no podía deshacerse y que, sin embargo, tampoco bastaba por sí sola para cambiar las cosas. La página recuperada permanecía bajo custodia de tres vecinos elegidos por el concejo, y del cuaderno de Beltrán se habían hecho copias que llevaban distintas manos, de modo que nadie pudiera volver a reunir todos los secretos en un solo lugar ni hacerlos desaparecer con una sola visita nocturna. Los acuerdos más sospechosos quedaron suspendidos, algunos hombres fueron llamados a declarar y otros, que durante años habían hablado con la seguridad de quien se cree protegido por su posición, comenzaron a evitar la plaza y a bajar la voz cuando alguien pronunciaba el nombre del padre de Martín. El hombre cuya firma aparecía en la última página perdió sus atribuciones mientras se examinaba su responsabilidad, aunque no faltaron quienes defendieron que todo había sido necesario para proteger los caminos y mantener la paz. Martín escuchó aquellos argumentos sin sorprenderse. Había comprendido que los abusos rara vez se presentaban ante los hombres con su verdadero rostro; preferían vestirse de urgencia, de orden o de un bien mayor, y esperaban que el miedo hiciera el resto.

Una mañana, cuando la lluvia había dejado sobre los tejados un brillo oscuro y el aire traía desde el norte el olor de la tierra mojada, Martín encontró a Beltrán sentado junto a la puerta de la casa donde se había refugiado. La herida seguía impidiéndole caminar con soltura, pero ya no tenía en el rostro aquella palidez que había hecho temer por su vida. Sobre las rodillas sostenía el cuaderno, cerrado con una cinta gastada. Martín se sentó a su lado y durante un rato contemplaron el movimiento de la calle, donde una mujer discutía el precio de la harina con un

mercader y dos muchachos perseguían una rueda de madera cuesta abajo. La ciudad continuaba con sus pequeñas necesidades, indiferente en apariencia a las grandes decisiones que se habían tomado en su nombre.

—He pensado muchas veces que, cuando todo saliera a la luz, sentiría alivio —dijo Beltrán—. Que bastaría con decir lo que sé y entregar lo que he guardado para poder descansar. Pero ahora que otros conocen la verdad, descubro que todavía me queda una parte de la deuda.

Martín miró el cuaderno que descansaba entre las manos del anciano. Durante semanas había imaginado que aquellas páginas contendrían una respuesta capaz de ordenar el pasado, separar a los culpables de los inocentes y devolver a su padre el lugar que le habían arrebatado. Había encontrado nombres, firmas y silencios, pero también había descubierto que cada prueba abría nuevas preguntas y que detrás de una decisión había otras, tomadas mucho antes por hombres que quizá nunca habían llegado a conocerse. La verdad no era una puerta que se abría de golpe, sino un camino en el que cada paso obligaba a mirar con más cuidado el terreno.

—Mi padre tampoco pudo saldar esa deuda —respondió—. Tal vez por eso intentó dejar las pruebas en manos de alguien que pudiera conservarlas cuando él ya no estuviera.

—Y yo no hice lo suficiente para ayudarlo.

—No —dijo Martín, sin apartar la mirada—. No hiciste lo suficiente. Pero ahora puedes decidir qué hacer con lo que queda.

Beltrán aceptó aquellas palabras sin buscar consuelo en ellas. Había esperado durante mucho tiempo que alguien lo absolviera, aunque fuera con una frase sencilla, y comenzaba a comprender que no tenía derecho a exigirlo. Martín tampoco deseaba convertirse en juez de todos los hombres que habían

fallado a su padre; le bastaba con que ninguno pudiera volver a ocultar sus actos detrás de la obediencia o del miedo. Permanecieron sentados hasta que el frío les obligó a entrar, y cuando Beltrán se levantó dejó el cuaderno sobre la mesa, no como quien abandona una carga, sino como quien entrega a otros una responsabilidad que ya no puede sostener a solas.

Lope había comenzado a acudir cada día al lugar donde se reunían los vecinos encargados de revisar los documentos. No se sentaba entre los primeros ni pretendía que su experiencia le concediera una autoridad que había perdido por sus propias decisiones. Copiaba nombres, ordenaba testimonios y respondía a las preguntas que le hacían, incluso cuando las respuestas lo dejaban en una posición difícil. Algunos lo insultaban al verlo pasar; otros preferían no mirarlo. Él no discutía con ninguno, aunque Martín sabía que aquella aceptación no nacía de la serenidad, sino de una vergüenza que ya no encontraba refugio en las excusas.

Una tarde, al terminar el trabajo, Lope lo acompañó hasta la calle. Habían pasado muchas jornadas desde que Martín escuchara por primera vez la confesión del hombre que se había escondido mientras su padre moría, y aún no había conseguido pensar en él sin sentir que una parte de su infancia se derrumbaba de nuevo. Sin embargo, el odio había perdido aquella claridad que al principio lo hacía parecer una respuesta suficiente. Ahora conocía la cobardía de Lope, pero también sabía que había llevado los documentos a Beltrán y que, después de tantos años, había decidido hablar aun cuando hacerlo podía costarle la libertad o la vida.

—No voy a pedirte que me perdones —dijo Lope—. Sé que no me corresponde hacerlo.

Martín se detuvo junto a un muro donde la humedad había oscurecido las piedras.

—Me habría resultado más fácil odiarte si hubieras seguido mintiendo.

Lope bajó los ojos. No intentó defenderse, y ese silencio fue más honrado que cualquiera de las explicaciones que había ofrecido durante los primeros días. Martín comprendió que no volverían a ser los hombres que habían sido antes de descubrir la verdad. Había cosas que podían repararse con tiempo y trabajo, pero otras permanecían entre dos personas como una herida cerrada a medias, sensible al menor roce. Si alguna vez llegaba el perdón, no sería una puerta que devolviera el pasado a su sitio, sino una forma distinta de seguir adelante sin fingir que nada había sucedido.

—Continúa con las declaraciones —le dijo finalmente—. Si alguien pregunta por aquella noche, cuenta lo mismo que me contaste a mí. No cambies una palabra para protegerte.

—No lo haré.

Martín reanudó la marcha y Lope se quedó unos instantes junto al muro antes de volver a la casa. No hubo abrazo ni promesa de reconciliación, y ninguno de los dos necesitó fingir que aquel encuentro había resuelto lo que aún les quedaba por afrontar. A veces, pensó Martín, el primer paso hacia la justicia consistía precisamente en renunciar a la comodidad de una conclusión.

Aritza regresó a Gasteiz tres días después. Había permanecido fuera de la villa mientras se buscaba a los hombres que habían registrado la casa del escribano, refugiada en una aldea donde una familia amiga le había ofrecido techo. Llegó al caer la tarde, con barro en el borde de la falda y el cansancio de quien ha pasado demasiadas noches pendiente de los ruidos del camino. Encontró a Lope en el patio donde se guardaban los documentos y lo observó un momento antes de acercarse. Él se

puso en pie, sorprendido, pero no intentó disimular el alivio que le produjo verla.

—Me dijeron que seguías aquí —dijo Aritza.

—No tenía derecho a marcharme.

—Eso no significa que debieras quedarte solo.

Lope quiso responder, pero las palabras se le quedaron en la boca. Aritza conocía sus silencios y sabía distinguir cuándo nacían de la prudencia y cuándo eran una forma de esconderse. No le preguntó si Martín lo había perdonado; tampoco le ofreció la absolución que él ya no se atrevía a esperar. Se limitó a dejar junto a los documentos un pequeño envoltorio con pan y queso, como si aquel gesto cotidiano fuera la única manera de recordarle que todavía existían cosas que podían hacerse sin engaño. Después se sentó a su lado y ambos comenzaron a revisar los nombres de los testigos que debían ser llamados al concejo. No hablaron de lo que serían en adelante. Por primera vez, no parecía necesario decidirlo todo aquella misma tarde.

Elena recibió noticias de su padre al cabo de una semana. La carta llegó por medio de un arriero que conocía los caminos del norte y que aceptó entregarla sin preguntar por qué llevaba el sello roto de una familia que había tenido que abandonar su casa. El escribano seguía fuera de Gasteiz, protegido por personas de confianza, y no regresaría hasta que pudiera hacerlo sin poner en peligro a quienes lo habían ayudado. En su mensaje agradecía a su hija haber conservado el envoltorio y pedía que los documentos no quedaran bajo la custodia de un solo hombre, por respetable que pareciera. También escribía que esperaba volver algún día para sentarse de nuevo ante su mesa y ejercer su oficio sin tener que preguntarse quién podría beneficiarse de una palabra borrada o de una firma añadida.

Elena leyó la carta dos veces y la guardó bajo la ropa, junto al pequeño sello partido. Después buscó a Martín y le pidió

que la acompañara hasta la casa de su padre. Las puertas seguían cerradas y en el umbral aún se distinguían las marcas de quienes habían forzado la entrada. En el interior faltaban algunos muebles, y los cajones habían sido vaciados con tanta prisa que todavía quedaban papeles rotos bajo una mesa. Elena recorrió las habitaciones sin detenerse demasiado, recogió los fragmentos que podían servir para reconocer lo perdido y abrió la ventana de la estancia donde el escribano solía trabajar. La luz entró lentamente, iluminando el polvo suspendido en el aire.

—Creía que al marcharse mi padre esta casa dejaría de ser suya —dijo—. Ahora entiendo que no son las paredes las que hacen que un lugar siga perteneciendo a alguien.

Martín pensó en su abuelo, en la casa entregada para proteger a un hombre, en su padre y en los documentos que habían viajado de mano en mano porque ninguna puerta podía garantizar por sí sola que la verdad sobreviviera. No respondió. Ayudó a Elena a levantar una mesa caída y entre ambos colocaron los papeles recuperados en una caja nueva. No era una reparación definitiva, pero la casa comenzaba a dejar de parecer un lugar abandonado y volvía a ser, poco a poco, un espacio donde alguien podría regresar.

El invierno se acercó sin grandes señales. Las mañanas se hicieron más frías, el agua de los caminos permaneció durante horas en las rodadas y las gentes comenzaron a cerrar las contraventanas antes de que oscureciera. La investigación avanzó con lentitud. Algunos testimonios confirmaron lo escrito en los documentos; otros se contradijeron o se deshicieron cuando sus autores comprendieron que ya no podían confiar en la protección de sus antiguos aliados. El principal responsable no volvió a ejercer su autoridad, aunque quienes lo habían acompañado durante años conservaron propiedades, relaciones y una parte considerable de su influencia. No todos los acuerdos fueron anulados, ni todas las tierras regresaron a quienes habían

perdido sus derechos. Hubo familias que recibieron una compensación y otras que se marcharon sin esperar una reparación que quizá nunca llegaría. Martín aprendió a no confundir el avance con la victoria y a no despreciar los cambios pequeños solo porque no bastaban para corregir todos los daños.

En la siguiente reunión del concejo, celebrada con las puertas abiertas y los vecinos congregados en la plaza, se acordó que los documentos esenciales quedarían guardados en lugares distintos, bajo responsabilidad de personas que no dependieran unas de otras. Las copias serían cotejadas cada cierto tiempo y cualquier acuerdo que afectara a los caminos, a las tierras comunales o a los derechos de paso tendría que ser presentado ante quienes pudieran resultar perjudicados. No era una garantía contra la ambición, y todos lo sabían. Las normas podían ser burladas y los hombres podían encontrar nuevas maneras de ocultarse, pero ahora quedaba escrito que la ciudad había conocido el engaño y que sus vecinos habían exigido conocer los nombres de quienes lo habían permitido.

Cuando llegó su turno de hablar, Martín no llevó el cuaderno de Beltrán ni la página firmada por el antiguo protector. Las pruebas ya no necesitaban descansar siempre en sus manos. Se situó ante el concejo y miró a quienes habían escuchado la historia de su padre, a quienes habían dudado de ella y a quienes solo se habían acercado cuando comprendieron que la verdad empezaba a abrirse paso. No quiso pedirles que lo recordaran como el hijo de un hombre asesinado, ni reclamar para sí el lugar que otros habían ocupado durante años. Les habló de la responsabilidad de conservar lo descubierto y de la obligación de no permitir que el miedo volviera a convertir una orden injusta en una necesidad aceptable.

—Mi padre murió intentando impedir que otros decidieran por todos nosotros —dijo—. No quiero que su muerte se convierta en otra razón para que un solo hombre reclame el derecho

a decidir. Si algo hemos aprendido, es que una ciudad no se protege entregando su voluntad a quien promete defenderla, sino vigilando también a quienes la gobiernan. Mañana volverán las disputas por los caminos, las tierras y los tributos. Habrá hombres que nos digan que no podemos detenernos a escuchar a cada vecino, que las circunstancias obligan a actuar de prisa y que algunas cosas deben permanecer ocultas por el bien común. Quizá alguna vez tengan razón en parte. Pero nunca más deberíamos aceptar esas palabras sin preguntar quién gana con el silencio y quién tendrá que pagar su precio.

No todos aplaudieron. Algunos permanecieron inmóviles, incómodos ante una advertencia que alcanzaba también a sus propias decisiones; otros asintieron con la gravedad de quienes reconocen una verdad sin estar seguros de poder cumplirla. Martín no esperaba otra cosa. Al terminar, regresó a su sitio y dejó que el concejo continuara con los asuntos del día. Afuera, una carreta cargada de leña esperaba su turno para atravesar la calle, y un niño corría detrás de una gallina que había escapado de un corral. La vida seguía reclamando su espacio entre los debates y las promesas, y aquella normalidad, lejos de restar importancia a lo sucedido, le recordó por qué había valido la pena insistir.

Poco después, Beltrán anunció que abandonaría Gasteiz en cuanto pudiera caminar sin ayuda. Quería volver al norte, no para esconderse en los bosques, sino para pasar sus últimos años lejos de los lugares donde había aprendido a callar. Antes de marcharse, pidió a Martín que lo acompañara hasta el camino. Llegaron juntos a un punto desde el que se veía la ciudad asentada sobre su única colina, con los tejados agrupados bajo la luz pálida y las calles descendiendo hacia los campos. Más allá se extendían las rutas que conducían a Castilla y, en dirección contraria, hacia las tierras de Francia; caminos por los que habían pasado comerciantes, soldados, peregrinos y hombres

que llevaban órdenes cuyo alcance ignoraban quienes las obedecían.

—Durante años creí que la ciudad estaba en peligro porque no sabíamos quién la gobernaba de verdad —dijo Beltrán—. Ahora pienso que el peligro comienza cuando dejamos de preguntarlo.

Martín contempló las murallas, las casas y las pequeñas huertas que rodeaban la villa. Recordó la primera vez que había seguido los pasos de su padre, convencido de que al encontrar al culpable podría cerrar el pasado y recuperar la tranquilidad que había perdido. No había sucedido así. El pasado continuaba allí, lleno de zonas oscuras, y el futuro no ofrecía ninguna promesa de justicia perfecta. Pero ya no sentía que tuviera que cargar él solo con lo que había descubierto.

—Mi padre quería que alguien conociera la verdad —respondió—. Quizá ahora nos corresponde impedir que vuelva a pertenecer a una sola persona.

Beltrán asintió y se despidió sin grandes palabras. Martín lo vio alejarse hasta que la curva del camino lo ocultó, y después regresó a la villa. Al pasar junto a la antigua entrada del norte se detuvo un instante. La piedra seguía húmeda, las raíces habían levantado una parte del suelo y el hueco por el que habían escapado permanecía casi invisible para quien no supiera dónde buscarlo. Pensó que las ciudades estaban llenas de lugares semejantes: puertas que alguien había olvidado, pasadizos que ya no aparecían en los mapas, recuerdos enterrados bajo obras más recientes. No todos guardaban secretos terribles; algunos conservaban únicamente la huella de quienes habían vivido allí antes de que sus nombres desaparecieran.

La primavera llegó lentamente. Las primeras hojas brotaron en los árboles de las afueras y el deshielo hizo correr de nuevo los arroyos que bajaban desde las laderas. Una mañana,

Martín subió hasta el punto más alto de Gasteiz antes de que comenzara el trabajo del día. No llevaba consigo documentos ni mensajes, y por primera vez en mucho tiempo no había quedado con nadie ni esperaba recibir noticias. Se sentó junto al muro y dejó que el aire frío le despejara el pensamiento. Desde allí podía ver las casas, los campos y los caminos que se alejaban hacia el norte y el sur. La colina parecía la misma que había sido siempre, aunque él sabía que nunca volvería a mirarla del mismo modo.

Pensó en su padre, en la vida que le habían arrebatado y en todo lo que no había podido decirle. Durante mucho tiempo había imaginado que la memoria consistía en conservar intacto el dolor, como si dejar de sufrir significara traicionar a los muertos. Ahora comprendía que recordar era también aceptar que quienes habían vivido antes no podían decidir por los que venían después, y que honrar su memoria exigía algo más difícil que repetir sus nombres: había que continuar el trabajo que habían dejado incompleto, incluso cuando sus resultados fueran modestos y el cansancio hiciera desear una vida más sencilla.

Al regresar, encontró a Elena en la plaza, hablando con dos vecinos sobre los documentos que aún debían cotejarse. Aritza cruzó la calle con una cesta en el brazo y saludó a Lope, que salía de la casa donde se guardaban las copias. Este último llevaba una nueva relación de testimonios bajo la capa y caminaba con la mirada atenta de quien sabe que tendrá que responder por lo que hizo durante mucho tiempo. Martín los observó un instante. Nada estaba completamente resuelto entre ellos, ni entre la ciudad y su pasado, pero cada uno había encontrado una manera de seguir adelante sin exigir que los demás olvidaran.

Entonces comprendió que Gasteiz no permanecería porque sus muros fueran demasiado fuertes para caer, ni porque sus gobernantes fueran siempre justos, ni porque la memoria de los muertos bastara para impedir que otros repitieran sus

errores. Permanecería si sus habitantes aprendían a reconocerse como responsables de lo que ocurría dentro de ella; si defendían sus caminos sin entregar a nadie el poder de decidir en secreto quién podía recorrerlos; si eran capaces de escuchar incluso a quienes no tenían nombre en los pergaminos ni asiento junto a los hombres importantes. Aquella tarea no terminaría con él, del mismo modo que no había comenzado con su padre. Cada generación recibiría una ciudad incompleta y tendría que decidir qué hacer con ella.

Al caer la tarde, Martín volvió a subir la calle empedrada hasta su casa. Desde una ventana abierta llegaban voces y olor a pan recién hecho; en la plaza, los últimos mercaderes recogían sus puestos, y sobre los tejados se extendía una luz dorada que suavizaba las piedras sin borrar las cicatrices que el tiempo había dejado en ellas. Martín se detuvo y miró una vez más la colina. Ya no la veía como el lugar que unos hombres habían querido dominar, ni como el escenario de una historia que debía terminar con el castigo de los culpables. La vio como un hogar levantado por muchas manos, un lugar donde la memoria podía perderse o transmitirse, donde el miedo podía cerrar las puertas y la confianza volver a abrirlas.

Su padre no regresaría. Los años perdidos no serían devueltos, y la justicia alcanzada seguiría siendo imperfecta. Pero las pruebas habían dejado de depender de un único guardián, los nombres habían sido pronunciados ante los vecinos y la historia que otros quisieron enterrar ya no podía desaparecer sin que alguien advirtiera su ausencia. Era poco frente a todo lo que se había perdido, pero era también el comienzo de algo que no pertenecía a Martín, ni a Lope, ni a los hombres que habían gobernado en secreto.

Permaneció unos instantes junto a la ventana, escuchando cómo la ciudad se preparaba para la noche. Después cerró los postigos y encendió la lámpara. Al día siguiente habría

nuevas cuentas que revisar, nuevas disputas que resolver y nuevas decisiones que exigirían valor. La vida no aguardaba a que el pasado quedara en paz, y quizá ninguna ciudad llegara jamás a conocer una paz semejante. Martín aceptó esa incertidumbre sin temor, porque por fin había dejado de buscar una respuesta definitiva y había comprendido cuál era su lugar en la historia que continuaba.

Sobre la colina, las primeras luces aparecieron una a una. Abajo, los caminos se oscurecían entre los campos, pero seguían abiertos, dispuestos a recibir a quienes llegaran desde tierras lejanas y a conducir a otros hacia el mundo que se extendía más allá de los montes. Gasteiz permanecería expuesta a las ambiciones de los poderosos, a los cambios de los reinos y a las debilidades de sus propios habitantes; nada podía garantizar lo contrario. Sin embargo, mientras alguien conservara la memoria de lo ocurrido y estuviera dispuesto a defenderla junto a los demás, la ciudad no pertenecería por entero a quienes pretendieran gobernarla desde las sombras.

Y así, mientras la noche descendía sobre los tejados y el viento del norte rozaba las piedras antiguas, la colina guardó una vez más el rumor de las voces, los pasos y las vidas que la habitaban. No como un monumento a los hombres que habían querido someterla, sino como testigo de quienes, a pesar del miedo, la pérdida y la incertidumbre, habían decidido permanecer en ella.

FIN

